

ANIVERSARIO

DEL INSTITUTO UNIVERSITARIO DE INVESTIGACIÓN
DE LA PAZ Y LOS CONFLICTOS DE LA UNIVERSIDAD
DE GRANADA

25 ANIVERSARIO DEL INSTITUTO UNIVERSITARIO DE INVESTIGACIÓN DE LA PAZ Y LOS CONFLICTOS DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

© de los textos, los autores, 2021

© de las ilustraciones, los autores, 2021

© UNIVERSIDAD DE GRANADA
25 ANIVERSARIO DEL INSTITUTO DE LA PAZ Y LOS CONFLICTOS

ISBN: 978-84-338-7330-9

Edita: Editorial Universidad de Granada

Diseño de la edición: Haptic Art Lab

Colabora: Fundación Euroárabe de Altos Estudios

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.



**UNIVERSIDAD
DE GRANADA**



INDICE

Prólogo

Federico Mayor Zaragoza	9
1996–2002	13
2002–2005	13
2005–2013	13
2013–2017	13
2017–2021	13
2021–hasta la fecha	13

Autoridades

Pilar Aranda Ramírez	17
Lorenzo Morillas Cueva	21
Francisco González Lodeiro	25
Enrique Herrera Viedma	29
Margarita Sánchez Romero	31
Adolfo A. Álvarez R.	35
Ana Barrero Tíscar	39
Cándida Martínez López	43

Fundadoras/es

María José Cano Pérez	48
María Elena Díez JoRge	51
Eduardo Enríquez del Árbol	54
Mario López Martínez	57
Beatriz Molina Rueda	60
Javier Rodríguez Alcázar	63
Jesús Andrés Sánchez Cazorla	65
Sebastián Sánchez Fernández	68

Así nos sentís

Francisco Alfaro Pareja	75
Gilma Liliana Ballesteros Peluffo	79
Edwin Mauricio Castro Martínez	81
Irene Comins Mingol	83

Tica Font Gregori	85
Eulogio García Vallinas	89
Vera Grabe	91
Esperanza Hernández Delgado	95
Carlos José Herrera Jaramillo	99
Mario Hernán López Becerra	103
Carmen Magallón Portolés	107
Víctor M. Martín Solbes	111
Daniel Ricardo Martínez Bernal	113
Carlos Eduardo Martínez Hincapié	115
Mohamed Nouri	117
María Oianguren Idigoras	121
Pere Ortega	125
Martín Rodríguez Rojo	129
Manuel Torres Aguilar	131
Pamela Urrutia Arestizábal	133
Óscar Useche Aldana	135

Una mirada al interior

Fanny T. Añaños Bedriñana	141
Karen G. Añaños Bedriñana	145
M. Jorge Bolaños Carmona	149
Diego Checa Hidalgo	153
Carmen J. García García	157
M ^a José Hornos Ardoy	161
Juan Manuel Jiménez Arenas	163
Isidro López-Aparicio	167
Juan A. Macías Amoretti	171
Inmaculada Marrero Rocha	175
Javier Martín Ríos	179
Sergio Moldes Anaya	183
Lucas Reis-Silva	185
José Ángel Ruiz Jiménez	189
Purificación Ubric Rabaneda	193
Carmen Ramírez Hurtado	195



Prólogo

Prefacio

25 años pueden ser mucho pero también pueden ser nada. Todo depende de la huella que el tiempo deja en las personas, en las instituciones y en la sociedad en su conjunto. Por ello, para festejar este aniversario redondo, hemos pensado en el formato de libro que aquí se presenta. Trazos de una impronta forjada a base de trabajo, compromiso y entusiasmo.

En él se recoge la pluralidad de visiones que, desde dentro y desde fuera, ha generado el Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada. No se trata de un volumen sobre la historia del Instituto. Más bien, un rescate de la memoria de las personas que lo han hecho posible, desde lo institucional, desde el terreno y desde las redes que se han tejido. De todas formas, confiamos en que lo recogido en las páginas de este ejemplar sirva para reflejar los «saberes, sentires y querer» que se han creado durante un tiempo que va más allá de los 25 años de existencia del IPAZ-UGR.

Aunque todas y cada una de las aportaciones a este libro podría ser un prólogo en sí mismo, porque cada contribuyente al mismo ha sido parte fundamental del IPAZ-UGR, nos hemos concedido el privilegio de que ese honor recaiga en una persona que se ha destacado por su hacer cultura de paz, Federico Mayor Zaragoza. Magnífica introducción que nos lleva a las palabras de los no menos magníficos—rectores—que hicieron posible la constitución del Instituto y la magnífica—rectora—que en la actualidad conduce los destinos de nuestra casa de estudios. A continuación, llega el turno de las/os fundadoras/es. Las/os colegas que tuvieron la visión realista donde los demás solo veían utopía e incluso negación. Para salir del ensimismamiento, la sección subsecuente la protagonizan nuestras/os compañeras/os que, desde centros, asociaciones, institutos y otras tipologías acompañan nuestro quehacer con rigor, amor y cuidados por los rincones donde la Investigación para la Paz es requerida. Por último, los restantes miembros del IPAZ-UGR, mujeres y hombres que se sumaron a la causa y que con su trabajo inacabado, cotidiano y permanente contribuyen, junto con el resto de colectivos anteriormente citados, a que la paz ocupe un mayor espacio personal, académico, público y político.

Las páginas de este libro rezuman afectos. Y nada resulta tan humanizante como la estima, la cordialidad, la simpatía, la amistad, la ternura...; las cuales forman parte de la historia, incluso de la de las instituciones. Humanizándolas. Pacificándolas.

IPAZ-UGR, institución vigía de la fuerza a la palabra

FEDERICO MAYOR ZARAGOZA

Director General de la Unesco (1987-1999)

Rector de la Universidad de Granada (1968-1972)

Presidente de la Fundación Cultura de Paz

La paz es un comportamiento, es traducir a la práctica los principios de convivencia, de solidaridad, de fraternidad. En un mundo cada vez más pequeño, el contraste cada vez mayor entre la situación de exclusión de la mayoría y la opulencia de unos pocos, tanto dentro de las naciones como a escala mundial, es cada vez más intolerable desde el punto de vista moral, social y psicológico, y constituye una de las principales causas de tensiones y violencia. Esos valores ciudadanos están recogidos en lo que se denomina «cultura de paz».

Paz. La paz sea contigo. Paz en uno mismo, en casa, en la escuela, en el lugar de trabajo, en la calle, en la aldea, en la ciudad. Paz a todos. Paz en la Tierra. Este es el más profundo anhelo humano desde el origen de los tiempos, inhacadero por el poder basado en la imposición y en la fuerza. Desde siempre, los muy pocos mandando sobre los casi todos. Disponiendo de sus vidas. Siguiendo puntualmente el perverso proverbio—promovido sin pausa por los productores de armas—que dice «Si quieres la paz, prepara la guerra». Y haciendo secularmente aquello para lo que nos han reclutado y preparado, y nunca construyendo la paz, nunca tendiendo la mano sino alzándola. Nunca la palabra ni siquiera para disentir de entregar la propia vida que, sin discusión posible, se ha venido ofreciendo a los designios del mando.



Con-Cordia de Cayetano Anibal



En 1945, al término de una guerra atroz, los fundadores de la Unesco se inspiraron en unos versos del poeta norteamericano Archibald Mac Leish: «Puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz». Construir la paz mediante la educación, la ciencia, la cultura, la comunicación... Por la libertad de expresión, por la palabra, por la escucha... Por la firmeza, pero nunca la violencia. Por nuestro comportamiento cotidiano, es decir, por nuestra cultura. Cultura de paz y de diálogo, de «solidaridad intelectual y moral», como reza el Preámbulo de la Constitución, frente a la cultura de la imposición, de la violencia, de la fuerza.

El artículo 1º de la Declaración de Principios sobre la Tolerancia, proclamada el 16 de noviembre de 1955 por la Conferencia General de la Unesco en el 50º aniversario de la fundación de las Naciones Unidas, dice así: «La tolerancia consiste en el respeto, la aceptación y el aprecio de la rica diversidad de culturas de nuestro mundo... La tolerancia consiste en la armonía en la diferencia. No sólo es un deber moral, sino además una exigencia política y jurídica. La tolerancia, la virtud que hace posible la paz, contribuye a sustituir la cultura de guerra por la cultura de paz».

Si quieres la paz, ayuda a construirla con tu comportamiento cotidiano. Hemos dejado en manos del poder durante siglos, sin implicarnos, aceptando resignadamente sus decisiones, nuestras propias vidas. Con frecuencia, luchando a favor de causas contrarias a las nuestras. Pero la defensa de la patria ha sido un supuesto indiscutible que ha llevado fatalmente a millones de familias al dolor máximo, al duelo. Millones de campanas tañendo y mármoles y llamas en recuerdo del soldado «desconocido». Normalmente, en primera línea los más modestos. El mayor riesgo es para los que menos se han beneficiado de los períodos apacibles. La historia es un rosario inacabable de batallas, guerras, enfrentamientos. En una sociedad en la que la inmensa mayoría de las mujeres no aparece en el escenario nacional ni participa en la gobernación, el músculo prevalece casi siempre sobre el diálogo y la solución pacífica de los conflictos.

Por primera vez en la historia es ahora posible que la voz de los pueblos sea no sólo oída sino escuchada. Tal es el clamor que, en pocos años, puede originarse y que marcará la aparición de la democracia auténtica, la que actuará realmente en nombre de la gente a la que se representa. Gracias a los medios de comunicación, la participación podrá ser no presencial. Ya no será necesario exponerse a concurrir a manifestaciones que tienen lugar un día, a una hora, en un sitio determinado, detrás de una pancarta concreta, acompañada a menudo por aquellos a los que los organizadores han atraído como excursionistas—autobús y bocadillos—con el fin de lograr éxitos de concurrencia tan ficticios como deplorables.

Con las nuevas tecnologías ya es posible hoy expresar nuestra voluntad. En pocos años, los gobernantes no podrán actuar interpretando votos que cuentan a la sociedad a la que luego no toman en cuenta. Y democracia, me gusta insistir en ello, es cuando los ciudadanos no sólo son contados sino tenidos plenamente en cuenta. «Participo, luego existo», es la transposición cartesiana a la genuina democracia. Si no participo, no existo como ciudadano. Soy contado, en elecciones, en encuestas de opinión, pero no cuento. Es la degradación de la democracia a «demoscopia», a oligocracia, a plutocracia, a burocracia, a tecnocracia. La paz, el desarrollo y la democracia se construyen con la educación. No con la fuerza. Se consiguen con el esfuerzo cotidiano de cada uno. No se otorgan. «La educación es la base de la libertad», proclamó Simón Bolívar.

Bienvenidos los avances de la tecnología de la comunicación, que nos han permitido alcanzar objetivos hasta ahora inalcanzables y nos dan la posibilidad de incluir a los hasta ahora excluidos. Pero como instrumentos, no como fin. Las familias—las madres sobre todo—siguen siendo, junto con los maestros y educadores, los grandes protagonistas de este proceso de forja que conduce a la «soberanía personal», a «dirigir con sentido la propia vida», como definió el proceso educativo Francisco Giner de los Ríos. El *Homo sapiens* deberá siempre prevalecer

sobre el *Homo virtualis*. Educación multilingüe, educación que afiance la diversidad sin fin, la unicidad de cada ser humano, consolidada por unos valores comunes. Estos valores éticos son el principal factor de cohesión social y, al mismo tiempo, los agentes más activos de cambio y transformación. Son, a la vez, asidero y cimiento.

Aunque el número de conflictos armados en el mundo ha ido disminuyendo gradualmente, siguen siendo muy numerosos, con un alto sufrimiento y coste en vidas humanas y destrucción del territorio. Además, persisten las situaciones de alta tensión que podrían devenir en guerras y las situaciones posbélicas son muy complejas y plantean desafíos en el ámbito económico, político y social difíciles de superar. La desmovilización de los actores armados, la reconciliación de la sociedad y la creación de nuevas instituciones políticas y jurídicas son procesos muy largos, llenos de dificultades, que requieren muchos recursos y que no siempre llegan a su fin con éxito.

¡Con lo sencillo que es, en apariencia, hablar en lugar de pelearse! Pero cuando se habla, se escucha. Y esto no gusta a quienes se creen en posesión exclusiva de la verdad y no les interesa—o les molesta abiertamente—lo que dicen los otros. La conversación en lugar de la colisión implica aceptar opiniones totalmente ajenas a las propias, rechazando únicamente, por parte de todos, el uso a la violencia, el extremismo fanático, la imposición. Sí: la palabra en lugar de la fuerza esclarecería los presentes horizontes sombríos y ensangrentados. Todo está a favor de una nueva actitud para obviar la guerra... pero la inercia, los mecanismos tradicionales, la articulación de los poderes del Estado han dejado muy poco espacio a la sociedad, que se ha conformado a los designios del mando. Porque era ineluctable, porque el pueblo era espectador pasivo, testigo amordazado por el miedo, por la distancia, por la ignorancia. Súbditos, no ciudadanos. Sumisos, no actores plenos.

Con nuestro comportamiento cotidiano podrían abordarse los retos a los que se enfrenta la humanidad en su conjunto si en lugar de preparar la guerra se preparara la paz, si en lugar de pagar el precio de la confrontación bélica nos acostubrámosen a pagar todos, en términos de voluntad política y de solidaridad y justicia, el precio de la paz. Cada uno, paso a paso, grano a grano, semilla a semilla. No esperando pasivamente lo que deben hacer «los otros» sino aportando cada uno lo que pueda. Sí: lo que pueda. ¡Son tantos los que, creyendo que pueden hacer muy poco hacen nada! Es necesario disponer de recursos, desde luego, pero en primer lugar es imprescindible involucrarse, no permanecer al margen, ser todos constructores cotidianos de la paz.

Es tiempo de saber distinguir lo esencial y lo accesorio. Conscientes de lo apremiante, para emplazar los valores éticos en el centro mismo de nuestro comportamiento.

Hallar lugares de encuentro, de conversación, en donde podamos paulatinamente sustituir la fuerza por la palabra. «Ya nada tengo, sólo la voz.../pero nuestra misión es hablar», nos recuerda Miquel Martí i Pol. «.../Debemos decir lo indecible/lo que no quiere ser oído/si pretendemos vivir/con la cabeza erguida/y mirar a nuestros hijos»...

Evitar que la rutina venza, evitar ceder, día a día, palmo a palmo, espacios de nuestra diversidad, de nuestra independencia. La condición humana, creadora y libre, al filo exacto de las certezas e incertidumbres. En Teotihuacan, escribí: «Nada sé, salvo que soy,/salvo que estoy aquí/estremecido./Salvo que veo, pienso, y tiemblo./Nada soy, salvo que sé,/perplejo y confundido,/que cuando emergió el hombre/-consciencia de la tierra,/y de la mar/y del viento y de la nube-/el universo se pobló de luz,/de creadores»...

Nuestras alas, sin lastres ni adherencias, para un vuelo a la altura de la dignidad humana. Este precioso libro nos ayuda a balizar en la bruma, para realizar un buen despegue.

El Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos se constituyó en 1996 por las inquietudes y compromisos de un grupo de profesores de la Universidad de Granada

que, procedentes de diversas disciplinas, tuvieron como punto común el deseo de profundizar en los estudios sobre la paz y los conflictos.

El Instituto aglutina los esfuerzos del profesorado, personal investigador y alumnado con el fin de analizar las causas de la violencia así como las condiciones para la paz, con el ánimo de buscar alternativas en los comportamientos que induzcan a un modelo de sociedad y de relaciones nacionales e internacionales basadas en la cooperación, el respeto de los derechos humanos y la existencia de condiciones materiales y sociales de paz. Su finalidad primera es divulgar una cultura de paz.

Para ello cuentan con una colección—Eirene—y una revista—Revista de Paz y Conflictos— así como un máster interuniversitario impartido en cuatro universidades andaluzas. Todos estos canales tienen un objetivo común: transformar la realidad en pos de un modelo de sociedad y de relaciones nacionales e internacionales basadas en la cooperación, el respeto de los derechos humanos y la existencia de condiciones materiales y sociales de paz.

Una palabra clave en todo su largo y denso recorrido: compromiso. A contraviento. A contracorriente, sí. Pero la única forma de sobrevivir en «el inmenso mar de la ignorancia», es la palabra. Es decir lo que pensamos. Es actuar según nuestra propia reflexión, sin esperar nunca que las soluciones y las respuestas vengan de fuera. Es en nuestro interior donde pueden encontrarse. Godot no llegará, entre otras razones porque no existe. «La búsqueda del conocimiento es la clave de la felicidad». Conocer la realidad para poder transformarla cuando sea preciso. Esta realidad que nunca nos será ofrecida por el gigantesco poder mediático que nos tiene adormecidos, entretenidos, silenciosos, sumisos.

Y compartir... La cultura de paz es la cultura de compartir mejor. Las disparidades sociales y las asimetrías en la distribución de las riquezas de todo orden—incluido en primer lugar el conocimiento—sólo pueden reducirse y anularse compartiendo mejor. El verbo compartir es la clave de una nueva era en la que, desde la escala personal a la parlamentaria y ejecutiva, deben establecerse nuevas prioridades y repartir mejor los frutos del progreso. Tanto internacionalmente como intranacionalmente, el hecho de que el 18 por ciento de la humanidad posea el 80 por ciento de los recursos de todo orden es, no sólo una grave injusticia, sino raíz de radicalización y conflicto. Es una bomba en el tiempo. Tenemos que profundizar en los orígenes de la violencia: la exclusión, la pobreza, la soledad y la desesperanza. Y tenemos que procurar que nunca se pierdan las oportunidades para siempre.

No se puede hablar del Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos sin hacer una referencia específica del profesor Francisco Muñoz, uno de los estudiosos contemporáneos más importantes de la paz, dedicando gran parte de su trayectoria profesional a investigar la reconstrucción de una Historia de la Paz y las bases teóricas que la sustentan. Una de sus aportaciones científicas más importantes ha sido el desarrollo del concepto de paz imperfecta, ampliando la mirada sobre la paz entendiéndola como un proceso inacabado. Una paz que se construye, reconoce y practica cotidianamente en cada espacio y tiempo.

Sin duda, Francisco Muñoz es un referente de la Investigación para la Paz a nivel nacional e internacional. Ha creado una «escuela de paz imperfecta», no solo en la Universidad de Granada y en España, sino también en otros lugares del mundo, sobre todo en América Latina donde numerosos profesores y profesoras continúan profundizando los estudios y trabajos sobre este ideal de paz.

¡Enhorabuena muy sincera al Instituto y a la Universidad de Granada por tantas iniciativas en favor de la conciliación y el multilateralismo en los 25 años que ahora se conmemoran y celebran! Y el deseo de que se sigan abriendo surcos y plantando semillas para la nueva era que la Agenda 2030 nos ofrece.

Con-Cordia de Cayetano Anibal

Listado de cargos directivos

1996-2002

Director: Francisco A. Muñoz Muñoz
Subdirector: Mario N. López Martínez
Secretaría: Beatriz Molina Rueda

2002-2005

Director: Mario López Martínez
Subdirector: Carmelo Pérez Beltrán
Secretario: F. Javier Rodríguez Alcázar

2005-2013

Directora: Beatriz Molina Rueda
Subdirector: Sebastián Sánchez Fernández (2005-2008)
Subdirectora: M^a José Cano Pérez (2008-2013)
Secretario: M. Jorge Bolaños Carmona

2013-2017

Directora: M^a José Cano Pérez
Subdirector: M. Jorge Bolaños Carmona (2013-2015)
Subdirector: Matías Bedmar Moreno (2015-2017)
Secretaría: Carmen Egea Jiménez

2017-2021

Director: Juan Manuel Jiménez Arenas
Subdirectora: Fanny Añaños Bedriñana
Secretaría: Carmen Egea Jiménez

2021-HASTA LA FECHA

Director: José Ángel Ruiz Jiménez
Subdirector: Jorge Guardiola Wanden-Berghe
Secretaría: Purificación Ubric Rabaneda





Autoridades



25 años a la vanguardia de la investigación en la paz y el desarrollo humano sostenible

PILAR ARANDA RAMÍREZ

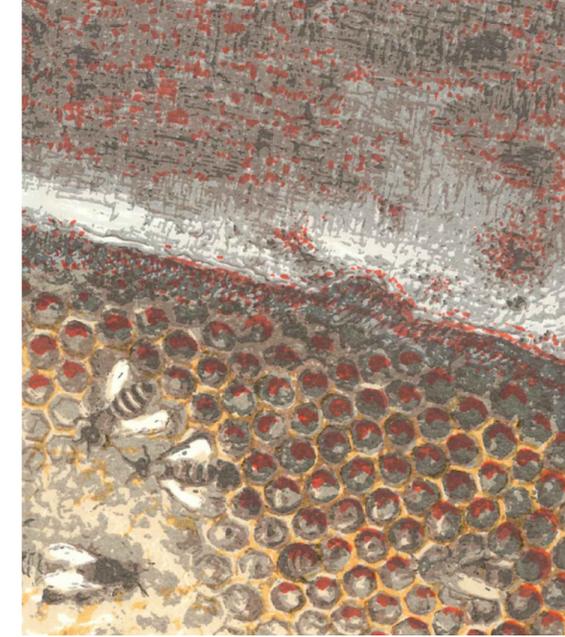
Rectora de la Universidad de Granada (2015-)

Catedrática del Departamento de Fisiología

Secretaría Ejecutiva de la Fundación Euroárabe de Altos Estudios (2008-2013)

Han pasado 25 años, un cuarto de siglo ya, desde aquel 1996, año de la fundación del Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada. Y su existencia sigue siendo tan necesaria, si no más, que entonces. La finalidad con la que nació este centro, divulgar y promover una cultura de paz en el marco de un desarrollo humano justo y sostenible, se me antoja el objetivo más ambicioso y necesario desde el punto de vista ético y social al que la humanidad puede aspirar. Por ello, que la Universidad de Granada acoja un espacio habitado por valores tan nobles y fundamentales como los que defiende el Instituto de la Paz y los Conflictos es una satisfacción enorme para su rectora y, por supuesto, también para la comunidad universitaria en general.

El Instituto de la Paz y los Conflictos de la UGR nació hace un cuarto de siglo, pero como toda institución sólida, tiene unos primeros pasos que ocuparon una década a un grupo de *pioneros de la paz*, que invirtieron tiempo y esfuerzo en alumbrar lo que desde el principio ha sido un modelo y una referencia para otras instituciones. Antes que el Instituto existió un seminario, cuyo primer acto público tuvo lugar en noviembre de 1989, con una conferencia a cargo de Vicenç Fisas, y antes que eso existió un grupo de personas que, en el contexto de la transición española y tras el referéndum de la OTAN, decidieron implicarse activamente en la investigación y docencia en esta área de la paz, algo infrecuente entonces. Las primeras reuniones preparatorias tuvieron lugar en el curso 1987-88 y en ellas estaban Jesús A. Sánchez Cazorla, profesor de Física Aplicada, Francisco A. Muñoz Muñoz, de Historia Antigua, Manuel González de Molina, de Historia Contemporánea, y Francisco Garrido, entonces aún estudiante universitario. Finalmente, fueron los dos primeros quienes decidieron dar el paso definitivo y crear, en el curso 88-89 el Seminario de Estudios sobre la Paz y los Conflictos. El objetivo era fortalecer



La dulzura de la paz de José Manuel Darro



la investigación para la paz dotándola de un mayor reconocimiento académico, social y político y, a la vez, reclamar la atención de las administraciones públicas sobre las actividades desarrolladas en este campo. El seminario, coordinado por Ana Rubio, M^a Luisa Espada, Eduardo Enríquez del Árbol, Francisco Muñoz y Jesús Sánchez, siempre tuvo el fin último de convertirse en Instituto, algo que los responsables de la Universidad de Granada entonces supieron entender y facilitar.

Han sido muchas las personas, profesores y profesoras, investigadores e investigadoras, que han contribuido a hacer del Instituto lo que es hoy, un centro de referencia en su ámbito. Algunas las he mencionado pero quiero detenerme unas líneas en Francisco Muñoz Muñoz, Paco Muñoz, primer director del Instituto, acompañado entonces por Mario López como subdirector, Beatriz Molina Rueda como secretaria y por Elena Díez Jorge como responsable de investigación. Nuestro querido y siempre recordado Paco Muñoz dedicó su vida, hasta su fallecimiento en 2014, a investigar la paz, una tarea aparentemente ingrata si miramos a nuestro alrededor, entonces y hoy. Nunca desfalleció y, de hecho, supo entender la realidad del mundo y fue capaz de ofrecer una solución, la que él llamó paz imperfecta, ese máximo de paz posible a partir de la realidad y las personas que protagonizan cada uno de los conflictos. Esa paz imperfecta sería probablemente suficiente para proporcionarnos un mundo bastante más habitable y comprensible hoy día.

En sus dos décadas y media de funcionamiento, el Instituto no ha dejado de investigar y trabajar en la divulgación de sus objetivos a través de congresos, seminarios, conferencias, etc. Eso le ha otorgado no solo una presencia nacional, sino un fuerte prestigio internacional. Por ello es necesario reconocer el papel tan interesante y germinal que ha tenido el centro, por ejemplo, en Latinoamérica. Así, ha sido asesor de numerosas universidades latinoamericanas en México, Colombia o Chile en la creación de centros de investigación sobre paz y conflictos. Un ejemplo de ello es el Instituto de la Paz y el Desarrollo de la Universidad Santo Tomás en Bogotá, Colombia.

Como centro investigador y educativo, la labor del Instituto de la Paz y los Conflictos es no solo investigar y generar el necesario y oportuno conocimiento sobre la materia, sino también el de formar a las personas y, por ello, crear una red de profesionales y de investigadores de la paz. En 25 años de trabajo, me consta que el número de hombres y mujeres que el Instituto ha formado es incontable y que muchas de esas personas siguen enfocadas en esta área de trabajo lo que, sin duda, es una inmejorable noticia para la humanidad. Todos ellos llevan, además, en mayor o menor medida, el nombre de la Universidad de Granada, lo que incrementa también el prestigio de nuestra institución en el mundo.

El Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada cumple 25 años de trabajo y de existencia con más pujanza que nunca. Y su producción científica y sus resultados siguen en un nivel muy elevado. La Revista de Paz y Conflictos o la colección Eirene de monografías sobre la paz, la violencia y los conflictos son un perfecto ejemplo de ese gran nivel investigador y la necesaria y obligada divulgación posterior.

El futuro de la humanidad pasa hoy por mantenerse fiel a la Agenda 2030 de la Organización de Naciones Unidas y sus 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible, unos objetivos fijados y decididos en 2015. Pero hace 25 años que el Instituto de la Paz y los Conflictos, 35 si sumamos los antecedentes, que la Universidad de Granada trabaja en esa línea. Por eso, no es descabellado situar la finalidad y las razones que sirvieron para crear el Instituto de la Paz y los Conflictos en la misma línea de trabajo que, años después, dio lugar a esa Agenda 2030, fijada ya hoy como la guía que ha de guiar el desarrollo de la humanidad para las próximas décadas. Por eso quiero reconocer no solo la necesidad de nuestro Instituto sino el carácter vanguardista que tuvieron quienes lo crearon y, por extensión, la Universidad de Granada que supo ver la necesidad de sumarlo a su organización.

Con la esperanza de que la humanidad, siquiera sea a través de la «paz imperfecta» que describió Paco Muñoz, concluyo estas líneas insistiendo en el papel fundamental que el Instituto de la Paz y los Conflictos tiene para la Universidad de Granada, en lo necesario de sus investigaciones y, por supuesto, felicitando a todos y todas quienes han sido parte del centro en algún momento de estos 25 intensos años de vida.



Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos, una visión retrospectiva

LORENZO MORILLAS CUEVA

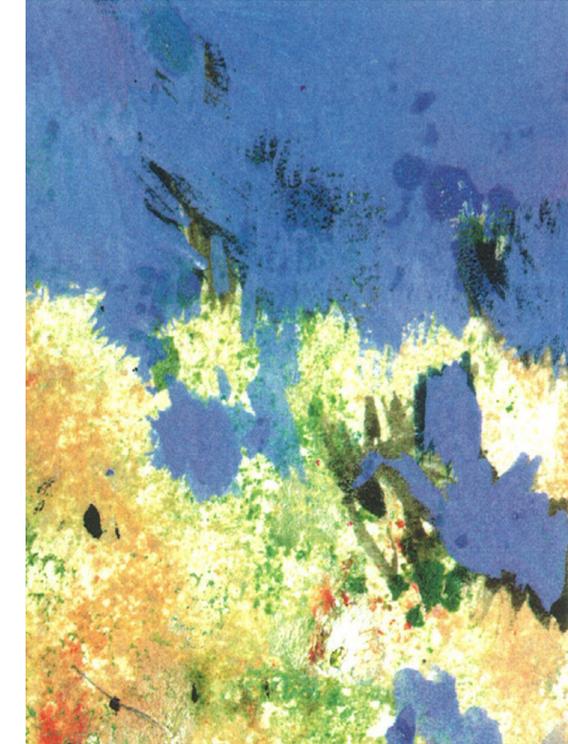
Rector de la Universidad de Granada (1992–2000)

Catedrático Emérito del Departamento de Derecho Penal

Miembro Fundador y Director del Instituto de Criminología, Universidad de Granada

En Cicerón, la «paz es una idea esencial para describir el horizonte hacia el cual debe de orientarse la sociedad». *Pia et aeterna pax* tal vez sea la expresión que mejor abstrae y define, con el lenguaje, circunstancias, ideología y adscripciones religiosas de la vieja Roma, su pensamiento: «una paz que cumple los designios de los dioses, pía, piadosa, devota, religiosa, sagrada, pura, virtuosa, justa, honesta, afectuosa, querida». Uso de adjetivos clásicos que diseñan posiblemente el ideal de una persona sublime, necesaria, pero maltratada a través de la Historia: la paz. Lo que realmente destaca, al menos para mí en tal planteamiento, en la susodicha reflexión, es el final de Cicerón, con el que cierra sus aseveraciones que sí es absolutamente compatible con las realidades actuales y el alcance pretendido, deseado y no excesivamente logrado que requería su lúcida aportación: «Realmente sólo cabe exigirle—a la Paz—que exista en todo momento y situación».

He querido iniciar este escrito con la idea ciceroniana, precisamente porque las citas están recogidas de un excelente trabajo *La significación de la paz en Cicerón*, de Francisco. A. Muñoz en 1996, precisamente año en el que se crea dentro de la Universidad de Granada el Instituto de la Paz y los Conflictos del que fue impulsor desde el principio, junto a otras muchas compañeras y compañeros que con su empeño, trabajo y compromiso lograron desde el principio relevantes niveles de calidad, de alcance nacional y transnacional, con un evidente protagonismo de sus miembros que iba más allá de la simple investigación, que no es poco, sino asimismo con el testimonio activo, decidido e ideológicamente impulsado de todos ellos. Prueba fehaciente de lo que escribo es que, al año siguiente de su aprobación por el Claustro de la Universidad, se constituyó, precisamente en Granada, en su Universidad y



Olivo de M. Vivaldi



en sede del Instituto, el 31 de mayo de 1997—solo a seis meses de la aprobación por el Claustro de la Universidad—la constitución de la Asociación Española de Investigación para la Paz, entre los Centros que acudieron a esta convocatoria señalar: Seminario de Investigación para la Paz, Centro Pignatelli, Zaragoza; Instituto de Estudios Transnacionales (INET), Córdoba; Capítulo Español del Club de Roma, Madrid; Centro de Investigación para la Paz (CIP), Madrid; Cátedra Unesco sobre Paz y Derechos Humanos, Barcelona; Gernika Gogoratuz, País Vasco; Educadores por la Paz, Vigo; European Peace University (EPU), Universitat Jaume I. Castellón. Grupo de Educadores para la Paz del Concejo Educativo de Castilla y León, Universidad de Alicante; Sección Española de la Asociación Mundial Escuela Instrumento de Paz; Almería; y, por supuesto, el anfitrión Instituto de la Paz y los Conflictos, Universidad de Granada, en representación de cual participaron Alfonso Fernández Herrería, Francisco Jiménez Bautista, Mario López Martínez, Beatriz Molina Rueda y Francisco A. Muñoz Muñoz. Fueron elegidos, además del presidente (Vicenç Fisas. Barcelona), vicepresidente (Mariano Aguirre. Madrid) y como secretario y tesorera, respectivamente, Francisco A. Muñoz y Beatriz Molina Rueda. He hecho este excursio, que ruego al lector permita, para resaltar la presencia, desde el inicio del Instituto, no solo en la Universidad de Granada, intensa, sino en importantes eventos externos, frecuente y prestigiada.

Pero he de volver al principio que es el verdadero objetivo de esta presentación y lo he de hacer así porque tuve la oportunidad y la gran satisfacción de ser cualificado testigo en mi condición de Rector de la Universidad de Granada en aquellos años. Fecha del segundo mandato en el que, continuando con el ideal de una investigación de calidad, pluridisciplinar, internacionalizada, intensificamos nuestra política de cooperación y apoyo a los Institutos Universitarios de Investigación, como robustos ramales para conseguir los fines científicos anteriores. Sobre la sólida experiencia de algunos ya constituidos, con trayectoria de años, por ejemplo, el decano de los Institutos, el de Neurociencias Federico Oloriz (1955), Biotecnología (1989), Nutrición y Tecnología de los Alimentos (1989), Andaluz Interuniversitario de Criminología (1990), del Agua (1990), impulsamos la creación de nuevos que abrieran la puerta para completar un catálogo pluridisciplinar de esta importante y necesaria institución científica, que con máxima proyección ha colaborado en el desarrollo de la investigación y, consecuente, prestigio de la Universidad de Granada tanto en el ámbito interno como en el internacional.

En tal coyuntura, y con un bagaje previo de indudable interés en sus diversas áreas de investigación y especialidad, un grupo, multidisciplinar, comprometido con la paz, que es lo mismo que decir con el respeto a los derechos humanos, a la solidaridad o, en palabras del propio Instituto, «inquietud de un grupo de profesores de Universidad de Granada que, procedentes, de diversas disciplinas, que tuvieron como punto común el deseo de profundizar en los estudios sobre la paz y los conflictos» iniciaron, o mejor, continuaron con su actividad en seminarios, publicaciones, conferencias, testimonios docentes con el fin de lograr, bajo el objetivo de encontrar un mecanismo científico integrador que diera forma a sus inquietudes, que aunara y desarrollara una metodología adecuada a su carácter interdisciplinar y a sus diversas pretensiones investigadoras acerca de las distintas maneras de estudiar y analizar la paz y los conflictos, en la idea clave de fortalecer una correcta política de paz, alejada y enfrentada a los egoísmos individualistas y colectivos de violencia, de guerra, de desigualdad, de injusticia. Ello, dicen, y estoy absolutamente de acuerdo, «solo puede alcanzarse a través de un conocimiento multidimensional e integrador». Semejante pensamiento y manera metodológica de actuar los encaminan directamente a la solicitada creación del Instituto.

Eran tiempos, además, de florecimiento de las opciones pacifistas a nivel mundial en las que confluyen científicos, activistas, humanistas, ecologistas y grupos estructurados en la búsqueda de una verdadera cultura de la paz, en oposición clara y determinante a todo tipo de violencia y de conflicto bélico. En dichas coordenadas, el Equipo de Gobierno que presidía en

aquel momento, era vocacionalmente no solo sensible, sino comprometido y participe de esa ideología global y multidisciplinar de la paz, a los valores que esto significaba y a las prácticas sociales, como ejercicio coherente desde el ámbito universitario. La confluencia fue fácil, el empeño compartido, el trabajo en común sencillo, el apoyo a una estructura organizada, como Instituto, total, la idea y pretensión de que la Universidad de Granada tuviera un papel destacado, a través de él absolutamente compartidas—lo que en el luego inmediato y con posterioridad en toda la exitosa y comprometida trayectoria del Instituto de la Paz y de los Conflictos, ha sido y es una espléndida realidad—; gracias a las pioneras/os que en el año 1996 tuvieron la feliz iniciativa de idearlo y plantearlo.

Sobre estos parámetros y ya en el ámbito estrictamente procedimental, el tema se vio, en cumplimiento de lo establecido en los Estatutos de la Universidad de Granada, y decidió en la Junta de Gobierno celebrada el 26 de julio de 1996, cuyo punto noveno del Orden del día constaba como «Informe y eventual decisión sobre la transformación del seminario de la Paz y los Conflictos en Instituto Universitario (art. 27 de los Estatutos)»—artículo, regulador en los Estatutos originales de 1985, vigentes en 1996, para la creación de los Institutos Universitarios, en el que se incluía la manera de actuación y los requisitos mínimos a realizar, que obviamente eran cumplidos por la propuesta de creación—. En nombre del Equipo de Gobierno intervino el vicerrector de Investigación profesor González Lodeiro, que mostró el apoyo de aquél a la creación de dicho Instituto y resumió, con brillantez, la ejemplar y fructífera labor llevada a cabo por el Seminario citado, fuente esencial de la petición transformadora en Instituto, haciendo especial hincapié en el segundo de los requisitos a cubrir: su necesidad en el contexto de la Universidad de Granada. A continuación, interviene el director del Seminario y máxima referencia de todo el proyecto de creación presentado, profesor Francisco A. Muñoz que sobre otras consideraciones de vital importancia local, nacional e internacional aseveró con firmeza y realidad que la creación del Instituto supondría un paso cualitativo trascendental para desarrollar y completar la importante labor llevada a cabo por el Seminario.

Después de tomar la palabra, dada por el Rector a los profesores López Calera, Pascual y al Sr. Decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, se acordó, por asentimiento de todos los miembros, informar favorablemente la creación del susodicho Instituto Universitario y su presentación al Claustro, para el asimismo informe favorable y elevación, una vez cumplimentado lo anterior, por parte del Rector, como así hizo, para la aprobación definitiva por el Consejo Social. El Claustro se celebró el 26 de julio de 1996, y fue aprobado con posterioridad por el citado Consejo Social.

Curiosamente, el siguiente punto del orden del día de la Junta de Gobierno estuvo dedicado a la concesión de honores y distinciones de la Universidad. Se me ocurre pensar, pasado el tiempo y comprobada la magnífica trayectoria del Instituto—posiblemente también en ese trascendental momento de 1996, me llegara a la mente tal reflexión, dada mi proximidad personal e ideológica con semejantes planteamientos, mas no lo puedo certificar, mi memoria no da ya para tanto—¡qué distinción y honor, obviamente desde otra perspectiva, más próxima, realista y merecida que la de su creación!

Han pasado 25 años, muchas cosas han sucedido, más han cambiado, pero no la necesidad del compromiso por la paz, esa paz de proyección universal, de total presencia en nuestras vidas y realidades, sobre una historia dura y, a veces, demoniacamente belicosa. Por desgracia, todavía, existe un paralelismo, casi igual, con los conflictos; por ello, es preciso, en pleno siglo XXI, potenciar a una, la Paz, y neutralizar a los otros, los conflictos. Estar alerta. Como decía Erasmo de Rotterdam «la paz más desventajosa es mejor que la guerra más justa». Siempre, siempre.

¡Enhorabuena y felicidades al Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada (1996–2021)!



Los institutos universitarios de investigación: el Instituto de la Paz y los Conflictos

FRANCISCO GONZÁLEZ LODEIRO

Rector de la Universidad de Granada (2007–2015)

Vicerrector de Investigación y Relaciones Internacionales (1995–2007)

Catedrático del Departamento de Geodinámica

Presidente de la Academia de Ciencias Matemáticas, Físico-Químicas y Naturales de Granada

La Ley Reforma Universitaria (LRU) de 1983 consagró la autonomía universitaria e introdujo importantes cambios en la organización de las universidades al priorizar la estructura en departamentos frente a la estructura tradicional en facultades y cátedras.

Además concedió mucha mayor relevancia a los institutos universitarios de investigación como centros en los que se desarrollara la investigación pluridisciplinar.

Las leyes de educación promulgadas con anterioridad a la LRU contemplaban la creación de institutos de investigación en las universidades. Sin embargo, el número de institutos que se creó fue muy escaso y en la mayoría de los casos estaban vinculados al Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

A partir de la LRU, la iniciativa para la creación de estos institutos partió de grupos de investigación, de investigadores, de seminarios de investigación, de facultades, departamentos o de los equipos de gobierno de las universidades. El procedimiento establecido en la LRU y en los Estatutos de la Universidad de Granada agilizó los trámites para su creación y permitió que, una vez aprobada la propuesta por el Consejo Social, se pusieran en marcha los institutos universitarios de investigación propios de la Universidad de Granada.

Los institutos creados en la Universidad de Granada—desde mediados de los años ochenta—tuvieron distintos orígenes: de nueva planta, los creados a partir de unidades de investigación ya existentes o a partir de seminarios formados por profesores pertenecientes a diversas disciplinas.

Caleidoscopio de Carlos Villalobos

Fueron dos los seminarios que se transformaron en institutos de investigación universitarios. El Seminario de Estudios de la Mujer, creado en el curso 1984–1985, pasó a ser el Instituto de Investigación de Estudios de la Mujeres y de Género en 1995 y el Seminario de Estudios sobre la Paz y los Conflictos, creado en 1988, se constituyó en 1996 como Instituto de Investigación de la Paz y los Conflictos.

Estos dos Institutos tenían unas singularidades que los diferenciaban de los que se habían creado hasta ese momento. Las dos más importantes radicaban en la procedencia del profesorado que los integraba y en el sujeto de investigación. El profesorado que componía los seminarios procedía de áreas y campos del saber muy distintos: humanidades, ciencias sociales, de la salud y experimentales. Esta diversidad era uno de sus puntos fuertes pues hizo posible la implantación de los métodos de investigación inter y transdisciplinarios. En relación con el sujeto de investigación hay que decir que en el ámbito universitario era novedoso y, de hecho, eran muy escasos los centros universitarios especializados en investigar en estos temas. La Universidad de Granada fue, sin duda, pionera en la investigación en estas líneas de gran interés social y político.

Durante los nueve años de existencia del Seminario de Estudios de la Paz y los Conflictos realizó una intensa actividad docente, investigadora y de divulgación que se plasmó en distintas actividades: en la puesta en marcha de un programa de doctorado; en la realización de varios proyectos de investigación; en la edición de la revista «Eirene» en 1993 (junto con la Editorial de la Universidad de Granada) y en cursos y conferencias sobre la paz y la resolución de conflictos. Entre los proyectos de investigación hay que destacar los titulados *Cosmovisiones de la paz en el Mediterráneo*, financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia, y el *Resolución pacífica de conflictos en el Mediterráneo*, financiado por la Comisión Europea y cuyos investigadores principales, Francisco Muñoz y María José Cano eran, respectivamente, miembros fundadores del Seminario y posteriormente del Instituto. Se inició la publicación de monografías en la colección Eirene en las que se trataba de lo relativo a la paz, los conflictos y la violencia, desde múltiples puntos de vista. En el Seminario se plantearon las líneas de investigación sobre las teorías de la paz, el análisis de los conflictos, las relaciones entre la ciencia, la cultura, la religión y la educación de la paz. Los resultados del trabajo realizado se reflejaron en numerosos artículos publicados en revistas y monografías especializadas. Estos resultados fueron posibles por la reunión de profesores e investigadores de distintos ámbitos del conocimiento que estudiaban los procesos de paz, siempre complejos, desde diversas perspectivas. La interdisciplinariedad y transdisciplinariedad han estado siempre presentes primero en el Seminario y después en el Instituto.

El proyecto de Instituto estaba precedido por un amplio trabajo que daba consistencia a la propuesta de su creación y se edificó sobre unos cimientos sólidos que hacían prever que los objetivos que perseguían eran verosímiles, tal como el tiempo ha demostrado. Así lo entendieron la Junta de Gobierno y el Claustro Universitario que aprobaron la propuesta por unanimidad.

Los objetivos del Instituto durante sus 25 años de existencia han estado dentro de las directrices, declaraciones y resoluciones de organismos nacionales e internacionales que inciden en los derechos humanos y su desarrollo, la igualdad, la justicia y la cultura de la paz entre otros y en consonancia con las líneas de investigación establecidas en los programas marco de la Unión Europea y en los planes de investigación de los gobiernos español y andaluz.

Entre los objetivos más específicos destacan los relacionados con la divulgación y la educación para la paz, como lo atestigua el papel protagonista que el Instituto ha jugado en la confección del el Máster Interuniversitario Andaluz en Cultura de Paz, Conflictos, Educación y Derechos Humanos.

Durante los periodos en que fui vicerrector de Investigación y Relaciones Internacionales y más tarde rector, recuerdo la participación de miembros primero del Seminario y después del

Instituto en programas de máster, conferencias, reuniones científicas, proyectos de investigación con países europeos, países árabes, Israel y de Latinoamérica, en especial con México y Colombia para la formación de doctores en la gestión de conflictos. Todo ello ha supuesto una gran proyección para nuestra Universidad.

La Universidad de Granada ha sido siempre una institución muy implicada con la paz y una prueba de ello es tener en su nómina de doctores honoris causa a personas comprometidas con la paz desde ópticas muy diferentes. Desde el ámbito político están los premios nobel Willy Brandt, nombrado en 1986, con su concepto de paz activa y Norman Ernest Borlaug, nombrado en 2005, por su propuesta de la revolución verde y por su contribución a la producción de alimentos y a la disminución del hambre en el mundo. Otras personalidades como el rector Federico Mayor Zaragoza, nombrado en 2001, por su propuesta de cuatro nuevos contratos (social, medioambiental o natural, cultural y por último el *contrato moral o ético*) que conllevan el respeto a todas las culturas, el rechazo a la violencia y en definitiva a una cultura de paz. También Aziza Bennani, nombrada en 2017, embajadora del Reino de Marruecos en la Unesco, entre 1999 y 2011, defensora del Diálogo Intercultural.

La creación del Seminario de Estudios de la Paz y los Conflictos y del Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos fue, en aquel momento, una apuesta innovadora sin precedentes en las universidades españolas y europeas, que ha permitido que la Universidad de Granada colabore con diversas instituciones nacionales e internacionales entre las que destacan las situadas en el Mediterráneo y en América Latina.

Solo me queda felicitar a todos los miembros que fueron y que son del Instituto por su trabajo y dedicación en una temática tan importante y comprometida y animarles a continuar con el mismo entusiasmo que han tenido hasta ahora.



El Instituto de la Paz y los Conflictos en la Universidad de Granada

ENRIQUE HERRERA VIEDMA

Vicerrector de Investigación y Transferencia

Catedrático del Departamento de Ciencias de la Computación e Inteligencia Artificial, Universidad de Granada

Escribir sobre el Instituto de la Paz y los Conflictos supone para mi, como investigador y universitario una gran satisfacción, máxime cuando nuestra Universidad celebra con júbilo y orgullo el veinticinco aniversario de su creación. El objetivo de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura es el de contribuir a la paz y a la seguridad, fortaleciendo mediante la Educación, la Ciencia y la Cultura la colaboración entre las naciones, con el fin de asegurar el respeto universal a la justicia, a la ley, a los derechos humanos y a las libertades fundamentales. Por su parte la Asamblea General de las Naciones Unidas, hace un llamamiento a todos los agentes del ámbito nacional, regional e internacional para promover una Cultura de la Paz, por medio de la Educación e Investigación. En este contexto la Universidad de Granada, institución de férrea voluntad en la igualdad, el entendimiento y la cooperación, apoya el trabajo, dedicación y esfuerzo de todos los miembros del Instituto, puesto que la paz no es sólo la ausencia de conflictos, sino que requiere, además, un proceso dinámico, positivo y participativo para el diálogo. Cuestión esta que hace conveniente y necesaria toda la actividad llevada a cabo en nuestra Institución.

El Instituto Universitario de la Paz y los Conflictos (IPAZ-UGR) es un centro dedicado a la investigación científica y técnica y a la docencia especializada, a través de programas de posgrado. Las líneas de investigación que presenta como cultura y educación para la paz, conflictos y construcción de paz, vulnerabilidad e intervención para la paz o derechos humanos, entre otras, suponen un progreso necesario para la disminución de los conflictos, el respeto, el entendimiento mutuo y la cooperación internacional, entre las instituciones y la



Petra de Jesús Conde



sociedad civil. Es, sin duda, un centro de referencia a nivel nacional e internacional, que acoge a numerosos grupos de investigación y a investigadores e investigadoras de diferentes ámbitos de conocimiento para potenciar la multidisciplinariedad y la investigación de excelencia. Se sitúa en una posición relevante en nuestros centros singulares de investigación, impulsando el compromiso científico y la transferencia de conocimientos a través de proyectos de investigación competitivos liderados por miembros del Instituto, lo que supone un incremento de la valía y excelencia de los mismos. He de destacar, como muestra de la intensa actividad que realizan, algunos proyectos como el de Investigación I+D+I, sobre «Procesos de reinserción socioeducativa y acompañamiento a reclusas en semilibertad»; el de la Unión Europea con fondos Feder sobre Las mujeres y los discursos de paz. Orígenes y transformaciones en las sociedades occidentales; el de European Union (Research and Innovation Action), H2020 Project: *Retopea: religious toleration and peace. Promoting religious peace and tolerance through history*; el MIICT sobre *Information and communication technologies – enabled public services for migration*; o el Proyecto I+D+I sobre Comportamiento proambiental y bienestar subjetivo: hacia un desarrollo sostenible, entre otros.

No se puede sino reconocer la labor, el trabajo, el esfuerzo, el compromiso y la dedicación de cada uno de los miembros del Instituto a nuestra actividad científica enfocada al fortalecimiento de las instituciones democráticas y a la promoción de la tolerancia y la solidaridad, base fundamental para el desarrollo de las acciones de paz y concordia mundial.

El Vicerrectorado de Investigación en su decidida apuesta por el fomento de la investigación científica de excelencia, así como por la difusión y comunicación de los resultados de la innovación, mantiene una especial atención en forma de apoyo y colaboración con los institutos de investigación, semilla fundamental para el desarrollo de ese robusto árbol de nuestro quehacer científico y tecnológico que tantos y tan excelentes frutos nos da, al colocarnos en situaciones privilegiadas a nivel mundial. La divulgación científica que hace el IPAZ-UGR, es sin duda un valor añadido. Apoyamos la importante función que desempeñan todas las publicaciones en la promoción de una cultura de paz. La Revista de Paz y Conflictos, de la Editorial Universidad de Granada, es una publicación de referencia en este ámbito, indexada en las más prestigiosas bases de datos; igualmente la colección de monografías sobre la paz, la violencia, y los conflictos, Eirene, ha sido impulsada por el Instituto para recoger resultados de investigación sobre estos temas.

El IPAZ-UGR fortalece y promueve el progreso en forma de concordia, de solidaridad entre los pueblos, de igualdad, de compromiso por un mundo mejor, por una sociedad más actuante por la paz, dirigido hacia un arreglo pacífico de los conflictos que aúne el conjunto de valores que se integran en el respeto entre los pueblos, en su afán de vivir en libertad y en una sociedad de bienestar, en la que las ciudadanas y ciudadanos sean la referencia de todas las actuaciones y de todas las políticas; en nuestro caso, desde la ciencia, desde el saber, desde el impulso científico y el apoyo a la investigación de calidad. Desde aquí mi más sincera enhorabuena a todos los investigadores e investigadoras que con su esmerado trabajo y relevantes resultados han conseguido que el Instituto sea hoy un centro necesario y de referencia en nuestra Universidad y para nuestra sociedad.

La cultura material de la paz y la práctica de la Arqueología

MARGARITA SÁNCHEZ ROMERO

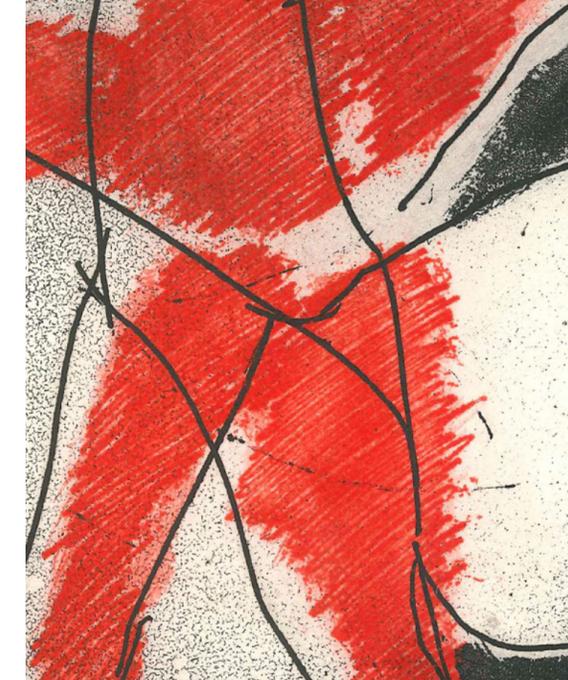
Vicerrectora de Igualdad, Inclusión y Sostenibilidad

Catedrática del Departamento de Prehistoria y Arqueología

Miembro del Instituto Universitario de Investigación de Estudios de las Mujeres y de Género, Universidad de Granada

Yo llegué a los estudios sobre paz y conflictos como he llegado a tantas cosas en mi vida, gracias al feminismo. En el año 2003 entré a formar parte de un proyecto titulado Las Mujeres y la Paz. Génesis y Evolución de Conceptualizaciones, Símbolos y Prácticas dirigido en sus primeros momentos por Cándida Martínez y posteriormente por M^a Dolores Mirón. Este proyecto tenía como objetivo analizar tanto la relación de las mujeres con el concepto de paz como las prácticas pacíficas de las mujeres; investigando, desde la perspectiva de género, los mecanismos que han llevado históricamente a asociar ciertos conceptos y pautas de comportamiento relacionados con la paz y la violencia a uno y otro sexo. Llegaba con la candidez, el convencimiento y el empuje de haber descubierto, solo un poco antes, la capacidad transformadora que el feminismo y los estudios de las mujeres y del género tienen sobre la ciencia y de haber decidido que, si algo iba a marcar mi trayectoria científica como arqueóloga era haber hecho precisamente ese «descubrimiento».

Este proyecto del que formaban parte tanto investigadoras del Instituto de Estudios de la Mujer (hoy Instituto Universitario de Estudios de las Mujeres y de Género) como del Instituto de la Paz y los Conflictos me permitió profundizar en la idea de la disciplina arqueológica como un poderoso instrumento de transformación social. Pero, sobre todo, me sirvió para acercarme a otras investigadoras e investigadores que desde otras disciplinas me abrieron posibilidades de conocimiento tanto intelectual como emocional que han marcado mi trayectoria desde entonces. Me resulta imposible hablar de mi experiencia en los estudios de paz sin hablar de



Detalle: **Amán** de Francisco Izquierdo



la influencia de Francisco Muñoz y su concepto de paz imperfecta y sobre todo, del convencimiento del necesario giro epistemológico en cualquier disciplina, que yo aún intento aplicar a las formas de hacer Arqueología.

Desde la periferia del Instituto de la Paz y los Conflictos he sido testigo privilegiada y participante en mayor o menor medida de muchas de sus actividades. Ahora que celebramos el 25 aniversario de su creación como institución, recuerdo mi participación en la comisión que preparó en 2007 la exposición titulada 20 Años de Investigación para la Paz a través de sus Imágenes, que recordaba cómo en el curso 1987-88 se pusieron las bases de lo que hoy es el Instituto. Igualmente, y consolidando las sinergias entre la paz y las mujeres, mis compañeras Elena Díez Jorge, M^a Dolores Mirón y yo misma organizamos en el año 2008 el seminario internacional Mujeres y Paz. Teoría y Prácticas de una Cultura de Paz del que aún recuerdo emocionada los debates con las y los participantes. Especial remembranza tengo de Vicent Martínez y nuestra charla sobre el estatuto epistemológico que tiene la honestidad en la investigación. De ese encuentro nos queda como cultura material, tan arqueológica, el volumen *Género y paz*.

Para mí, incluir la Investigación para la Paz en la investigación sobre las sociedades del pasado, supone el compromiso de aportar instrumentos teóricos y metodológicos que puedan ser aplicados a la resolución de los conflictos, inherentes e inevitables en todas las sociedades y, sobre todo, a la capacidad de hacerlo de forma violenta o pacífica.

En Arqueología se ha debatido mucho sobre la violencia y la guerra. Desde visiones pacíficas, en algunas ocasiones algo naïfs, por las que las sociedades vivirían prácticamente sin ejercer la violencia física, se ha pasado en los últimos años a un interés por la guerra, motivado en buena parte por los conflictos bélicos que se produjeron en los años 90 en pleno corazón de Europa. Estos hechos llevaron a reflexionar sobre cómo y por qué aparece la violencia, y cómo afecta la guerra al desarrollo (incluso el avance) de las sociedades, llegando a considerarla como uno de los motores de la historia. Convertimos la anécdota en lo habitual, y así la excusa de nuestro presente la tenemos en el pasado, siempre hemos ejercido la violencia.

Pero la Arqueología como práctica científica también ha servido para justificar determinadas desigualdades y violencias estructurales convirtiendo las relaciones humanas en situaciones de dominación, exclusión y marginalización de quienes son diferentes. Así por ejemplo, la Arqueología que se inicia como ciencia en la segunda mitad del XIX y que es testigo del inicio de los procesos de descolonización, ayuda a sustentar, en cierto modo, la tesis de que las poblaciones contemporáneas con condiciones económicas y sociales similares a las de la Prehistoria son tan salvajes o primitivas como éstas y por tanto necesitan ser civilizadas. El binomio prehistórico-salvaje justifica la colonización de esas poblaciones que están en tránsito a ser como las nuestras.

En cualquier caso, quizá una de las desigualdades que la Arqueología más ha ayudado a sostener tiene que ver con las relaciones entre hombres y de mujeres en base a una serie de presupuestos relacionados con las actividades que hace cada uno y el valor asignado desde el presente a esas actividades. El ejemplo más claro lo tenemos con el hombre cazador y sus múltiples facetas: la caza como el motor de la evolución humana, el hombre como proveedor, el hombre que (debido a la caza) genera arte, etc. De esta forma las características y capacidades biológicas de la especie humana se definen en relación al cuerpo masculino; el dominio de cierto tipo de tecnologías, el pensamiento abstracto, la capacidad de comunicación avanzada..., en general, la creatividad y la innovación son cualidades que se asocian a lo masculino. Por otro lado, se contraponen a aspectos negativos para las mujeres, que conllevan que determinadas opiniones actuales en relación a las mujeres se consideren originarias o naturales, por ejemplo que la biología femenina es un complemento de la especie definido exclusivamente por la reproducción o por la sexualidad; que las mujeres poseen un escaso control de la tecnología compleja y que

son conectoras e innovadoras tan sólo de una tecnología secundaria, o que tienen un papel dependiente y pasivo en las formas de organización social.

Afortunadamente esa misma disciplina que ha ayudado a sostener y reforzar estereotipos ha desarrollado en los últimos años nuevas perspectivas de análisis de las sociedades del pasado demandadas en muchas ocasiones por la propia sociedad: los estudios arqueológicos sobre el género, la edad, la paz, los conflictos, los movimientos migratorios o los procesos de resistencia y resiliencia de los grupos humanos van en esa línea. Sobre todo, debemos entender que hacer este tipo de arqueología crítica no es más subjetivo que la que se hace desde otras perspectivas ideológicas o políticas de forma más o menos explícita. De esta forma ahora debemos contemplar mecanismos como la solidaridad como característica básica originaria para que cualquier tipo de relación humana funcione, especialmente en lo que se refiere a procesos como la evolución humana; igualmente podemos empezar a plantearnos el desmitificar la aparición e institucionalización de la guerra como un elemento clave en la comprensión de los procesos de complejidad, jerarquización y, principalmente de éxito, de las distintas comunidades.

Pero sobre todo, el acabar con las violencias asociadas a las desigualdades entre mujeres y hombres pasa por entender que el bienestar, la cotidianeidad o la cohesión social constituyen las estrategias más frecuentes y exitosas, aunque también las más invisibles, para la resolución de conflictos. Así, el concepto de actividades de mantenimiento se revela como un nuevo modo de entender el trabajo en los grupos humanos, actividades que garantizan la reproducción del sistema económico de cualquier sociedad e imprescindibles para la reproducción del sistema socio-económico. Todas estas actividades se desarrollan en la escala de la cotidianeidad y son las que garantizan los vínculos básicos que mantienen la cohesión grupal. Trabajos relacionados con la preparación de alimentos, el cuidado de las criaturas, las personas enfermas o de avanzada edad, el mantenimiento de los espacios, la socialización y el aprendizaje. Trabajos requieren una serie de habilidades técnicas y un cúmulo de experiencias y conocimiento que producen innovaciones y cambios y que no han sido valoradas por los discursos históricos. Y que tan importantes se han revelado en los últimos meses.

Ésta, como otras muchas investigaciones, reflexiones y giros en la generación de conocimiento desde muchas otras disciplinas, es deudora del trabajo realizado por decenas de personas en el Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada a lo largo de los años. Vaya mi reconocimiento a todas ellas por su capacidad de inspirar a las demás.



El productivo encuentro con el Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada

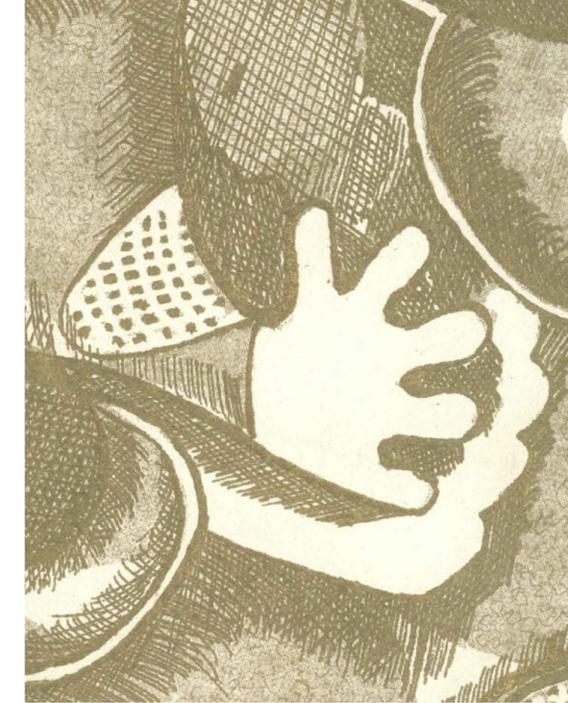
ADOLFO A. ÁLVAREZ R.

Profesor Titular

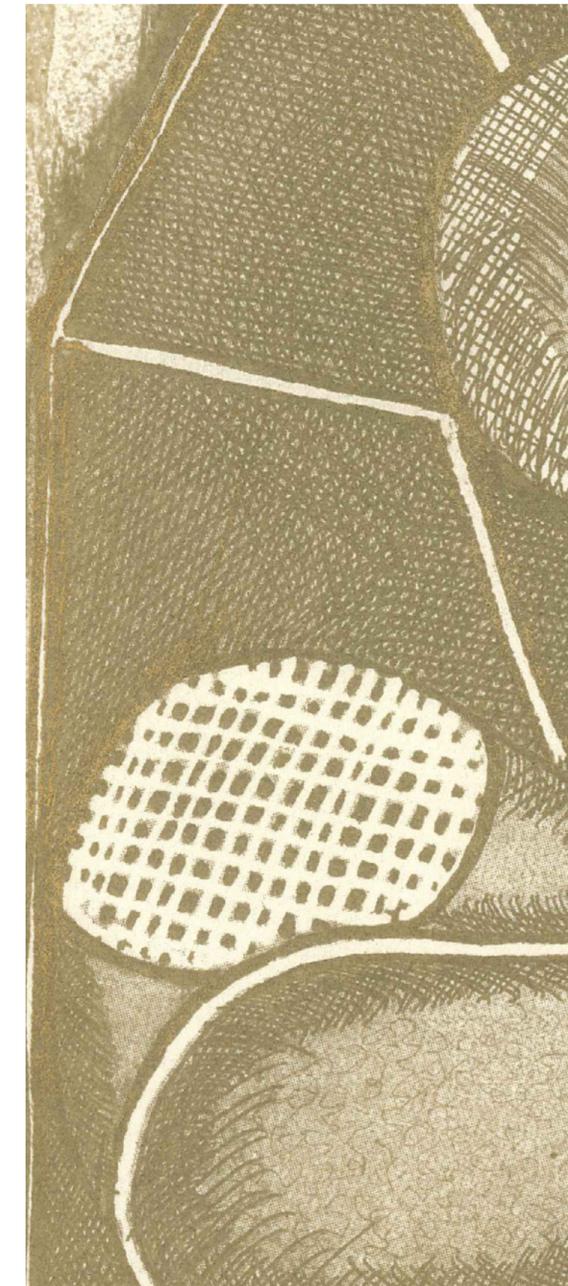
Director del Instituto de Investigación e Intervención para la Paz Universidad del Valle (Cali, Colombia)

Mi relación y productivo encuentro con el Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada, se remonta al año 2013, cuando siendo director de Regionalización de la Universidad del Valle, la rectoría me pidió coordinar la puesta en marcha del Convenio de Cooperación entre las dos Universidades, que con el apoyo de la Asociación Iberoamericana de Postgrados—AUIP—, se proponía la formación doctoral en el campo de los estudios de paz. El Convenio tenía como responsable académico al Instituto de Paz y conflictos, de la Universidad de Granada, en cabeza de su fundador, el doctor Francisco Adolfo Muñoz, quien con un equipo de docentes del Instituto, desarrollo como programa y fase inicial, en la Universidad del Valle, en Cali, el Curso de Experto en Gestión de la Paz y los Conflictos que se celebró durante los meses de abril y mayo de 2013. Asistimos a este curso 35 personas entre docentes de nuestra universidad y colegas de otras instituciones del país, así como algunos funcionarios públicos que trabajaban en la Oficina de Gestión de Paz del Valle del Cauca. De este grupo 20 docentes recibieron apoyo para iniciar sus estudios de doctorado en la UGR, apoyados por la AUIP, a partir del año 2013, de los cuales a la fecha han tenido su título de doctor(a), siete colegas.

En el proceso del curso, se tejió una relación profunda de amistad y de colegaje, con Francisco Muñoz, Paco para todos y todas y con Juan Manuel Jiménez, construida en torno a una amplia discusión sobre el campo de los estudios de paz y particularmente sobre la perspectiva de la paz imperfecta y el llamado al giro epistemológico hacia la paz, en línea con la propia idea de uno de los socios y referente del trabajo del Instituto, el gran Vicent Martínez. No era un asunto de poca monta, en particular en Colombia y en una de las Universidades emblemáticas en los estudios sobre la violencia y el con-



Por favor, Paz de Dolores Montijano



flicto. En efecto varios de sus docentes lideraron los estudios sobre la violencia, tanto que en algún momento en nuestro contexto se habló de los *violentólogos* y varios, entre quienes me cuento, realizamos trabajos de política pública si bien desde una perspectiva de promoción de los derechos humanos y la democracia, manteniendo una matriz epistemológica propia de la *violentología*.

El curso de Experto y la estrecha relación intelectual, académica y humana, con Paco y el IPAZ-UGR se dio, en el momento de inicio de las negociaciones de paz entre el Gobierno Colombiano, encabezado por el expresidente, Juan Manuel Santos y la antigua guerrilla de las FARC; se trató de una feliz y también «no fortuita» coincidencia, pues varios de nosotros veníamos del activismo por la paz y la promoción de la negociación pacífica del prolongado y degradado conflicto colombiano. De tal forma que las discusiones y las reflexiones planteadas por Paco y sus colegas, se convirtieron en un potente apoyo y fundamentación desde la perspectiva del «campo» y del «giro», entendiendo que si «queríamos la paz», no sólo debíamos prepararnos para la paz, sino aplicar al activismo en el que ya teníamos tradición, un ejercicio sistemático de reflexión, investigación e intervención desde el campo y la metodología propia de los estudios de paz.

Paco no dudo al final del curso de expertos(as), seguramente leyendo y captando la necesidad profunda del «giro», en ese animado y comprometido grupo de profesionales y profesores/as participantes, con la complicidad de las voces de Juan Manuel Jiménez y Carlos José Herrera, en proponernos crear un Centro de Estudios para la Paz y los Conflictos, al cual se ofrecía todo el apoyo desde el IPAZ-UGR. En ese momento no lo vimos posible y apuntamos a dar inicio a un programa de trabajo, que a partir de la iniciativa de varios de los ahora expertos/as, logró el apoyo de la rectoría en el 2016; no obstante, rápidamente y con el apoyo de la Rectoría y la Vicerrectoría de Investigaciones, nos pusimos desde el año 2017 en la tarea de crear el Centro, que con la participación de colegas de grupos de investigación de distintas Facultades e Institutos Académicos de la Universidad, devino en Instituto de Investigación e Intervención para la Paz, adscrito a la Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle, creado en diciembre del año 2019 por el Consejo Superior de la Universidad.

Entre tanto en estos años, sea como Programa Institucional de Paz y más recientemente como Instituto de Investigación e Intervención para la paz, el trabajo, las discusiones y los aportes que comenzamos a plantear en diversos ejercicios de reflexión, formación y proyección desde la Universidad, se nutrieron en forma amplia del enfoque de Granada y de las ideas centrales de la matriz de análisis del conflicto y del giro hacia la paz. En particular encontrando en la mirada de la paz imperfecta, una categoría potente incluso para leer y entender de otra forma el propio proceso de paz—que desarrollado durante largos seis años (dos en fase secreta y cuatro en fase pública), en la Habana, sería firmado en el teatro Colón de Bogotá, luego del plebiscito en el que el No a los acuerdos, derrotó por un estrecho margen al Si.

Por razones que merecerían un texto aparte y que aquí solo se presentan en forma sucinta, la noción de una paz imperfecta, como la que podría tipificar la negociación realizada en Colombia entre el Gobierno y la guerrilla de las FARC, se tomó el escenario del debate, y dio argumentos en parte a sus defensores¹ y también a sus críticos. En efecto, en esencia no sólo por tratarse de una paz *incompleta*, al decir de muchos por no incorporar al Ejército de Liberación Nacional ELN, agrupación con la cual el mismo gobierno Santos intentó infructuosamente de avanzar en una negociación. Sino porque esos Acuerdos hacen parte de un proceso, de un proceso de deconstrucción parcial de diversas violencias y también porque en medio de ella se abrieron espacios de paz, que no niegan la persistencias de formas de violencia directa, especialmente ensañada en el asesinato de líderes sociales, excombatientes y defensores de derechos humanos y ambientalistas, en estos años de postacuerdo. En este caso concreto la misma construcción de la paz—con toda sus limitaciones—se ha convertido en un terreno

más de disputa; tal vez lo novedoso es que la disputa ya no se centra tanto sólo en la violencia misma, sino en qué tanto avanza la paz y el grado en que cada actor cumple y es consecuente, de un lado el Gobierno como responsable de apoyar las instituciones surgidas del Acuerdo: la Justicia Especial para la Paz—JEP—y la Comisión de la Verdad—CV—, los Planes de Desarrollo Territorial, y de otro, el actor insurgente firmante de los Acuerdos.

En la perspectiva de la matriz, además se ha hecho evidente la fuerza del empoderamiento y del agenciamiento pacifista como principal rasgo de este proceso y la presencia en los territorios más golpeados por el conflicto, de fuerzas sociales e instituciones que trabajan por la paz y la implementación de los Acuerdos, cuya síntesis desde lo local la idea fuerza de paz territorial, construida como parte de ese proceso de paz imperfecta, ha involucrado además de gobiernos municipales y departamentales, a otras instituciones públicas, a empresas, universidades y a las comunidades. Pero también se expresan y especialmente con repertorios violentos, grupos y fuerzas que se resisten a la plena vigencia de los Acuerdos, en temas como la sustitución de cultivos y la mayor autonomía de las comunidades, campesinas, afro e indígenas.

El tema del empoderamiento pacifista fue objeto precisamente del Seminario Iberoamericano de Empoderamiento Pacifista, realizado entre el 18 y 19 de septiembre de 2014, organizado por el IPAZ, en Granada, y en el que se dio inicio a la conformación de la Red Iberoamericana de Investigación de la Paz Imperfecta (RIIPI). El asunto sigue siendo para nosotros, en Colombia, de gran relevancia, ante la propensión a hallar justificaciones a la violencia directa, desde todos los lados, y sobre todo mediante miradas que simplifican y reducen los factores y condiciones que incentivan el uso de repertorios violentos, en primer lugar desde el propio estado, pero también desde algunos sectores que lo confrontan, desde una matriz que por definición apunta a «agudizar las contradicciones» y a mostrar el «carácter violento del estado y las autoridades». La fase actual de conflictividad y violencia, que ha hecho eclosión en la Colombia postpandemia, ha reactivado el debate sobre la centralidad de la paz y la necesidad de avanzar hacia la paz, desde la paz misma y desde los recursos de la no-violencia y las diversas formas de resistencia pacífica. Habría que insistir en que, esta coyuntura explosiva, se ha caracterizado por la masiva y profunda movilización pacífica, y por las expresiones muy diversas por encontrar caminos de transformación pacífica de la conflictividad y la violencia, a través de procesos de diálogo y acuerdo en diferentes niveles. En todas estas lecturas, que venimos discutiendo entre colegas del Instituto y con actores diversos, está el espíritu y la mirada del análisis desde la complejidad, viendo la dialéctica de fuerzas que construyen paz o también salidas violentas desde las propias miradas y construcciones sobre la conflictividad, en la que se evidencia el peso no despreciable de la «cultura de paz y del conflicto», arraigada en la sociedad. Se trata de ideas y discusiones que siempre nos remiten a la *Escuela de Granada*, que nos sirve de referencia pero también a la que esperamos aportar desde nuestro propio trabajo de investigación, reflexión e intervención. Por tanto, deseamos que esta estrecha colaboración nos permita celebrar el primer cuarto de siglo de nuestra existencia junto a la media centuria del IPAZ-UGR.



Pensando y haciendo las paces para un mundo mejor

ANA BARRERO TÍSCAR

Presidenta de la Asociación Española de Investigación para la Paz (AIPAZ)

Es para mí un honor participar en este libro que se publica con motivo de los 25 años del Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada (IPAZ).

Quisiera felicitar a todas las personas que durante estos 25 años han pensado y hecho las paces desde la Universidad de Granada. A los hombres y mujeres que hace 25 años, entre ellos, mi querido amigo y maestro Paco Muñoz, tuvieron el deseo y compromiso de crear este Instituto para analizar la paz y los conflictos para un mundo mejor. Y a los y las que actualmente continúan trabajando en él para construir una sociedad más justa, equitativa, solidaria, sostenible y pacífica.

Agradezco enormemente a su director, Juan Manuel Jiménez, y a los miembros del Comité Organizador que me hayan invitado a participar y compartir este espacio de trabajadores y trabajadoras por la paz.

Hablar del Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada, es hablar de una institución referente de los estudios de paz. Y no sólo en España, sino, también, a nivel global. Especialmente de América Latina. He tenido la oportunidad de viajar a congresos, jornadas, etc. en diferentes países latinoamericanos y he podido ver con gran satisfacción cómo las reflexiones, investigaciones y debates del IPAZ están muy presentes en los trabajos y estudios de los investigadores e investigadoras para la paz de estos países.

En España la aparición de la Investigación para la Paz estuvo condicionada por la Guerra Civil y la dictadura, y no fue hasta la transición democrática cuando empezó a aparecer un movimiento pacifista sólido. En los años posteriores a su aparición, el pacifismo español reunió a activistas e intelectuales de diversos ámbitos, que promovieron debates y análisis sobre la paz, los conflictos y la violencia desde distintas perspectivas. La Universidad de Granada no permaneció ajena a las circunstancias que generaron estos debates y un grupo de



Royo y Negro de Eva V. Galán



profesores interesados en profundizar en la Investigación para la Paz impulsaron la creación, en 1988, del Seminario de Estudios para la Paz y los Conflictos, que en 1996 pasó a ser el Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos.

Desde entonces el IPAZ viene investigando, enseñando y difundiendo la paz. Conceptualizando la paz desde la interdisciplinariedad y la transdisciplinariedad. Trabajando con rigor científico haciendo confluír las distintas excelencias académicas para deslegitimar la violencia y mostrar que hay otras vías para gestionar los conflictos. Desarrollando nuevos enfoques para abordar la multicausalidad de los conflictos, la violencia y la paz con importantes aportaciones como la paz imperfecta, de la que Francisco Muñoz ha erigido un marco epistemológico. Entendiendo la paz no como algo perfecto, acabado y perpetuo, sino como un proceso dinámico, inacabado y en transformación. La paz que se practica y ejerce en contextos de violencia. La paz que se hace en situaciones cotidianas e improbables. Esas pequeñas (o grandes) paces en las relaciones humanas como las «hebras de paz viva» de las que nos habla Juan Gutiérrez. La paz no como meta, sino como cultura, como señala Carmen Magallón. Y cultura viene de cultivo, por tanto, la paz hay que cultivarla, trabajar su tierra día a día en cada espacio y momento.

Para ello es necesario huir del enfoque *violentológico* y mirar la paz con otros ojos, desde otra perspectiva, valorándola y visibilizándola. *Pensar la paz desde la paz*, para lo que es necesario el giro epistemológico propuesto por Vicent Martínez Guzmán, que nos plantea que si queremos la paz debemos prepararnos para la paz.

Otra de las aportaciones del IPAZ que personalmente considero muy importante es la del empoderamiento pacifista. En mi trabajo de tesis, analizando las alfabetizaciones múltiples para una cultura de paz, propongo el empoderamiento a través del uso de la información para el desarrollo de una ciudadanía global que promueva la transformación social. Comentándolo con Paco Muñoz me puntualizó que era una buena propuesta pero tendría que ser un empoderamiento pacifista, que permitiera transformar las realidades pacíficamente. Es decir, reconstruir una concepción pacifista del poder.

Porque empoderamiento hace referencia a la adquisición y fortalecimiento de capacidades de las personas, lo cual les genera confianza y seguridad para dirigir su propia vida. Pero ese fomento de capacidades que permita conocer la realidad y los problemas tanto de la sociedad en la que se vive como de la de otros lugares, comprenderla y adquirir el compromiso y la responsabilidad para cambiarla a través de acciones concretas, tiene que ser pacifista.

Para ello es necesario asumir la concepción antropológica del ser humano desmarcada de la inevitabilidad de la violencia, enfatizar en las capacidades y potencialidades que tenemos las personas para transformar los conflictos por medios pacíficos y no violentos. Como nos recuerda, a menudo, Federico Mayor Zaragoza, utilizar los recursos, las experiencias y las capacidades distintivas de la especie humana para transformar las culturas de imposición, intolerancia y violencia por culturas de diálogo, solidaridad, entendimiento y paz.

En el IPAZ trabajan desde la teoría y la práctica para imaginar y crear culturas para hacer las paces. Y lo hacen, entre otras formas, fomentando e impulsando redes para la paz. De esta manera, para favorecer la articulación y colaboración entre los distintos centros que trabajan la paz y los conflictos en el Estado español se constituyó en la sede del Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada, el 31 de mayo de 1997, la Asociación Española de Investigación para la Paz (AIPAZ), con el objetivo de analizar la paz y los conflictos desde una perspectiva multidisciplinar que abarca la eliminación de las distintas formas de violencia, la promoción de la justicia, el respeto de los derechos humanos, el desarrollo sostenible, la transformación pacífica de los conflictos y la construcción de la paz. A partir de ese momento AIPAZ se convirtió en el espacio de encuentro, debate y reflexión de los centros de paz, donde el Instituto de la Paz y los Conflictos ha tenido una presencia constante y una actividad fundamental, contribuyendo de manera determinante a los debates, análisis y reflexiones de la agenda de

paz estatal y de los distintos territorios. Y su presencia en AIPAZ no solo ha sido y es importante por sus aportaciones conceptuales e intelectuales, por los saberes, sino, también, por las relaciones personales de amistad, cariño, calidez, y cuidados, por los sentires y quererres, que han contribuido a crear la gran familia que es hoy AIPAZ.

El Instituto de la Paz y los Conflictos se ha ido consolidando institucionalmente elaborando nuevas visiones y discursos, ampliando marcos conceptuales, teorías y prácticas de los estudios de paz. Vinculando su agenda con la agenda nacional e internacional de la Investigación para la paz y a los nuevos retos y temas de estudio. Y ha colaborado en la propuesta de ejes de la investigación para la paz en España. Su extensa experiencia y recorrido le permite afrontar nuevos retos y aportar propuestas a los problemas locales y globales, como la pandemia de la COVID-19. Momentos como el actual constatan la importancia y necesidad del trabajo de instituciones como el IPAZ y su relevante aportación en nuestras sociedades cada vez más complejas, plurales, diversas y cambiantes.

Las personas y organizaciones que trabajamos por la paz tenemos la responsabilidad de preocuparnos y ocuparnos en hacer las paces fortaleciendo la convivencia y los cuidados frente al miedo y la desconfianza. Trabajando por una «Nueva Agenda Humana» orientada por los valores de la cultura de paz y que no deje a nadie atrás.

Sigamos el ejemplo de Paco Muñoz y dediquemos nuestra vida a pensar y hacer las paces «con el amor a cuestas», para un mundo más justo y pacífico.



El Instituto de la Paz, imprescindible en la investigación y Universidad contemporánea

CÁNDIDA MARTÍNEZ LÓPEZ

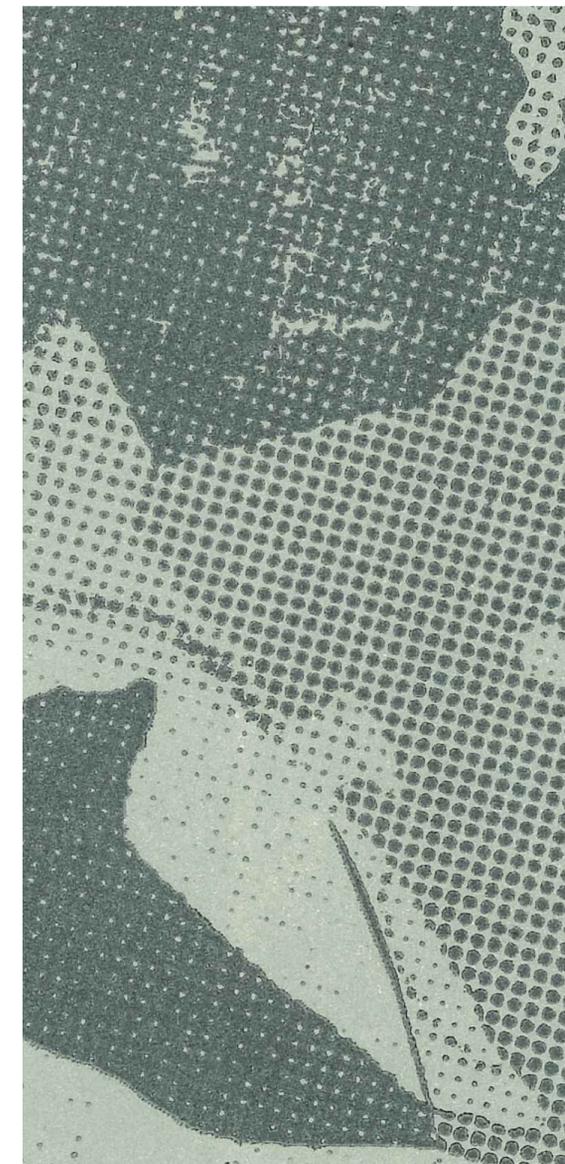
Consejera de Educación de la Junta de Andalucía (2000–2008)
Catedrática del Departamento de Historia Antigua
Miembro Fundadora del Instituto Universitario de Investigación de Estudios de las Mujeres y de Género, Universidad de Granada

Me llena de emoción que hayáis querido contar conmigo para celebrar los 25 años del Instituto de la Paz y de los Conflictos de la Universidad de Granada, pues, aún sin pertenecer a él, mi trayectoria vital, académica e intelectual también ha estado ligada a la suya. Es más, no puedo pensar la Universidad de Granada de estas últimas décadas sin dicho Instituto. ¡Que gran acierto pensarlo, ponerlo en marcha, consolidarlo en estos años ¡Enhorabuena por estos veinticinco años y, sobre todo, por ser capaces de poner en pie una investigación tan necesaria para el mundo de hoy y para una Universidad que quiere imbricarse y dar respuesta a los problemas, necesidades y expectativas de la sociedad en la que vive!

He estado unida a este Instituto desde sus mismos orígenes. Tuve la suerte de vivir de cerca los primeros pasos de aquel Seminario de la Paz, allá por el año 1988, que seguía la senda iniciada unos años antes por el Seminario de Estudios de las Mujeres, al que he dedicado buena parte de mi vida académica. Compartíamos compromiso, lenguajes y aspiraciones; hablábamos de proyectos y dificultades, de ambiciones intelectuales y de la necesaria renovación del pensamiento que regía los análisis históricos y sociales. Nos unía la inquietud intelectual de incorporar a nuestra Universidad de los años 80 las nuevas líneas de investigación, las perspectivas teóricas y metodológicas que se abrían paso en muchas Universidades extranjeras. Nos hermana-



Querida Revolución de Julio Juste



ba el deseo de contribuir desde la investigación a una sociedad más igualitaria, más justa, más pacífica. Se trataba de abrir, a veces a tientas, caminos hasta entonces inexplorados en muchos campos del saber para que la investigación no fuese ajena a los retos que el conocimiento humano tenía y tiene planteados en este tiempo, contribuyendo a articular nuevos presupuestos, valores, teorías y metodologías que ayudasen a hacer frente a los mismos.

Las instituciones, en este caso el IPAZ, se piensan y surgen cuando hay condiciones para ello. Y entonces las hubo. Personas capaces de imaginarlo, pensarlo y llevarlo a cabo; una Universidad abierta a nuevos proyectos, e ideas innovadoras que lo sustentaban y avalaban. En pocos campos del saber se ha dado un salto tan importante y tan rápido como el que se produjo en el Instituto de la Paz de la Universidad de Granada, hasta convertirse en referente nacional e internacional y ejemplo a seguir por tantos otros Institutos e instituciones de investigación de la paz. La dedicación, compromiso y visión de futuro sobre el papel de la Universidad están detrás de las personas, mujeres y hombres, que lo han hecho posible.

Decía que no puedo pensar mi trayectoria académica sin la existencia de dicho Instituto. Mi gratitud es enorme. La Investigación para la Paz me ha permitido replantear algunos presupuestos teóricos sobre los que he sustentado mis trabajos. Gracias a ella he incorporado a mis estudios de Historia, particularmente de Historia de las Mujeres, perspectivas de análisis sin las que no hubiese podido abordar muchos de los temas que he tratado. Las teorías de los conflictos y sus mecanismos de regulación, las mediaciones, desde dónde pensar la paz, la complejidad, la paz positiva, la no violencia, los debates sobre la complejidad, el giro epistemológico y, sobre todo, el concepto de paz imperfecta han sido centrales para incorporar la silenciada experiencia de paz de las mujeres en la historia. Tal bagaje conceptual me ha permitido adentrarme en ángulos de la experiencia histórica hasta entonces ocultos en los análisis de la Historia y de la Historia de las Mujeres.

Aún guardo con especial cariño aquel primer esquema que hice para una sesión de debate sobre los conflictos y su regulación histórica, en la Facultad de Filosofía y Letras, a la que fui invitada por el entonces Seminario de la Paz. Era mi primera intervención sobre los conflictos de género, tema sobre el que, lógicamente, versó mi intervención. Desde entonces me fui incorporando a la Investigación de las Mujeres y la Paz con mis propias aportaciones, contando en estos años con excelentes colegas. He tenido la suerte de compartir proyectos sobre las mujeres y paz con mis queridas Elena Díez, Puri Ubric o Inés Gómez de ese Instituto, junto a otras colegas del Instituto de Estudios de la Mujer como Lola Mirón o Marga Sánchez. Hemos debatido, escrito, publicado y hablado, contribuyendo, en nuestra medida, a pensar la paz desde las mujeres y conocer su experiencia como hacedoras, pensadoras y constructoras de paz. Esta fructífera relación se ha concretado en proyectos, seminarios y publicaciones, abriendo una rica línea de investigación que se demuestra cada día más necesaria. Esa colaboración llega hasta hoy, cuando investigadoras de ambos Institutos, junto a otras colegas de la Universidad de Granada y de otras Universidades españolas damos vida a un novedoso proyecto de I+D bajo el título Mujeres y discursos de paz en la Historia.

En esta trayectoria he tenido a mi lado a una de esas grandes personas que han pensado la paz y la han teorizado desde ese Instituto, mi querido compañero Paco Muñoz. Con él he hablado, debatido y rebatido; largas, larguísimas y fructíferas conversaciones. Gracias Paco por todos los debates sobre la paz imperfecta, la complejidad, el giro epistemológico, sobre cómo incorporar la perspectiva de género a los conflictos, por tu optimismo ontológico y por tantas horas creando, debatiendo y corrigiendo aquellos textos y publicaciones que hemos compartido.

Pero la nómina de personas del Instituto con las que tanto he aprendido y con las que he colaborado en investigaciones de paz es mucho más amplia. El IPAZ me permitió conocer y compartir visiones y disfrutar de largas y distendidas conversaciones sobre el papel de esta investigación en la historia, el mediterráneo, el mundo, la educación o la Universidad con colegas

tan queridos como Juan Manuel Jiménez, Beatriz Molina, M.^a José Cano o Sebastián Sánchez; con investigadores que han pensado la paz desde diversos ámbitos como Vicent Martínez, Johan Galtung o Vicenç Fisas, y me ha permitido acercarme a la Investigación feminista de la paz y conocer y disfrutar de estudiosas como Carmen Magallón o Irene Comins, entre otras muchas. ¡Cuánto aprendizaje! ¡Todo un lujo intelectual, todo un placer personal! ¡Cuánta deuda con todas y todos vosotros y vosotras!

Ese bagaje teórico y metodológico también me ha situado mejor en el mundo y me ha permitido comprenderlo mejor. Sin duda fue fundamental para acometer una de las acciones de las que más orgullosa me siento, la elaboración e implementación del Plan de Cultura de Paz en la Educación cuando fui consejera de Educación y Ciencia de la Junta de Andalucía. Con el puede llevar a cabo lo que ahora denominamos transferencia de conocimiento, de la que me empeño, día si y otro también, en resaltar que no se puede orientar sólo al tejido productivo, sino que es fundamental hacerla al ámbito social y educativo para contribuir al bienestar y desarrollo sostenible de las comunidades, fomentando sus cotas de igualdad y las relaciones pacíficas entre personas, grupos y países.

El Plan de Cultura de Paz en la Educación, reconocido y premiado por la Unión Europea y diversas entidades relacionadas con la paz, puso en pie los centros Escuela, espacios de Paz en todos los rincones de Andalucía, editó materiales para profesorado, alumnado y padres y madres, promocionó y reconoció las experiencias de paz con sus premios anuales, contribuyó a la formación del profesorado en paz y regulación de conflictos, organizó encuentros y debates de investigación y prácticas de paz, y, en definitiva, situó la cultura de paz entre los valores cívicos imprescindibles de la agenda educativa contemporánea. La contribución activa del Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada fue fundamental en este desarrollo. Es más, sin el IPAZ no hubiese sido posible.

Gracias a todos y todas los que habéis dedicado vuestro tiempo e inteligencia a ese Instituto. Tengo razones personales e intelectuales para amarlo, reconocerlo, felicitarlo y, sobre todo, para desear y pedir a quienes lo componéis y a nuestra Universidad, que lo cuidéis. El potencial que atesora se vincula con el futuro en paz e igualdad de nuestras sociedades. Es un reto que merece la pena continuar y hacer crecer.



Fundadoras/es



Palabras conmemorativas, 25 años IPAZ

MARÍA JOSÉ CANO PÉREZ

Miembro Fundadora del Instituto Universitario de la Paz y los Conflictos

Directora del IPAZ-UGR (2013-2017)

Catedrática del Departamento de Estudios Semíticos, Universidad de Granada

Unos años antes del 1996, fecha oficial de la creación del IPAZ, había empezado a funcionar un instituto de investigación auspiciado por un grupo de profesores y profesoras cuyo objetivo era llevar a cabo una serie de actividades centradas en el estudio de la interculturalidad y cuestiones similares.

Mi primer contacto con este grupo fue a través del profesor Francisco Muñoz (Paco) y de la profesora María Luisa Espada y fue una invitación para participar en unas jornadas sobre el tema y en la publicación de los resultados de las mismas. Esa actividad me llevó a un pasillo en la facultad de Ciencias Políticas donde entré en contacto con otros colegas que formaban parte de ese grupo y antes de darme cuenta me encontré integrada en el mismo.

Era una temática a la que, hasta ese momento yo no había prestado atención alguna y que, aparentemente por mi formación como biblista y hebraísta, no despertaba especial interés para mi investigación, pero a la que rápidamente abrí los ojos e inmediatamente se convirtió en uno de los ejes centrales no solo de mi investigación sino también de mi docencia.

Los inicios fueron años de mucho trabajo, sobre todo iniciático, pero también de mucha ilusión: creo que todo el grupo fuimos descubriendo como nuestros conocimientos se renovaban adaptándose a la Investigación para la Paz. Creo que yo como el resto fuimos cediendo y ganando espacios en un ejercicio desconocido que amplió mis horizontes académicos. En algunos momentos fue difícil, incluso traumático, pero siempre prevaleció el compañerismo y la buena voluntad de compartir conocimientos y experiencias.

Es cierto que desde los inicios se contó con el inquebrantable apoyo institucional de las autoridades de la Universidad de Granada. Una de ellas fue el profesor Francisco González Lodeiro, en aquellos momentos era vicerrector de Investigación y Relaciones Internacionales. Él nos animó a Paco Muñoz y a mí a solicitar el primer proyecto internacional del IPAZ, concretamente Programa Med-Campus de la Unión Europea, en el año 1995, titulado *Methods of Peaceful Resolutions of Conflicts*, que nos abrió las puertas al universo investigador europeo. El recuerdo de este proyecto es especialmente significativo, e incluso apreciado para mí, pues reunió en el proyecto y en todos los cursos, jornadas y publicaciones resultantes a investigadores de Israel, Marruecos, Turquía, Italia y España, por encima de las divergencias políticas o de cualquier otro tipo. A raíz de ese proyecto se creó una red, EIRENE, que ha venido funcionando durante años y gracias a la cual los integrantes de la misma y sus instituciones han participado en reuniones científicas y otras actividades siempre que se les ha requerido.

Luego vinieron muchos otros proyectos internacionales y nacionales. Ahora que se me ha pedido recordar pienso en los que me fueron más cercanos como el dirigido por la profesora Beatriz Molina Rueda, *Studying and Preventing the Radicalization of Islam: What School Communities can do*, financiado por la Unión Europea en el que participaron un grupo numeroso de miembros de IPAZ y de otras instituciones nacionales y extranjeras. En relación con nuestras áreas de investigación—Estudios Árabes e Islámico y Estudios Hebreos y Arameos—también fueron muy destacados los proyectos realizados en colaboración con la Fundación Euroárabe de Altos Estudios (FUNDEA), siendo su secretaria ejecutiva la profesora Pilar Aranda: La cuentística en judeoárabe como ejemplo de interculturalidad. Fondos hebreos de la Biblioteca General y Archivos de Tetuán (Marruecos): traducción y estudio y Cuentos de los sefardíes del norte de Marruecos. Estos dos proyectos fueron el inicio del estudio de las profundas relaciones entre las culturas judía y árabe por medio de la lingüística y la literatura judeoárabe contemporánea que tan magníficos resultados dieron, convirtiendo al IPAZ en pionero en estos estudios en el ámbito nacional y referente internacional.

Progresivamente el IPAZ se fue estructurando y se crearon líneas de investigación integrándose interdisciplinadamente los componentes de los diferentes equipos. Los procedentes de las áreas de los estudios semíticos nos integramos en distintas líneas y sublíneas y un grupo participó en varios proyectos subvencionados como La alteridad religiosa y étnica en los escritos

de viajes: judíos, cristianos y musulmanes de Siria-Palestina (siglos XII–XVII), en el que participaron universidades de Israel (Hebrea de Jerusalén y Ben Gurión del Negeb. Beer Sheva, Bar Ilan), de Marruecos (Tetuán, Rabat); Identidades conversas desde el siglo XV al XVII. Descreimiento, asimilación, mística, nueva ortodoxia con la participación de las universidades de las Islas Baleares, Bar Ilan (Israel), Central de Barcelona; *Socio-culture status and impact of North African Sephardic Jews in Contemporary Europe* de la Rothschild Foundation (Hanadiv) Europe, entre otros.

Las labores de investigación se cumplieron con las de docencia posdoctoral en colaboración con otras universidades, últimamente a través del Master Interuniversitario en Cultura de Paz, Conflictos, Educación y Derechos Humanos que cuanta con la participación de varias universidades andaluzas. La impartición del master junto a la participación en programas de doctorado ha dado excelentes resultados que se han materializado en la realización de numerosas tesis doctorales, alguna de las cuales ha obtenido las máximas calificaciones como el Premio Extraordinario de Doctorado.

A lo largo de estos 25 años el IPAZ ha esforzado por lograr uno de sus objetivos importantes como es la de la formación de investigadores de la Paz, pero también por divulgar los resultados de la investigación realizando ciclos como dos especialmente significativos para mí que son el Ciclo Lecturas para la Paz, el Seminario permanente Palestina/Israel-Israel y Palestina con los que se ha tratado de acercar posturas y en los que se ha colaborado para ello con todas las instituciones necesariamente involucradas, procurando no adoptar posturas preconcebidas. Ambas en colaboración con la Fundación Euroárabe.

El instituto se ha relacionado mediante colaboraciones estrechas con instituciones locales (Ayuntamiento, Diputación...), con el gobierno autonómico de la Junta de Andalucía y con el nacional, siendo relevantes sus relaciones y actuaciones en el panorama internacional: Marruecos, Turquía, Israel, Italia... pero sobre todo se ha de hablar de la colaboración con numerosas instituciones de Latinoamérica, especialmente con Colombia, Argentina, México o Ecuador entre otros países. Se han compartido experiencias en programas de doctorado impartiendo cursos, recibiendo a alumnos, colaborando en la implantación de programas específicos de investigación de la paz.

Nuestros investigadores han realizado frecuentes estancias en centros de investigación nacionales y extranjeros. Al mismo tiempo, de han recibido a investigadores. En mi línea de investigación han sido muchos los invitados para realizar estancias largas como la profesora Tamar Alexander de la Universidad del Negev en Beer Sheva (Israel), hoy secretaria general de la Autoridad del Ladino, la profesora Khadija Saidi de la universidad de Tetuán, el profesor Moisés Orfali de la Universidad de Bar Ilan o la profesora Doğa Filiz Sibaşı de la Universidad Yozgat Bozok (Turquía).

El IPAZ es un referente en el campo de la Investigación de la Paz creando una colección Irene y la Revista de Paz y Conflictos, que se han ganado un reconocido prestigio en el campo de las ediciones científicas. Todo ello ha sido resultado del esfuerzo y la dedicación aquel grupo de investigadoras e investigadores que inició su andadura hace ya algunas décadas y que fueron seguidos por otros muchos. Durante estos veinticinco años todos y cada uno de nosotros hemos aportado nuestro esfuerzo para conseguir que el Instituto alcanzara importantes logros, siempre desde la colaboración y la igualdad, desde el compromiso y el entendimiento. Cuando han surgido conflictos, que como en toda realidad humana los ha habido, se han tratado de solventar con responsabilidad y concierto.

Tejiendo la paz: urdimbre y trama de un telar

MARÍA ELENA DÍEZ JORGE

Miembro Fundadora del Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos
Catedrática del Departamento de Historia del Arte, Universidad de Granada

Todo empezó una tarde de octubre de 1989, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada. Tenía clase de Historia Antigua. El profesor empezó a hablar. No había un listado de emperadores ni una tormenta de fechas. Dibujó una espiral en la pizarra, anotó la palabra entropía y empezó a hablar del gasto de energía humana y económico que supuso mantener la maquinaria de conquista militar del Imperio romano. A la vez iba estableciendo pautas sobre la *pax romana*. La clase fue fascinante.

El profesor era Francisco Muñoz y en aquellos años estaba inmerso, junto con otros colegas universitarios, en la creación de un Seminario de Estudios para la Paz y los Conflictos. Inmediatamente me puse a colaborar con ellos. Llegaron charlas, seminarios, y conferencias, configurándose un hervidero de nuevas preguntas para aplicar conceptos que visualizaran la paz, introduciendo giros epistemológicos en la historia. Y con ese bagaje metodológico de la investigación para la paz me formé y fui desarrollando mi trayectoria académica.

En un ámbito académico todavía esculpido sobre el pedestal de la especificidad de las disciplinas se apostó por entablar debates con personas de diversas ciencias: desde la Filosofía y la Economía, pasando por el Derecho, la Historia y la Medicina, entre otras, pero todas con un objetivo común como era investigar la paz. Así empezamos, rompiendo ciertas fronteras académicas que asfixiaban la frescura que debía tener el conocimiento. Era una propuesta arriesgada lanzada en el marco de un sistema universitario que estaba estableciendo mecanismos de evaluación alejados de la interdisciplinariedad pero sin embargo fue sumamente enriquecedora.

No se trataba de pensar la paz desde la simplicidad maniquea de considerarla como aquella situación en la que no había guerra. Se asumió que además de la guerra había otras formas de violencia y para ello se contaba con estudios que habían tipificado la violencia (física, estructural y simbólica). Pero el gran salto fue reconocer que la paz no se podía estudiar desde la violencia sino que debíamos analizarla con otros conceptos como la no violencia, la negociación y la mediación, entre otros. Pasar a un primer plano esas esferas de paz nos abrió un campo inexplorado e ilusionante.

Con esas nuevas lentes miraba la Historia del Arte, bien a través de edificios que estudiaba o de cualquier otra manifestación de cultura visual, reconociendo expresiones de la violencia pero focalizando mi interés en la paz.

Pasear por la Alhambra reflexionando sobre la imposición y aculturación a la vez que ir descubriendo los préstamos y acercamientos entre culturas fue todo un reto nacido en el seno de la investigación para la paz. La historia de la Alhambra fue multicultural, con acercamientos y desavenencias que formaron parte de una convivencia que no fue plenamente idílica como algunos han querido ver pero tampoco de continuado enfrentamiento. La realidad fue más

compleja y para entender la Alhambra hay que aceptar primeramente que en el encuentro de culturas se manifestaron tanto los procesos de aculturación como los de interculturalidad y transculturación. Es decir, la interrelación de las esferas de paz con las de violencia nos permite tener una aproximación más objetiva y certera de la historia.

El Instituto de la Paz es en mi vida un espacio científico creativo, en el sentido de estimular nuevas ideas y preguntas: las expresiones estéticas de la paz en períodos del pasado e incluso en el contemporáneo, aglutinando artistas y viendo cómo piensan la paz; reconocer que no ha existido una edad áurea de la paz y aplicar entonces el concepto de paz imperfecta; buscar los hábitos de la paz que hemos empleado a lo largo de la historia; visualizar la ética del cuidado como un poderoso instrumento para la cultura de paz. Algunos interrogantes los he podido compartir con los estudiantes de doctorado y máster durante todos estos años en las clases de género y paz, intercambiando saberes sobre las mujeres y la paz o bien en cómo se ha pensado la paz en clave de género. Históricamente se ha relacionado a las mujeres con la paz, por ejemplo las alegorías a la paz que hacen uso de la figura de una mujer o la personificación de la paz con la diosa griega Eirene. Frente a esta relación se ha asociado tradicionalmente a los hombres con la guerra. Este hecho no responde a que por naturaleza las mujeres sean más pacíficas o los hombres más violentos. En absoluto. En realidad todas estas identificaciones son producto de patrones culturales, modos de comportamiento que se exigen a unos y otros en función del género al que pertenezcan. Y ello te lleva a analizar el papel que han ejercido las mujeres como agentes de paz en la historia. Y así se va enlazando una pregunta científica con otra.

Escribiendo estas líneas no puedo evitar que se me agolpen imágenes de buenos momentos vividos en estos veinticinco años del Instituto de la Paz. Los aportes científicos desde la investigación para la paz eran la urdimbre sobre la que se iba tejiendo la trama de mi vida académica y personal al irse mezclando redes de trabajo creadas en el entorno del Instituto con hilos de amistad y de buenos ratos compartidos.

En esa tarea de tejer la paz, las madejas vienen de muchas partes y al tirar de las hebras y unir las con otras mediante nudos se ha ido configurando un hermoso tapiz de colores. Los encuentros en Melilla para reconocerla como una ciudad de paz y no solo plagada de problemas con la frontera como enfatizaban algunos medios de comunicación. También los viajes a Marruecos con diversas jornadas. Las enriquecedoras y amenas sesiones de docencia en Castellón invitada en el máster dirigido por los colegas de la Cátedra Unesco de Filosofía para la Paz de la Universidad Jaume I. La docencia y estancias llevadas a cabo en Toluca (México), Pisa (Italia) o Buenos Aires (Argentina), entre otras muchas experiencias, son imborrables en la retina. Todo ha contribuido a que vea la historia del arte, y también el entorno social, de una manera más enriquecedora.

Sin duda, el Instituto de la Paz es una apuesta decidida de la Universidad de Granada para cambiar el pensamiento y llevar a cabo un giro epistemológico en el conocimiento. Poner el punto de mira en recuperar mecanismos y estrategias de paz es absolutamente necesario en nuestras aulas, docencia e investigación. No es un reto fácil pues historiográficamente ha sido más frecuente reconocer y estudiar la violencia.

Los miembros del Instituto de la Paz no hemos estado en una burbuja académica sino que nuestra aspiración, como bien se ha demostrado en todos estos años, ha sido transferir esas ideas a la sociedad, no en una línea unidireccional sino en diálogo permanente. Las relaciones con diferentes asociaciones y administraciones han tenido resultados exitosos como el Plan de Educación para la Paz promovido por la Junta de Andalucía con el Instituto mediante el cual se hizo una apuesta decidida por pensar y enseñar la paz desde los diferentes niveles de enseñanza, mostrando todas sus capacidades para transformar nuestras sociedades y hacerlas más amigables, igualitarias y pacíficas.

Congresos internacionales; docencia en grado y posgrado, no solo en Granada sino en otras ciudades del mundo; publicaciones; cursos de verano; exposiciones; proyectos de investigación... Una ajetreada e imparable actividad que mira tanto al entorno más cercano como a los más alejados pues aglutinamos a especialistas en diversas especialidades y contextos geotemporales. Una nueva mirada al mundo, creativa, dinámica, fructífera, renovadora y necesaria.

El tapiz sigue elaborándose desde la urdimbre de la Investigación para la Paz, enriqueciéndose su trama con diferentes hilos de colores y texturas, sabedoras las personas que tejemos que siempre será un textil inacabado e imperfecto, como la paz.

Génesis del Seminario de la Paz y los Conflictos

EDUARDO ENRÍQUEZ DEL ÁRBOL

Miembro Fundador del Instituto Universitario de la Paz y los Conflictos
Profesor Titular del Departamento de Historia Contemporánea, Universidad de Granada

La concienciación de las sociedades contemporáneas sobre los riesgos que una guerra atómica podía provocar a escala mundial empezó a modificar las perspectivas que se tenían sobre los conflictos, por una parte, y por otra, llevaron al convencimiento de que hacía falta dirigir la atención a estudios que tuviesen por norte alcanzar un profundo conocimiento sobre la paz, sus condicionamientos y los factores que entraban o podían alentarse para la resolución de los conflictos.

En España, en aquellos años del terrorismo de ETA en el País Vasco, en el marco mundial de la Guerra Fría, en un mundo de tensión permanente, que pronto vería un cambio con la caída del Muro de Berlín, algunos profesores de la Universidad de Granada, preocupados e interesados en el tema de los conflictos y la búsqueda de la Paz, nos reunimos primero en la Facultad de Filosofía y Letras, trabando una amistad en donde nos unían las mismas inquietudes por saber más de las causas y orígenes de esa conflictividad permanente en las sociedades humanas y el camino para llegar a la Paz en todas las esferas adonde aquélla se presentase.

El impulsor del proyecto que nos propusimos realizar, fue Francisco A. Muñoz Muñoz, del departamento de Historia Antigua, con el que tuve largas conversaciones en el otoño de 1988, al que pronto se nos juntaron Alfonso Fernández Herrerías, Beatriz Molina Rueda, Francisco Jiménez Bautista, Elena Díez Jorge, Carmelo Pérez Beltrán, Jesús Antonio Sánchez Cazorla, María José Cano Pérez, Francisco Javier Rodríguez Alcázar si no me falla la memoria, y nos pusimos en contacto con Derecho donde nuestra idea fue muy acogida por las profesoras María Luisa Espada y Ana Rubio. Poco después se incorporaría uno de mis alumnos más brillantes, Mario Martínez López, pronto nos reunimos en una de las aulas de Derecho y desde allí iniciamos nuestro periplo.

Se trataba, en resumen, de dar inicio y orientación a los estudios que el mundo contemporáneo, pensamos que nos exigía: Empezar una trayectoria de búsqueda de ideales de Paz a través del estudio, de la investigación y de la reflexión. Creíamos y seguimos creyendo en que esta idea de la Paz con mayúscula no podía quedar arrinconada en círculos extraacadémicos. Había que incorporarla al mundo nuestro universitario. El reto que la sociedad actual lanzaba sobre nosotros nos impedía quedarnos como meros espectadores, paralizados, en un mundo cada día más dividido y conflictivo. Esta fue la idea esencial que nos llevó a la creación del Seminario de Estudios sobre la Paz y los Conflictos, primer Seminario que se fundaba con este objetivo en una universidad española.

Reuniones semanales en las que intercambiábamos ideas y programábamos proyectos con el que desarrollar el principio que nos movía. Al poco tiempo íbamos a colmar nuestros deseos con hechos tangibles. Dos problemas que resolvimos casi de inmediato: el primero, el reconocimiento por las autoridades académicas de nuestro proyecto de Seminario y de la seriedad que nos acompañaba, reconocimiento que nos vino con el apoyo entusiasta del profesor Henares, Vicerrector de Extensión Cultural. En segundo lugar, la disposición de un local que nos permitiera desarrollar nuestras actividades, y sin el cual, nada se hubiera hecho. Era ésta una cuestión esencial y conseguimos que se nos diera un pequeño departamento en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología en la calle Rector López Argüeta.

Contemporáneamente y mientras se conseguía el local, nos pusimos inmediatamente en la actividad encamina como decíamos en nuestro programa de presentación, a la formación de investigadores, a impulsar la Educación para la Paz y a difundir la idea de paz en nuestra sociedad y en nuestro entorno universitario.

Es obligado decir que la ayuda del Consejo Social de la Universidad y de la Delegación de Cultura de la Junta de Andalucía, fue decisiva para poner en marcha el engranaje del Seminario, pudiendo hacer frente a las necesidades materiales del mismo.

Los primeros pasos se dieron con la serie de conferencias que programamos desde noviembre de 1989 a abril de 1990, en el que participé con la conferencia sobre el conflicto de Yugoslavia

y que nos permitieron manifestarnos y darnos a conocer públicamente, en las que intervinieron relevantes figuras como el profesor Matthews de Nueva York, Marino Aguirre, Rafael Grasa, etc.

Al mismo tiempo preparamos unos seminarios internos para nuestra propia formación y unos externos para el alumnado. Un seminario y esta es una característica fundamental, interdisciplinario, que se gestó por el interés de todos los que participábamos en el mismo.

Otra actividad que consideramos básica fue el formar un fondo documental de bibliografía específica sobre el tema, haciendo recopilación de las obras existentes en la Universidad de Granada, en sus distintas facultades y poniéndonos en contacto con otros centros nacionales y extranjeros dedicados a este estudio.

El viaje que hicimos en julio al Centro de Polemología de Groninga, asistiendo a la XIII Asamblea General de la International Peace Research Association (IPRA) que tenía su sede en la Universidad de Colorado, en Boulder (USA), fue muy fructífero. Allí nos pudimos dar cuenta de la importancia de los centros de estudios para la paz y tomamos contacto con diferentes asociaciones, en particular, mediterráneas con las que realizamos una serie de intercambios muy interesantes para una acción común.

Siguiendo las directrices que nos trazamos en su día, y considerando la investigación como una actividad básica de nuestro Seminario, y convencidos de que se imponía realizar una propia labor investigadora como profesores universitarios, al mismo tiempo que en él se pudieran iniciar alumnos, presentamos desde el inicio proyectos de Investigación sobre la Paz y los Conflictos, en los llamados Cursos del Seminario.

Durante los primeros cursos de 1989–1994 fui coordinador del Curso de Seminario que se centró sobre la Conflictividad y la Paz, al que seguirían otros como Ideología, Conflictividad y Comunicación de Masas, Derechos Humanos, Racismo y Xenofobia, y la de Paz, Conflictos y Democracia, ya convertidos en Instituto, en programas de Doctorado.

Al mismo tiempo elaboramos la creación de una revista del Seminario, con la voz Eirene, que en griego es paz, que sería la enseña de nuestro Centro, publicada en 1993 y cuya primera directora fue Ana Rubio del Departamento de Filosofía del Derecho.

Esta mirada retrospectiva nos hace sentirnos orgullosos, por todo lo alcanzado hasta hoy, si bien dado que nuestras ideas van muy por delante nos hacen que no nos sintamos del todo satisfechos.

Las realizaciones del nuestro flamante instituto, años después, y todos sus logros posteriores quedan al otro lado de lo que nos propusimos en esta pequeña introducción.

De campesinos a pacifistas

MARIO LÓPEZ MARTÍNEZ

Miembro Fundador del Instituto Universitario de la Paz y los Conflictos

Director del IPAZ-UGR

Catedrático del Departamento de Historia Contemporánea, Universidad de Granada

Como dice la famosa canción de Carlos Gardel: «Las nieves del tiempo platearon mi sien». Así ha sido, mis primeros acercamientos fueron al Seminario Permanente, allá por 1989 (cuando tenía unos 27 años). Rondaba la caída del Muro de Berlín y el mundo iba a cambiar sin que sospecháramos hasta cuánto. En aquellas reuniones había ‘históricos’, entre ellos Paco Muñoz, Eduardo Enríquez o Jesús Sánchez Cazorla. Había profesorado de muchísimas disciplinas. Sentí que aquello—crear un centro de investigación en temas de paz (y sus colaterales)—sería muy interesante pero todavía no era mi momento, así que me alejé de esto que interpreté como una distracción para consolidar mi situación en la universidad. Por entonces estaba a punto de publicar mi primer libro y estaba enfrascado con mi tesis doctoral, artículos, congresos, clases, etc. No quería «tocar el violín sin saber solfeo».

Por los pasillos de la Facultad de Letras, una de las almas más importantes que pusieron en marcha el Seminario de Paz me rondaba y abordaba. Era Paco Muñoz con su habitual ubicuidad que me intentaba convencer para que me incorporara. Un día zanjé la cuestión, le dije que hasta que no fuese profesor titular (1995) no entraría en el Seminario. Por aquellas fechas éste se situaba en un pasillo grande de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, en la segunda planta. Eran tiempos de ilusión, esperanza e inocencia. Un único espacio partido, en una habitación reducida estaba la secretaría, y el resto era sala de reuniones, conferencias, biblioteca y lugar para impartir nuestro doctorado en paz y democracia. Había mucho voluntarismo y aún faltaba el profesionalismo que acabaría llegando.

Entré al Seminario a fines de 1996, no sin cierto disgusto por parte de mi Departamento que no comprendía cómo llegando a la titularidad decidía que dejaba mi tema de tesis y me embarcaba en investigar otras cosas tan peregrinas como cómo consolidar y expandir la paz y gestionar y transformar conflictos. Recuerdo una conversación con el cercano Miguel Gómez Oliver, que me preguntó sobre el por qué de mi decisión a lo que yo le respondí: «Quiero dejar de contar campesinos y dedicarme a saber qué hicieron los pacifistas por este mundo» (no fue causalidad que mi disertación en la titularidad fuera sobre los derechos humanos en el mundo actual, que era la última lección de mi programa docente). Con mi entrada al seminario, a propuesta de Paco Muñoz, le siguió otra de formar equipo de gobierno con él (como director), Beatriz Molina (secretaria académica), y yo mismo (como subdirector hasta 2002). El programa principal consistió en convertir el Seminario permanente en un Instituto Universitario, pasando por una cantidad de trámites largos, exhaustivos y penosos. Íbamos, especialmente Paco y yo, explicando qué quería ser ese Instituto, en entrevistas con instituciones, consejos, comisiones y profesorado en general. Recibíamos a personas del mundo de la paz, desde docentes de educación para la paz, pasando por antiguos miembros de organismos de Naciones Unidas (Unicef, Unesco, Acnur) o *freelances* y emprendedores de múltiples iniciativas que quería recabar de nosotros ayuda para culminar sus proyectos. ¡¡Nosotros, que aún éramos primerizos!!

En aquellos años, también, tuvimos muchas visitas de profesorado extranjero, de centros de investigación muy consolidados de Reino Unido, Suecia, Noruega, Italia y Alemania. Recuerdo especialmente con cariño el magisterio de Johan Galtung y de Giuliano Pontara (a este último me une una amistad y un magisterio entrañables). Personajes ambos excepcionales. Fueron los años, cómo no, en que no había tiempo para el descanso, seminarios y minicursos permanentes para formarnos en pleno mes de julio, con la canícula rigurosa de Granada pero con la mente abierta para escuchar y discutir sobre temas de complejidad, pensamiento sistémico, estudios coloniales, teorías de paz, movimientos sociales, etc.

Una vez convertidos a Instituto diseñamos y establecimos alianzas más amistosas que interesadas y estratégicas con otros centros hermanos de Alicante (José María Tortosa), Castellón (Vicent Martínez), Coruña (Xesús Jares), Barcelona (Vicenç Fisas), Guernika (María Oianguren), Madrid (Mariano Aguirre y Manuela Mesa), Zaragoza (Jesús María Alemany y Carmen Magallón) y sus equipos, gente joven que, hoy día, son destacados/as irenólogos/as.

Un salto especial constituyó, internamente hablando, nuestra presencia en Melilla con Sebastián Sánchez al frente y su equipo. Circulaba un conocimiento sobre el norte de África cercano y profundo al que se unía la presencia de profesoras y profesores de estudios árabe-islámicos y hebreos en el IPAZ. Todos ellos y ellas me enseñaron muchísimo sobre una realidad que, como profesor de Contemporánea, conocía sólo de manera libresca y distante.

Nuestro programa de Doctorado en Paz, Conflictos y Democracia atrajo a mucho alumnado de fuera de Granada. Aquello fue de una gran riqueza, no sólo alumnado de otras partes de España, sino de Europa, Marruecos y, especialmente, de América Latina. El desembarco, año tras año, de colombianos/as resultó ser crucial y estratégico. Una de esas alumnas fue Vera Grabe—por entonces encargada cultural de la Embajada de su país en el nuestro—; y, junto a ella, muchos otros (quiero recordar a Carlos Eduardo Martínez y Óscar Useche, y pido perdón por omitir más nombres por falta de espacio en este escrito). Con Vera el Instituto dio un salto cualitativo, y Paco Muñoz, Sebastián Sánchez y yo tuvimos una oportunidad excepcional para visitar ese país y realizar una labor de acercamiento y mediación entre antiguos guerrilleros y personal de la administración civil y militar del Estado colombiano en el contexto de la presidencia de Pastrana. El lugar fue elegido al dedillo: Villa de Leyva, y el encuentro implicó casi una semana de convivencia y diálogo. Aquello transformó, más de lo que yo podía imaginar, mi vida profesional (y hasta personal).

Me planteé muy seriamente, tras esta experiencia y mi lugar en el IPAZ, qué debía hacer. Decidí solicitar durante varios años las becas Salvador de Madariaga, para estudiar, investigar y establecer relaciones con varios centros de Inglaterra e Italia. Iba buscando en el primer país la bibliografía, aún no tan abrumadoramente abundante como hoy, sobre no violencia y resistencia civil; y, en el segundo, las experiencias históricas del movimiento no violento italiano, y conocer de primera mano a los históricos militantes y académicos de la ‘nonviolenza’. Aquello fue cardinal en mi vida profesional conocer la literatura italiana, desde los históricos como Capitini, Dolci, hasta las experiencias académicas y militantes vivas como Drago, L’Abate, Martirani, Pistolato, Salio, Scotto o Valpiana.

Aquella etapa, entre 1999 y 2005 se llenó de viajes, dentro y fuera de España (Inglaterra, Italia, Ecuador, Venezuela, México, Francia, Portugal, etc.), representando al Instituto, especialmente en los últimos años, ya como director del mismo. En ese cargo logré un equipo excepcional (los profesores Carmelo Pérez como subdirector y Javier Rodríguez como secretario) que me acompañó para realizar cambios y mejoras de exigencia en el IPAZ. Fue la etapa en que mis dos discípulos más aventajados (los profesores José Ángel Ruiz y Diego Checa) comenzaron a consolidar y a despegar como investigadores.

Otro gran reto fue la dirección de la *Enciclopedia de paz y conflictos* (2004), un trabajo de más de dos años realizado por 120 profesores/as, con 1.200 páginas y más de 600 voces. En el que

me acompañó, con su capacidad de trabajo, el profesor Paco Jiménez. Esto se hizo en el marco en el que la profesora Cándida Martínez fue designada consejera de Educación de la Junta de Andalucía, la cual con su equipo de universitarios puso en marcha un programa ambicioso de Cultura de Paz y No violencia en el ámbito escolar. Algo único en todo el panorama político educativo español.

Mis investigaciones sobre procesos de paz y reconciliación en el mundo, y un trabajo de cinco años con asociaciones de apoyo al ACNUR, me condujeron a dejar la universidad, con la figura de servicios especiales, para formar parte como consultor internacional de Naciones Unidas para el proceso de paz en Colombia, así como asesor de la AECID y de la CNRR, lo que junto a la asesoría del gobierno departamental de Antioquia, en la etapa del secuestro de Guillermo Gaviria Correa, completaron los años en que viví al límite. Desde 2006 a 2009 fueron de vivencias estremecedoras, muchísimos viajes y la construcción de una nueva familia que me daría nuevas alas.

De vuelta al IPAZ tras la etapa en Naciones Unidas fueron para mí de consolidación de mis líneas de investigación, especialmente procesos de reconciliación y justicia transicional, movimientos por la paz y teoría de la resistencia no violenta. En ello sigo, junto a mis discípulos, alumnado de doctorado, nuevos alumnos, interesados, etc. Ello me condujo a otra meta: obtener la Cátedra de Historia contemporánea, con un perfil investigador que nunca jamás se había presentado en España—Historia de la paz, la no violencia y la reconciliación—, lo que situaba al IPAZ en la vanguardia de los países latinos en esta cuestión, si bien en el mundo anglosajón ya existían, desde el Mundo de Entreguerras las cátedras de Historia de la Paz. Se hace camino al andar y al volver la vista atrás (hasta aquí el poeta) contemplo que mereció la pena aquella decisión de incorporarme al Instituto.

25 años del IPAZ

BEATRIZ MOLINA RUEDA

Miembro Fundadora del Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos

Directora del IPAZ-UGR (2005-2014)

Profesora Titular del Departamento de Estudios Semíticos, Universidad de Granada

Hace ahora 25 años tuve la oportunidad de asistir a la conversión del antiguo Seminario de Estudios de la Paz y los Conflictos en Instituto Universitario de Investigación. Se trataba de un proyecto creativo e ilusionante liderado por algunos profesores y profesoras de la UGR como Francisco Muñoz y M.^a Luisa Espada, y que contó con el decidido apoyo institucional de nuestra universidad.

Desde entonces el IPAZ ha recorrido una larga y fructífera trayectoria, aglutinando a numerosos investigadores e investigadoras de muy diversas especialidades y áreas de conocimiento. Fue esta vocación multi e interdisciplinar lo que en un principio atrajo mi atención e interés, ya desde la época del Seminario, porque me abría nuevas perspectivas en mi actividad académica. La idea de impulsar un campo de estudio interdisciplinar era algo que en aquella época me parecía novedoso—entregados, como estábamos, a lo monodisciplinar, cada uno con su pequeño horizonte dentro de su departamento —.

Fui descubriendo cómo cada uno desde nuestra pequeña parcela de conocimiento podía enfocar su investigación y su docencia hacia la Investigación para la Paz. En mi caso, descubrí poco a poco cómo la problemática del mundo árabe e islámico era un campo abonado para ser tratado desde la perspectiva de la paz. Y en esta línea fui enfocando mi investigación participando en proyectos, seminarios, congresos, debates, publicaciones y cursos de Máster.

No es este lugar para hacer una historia exhaustiva de toda la labor del Instituto y del trabajo conjunto realizado, que ha sido y es enorme. De toda su dilatada historia, guardo en la memoria algunas acciones y actividades que para mi son significativas de cómo se fue desarrollando el proyecto inicial y se fueron abriendo horizontes y posibilidades para la Paz y también para las personas que formamos parte de aquel proyecto.

Desde el núcleo inicial del que partíamos, un grupo de profesores de la UGR, el Instituto fue ampliando contactos y colaboraciones con otros ámbitos académicos y sociales. Así, se establecieron diversos contactos con otros centros de nuestra universidad como facultades, departamentos e institutos de investigación. Igualmente se fue adquiriendo presencia social en Granada capital, y en la provincia, a través de la relación con instituciones locales como Ayuntamiento, Diputación, algunas empresas locales y organizaciones sociales. Importante fue asimismo la estrecha colaboración que se estableció con la Fundación Euroárabe de Altos Estudios, con sede en Granada, gracias muy especialmente a la que por entonces era su secretaria ejecutiva, Pilar Aranda, y posteriormente y hasta la actualidad nuestra compañera Inmaculada Marrero. Con la generosidad e implicación de ambas se han llevado a cabo proyectos de investigación conjuntos, organización de encuentros, seminarios, exposiciones, etc. que fortalecían la labor y proyección del Instituto.

A nivel andaluz, pronto se empezaron a establecer contactos con diversas universidades e investigadore/as interesados en la temática de la paz, tejiendo una red relaciones que cristalizó en la Red Andaluza de Investigación de la Paz y los Derechos Humanos (RAIPAD) en la que participan muchas de las universidades andaluzas, y que ha sido y sigue siendo muy productiva en investigación, reuniones científicas y docencia en el campo de la Paz. De hecho fueron los contactos, colaboraciones y trabajo conjunto de RAIPAD lo que posibilitó, en 2008, crear un Master Interuniversitario en Cultura de Paz, Conflictos, Educación y Derechos Humanos, que hasta hoy sigue funcionando con bastante éxito. También en el ámbito andaluz, se impulsaron acciones a nivel institucional, como es el caso de la participación del Instituto en el Plan Andaluz de Educación para la Cultura de Paz y no Violencia, dirigido por nuestro compañero Sebastián Sánchez.

En el ámbito nacional, el Instituto en su conjunto ha realizado un gran esfuerzo en la tarea de extender la idea de la paz y concitar apoyos y relaciones estrechas con otros centros e investigadores de toda la geografía española que trabajan por la paz en cualquiera de sus múltiples aspectos. En este contexto se crea, en 1997, la Asociación Española de Investigación para la Paz (AIPAZ), que nos ha dado, y continúa dándonos, numerosas oportunidades de compartir ideas y prácticas con muchos centros de nuestro país.

Un recuerdo especial guardo de nuestras actividades en Melilla, uno de los lugares a los que se le dedicó especial atención, de la mano de nuestro compañero Sebastián Sánchez. Esta ciudad—solíamos decir—es un verdadero laboratorio para estudiar la paz, por su ubicación geográfica y su diversidad poblacional. Los múltiples encuentros, seminarios y proyectos que allí se desarrollaron nos dieron la oportunidad de ensanchar nuestro campo de acción en el trabajo por la paz, y también de cultivar las relaciones humanas. Y ya que estamos en el continente africano, tengo que mencionar la conexión con Marruecos, país con el que se estableció una fecunda colaboración que nos ha permitido mantener numerosos contactos y relaciones académicas e investigadoras con algunas universidades, así como con organizaciones sociales, de aquel país. Tampoco puedo dejar de mencionar la labor que el Instituto desempeñó en la zona de los Balcanes, con su implicación en el proyecto internacional *Just-Mostar*, liderado por Hilario Ramírez y desarrollado en Bosnia-Herzegovina, en el que tuve ocasión de participar formando parte de un encuentro celebrado en la ciudad de Mostar en 2007.

Especialmente relevantes son las redes de colaboración del IPAZ con América Latina, un espacio cultural muy cercano y casi natural para nuestras relaciones internacionales, para aprender, investigar y enseñar. Históricas e intensas son las relaciones con Colombia, país con el que se ha trabajado y se continúa trabajando en múltiples proyectos, actividades investigadoras y docentes que se han materializado en la organización en aquel país de maestrías, realización de tesis doctorales, creación de un observatorio de la paz, etc. Igualmente se han establecido convenios de colaboración con diferentes universidades de otros países latinoamericanos como Argentina, México, Venezuela o Ecuador, con los que se siguen realizando diversas acciones conjuntas.

Toda esta proyección y reconocimiento nacional e internacional que el IPAZ ha ido adquiriendo en sus 25 años de recorrido son, en mi opinión, buena muestra de la solidez y eficacia de nuestro centro en el campo de los estudios y la investigación para la paz. Y es esto, en definitiva, lo que considero más relevante cuando trato de hacer un balance de lo que el Instituto ha significado. Desde mi experiencia personal, es mucho lo que me ha aportado: la práctica del trabajo en equipo, las ganas de aprender, los vínculos establecidos con colegas de la UGR ajenos a mi propio departamento, también con personas de otras universidades y centros españoles (a través fundamentalmente de las redes AIPAZ y RAIPAD) y extranjeros, como Marruecos, Israel, Italia, Argentina, Bulgaria, etc. Todo ello me fue enriqueciendo y me brindó la posibilidad de dar un giro a mi forma de investigar y de impartir docencia, también de relacionarme con otros campos del conocimiento y otras metodologías.

Así se fue ampliando mi participación en proyectos de investigación interdisciplinares, nacionales e internacionales, en los que desde mi área de conocimiento he podido hacer mi pequeña aportación a la investigación para la paz. En el campo de la docencia, el Instituto me ha dado la oportunidad de compartir con colegas de áreas distintas la impartición de algunas asignaturas del Máster. Una experiencia enriquecedora, que hubiera sido impensable desde la monodisciplinariedad. También fue creciendo mi implicación en las tareas de gestión del Instituto, formando parte de su junta de dirección como secretaria primero y posteriormente como directora. Esta fue sin duda una etapa muy interesante y gratificante en la que, pese a ciertas dificultades y problemáticas que hubo que afrontar en algunos momentos, siempre prevaleció el ambiente cordial, el compañerismo, el debate serio y el diálogo sereno.

En suma, han sido 25 largos años de mi vida académica comprometida con el IPAZ, a lo largo de los cuales se han sucedido numerosos momentos que ahora me vienen a la mente con cierta nostalgia. Mi imagen global del Instituto es la de una obra colectiva de todas las personas que, a lo largo del tiempo, hemos puesto nuestro esfuerzo, nuestra ilusión y nuestro empeño en avanzar en la construcción de la paz, una labor conjunta en la que todos y todas sumamos.

El Instituto: lo anticuado, lo extravagante y lo excelente

JAVIER RODRÍGUEZ ALCÁZAR

Miembro Fundador del Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos

Secretario del IPAZ-UGR

Catedrático del Departamento de Filosofía I, Universidad de Granada

A comienzos de los años 90 del siglo pasado unas cuantas personas nos afanábamos en convertir el pequeño Seminario de Estudios sobre la Paz y los Conflictos en todo un instituto universitario. Cuando yo me uní al grupo, el Seminario llevaba ya algún tiempo intentando llamar la atención de la gente de la Universidad hacia la Investigación por la Paz, gracias al esfuerzo de unas cuantas personas muy animosas que me contagiaron su entusiasmo cuando yo iniciaba mi trabajo investigador como becario predoctoral. No daré el nombre de ninguna de esas personas, porque no quiero arriesgarme a olvidar injustamente a alguna de ellas.

El Seminario, que ocupaba un espacio también pequeño en un pasillo de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, era la endeble plataforma sobre la que se montó un programa de doctorado y otros proyectos, como una colección de libros en la Editorial de la Universidad de Granada. Las personas que integrábamos el Seminario procurábamos atesorar méritos para hacer más verosímil la propuesta de creación del Instituto. Al mismo tiempo, sin embargo, seguramente algunos miembros de la comunidad universitaria veían el intento como un proyecto anticuado o extravagante.

Anticuado porque la Guerra Civil Española y las dos guerras mundiales parecían acontecimientos lejanos y superados para siempre; porque la Guerra Fría había terminado con la reciente caída del Muro de Berlín y los más optimistas esperaban que los ahorros derivados del fin de la carrera armamentista aportaran, por fin, el ansiado «dividendo de la paz», capaz de erradicar la pobreza de todas las regiones del Planeta. Un proyecto anticuado, en fin, ante lo que algunos describían como el triunfo sin paliativos de la economía capitalista y las democracias liberales y otros, aún más taxativamente, como el fin de la Historia.

Extravagante porque quienes impulsábamos la creación del Instituto hablábamos de «violencia estructural» (esto es, también de desigualdades económicas y de género, de las distintas formas en que las necesidades humanas no están satisfechas a lo largo y ancho de nuestro mundo), y esto parecía lo mismo que querer abarcarlo todo sin ser especialistas en nada; porque también utilizábamos el concepto de «paz positiva», y de manera consecuente no nos conformábamos con abogar por el desarme y el fin de las guerras, sino que incluíamos entre nuestras preocupaciones el cambio climático, la construcción social de las tecnologías y otras cuestiones que sonaban a cuitas de ecologistas apocalípticos, unas cuitas cuya relación con la paz resultaba para muchos un completo misterio. Por aquellos días pasamos un cuestionario a un buen número de compañeros y compañeras de la UGR en el que les preguntábamos por las aportaciones que podrían realizar sus respectivas áreas de conocimiento a los estudios por la paz y los conflictos, y recuerdo que algunos de aquellas personas, en algunos casos amigas, me devolvieron, con mucha amabilidad pero con cierta zozobra, el cuestionario en blanco porque no encontraban ninguna relación entre su disciplina académica y la paz.

Conseguimos, sin embargo, que el Instituto se creara, gracias al empeño de sus promotores y a la complicidad de otros muchos miembros de la comunidad universitaria a los que la idea no

les sonó tan anticuada ni extravagante. Luego han pasado los años por el Instituto y cada año que lo ha visitado ha venido a darle la razón a sus promotores con respecto a la oportunidad de su creación: el optimismo de finales de los 80 se vio truncado pronto por nuevas guerras, incluyendo terribles guerras civiles como la de la antigua Yugoslavia; llegaron atentados terroristas masivos como los del 11 de septiembre de 2001 y el 11 de marzo de 2004; más guerras, como la de Irak o la más reciente en Yemen. Décadas después de la caída del Muro el gasto en armamento sigue disparado, la pobreza sigue siendo nuestra pandemia principal, las niñas y las mujeres no han dejado de sufrir la discriminación y la violencia, mientras que el cambio climático ha pasado de ser una conjetura sobre el futuro a un elemento cotidiano de nuestro presente.

Ojalá quienes impulsábamos la creación del Instituto hace tres décadas hubiéramos pecado de anticuados y extravagantes. Ojalá el Instituto hubiera sido innecesario cuando se creó o hubiera dejado de serlo poco después. Ojalá la reflexión sobre las distintas formas de violencia hubiera podido quedar relegada a los departamentos de Historia que se encargan de contarnos el pasado. Pero, por desgracia, las distintas formas de violencia que motivaron el nacimiento de la *Peace Research* siguen acompañándonos.

Tenemos la suerte, sin embargo, de que tampoco ha cesado la reflexión sobre las distintas estrategias de construcción de la paz en sus distintas vertientes. Dentro y fuera del Instituto, dentro y fuera de la *Peace Research* o de los *Peace Studies*, en entornos de trabajo interdisciplinares o mediante investigaciones disciplinares especializadas, nuestra capacidad para entender y manejar los conflictos sigue creciendo. Estos conocimientos, sin embargo, corren el peligro de no ser suficientemente aprovechados para una agenda compartida de construcción de la paz. En parte porque la interdisciplinariedad, tan alabada en los documentos programáticos de la Academia, sigue estando, de hecho, penalizada en las carreras académicas de los distintos ámbitos del conocimiento. En parte porque los proyectos interdisciplinares necesitan ganar la credibilidad que ya disfrutaban las investigaciones especializadas propias de las disciplinas que aparecen claramente dibujadas en los mapas que representan el conocimiento científico.

Las investigadoras e investigadores que integran hoy el Instituto, así como quienes formarán parte de él en el futuro, tienen una importante responsabilidad, que comparten con la comunidad universitaria en su conjunto. Esa responsabilidad se concreta en producir conocimientos y reflexiones de excelencia que contribuyan a reducir esos niveles intolerables de violencia con los que seguimos conviviendo; en profundizar en la comprensión de los conflictos para mejorar su manejo; en aprovechar las experiencias humanas de construcción de la paz, acumuladas durante siglos, y añadir nuevas herramientas adaptadas a nuevas circunstancias. Es necesario para ello que las instituciones que financian la investigación y organizan la docencia fomenten ámbitos interdisciplinares de trabajo como el del Instituto. También es necesario que la interdisciplinariedad no se utilice como excusa para la falta de rigor y que la investigación multidisciplinar orientada a la satisfacción de necesidades sociales atraiga a los mejores investigadores e investigadoras y a los proyectos más competitivos; que institutos como el de la Paz y los Conflictos concentren recursos, se conviertan en vías privilegiadas para el desarrollo de carreras profesionales exitosas, superen las evaluaciones más rigurosas, ofrezcan formación de posgrado del mejor nivel y produzcan resultados que se publiquen en las revistas internacionales más prestigiosas.

Ojalá algún día la violencia en todas sus versiones se haya reducido tanto que la Universidad de Granada pueda preguntarse si es necesaria la existencia de un Instituto como este. Mientras tanto, las instituciones académicas deben combinar el apoyo a este y otros institutos con la exigencia de excelencia. Toca seguir reforzando el Instituto atrayendo a él, con recursos y un entorno de trabajo colaborativo, a los y las mejores estudiantes de posgrado, a investigadoras e investigadores excelentes; toca mejorar un instrumento que resulta tan necesario hoy como lo era hace 25 años.

Los orígenes del IPAZ. Algunos antecedentes

JESÚS ANDRÉS SÁNCHEZ CAZORLA

Miembro Fundador del Instituto Universitario de Investigación de la Paz
y los Conflictos, Universidad de Granada

El Instituto Universitario de la Paz y los Conflictos (IPAZ) de la Universidad de Granada (UGR) se creó formalmente en diciembre de 1996, pero sus orígenes hay que remontarlos, al menos, al embrión que supuso el Seminario de Estudios sobre la Paz y los Conflictos (SEPC) de la UGR.

Lo que sigue son algunas breves notas sobre el proceso de gestación del SEPC, su recorrido hasta la creación del IPAZ y algunas consideraciones personales.

Quizás puedan servir para dejar constancia de estos primeros pasos que fueron el fruto de los proyectos, la colaboración y participación de no pocas personas que estuvieron implicadas, en mayor o menor medida, en este proceso. Estás fueron muchas más de las que aparecen nombradas explícitamente. Expreso aquí mi reconocimiento y agradecimiento a todas ellas.

La idea de crear un Seminario de Investigación sobre la Paz y los Conflictos en la Universidad de Granada surgió de las conversaciones que tuvieron lugar a mediados del curso 1987–88 entre algunos profesores de dicha universidad que participaban en el movimiento ecologista y pacifista, en el contexto de la intensificación de la Guerra Fría de la década de los 80 y de la convocatoria y resultado del Referéndum de la OTAN (en 1986) que dieron lugar a una revitalización del movimiento pacifista y antimilitarista en Europa y también en España.

En estas conversaciones participaron, entre otros, Manuel González de Molina (profesor del Dpto. de Historia Contemporánea), Francisco Garrido (posteriormente, también profesor universitario), Francisco A. Muñoz Muñoz (del Dpto. de Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua) y Jesús Andrés Sánchez Cazorla (del Dpto. de Física Aplicada), siendo los dos últimos los que tomamos la iniciativa de llevar a la práctica la idea de crear el referido seminario.

A partir de ese momento, nuestro añorado Paco Muñoz y yo mismo actuamos en una doble dirección: conectar con quienes estaban trabajando en este ámbito en España y empezar a perfilar, desarrollar y difundir la idea en la Universidad de Granada.

En junio de 1988, me desplazé a Barcelona y me entrevisté con Vicenç Fisas, que coordinaba por entonces en el Centro de Información y Documentación de Barcelona (CIDOB) la sección sobre Paz y Desarme, así como con Rafael Grasa, que estaba jugando un papel importante en el seno del movimiento pacifista, así como en el campo de la Educación para la Paz, ya que coordinaba en la revista «Cuadernos de Pedagogía» la sección dedicada a Educación para la Paz y era miembro del Seminario de Educación para la Paz de la Asociación pro-Derechos Humanos. Les hice partícipes, a ambos, del proyecto que se estaba gestando en la Universidad de Granada y mostraron su disponibilidad absoluta para colaborar en el mismo.

A los pocos días de las entrevistas referidas, visité también el Centro de Información para la Paz (CIP) de Madrid. Fui atendido por Carlos Taibo, que por entonces coordinaba la sección dedicada a Países del Este, y le informé de la idea que queríamos desarrollar en el seno de la UGR.

En septiembre de 1988, aprovechando la celebración en Murcia, de unas Jornadas de Educación para la Paz, en las que participaban Vicenç Fisas y Rafael Grasa, Paco Muñoz y yo mismo nos desplazamos hasta allí para seguir manteniendo contacto con los dos y para ponerlos al corriente de las gestiones realizadas hasta ese momento.

En los primeros meses del curso 1988–89, se trabajó en la elaboración del proyecto de creación en la UGR de un Seminario de Estudios sobre la Paz y los Conflictos. Se realizó una primera fase de difusión del proyecto entre miembros de la comunidad universitaria que pudieran estar interesados en el mismo y el 14 abril del 1989 se realizó en el aula García Lorca de la Facultad de Filosofía y Letras, la primera reunión, convocada públicamente, seguida de otra, celebrada en mayo del mismo año, en el aula Andrés Manjón de la Facultad de Derecho.

En dichas reuniones se tomó la decisión de avanzar en el proyecto referido. Seguidamente se presentó una propuesta formal al Rectorado, que la acogió muy favorablemente.

En julio de 1989, Paco y yo asistimos a la VII Convención de la European Nuclear Disarmament (END) que se celebró en Vitoria. Allí contactamos, entre otros, con Juan Gutiérrez (fundador y director en aquéllos momentos del centro Gernika Gogoratuz). Un contacto que inició una colaboración con el referido centro que se ha ido manteniendo a lo largo del tiempo.

Tras estos primeros pasos, a comienzos del curso 1989–90 se creó formalmente el Seminario de Estudios sobre la Paz y los Conflictos, dependiendo orgánicamente del Vicerrectorado de Extensión Universitaria. Se consiguió un modesto local con una zona dedicada a archivo y Secretaría y otra dedicada a reuniones, seminarios, etc. en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología.

Desde sus primeros momentos y hasta 1993, el Seminario contó con una Comisión de Coordinación que se reunía casi semanalmente para organizar y coordinar las tareas y actividades. Inicialmente estuvo integrada por Eduardo Enríquez del Árbol, M^a Luisa Espada, Francisco Muñoz, Ana Rubio y Jesús Sánchez.

Desde los inicios, se tuvo claro que el proyecto a medio y largo plazo era la creación de un Instituto de investigación sobre la paz y los conflictos en la UGR.

El primer acto público del Seminario fue la conferencia impartida por Vicenç Fisas, el 20 de noviembre de 1989 «Objetivos, características y perspectivas de la investigación sobre la paz».

En noviembre del 90, aprovechando la reunión de la Asociación Internacional de Investigación para la Paz (IPRA) en Groningen (Países Bajos) que celebraba el vigésimo quinto aniversario de su creación, nos desplazamos a la misma los integrantes de la Comisión de Coordinación del Seminario. Coincidiendo allí, de nuevo, con Vicenç Fisas y conociendo en este encuentro, entre otros, a Johan Galtung. A éste, le fue presentado el proyecto que estábamos desarrollando y le planteamos el deseo de iniciar una colaboración, que ha sido de vital importancia para nosotros y que se ha mantenido a lo largo de todos estos años.

A principios del curso 1993–94, el 14 de octubre, el equipo rectoral decidió considerar el Seminario, internamente, como un Instituto (en cuanto a recursos aportados, presupuesto, personal de administración y servicios, etc.) y, por ello, desde ese momento, nos organizamos internamente, también, como instituto. Se aprobó un Reglamento y se creó una Junta Permanente, compuesta por director, subdirector, secretario y un representante de las líneas de investigación. Desde ese momento y hasta el final del Seminario, que tuvo lugar al crearse el Instituto, tuve el honor de ser el secretario del mismo.

En el año 1995 se elaboró la documentación requerida para la creación de un Instituto de Paz y Conflictos. El proceso de creación del mismo, que supuso la superación de una evaluación positiva por parte de la Agencia Nacional de Evaluación y Prospectiva (ANEP) así como la aprobación del Consejo de Gobierno y del Claustro de la Universidad, concluyó a finales de 1996.

A continuación realizo algunas consideraciones personales sobre el proceso del que he comentado algunos momentos y fases.

La ilusión que tenía en aquéllos primeros pasos sigue intacta, e incluso acrecentada, porque las razones que nos llevaron a emprender este camino siguen estando vivas.

Una de las motivaciones que me ha acompañado durante todo este tiempo ha sido el imaginar y pensar en iniciativas y procesos que contribuyeran a la construcción de la paz. Junto a otras personas he tratado de dar pasos que permitieran dar vida a los mismos.

De esa motivación surge mi participación en la creación, primero del SEPC y, posteriormente del IPAZ.

De la misma motivación también surge la creación de Miradas al Mundo, el espacio que propuse al IPAZ en el curso 2010–11 y que desde entonces hasta ahora ha realizado más de cien sesiones dedicadas a tratar diversos conflictos relevantes en el marco de la construcción de la paz.

Este espacio pretendía, por un lado, ampliar la comunidad a la que se dirigían las actividades organizadas por el IPAZ (potencialmente toda la sociedad, aunque queda mucho por hacer en esa línea) y, por otro, ampliar la diversidad de las temáticas tratadas. Hasta ese momento las temáticas tratadas en el IPAZ, se ceñían, en gran medida, a las líneas de trabajo de los miembros y colaboradores del mismo. Ello daba lugar a que temáticas relevantes para la construcción de la paz quedaran sin abordar.

Una visión general de lo realizado hasta ahora puede obtenerse visitando la página <http://ipaz.ugr.es/seminarios-miradas-al-mundo/>

Naturalmente, el camino de la construcción de la paz no acabará nunca, queda mucho por hacer, pero el reto es seguir contribuyendo en la medida de nuestras capacidades y posibilidades en el mismo.

Todo lo que hagamos o dejemos de hacer tiene consecuencias. Nos vemos en el camino.

El IPAZ como fuente de enriquecimiento personal y profesional

SEBASTIÁN SÁNCHEZ FERNÁNDEZ

Miembro Fundador del Instituto Universitario de la Paz y los Conflictos

Subdirector del IPAZ-UGR (2005-2008)

Catedrático del Departamento de Didáctica y Organización Escolar Universidad de Granada

1. El Seminario de Estudios de la Paz y los Conflictos

Mi relación con el Instituto de Investigación de la Paz y los Conflictos de nuestra Universidad (IPAZ) comenzó antes de su existencia, cuando formalmente era un seminario de estudios. Fue Alfonso Fernández Herrería, con el que me había trasladado desde Melilla a Granada unos años antes, quien me habló de los contactos que había establecido con algunos compañeros, fundamentalmente de la Facultad de Letras, que periódicamente participaban en el Seminario de Estudios sobre la Paz y los Conflictos. Alfonso se había quedado en Granada, impartiendo clase en la licenciatura de Pedagogía en el edificio de la Facultad de Psicología y mantenía relaciones con colegas de Letras mientras que yo había vuelto a Melilla cuando acabó el primer cuatrimestre del curso 1987-88.

Entre ellos estaba Paco Muñoz, que fue quien formalmente me invitó a participar en el Seminario tras una amena reunión que concertó Alfonso aprovechando un viaje mío a Granada para un Consejo de Departamento. La mayoría de las reuniones del Seminario tenían lugar en una pequeña sala de la última planta de la Facultad de Ciencias Políticas (El Palomar le llamábamos), que amablemente nos cedió el decanato. Inicialmente mi escasa asistencia estaba condicionada por la ausencia de presupuesto para mis desplazamientos, limitándose casi exclusivamente a la coincidencia con alguno de mis viajes a Granada para otros menesteres. Cuando fui elegido director de la Escuela Universitaria de Formación del Profesorado de Melilla, al tener que desplazarme con mayor frecuencia, aumentó significativamente mi participación.

De aquella época destacaría la ilusión y el entusiasmo con que participábamos en las reuniones, que mayoritariamente se celebraban los viernes por la tarde; también la confluencia de perspectivas multidisciplinares—a veces, incluso interdisciplinares—en las temáticas que tratábamos; y, sobre todo, la riqueza de mis aprendizajes como consecuencia de esa diversidad de enfoques que nos llevaba a realizar análisis originalmente distintos que provocaban discrepancias defendidas, discutidas y argumentadas enfáticamente pero que en la mayoría de las ocasiones terminábamos gestionándolas de manera productiva. Fruto de las tareas desarrolladas en el Seminario fueron los primeros libros de la colección Eirene.

2. El Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos

Nuestra constitución en Instituto de Investigación supuso un salto cualitativo importante y un respaldo decisivo para la evolución nuestras actividades. Como muestra, voy a intentar compartir mis vivencias y apreciaciones desde la singularidad derivada de mi condición de miembro del campus melillense de la UGR, combinándola con mi experiencia en la administración educativa andaluza como director general de Orientación Educativa y Solidaridad de la Consejería de Educación y Ciencia.

2.1. El IPAZ desde la UGR africana

La doble continentalidad de nuestra Universidad supone una característica genuina que, desde mi punto de vista, constituye un valor añadido que la hace particularmente atractiva entre las universidades de prestigio, pero que también implica retos y dificultades no siempre fáciles de gestionar. El entorno geopolítico de las tres ciudades con competencias universitarias de la UGR es especialmente relevante para cualquier universitario con un mínimo compromiso social, en especial las relaciones con nuestros vecinos africanos. Las actuaciones, como mínimo, en formación, en investigación y en cooperación, como funciones propias de las universidades públicas, resultan imprescindibles para facilitar el conocimiento y las relaciones inter-

personales y transfronterizas que puedan convertirse, incluso, en estrategias de prevención y, en su caso, de gestión de conflictos interpersonales, interétnicos e incluso interestatales. Por ello nunca he tenido dudas sobre la rentabilidad de las inversiones que se podrían realizar al respecto por las entidades e instituciones concernidas.

Desde el IPAZ como institución siempre se ha tenido en cuenta esta peculiaridad y se ha trabajado en coherencia con ello. Un caso relevante lo constituye la Asociación Alcántara para el Desarrollo de las Relaciones entre España y Marruecos, creada a iniciativa del IPAZ dentro de las acciones de cooperación entre la Universidad Abdelmalek Essaâlek de Tetuán y la nuestra. Además, fortaleciendo el vínculo de la Universidad con Melilla, el consejo del Instituto fue el primer órgano colegiado de la UGR que celebró formal y presencialmente una reunión en terreno africano, concretamente en septiembre de 1998 en el campus de Melilla, adonde los compañeros y las compañeras de Granada se desplazaron como en otras muchas ocasiones venimos haciendo los miembros melillenses del IPAZ para a las reuniones que tienen lugar en Granada.

Con ello conseguimos la implicación de varias instituciones locales y tuvimos un amplio reflejo en los medios de comunicación de la Ciudad, lo que aumento la visibilización de la UGR y mejoró su valoración por la ciudadanía melillense, especialmente del Campus local. Además, el conocimiento directo de la realidad social y étnico-cultural de Melilla posibilitó que desde el IPAZ facilitáramos una mejor comprensión de esa realidad destacando la importancia del papel de nuestra universidad para ello, con lo que salió reforzado el papel y la imagen de los centros universitarios melillenses y, por extensión, de la propia Universidad de Granada.

A partir de ahí se fueron ampliando las interrelaciones Melilla-Granada con el IPAZ como catalizador para facilitarlas. Fuimos pioneros para que después varios departamentos, tanto en Ceuta como en Melilla, hayan venido celebrando encuentros y reuniones de este tipo en los *campi* africanos. En esta misma línea, varios de nosotros participamos en uno de los cursos organizados por la Universidad de Verano de la UGR en Melilla en agosto de 1999 y, unos años antes, en otras actividades de instituciones culturales, como El Ateneo de Melilla.

En un plano más personal, he tenido el honor de ejercer el cargo de subdirector del Instituto por la generosidad de nuestra directora Beatriz Molina Rueda desde 2005 a 2008, además de formar parte de varias comisiones del mismo; también fui director de la colección Eirene, con la inestimable ayuda de Javier Rodríguez Alcázar como secretario de la misma, entre 1994 y 2000, elegidos ambos por los componentes del consejo editor de entonces. Todo ello en un contexto relacional donde era—y sigue siendo—muy excepcional que alguien de Ceuta o de Melilla sea nombrado para cargos de gestión universitaria en puestos de Granada. Lo que, más allá de lo que pueda implicarme personalmente, ha servido para reforzar la estrecha relación del IPAZ con la UGR africana.

2.2. El IPAZ desde la Consejería de Educación y Ciencia de la Junta de Andalucía

A primeros de junio de 2000 fui nombrado Director General de Orientación Educativa y Solidaridad a propuesta de la recién designada consejera Cándida Martínez López. A las numerosas competencias que caben deducirse de una denominación tan ambiciosa para una dirección general nueva, se añadió la elaboración y puesta en marcha de un plan de educación para la paz, que terminó convirtiéndose desde enero de 2001 en el Plan Andaluz de Educación para la Cultura de Paz y No Violencia, todavía vigente. La buena de Cándida sabía de las inquietudes y propuestas de nuestro Instituto—no solo de las mías—al respecto y pensaría algo así: «No hacéis mal trabajo como investigadores teóricos y críticos, vamos a ver cómo obráis ahora que vais a tener la oportunidad de aplicar los resultados de vuestras investigaciones a las realidades educativas andaluzas».

Desde el principio fuimos consolidando una serie de acciones de colaboración interinstitucional que se concretaron en actividades formativas y de divulgación de los primeros borradores del Plan en foros que contaron con una numerosa participación de las distintas instancias de la administración educativa andaluza, así como de las comunidades educativas de toda Andalucía. También fue muy visible y constante la transmisión del conocimiento generado por las investigaciones del IPAZ para su posible aplicación en las realidades educativas y sociales de la comunidad autónoma. Valgan como muestra las colaboraciones que hicieron posible la edición, distribución y divulgación de la *Enciclopedia de Paz y Conflictos*, dirigida por Mario López Martínez; y el *Manual de Paz y Conflictos*, editado por Beatriz Molina Rueda y Francisco A. Muñoz. Igualmente cabe destacarse como ejemplo de esta estrecha cooperación, la organización, el desarrollo y la evaluación del I Congreso Hispanoamericano de Educación y Cultura de Paz, celebrado en Granada en septiembre de 2002, que marcó un hito sobre esta temática y que, en mi opinión, aún no ha tenido parangón. La consiguiente edición de sus actas corrió a cargo de Francisco A. Muñoz, Beatriz Molina Rueda y Francisco Jiménez Bautista.

3. A modo de conclusión

Mis experiencias docentes, investigadoras y de gestión en el IPAZ me llevan a afirmar que la Investigación para la Paz produce conocimiento teórico y práctico aplicable y necesario para hacernos mejores personas. Por ello, me considero muy afortunado por todo lo que he aprendido y vivido en el Instituto.

Como síntesis, tenemos que aspirar a construir culturas de paces desde la cotidianidad y las pequeñas cosas, a la vez que gestionamos los conflictos de manera no violenta y buscamos convertir la Cultura de Paz en la cultura habitual de nuestras instituciones y de nuestra vida como el mejor antígeno para prevenir la violencia.



**Así nos
sentís**

Mi experiencia con el IPAZ a partir de la Paz Imperfecta

FRANCISCO ALFARO PAREJA

Coordinador del Proyecto Convivencia, Reparación Social y Ciudadanía (Caracas, Venezuela)

Mi contacto con el Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada no comenzó directamente sino a través de mi paso por Castelló de La Plana. Luego de aplicar como venezolano a una beca para estudiantes latinoamericanos, durante tres años seguidos, finalmente fui seleccionado. Había quedado de primero en la lista de espera por si alguno de los becados renunciaba. Pensé que por cuarta vez me quedaría por fuera, pero, por cosas de la vida, esa persona no aceptó este apoyo y entré por repechaje.

En octubre de 2007, en el marco del primer año de la Maestría en Estudios internacionales de Paz, Conflictos y Desarrollo que cursaba en la Universitat Jaume I de Castelló, conocí a Francisco A. Muñoz (Paco). Nos habían hablado de él, de su teoría sobre la paz y los conflictos, que era muy polémica, que para algunos era reveladora y para otros simplemente era una teoría conformista. Debo confesar que, al inscribirme en su seminario, que en ese momento dictaba junto a Elena Díez Jorge, no tenía mucha claridad con lo que me iba a topar y cómo eso cambiaría mi comprensión de la paz y la violencia.

Con su particular bigote, picardía y humor Paco Muñoz fue adentrándonos en la teoría de la paz imperfecta que, sin esperarlo, abrió mi comprensión a una nueva perspectiva de este fenómeno, a una nueva dimensión. Entenderla no como un ideal, sino como una dinámica ya presente, en permanente construcción y en constante interacción con la violencia. Caer en cuenta que ni la primera ni la segunda son perfectas, que no estamos condenados a una sucesión de violencia ni a una expectativa eterna de una paz que nunca llegará. Comprender que ambas dependen de la potenciación de capacidades, que van desde los más mínimos gestos hasta las más grandes acciones y que todos, hasta el más violento, pueden en algún momento potenciar la paz y viceversa. Literalmente fue una enorme revelación: la paz era algo que siempre estuvo allí pero que, por obvio, por cotidiano, por sencillo, pero a la vez tan complejo, era invisible a los ojos, a la comprensión, a la sensibilidad. Fueron cuatro semanas maravillosas, únicas, de profunda reflexión, intensos debates y esclarecimientos definitivos que complejizaron y dinamizaron todas mis creencias. A partir de allí, para mí, el IPAZ y la paz imperfecta iban de la mano.

En la primavera del 2008, junto a mis compañeros del Máster, viajamos de mochileros a Granada. Creo que para todos era la primera vez en visitar esta ciudad tan llena de magia, de cruce de culturas, y de gente tan cálida y cercana. Luego de visitar La Alhambra, caminar por sus callejones, degustar platos deliciosos y probar nuevos sabores en varias de sus teterías, pautamos una visita al Instituto, en su pequeña pero gran sede. Esta vez no sólo Paco, sino varios de sus investigadores y docentes nos dieron una bienvenida. Beatriz Molina Rueda, Juan Manuel Jiménez Arenas, Cándida Martínez, Elena Díez Jorge, por nombrar sólo algunos, nos recibieron y nos hablaron de la institución, de las numerosas líneas de investigación, del fascinante mundo de la paz y los conflictos, a través de la transdisciplinariedad que tanto había costado para hacerse un lugar en la Universidad, pero que ahora era centro de referencia a nivel mundial. Ojea (y hojea) libros de la Colección Eirene y de la Revista de Paz y Conflictos,

sobre diversos temas de los conflictos humanos, la paz y la violencia, abordados por disciplinas que se complementaban entre sí era realmente enriquecedor. Caí en cuenta que a los que nos interesaba la paz no éramos locos o hippies. A nivel académico, la paz era una cuestión seria y rigurosa y estas personas, así como las de Castellón, habían abierto camino. En ese viaje conocí también el restaurante Los Girasoles y lo que significaban las sobremesas para intercambiar ideas y puntos de vista.

Previo a esas fechas, ya había decidido desarrollar mi tesis de Maestría sobre la historia del conflicto independentista de Venezuela desde la paz imperfecta. Me parecía retador tener la oportunidad de contar la historia del conflicto más icónico de mi país desde otra perspectiva hasta ese momento oculta o muy tangencialmente abordada. El libro *Historia de la Paz : Tiempos, espacios y actores*, fue determinante. Descubrir que la historia es mayoritariamente pacífica y que la violencia es la excepción y no la regla, asumir la paz como partera de la historia, fue sin duda la llave para una fantástica investigación que me llevó a una tesis doctoral que defendí en 2013 y a la publicación de dos libros en los años subsiguientes (2014 y 2016).

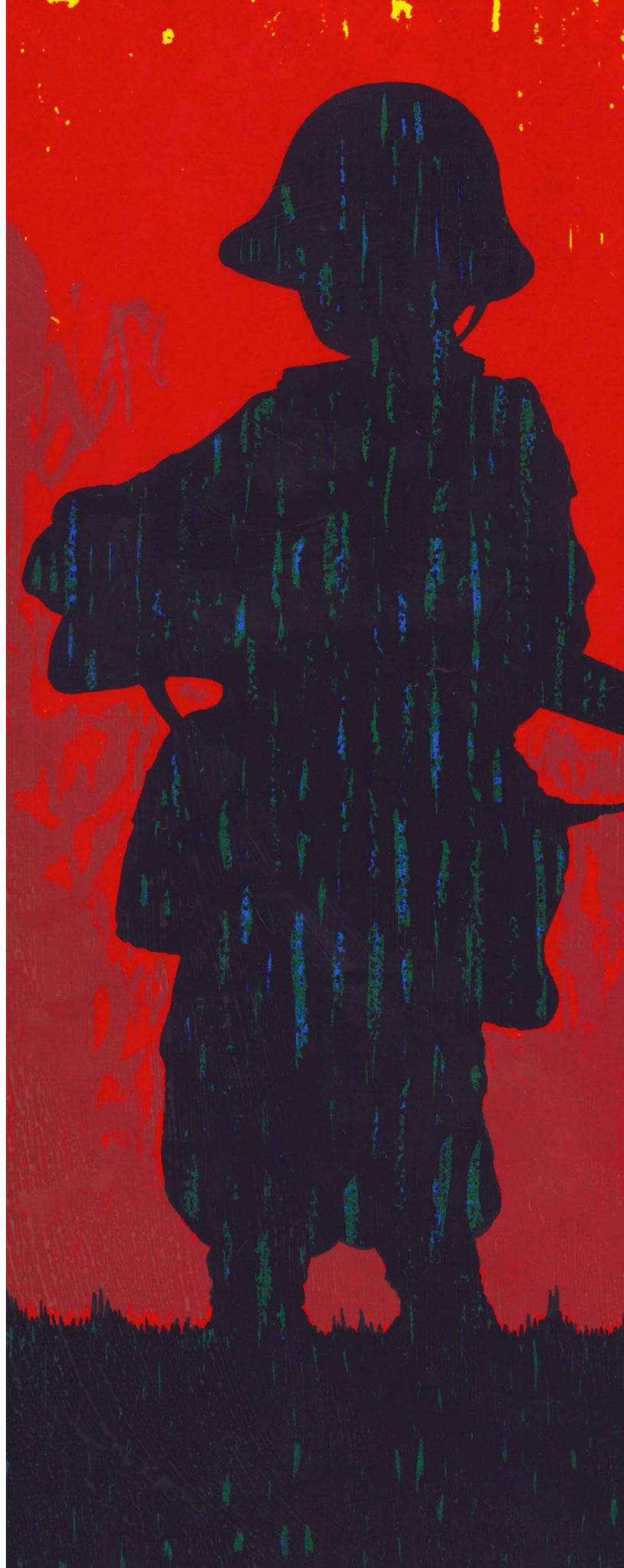
A partir de allí mis viajes se hicieron más frecuentes. Al menos uno por año entre 2009 y 2014. En un viaje corto, tuve la oportunidad de ser huésped en la casa de Cándida y Paco. Fue una experiencia maravillosa desde todo punto de vista, siempre con largas conversaciones filosóficas e históricas sobre los conflictos que luego finalizaban con jornadas de consulta que desarrollaba en la biblioteca del Instituto. Ya en 2013 había sido aceptada mi incorporación como investigador externo al IPAZ, por lo cual siempre estaré profundamente agradecido. Quizá la experiencia más enriquecedora fue el encuentro de la Red de Investigadores Iberoamericanos en Paz Imperfecta (RIIPI) celebrado en octubre de 2014. Poder conocer e intercambiar con personas de diversos países de la región sobre distintos conflictos a la luz de la matriz unitaria compleja, de sus cinco ejes, nos dio la oportunidad de caer en cuenta que el alcance de la paz imperfecta se perdía de vista. Estábamos ante algo grande y creo que, casi como apóstoles, cada uno regresó a su país a seguir impulsando la visión imperfecta de la paz. Yo, como el único venezolano del grupo, me sentí con una gran responsabilidad de difundir esta perspectiva en mi país. Era una necesidad imperiosa de compartir esa buena nueva, esa perspectiva que hacía de la paz algo posible, viable, real, asequible, multidimensional y en donde todos tenemos la oportunidad de construirla.

Paco dejó este plano físico muy pronto, pero su legado para la comprensión de los conflictos, la paz y la violencia se pierde de vista. Creo que aún no ha sido valorado en su justa medida a nivel mundial. Es probable que, como pasa con aquellos que nos dejan repentinamente, su obra incremente su impacto a medida que pasa el tiempo. En 2015, 2016 y 2018 volví en cortas visitas al Instituto y, de la mano de Juan Manuel Jiménez Arenas quien me acogió en su casa, tuve la oportunidad de hacer tres ponencias: una en el marco del Seminario de Empoderamiento Pacifista; otra sobre el aporte del liberalismo y el moderantismo español del siglo XIX a la paz en las ex colonias americanas y, otra, para explicar la complejidad del conflicto político actual en Venezuela. Y, aunque la ausencia de Paco me genera un impacto y una nostalgia innegable cada vez que voy, siempre me he sentido tranquilo y orgulloso porque la obra que fundó junto a otros en 1996 sigue más activa que nunca. Es una obra colectiva donde todos los que hacen vida en ella han aportado desde el inicio su esfuerzo y perspectiva. La planta profesoral e investigativa del IPAZ es muy sólida y de ello dan cuenta las numerosas e innovadoras publicaciones que pueden identificarse en su página web.

Sin lugar a dudas, el Instituto es un espacio para la investigación, el intercambio, la inter y transdisciplinariedad; para reflexionar sobre el apasionante mundo de la complejidad y los conflictos; para la incidencia pública, porque la paz no es una inquietud de personas bien intencionadas o idealistas que no tiene asidero sobre la realidad. Justamente, al contrario, los

espacios, momentos e instancias de paz son dinámicas realistas, pero además cotidianas y viables. El trabajo es fortalecerlas donde están presentes y construirlas donde están silenciadas por la violencia. Sede de un posgrado y doctorado que recibe anualmente las más diversas nacionalidades, pero en especial a hermanos de Colombia, que regresan a su país a trabajar en el difícil pero hermoso proyecto de la consolidación de la paz con herramientas que potencian en su paso por el IPAZ.

La pandemia ha sido una gran pausa para estas visitas cuasi anuales que tanto añoro. Espero volver nuevamente, bien a una estancia de investigación o a facilitar un seminario en la Institución que, ya en su primer cuarto de siglo, me dio las herramientas filosóficas, epistémicas, teóricas y prácticas para comprender, trabajar y compartir la paz y contribuir a regular los conflictos. A ella le debo mucho.



Una desobediente civil

GILMA LILIANA BALLESTEROS PELUFFO

Doctora por el Programa Paz, Conflictos y Democracia, Universidad de Granada

Politóloga. Líder y asesora de políticas, planes y programas

Investigadora y docente universitaria

La violencia era todo cuanto marcaba el contexto de mi país. Había crecido entre bombas, ataques guerrilleros y arremetidas paramilitares, dirigidos por políticos indolentes que perpetúan la desigualdad. Deseaba paz. Pero anhelaba con más ahínco la libertad. Me seducía desde entonces las tesis de Hannah Arendt sobre la violencia como aquella que destruye todo y por lo tanto no puede haber política, entendiendo ésta como el «vivir juntos». Entonces imaginaba que quizás podía ser mediadora o negociadora, que podría ser capaz de resolver conflictos, y desde aquel entonces comprendía que el único camino es a través de medios pacíficos.

Me había decidido estudiar el poder, a través de las ciencias políticas, tiempo durante el cual siempre tuve interés por el conflicto armado colombiano, los derechos humanos, la desigualdades y ejercicio de la ciudadanía. Participé en las iniciativas estudiantiles para clamar por una paz negociada, por visibilizar la muerte de líderes sociales y defensores de derechos humanos. Marche cientos de veces en contra de la muerte. Una de esas iniciativas juveniles fue crear El carnaval de las Iras, un espacio artístico y contestatario para expresar nuestras rabias, quemarlas y lograr reconciliarnos. Sabíamos de alguna manera, que era importante frenar la violencia y lograr transformaciones hacia la reconciliación.

En ese contexto, algunos profesores nacionales visitaron el Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos, trayendo algunas ideas fascinantes sobre la paz por medios pacíficos, la reconciliación y en especial la no violencia como proyecto político. La irenología resultaba innovadora, pero al tiempo un misterio epistemológico y en mi caso era un riesgo vocacional que podía poner en peligro mi propio futuro profesional. Pero yo ya había elegido una carrera nueva de la que poco se sabía y el doctorado era la ilusión de una joven con ganas de pensar diferente.

Una vez terminada mi carrera y con lo que logré juntar en un año de trabajo viajé a estudiar primero el diploma de estudios avanzados y luego el doctorado. Allí encontré un grupo de compañeros diversos, venidos de cada rincón del MUNDO (México, Costa Rica, Bolivia, Ecuador, Brasil, España, Italia, Lituania, Argelia, Nigeria y Marruecos) con una maleta gigante de expectativas, conocimientos y experiencias, que llenaban cada rincón de mis inagotables curiosidades. Historia, Filosofía, Antropología, Ciencias Políticas, Pedagogía, Estudios de Género, se mezclaba cadenciosa pero certeramente sobre el horizonte de la paz. Allí no solo pude estudiar irenología como episteme, pude reflexionar y comprender sobre las distintas realidades que se le presentan a los seres humanos, entender lo que implica las diferencias y compartir un sinnúmero de experiencias que me ponían de frente con la facticidad de vivir en la diferencia, eso no solo abrió mi mente sino el alma. Después de esto, entendí que la humanidad es una y es inimaginablemente diversa. Este grupo de compañeros fue excepcional y dejaron una huella indeleble que me recuerda que nunca se puede comprender el todo y que apenas uno se acerca a una mera parte, pero que es necesario insistir en lograr esa comprensión.

En medio de esa inmensidad, el proyecto político de la no violencia resonó en mi mente como teoría y praxis. Se configura a través de la historia y se teoriza a partir de la práctica, esto me resultaba muy aristotélico, tal y como le gustaba a Hannah Arendt una de mis autoras favoritas. Ahondando por la No violencia encontré la figura de la desobediencia civil que me sedujo desde el principio por su capacidad para juntar política, historia y filosofía. Decidí que ese sería el tema de mi tesis doctoral y los siguientes años me dediqué al estudio de esta, con la compañía de mis maestros y ahora amigos Mario López y Javier Rodríguez. Tuve la fortuna de contar con la compañía amorosa y paciente de mis amigos, colegas y activistas Carlos Eduardo Martínez, Óscar Useche y Vera Grabe, ellos fueron fuente de motivación cuando las fuerzas en este camino de disertación flaquearon. Luego de culminados los estudios Diego Checa me ha invitado a hacer parte de los evaluadores externos de los artículos de la revista y es una manera de seguir vinculada con mi alma máter.

Estos largos años de estudio han marcado mi forma de pensar, escribir y actuar. Me ha permitido mantener la inquietud por comprender mucho más allá de lo aparente, tener posiciones críticas y buscar alternativas que logren saldar las enormes amarguras políticas que le acaecen a la humanidad. Encuentro en cada una de mis actividades, incluso en la más cotidianas de ellas, un aporte a la paz, a la ciudadanía activa y especialmente a desobedecer, y no de cualquier manera sino civilmente.

Al Instituto me une un enorme agradecimiento y una identidad plural en ese largo y complejo camino que resulta la paz. Le deseo larga vida en su aniversario.

Breve reflexión sobre la educación para la Paz

EDWIN MAURICIO CASTRO MARTÍNEZ

Egresado del Máster en cultura de Paz, Conflictos, Educación y Derechos Humanos

Coordinador de Investigación e Innovación. Corporación Universitaria Autónoma de Nariño (Villavicencio, Colombia)

Director Grupo de investigación GIAUNARVI

Los diálogos aristotélicos expuestos en el libro *La Política* (s.IV, a.C.), plantean que la diferencia máxima de los seres humanos con respecto a los demás seres vivos, es su condición de crear sociedades y organizar la vida en ciudades, esto es, el ser político como una característica *sine qua non* de nuestra especie. Desde esa mirada, la construcción de sociedades se surte de diferentes mecanismos y procesos sociales — algunos más complejos que otros —, que a lo largo de la historia convergen en momentos cruciales para evolucionar; sino en nuevas y mejores prácticas, al menos en el planteamiento conceptual de nuevas realidades.

De lo anterior, se desprende la idea de que la educación — en un estado ideal —, se debe dar desde la base de la libertad. Algo que va en línea con la tesis que Descartes desarrolló, tomando los avances que en materia educativa ya había abonado la escuela jesuítica, y que él trata de universalizar desde el posicionamiento de la razón, dejando de lado el tinte de adoctrinamiento que se imprimía al modelo. Esta idea de educación sobre una base libre, suponía el desmantelamiento de la escolástica, lo que para el momento histórico que Descartes lo planteó, resultaba inviable en todo sentido, y aún hoy, se mantiene una ‘moderada’ reticencia a desprenderse de ese modelo.

Para finales de la década de 1940, cuando apenas se superaba la II Guerra Mundial, el mundo entró nuevamente en un estado de latente conflicto entre Estados Unidos y la extinta Unión de Repúblicas Soviéticas, dando paso a la Guerra Fría, en la que estas ‘superpotencias’, ejercieron control sobre un sinnúmero de estados que asumieron el rol de comodines en una partida que, para ellos siempre estuvo perdida, o al menos para la gran mayoría.

Superada esta coyuntura, al menos en lo político, las dinámicas sociales (antes permeadas por la realidad de tensión entre capitalismo y socialismo), retoman nuevos elementos ideológicos que dan un giro importante en la educación. La propuesta de Rousseau, es entonces relevante en tanto propone que esa racionalidad antes delineada por Descartes, sea vista desde la libertad, situándola como una facultad distintiva del ser humano. El nacimiento del hombre en condición de libertad, deja sin opción alguna las antiguas propuestas que, desde la coacción, proponían doblegar el carácter del ser, quizá, como mecanismo de amainar las corrientes beligerantes de pensamiento que buscan confrontar, preguntar, repensar y formular nuevos modelos que acerquen al hombre a la idea de una escuela de pensamiento libertario.

Entonces, bajo la premisa de que el ser humano es un ser político y, sobre la base de la educación libre, éste se rebela a la coacción y al adoctrinamiento, afinando un conflicto — al menos conceptual — que se dirime, interpretando la oportunidad de rehacer el tejido social, desde la naturalización de la convivencia, contribuyendo a que cada quien se haga a sí mismo, sobre la base del respeto por el disenso.

Es en esa lógica, que la Educación para la Paz se convierte en una herramienta básica para mejorar la calidad de vida de las comunidades y, en la que el Instituto de la Paz y los Conflictos, de la Universidad de Granada (IPAZ-UGR) — durante los últimos 25 años — ha facilitado la co-construcción de saberes, dando espacio a nuevas miradas multiculturales en torno al paradigma de la violencia, la naturaleza de los conflictos y su impacto en la vida de las personas. Ha sido, también, escenario para resignificar la historia, esto es, otorgar un rasgo pacifista, desde las perspectivas de quienes han padecido, por ejemplo, las consecuencias de la guerra, favoreciendo la construcción de nuevos relatos que significan un giro epistémico, nutriendo la discusión académica.

Ser parte de la historia del IPAZ-UGR, y haber cursado el Máster en Cultura de Paz, Conflictos, Educación y Derechos Humanos, significa la oportunidad de alimentar el respeto por las diferencias en distintos escenarios de vida, en los que más allá de ostentar una calidad académica, existe la consigna de aportar en la transición que la sociedad global necesita hacer: de una cultura de violencia hacia escenarios pacíficos de convivencia que se representen en la cotidianidad. Esto se refleja en los diferentes ambientes que el IPAZ propone para quienes lo conforman, dando espacio a pluralidad de argumentos en el marco de las asignaturas y, además, facilitando escenarios de participación conjunta a través de investigaciones, espacios de práctica y aún, para quienes se nos otorgó la oportunidad, representar el colectivo de estudiantes ante los cuerpos colegiados del Instituto. Es así como varios de los egresados hemos iniciado en el trasegar de la enseñanza universitaria, de las acciones sociales y humanitarias en diferentes organizaciones y también, en instituciones públicas de orden local y nacional, procurando el diseño e implementación de políticas públicas que reivindicuen y mejoren la calidad de vida de las personas sin tintes de discriminación.

Hoy, los desafíos para la paz se centran en entender la relación de interdependencia que infiere la globalización, bajo la cual, los problemas de orden ambiental, económico, político etc., que afectan a un grupo humano en Latinoamérica, tienen efecto colateral en latitudes opuestas del planeta. Lo anterior conduce al ejercicio pedagógico y andragógico de enseñar que la paz va más allá de la ausencia de la guerra y, debe propender por la solución de las causas estructurales de desigualdad en el mundo, que se constituye en el combustible de varios de los conflictos que siguen vigentes.

Entonces, se debe asumir el compromiso de continuar desarrollando el paradigma de la paz de manera multidimensional, abordando la realidad de la crisis ambiental, el hambre, la desigualdad de género, la insistente tendencia por colonizar a otros y la pobreza extrema — por citar algunos —, que se multiplica por cientos a lo largo y ancho del planeta y que fracturan el valor intrínseco de los pueblos, vulneran sus derechos y, aún más lamentable, perpetúan diferentes formas de violencia que aumentan en un interminable espiral que parece no hallar fin.

Es válido terminar esta breve reflexión anotando que la educación no puede pertenecer de manera exclusiva al modelo privado; pero no es, tampoco propiedad de lo estatal. La escuela libre, radica precisamente en encontrar el equilibrio para que la educación no se subordine al círculo privado, como sucede en varios países con economías emergentes, y, en consecuencia, se tienda a desprender de su relación de complemento que se surte con la democracia; o, por otro lado, tampoco se puede suscribir que la educación quede en la estatalización, lo que podría eventualmente convertirse, en una ideología que devuelva al ser humano al punto inicial, en el que la virtud de enseñar se concentra en la instrucción como un elemento capaz de moldear la voluntad del sujeto.

Granada y Castellón: Urdimbres de Paz

IRENE COMINS MINGOL

Directora del Instituto Interuniversitario de Desarrollo Social y Paz (2015–2019)

Profesora del Departamento de Filosofía y Sociología, Universitat Jaume I, Castelló

¡Felicidades IPAZ por un cuarto de siglo de trabajo bien hecho! Sin duda el balance tras estos 25 años de trayectoria es ejemplar e inspirador para el resto de centros que seguimos vuestro trabajo. La capacidad docente, investigativa, de transferencia y sensibilización del IPAZ ha enriquecido no sólo a la Universidad de Granada y a su entorno social, sino también a la investigación para la paz de Andalucía, de España y del mundo — con un gran impacto, como es sabido, en América Latina —.

Uno de los centros que nos hemos enriquecido del diálogo con el IPAZ ha sido la Cátedra Unesco de Filosofía para la Paz de la Universitat Jaume I de Castellón (UJI), con su Máster y Doctorado. Una afinidad institucional que nos congratula y que ha redundado en un enriquecimiento académico tanto a nivel formativo como investigativo.

A nivel formativo es reseñable la intensa y activa participación de diferentes miembros del IPAZ en el Máster y Doctorado en Estudios Internacionales de Paz, Conflictos y Desarrollo de la Universitat Jaume I. Desde el nacimiento del Máster Internacional en Estudios de Paz y Desarrollo hasta el actual Máster Universitario en Estudios Internacionales de Paz, Conflictos y Desarrollo investigadores e investigadoras del IPAZ han llenado nuestras aulas de conocimientos: Francisco Muñoz, Mario López, José Ángel Ruiz Jiménez, María Elena Díez, Jorge Guardiola...

También a nivel de doctorado la relación ha sido enriquecedora e inspiradora. No sólo compartiendo durante un tiempo un mismo programa de Doctorado, el Doctorado Interuniversitario en Estudios de Paz, Conflictos y Democracia, sino en el actual Doctorado en Estudios Internacionales de Paz, Conflictos y Desarrollo de la Universitat Jaume I. De diferentes modos hemos disfrutado de las contribuciones de investigadores e investigadoras del IPAZ, que han participado como miembros de tribunal, dirigiendo y codirigiendo tesis doctorales, o impartiendo la conferencia inaugural del curso de doctorado. Beatriz Molina Rueda, Purificación Ubric Rabaneda, José Ángel Ruiz Jiménez, Mario López, Juan Manuel Jiménez Arenas o Francisco Muñoz son algunas de las personas que nos han honrado con su presencia.

Además de esta colaboración en formación de posgrado al más alto nivel académico, las sinergias entre Granada y Castellón han sido también fundamentales en el ámbito de la investigación. Publicaciones conjuntas en capítulos de libros, libros editados... Todo ello fruto de una sintonía y de un diálogo intelectual que me atrevo a decir ha marcado una línea de trabajo novedosa en el campo de la investigación para la paz: el enfoque pazológico o constructivo. Un *giro epistemológico* que anima a abordar como objeto digno de estudio no sólo la violencia sino también la paz, tanto a lo largo de la historia como en las competencias humanas para hacer las paces. Un *giro epistemológico* que ha contribuido a ampliar y complejizar el marco conceptual hegemónico de los estudios para la paz. Si bien el enfoque polemológico es fundamental, y debemos seguir analizando, visibilizando y denunciando los diferentes tipos de violencia que

se dan en el mundo, no podemos dejar paralelamente de visibilizar, analizar y diagnosticar las diferentes experiencias y competencias para la paz que también existen y que nos permiten decir en palabras de Vicent Martínez «Podemos hacer las paces. ¡No tenemos excusa, tenemos responsabilidad!».

Como señalaba Francisco Muñoz «concederle poder a la paz, darle cada vez más espacio público y político se convierte en el instrumento principal para el cambio». Leonardo Boff y Mark Hathaway en su libro *El Tao de la Liberación* señalan el modo en que «la impotencia interiorizada es un obstáculo mayor para el cambio que la propia opresión estructural». Por eso urge hacer una fenomenología de las paces, visibilizarlas, siguiendo las propuestas de la paz imperfecta y del giro epistemológico. Es un acto de rigor científico, para superar el sesgo violentológico que sobredimensiona la violencia e invisibiliza la paz, tanto en los medios como en las ciencias. Pero es también un imperativo moral. Debemos nutrir la esperanza. Como decía Francisco Muñoz somos náufragos y navegantes en la búsqueda de la paz, pero siempre «optimistas inteligentes» — que no ignorantes o ingenuos —. Sabedores de que podemos hacer las paces. Tenemos las capacidades para ello, las experiencias y el deber de perseverar creativamente en la construcción de la paz.

Sin duda las urdimbres investigativas y formativas entre Granada y Castellón estuvieron fuertemente amparadas por la complementariedad académica de los fundadores de cada uno de estos centros: Francisco Muñoz y Vicent Martínez Guzmán. La afinidad intelectual de estos dos investigadores para la paz favoreció una sólida red de intercambios académicos IPAZ-UJI que se ha proyectado en el tiempo.

Cómo no, esta hermandad institucional, esta colaboración formativa e investigativa, ha estado sembrada de anécdotas e imborrables recuerdos que han ido tejiendo redes no sólo académicas sino también personales y afectivas. Me permito aquí compartir algunos recuerdos que revisito al hacer balance. El cariño con que el club de fans Todos somos fans de todas — con Rosa, Lidón, Chelo, Teresa y Paco — celebraba cada nueva visita de Francisco Muñoz a Castellón con una cena de animada conversación. La alegría con que Vicent Martínez Guzmán recibía el nombramiento de miembro honorífico del IPAZ en gratitud a una trayectoria de estrecha colaboración. También recuerdos personales, muchos unidos al viaje, al tren que nos acercaba. Recuerdo aquel tren nocturno que desde Barcelona pasaba por Castellón, con destino Granada. Viajar en aquel tren con Vicent Martínez Guzmán — acompañada según la ocasión también con Sonia París, Lidón Escrig o Mercedes Alcañiz —. Desayunar con Vicent contemplando por la ventanilla del tren los campos de olivos, que nos anunciaban que pronto llegaríamos al destino, mientras conversábamos sobre la naturaleza humana y los retos de la paz son algunos de los tesoros que la memoria me regala. Disfrutar de una colaboración que ha sido mutuamente fructífera y enriquecedora, eso es para mí el IPAZ, en el plazo institucional y también personal.

Con motivo de estos primeros 25 años del IPAZ no puedo dejar de felicitar a los investigadores e investigadoras que componen el Instituto de la Paz y los Conflictos por su ingente y comprometido trabajo por la paz. La capacidad docente, investigadora y de difusión de este instituto es loable. Desde la UJI tenemos los brazos abiertos y la mirada puesta en el IPAZ, para continuar construyendo conjuntamente y por muchos años más urdimbres al servicio de la construcción de la paz.

IPAZ-UGR, si no existiera habría que crearlo

TICA FONT GREGORI

Investigadora del Centre Delàs de Estudios por la Paz

Miembro de la Liga Internacional de Mujeres por la paz y la Libertad (WILPF-España)

Mi vida como activista por la paz se inició en la década de los 80, que vino marcada por el peligro de una guerra nuclear limitada, la Unión Soviética y los Estados Unidos decidieron instalar misiles de alcance medio en ambos lados de la frontera europea. Dos objetivos marcaron la trayectoria movilizadora del movimiento por la paz: la desnuclearización de Europa, tanto la occidental como la oriental, y el respeto a los derechos civiles y humanos en los países del Este.

Las acciones que propusieron fueron muy diversas, recogida de firmas contra la instalación de euromisiles, en Alemania occidental en 1980 en seis meses llegaron a recoger 800.000 firmas. Grandes marchas pacíficas que recorrieron Europa de norte a sur; manifestaciones en muchas ciudades, acampadas en bases norteamericanas en territorio europeo, etc. De las diversas acciones remarcar el campamento de mujeres por la paz de Greenham Common en Inglaterra. Este campamento empezó el 1981 para protestar contra la decisión del gobierno británico de permitir instalar misiles crucero. Durante los años de vida del campamento realizaron bloqueos a la base, en 1982 una cadena de 30.000 mujeres rodeó la base, en 1983, 70.000 personas llevaron a cabo una cadena humana de 23 km.

Ese mismo año, el Gobierno de Estados Unidos puso en marcha la Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI), también llamada Guerra de las Galaxias, pocos meses después en 1984 durante la convención anual del European Nuclear Disarmament (END) se creó la Red Europea para el Dialogo Este-Oeste, en la que el movimiento por la paz de Europa occidental estrechaba lazos con grupos independientes de países del este y de la URSS.

En España, en 1982, cuando llegan al poder los socialistas se comprometieron en realizar un referéndum sobre la entrada de España en la OTAN. Este referéndum marco las primeras grandes movilizaciones postfranquistas. Las movilizaciones que se llevaron a cabo durante los tres años previos al referéndum revitalizaron el tejido social español, surgieron nuevas organizaciones, impulsó el proceso de renovación de una izquierda y dio nueva fuerza e impulsó el movimiento de objeción de conciencia e insumisión, hasta tal punto que puso en cuestión la viabilidad del modelo de ejército, basado en un servicio obligatorio.

En Estados Unidos la campaña por la «congelación de armas nucleares», llegó a tener un vasto alcance y llegó a penetrar en la política y la cultura. Miles de personas se manifestaron, participaron en referéndums o veladas. En su momento más álgido en 1982 la manifestación de Nueva York llegó a congregarse a más de 1 millón de personas, también en ese mismo año un referéndum al respecto consiguió que 18 millones de personas votaran y con un resultado del 60% a favor de «una parada mutua y comprobable de la carrera de armamentos».

El movimiento antinuclear sería un ejemplo de un movimiento que influyó en la política. El movimiento en USA consiguió aproximar a congresistas demócratas que presionaron sobre los republicanos obligando a la Casa Blanca a reducir su programa de misiles nucleares a cuarta

parte y a modificar su postura negociadora. La opinión popular a favor del desmantelamiento y congelación de armas nucleares en los dos bandos era tan fuerte que influyó en la estrategia negociadora del equipo de R. Reagan. Los negociadores pensaban que los soviéticos se negarían a cualquier negociación y ante la opinión pública occidental se mostraban una predisposición a la negociación; la sorpresa fue que Gorbachov ofreció un acuerdo para la eliminación de los *euromisiles*, renunciando a vincularlo con la paralización de la Guerra de las Galaxias. En 1987 se firmaron unos acuerdos de limitación de armas nucleares, ello provocó la desmovilización el movimiento por la paz, pero dicho movimiento ha tenido una gran influencia en la disminución del peligro de guerra nuclear y en la democratización del Este y la antigua Unión Soviética. Finalmente, después de muchos años de trabajo no tan visible el 22 de enero de 2021 ha entrado en vigor el Tratado para la Prohibición de las Armas Nucleares.

Las armas nucleares no se han eliminado, todavía existen y todavía nos queda mucho camino hasta lograr eliminarlas, pero fruto de las grandes movilizaciones de la década de los 80 hemos logrado que una generación, incluidos los políticos, no den apoyo a la energía nuclear. Las movilizaciones del movimiento por la paz en la sociedad occidental han dejado huella social, nuestra sociedad civil y la clase política, actual, no acepta la construcción de centrales nucleares para la producción de energía eléctrica o para la producción de armas nucleares.

Esta larga introducción me sirve para reconocer que los movimientos por la paz necesitamos instituciones académicas como IPAZ, institutos universitarios que apliquen sus conocimientos académicos en diversos campos. Necesitados que la academia reconstruya la historia de las movilizaciones llevadas a cabo, analice las estrategias, las tácticas, los métodos de trabajo y visualice los aciertos, los errores o los éxitos. Necesitamos que lleven acabo trabajos académicos que creen conocimiento a través de las diversas ramas de las ciencias sociales, al mismo tiempo que difundan el conocimiento existente.

Nuestra sociedad esta siendo educada en obtener resultados rápidos y sino los obtiene, considera que sus esfuerzos no han servido para llevar a cambo transformaciones sociales sustanciales. Los activistas sociales necesitamos de institutos universitarios como IPAZ que a través de sus trabajos académicos pongan de manifiesto como las campañas y las movilizaciones sociales van haciendo evolucionar la sociedad, como las movilizaciones sociales transforman la sociedad. Lo que importa es mirar los cambios en perspectiva, sabemos que los cambios políticos, sociales y culturales son lentos, si aprendemos a verlos a través el tiempo y no en la inmediatez de la lucha, podremos ser optimistas.

En mi opinión IPAZ ha afrontado muy bien el dilema del papel que debe desempeñar en la sociedad, ha combinado el compromiso de construcción de paz, convirtiéndose en un actor socialmente comprometido, con el trabajo académico. IPAZ interactúa con la sociedad desde el conocimiento, IPAZ no ha ignorado los problemas de la sociedad ni el compromiso que debe tener la Universidad con su entorno social, los trabajos y publicaciones del Instituto no eluden el carácter reivindicativo del conocimiento y de la investigación científica.

Del activismo de IPAZ quiero destacar la realización de eventos como congresos, seminarios, foros o conferencias concebidos como puntos de encuentro, de dialogo, de debate, de reflexión que ayudan a comprender la complejidad de los problemas y conducen a una paz estructural. En especial quiero destacar la gran labor del máster de paz como instrumento de formación, como instrumento de capacitación de agentes tanto universitarios como de agentes sociales. Por el máster de IPAZ han pasado alumnos relevantes del ámbito político, universitario o agentes sociales. Me atrevo a firmar que IPAZ, a través de toda su actividad formativa, ha formado ciudadanos éticamente responsables, comprometidos con el bien común, con la democracia y el respeto a los derechos humanos; al menos es así con aquellos exalumnos, académicos o activistas con los que me cruzado en diversos países latinoamericanos.

No quisiera acabar sin mostrar mi agradecimiento a miembros de IPAZ, su contacto personal y sus trabajos académicos me han ayudado a ampliar mi visión sobre el concepto de paz, en especial vuestra gran contribución el de la paz imperfecta, han ampliado mis conocimientos, me han ayudado ha comprometerme con el cambio epistemológico. Puedo afirmar que personas concretas de IPAZ han contribuido a la evolución de mi pensamiento y a la reorientación de mi compromiso con la paz. Sin vuestras contribuciones mi compromiso no hubiera sido el mismo.

No solo quiero felicitaros por los 25 años de buen trabajo, dejadme que reivindique la necesidad que tenemos los activistas sociales por la paz de vuestro trabajo. Si no existierais tendríamos que llevar una campaña para crearlo. No os desvíes de vuestra línea de trabajo, os necesitamos.



IPAZ-UGR. 25 años de paz transversal

EULOGIO GARCÍA VALLINAS

Coordinador del Master en Cultura de Paz, Conflictos, Educación y Derechos Humanos
Profesor Titular del Departamento de Didáctica. Universidad de Cádiz

En respuesta a la invitación para participar en la celebración del 25 aniversario de la constitución del Instituto de la Paz y los Conflictos (IPAZ) de la Universidad de Granada (UGR), referiré nuestra experiencia y el sentido de la relación con esta institución que ha liderado en Andalucía los estudios en el campo, contribuyendo decisivamente a su desarrollo conceptual, práctico y socio-político en la región, a través de sus actividades docentes, de investigación y de transferencia de conocimiento; articulando también puentes académicos e intelectuales con otras universidades y centros de investigación del Estado e internacionales.

Nuestra relación con el Instituto es relativamente reciente, se remonta al año 2008, en el contexto de las reuniones convocadas por la Consejería de Educación de la Junta de Andalucía en torno al Observatorio de la Convivencia, donde tuve la fortuna de coincidir con quien para tantos colegas encarnó la idea y el espíritu del IPAZ, Francisco Muñoz; afectivamente, Paco; catedrático de Historia Antigua de la UGR, miembro fundador, investigador y director del Instituto de 1996 a 2001. En aquel foro, constituido por docentes de las universidades andaluzas, Paco expuso las actividades del IPAZ, los proyectos de investigación que estaban en curso y la docencia en el Doctorado en Paz, Conflictos y Democracia, así como su idea de extender la formación en este campo al resto de las universidades de la región mediante un título de master. Era una persona que concitaba consensos, su modo tranquilo de ser y relacionarse, de entender el diálogo de forma abierta y propositiva, de liderazgo compartido, hacía que resultara sencillo llegar a acuerdos. Recuerdo las reuniones y debates, formales e informales, en los que se fue perfilando la forma y el contenido desde ópticas pluri-, inter- y transdisciplinares. Más complicado resultó trasladar dichas perspectivas relacionales, en esos momentos, a la estructura estanca y disciplinar universitaria, poco familiarizada con la colaboración, la interrelación o la transversalidad, tanto interna como externa, en el modo de pensar y organizar el conocimiento en sus títulos, o en el modo de hacerlo en colaboración con otras universidades e instituciones; un camino que hubo que recorrer durante estos años, acompañados afortunadamente del impulso de otros títulos de master que introducían nuevas temáticas pluri-inter-transdisciplinares como los estudios de género, culturales, educativos, políticos, ambientales, mediacionales...; no por casualidad, temas, problemas o dimensiones de la cultura de paz que concitan el interés colectivo y reflejan de algún modo los cambios en el pensamiento social de nuestro tiempo.

A esa apasionante etapa preparatoria de planificación y propuesta; de concreción de compromisos y vínculos personales, profesionales e institucionales; sucedió la de puesta en marcha, en el curso 2009/10, del Master Interuniversitario en Cultura de Paz, Conflictos, Educación y Derechos Humanos por la Universidad de Cádiz, Córdoba, Granada y Málaga. Por lo dicho, en ese momento el principal desafío pudo haber sido la coordinación interuniversitaria, que transcurrió sin embargo por dinámicas de colaboración como la fase anterior, con el liderazgo del Instituto, al ser la UGR responsable de la misma. Reconocimiento que hacemos extensivo al profesorado de las cuatro universidades, adscritos a una pluralidad de áreas de conociemien-

to y departamentos, que se vinculó e implicó proactivamente en la docencia; formando en teoría, en investigación y en práctica de la paz a doce promociones de estudiantes hasta la fecha. Nos parece justo destacar también el compromiso del alumnado con estos estudios, reflejado en el seguimiento de las actividades de clase, en los trabajos académicos o en sus investigaciones de campo. De formación y procedencia muy diversas representan una rica muestra multicultural que desafía presunciones o verdades asentadas, muestran apertura para comprender el mundo y pensar alternativas de transformación. Valoran esta formación, afirman que les aporta una mirada más analítica, reflexiva y crítica de la realidad; otra perspectiva de sí y de su relación con el otro; atentos siempre a su proyección o aplicación en profesiones mayoritariamente de carácter social; quienes continúan estudios de doctorado suelen realizar sus tesis también dentro de este campo de estudio. Estos indicadores de interés no ensalzan sólo la formación académica, sino también las instituciones, colectivos y personas que hacen posible la transferencia de un conocimiento con relevancia social y política.

Si en toda formación resulta imprescindible una buena base documental a la que acudir para conocer el campo de estudio, debemos felicitar al IPAZ por haberse comprometido desde su creación en la edición de publicaciones de calidad sobre paz, violencia y conflictos, mayoritariamente asociado al sello de la UGR o en colaboración con otras editoriales. La colección Eirene, iniciada en 1993, que me honra al incluirme en su consejo asesor, representa el grueso de este fondo editorial, quizá el más importante y especializado del país sobre la temática, con obras de referencia como el *Manual de Paz y Conflictos* o la *Enciclopedia de Paz y Conflictos*, que se han reeditado varias veces y seguimos recomendando para introducirse en las complejidades del campo. Otra vía que vincula la producción con la divulgación de conocimiento es la de las publicaciones periódicas, un espacio en el que el IPAZ está muy bien representado con la *Revista de Paz y Conflictos*, que nos ofrece la posibilidad de publicar resultados de investigación a personas interesadas en estas temáticas y otras afines como los Derechos Humanos o el Desarrollo.

Me gustaría destacar también el valor de otras actividades formativas del IPAZ que de modo puntual o periódico, en forma de jornadas, seminarios, lecturas o conferencias, nos convocan en Granada a docentes, estudiantes, investigadores y otros públicos en torno a temas específicos, por su interés, actualidad y relevancia. Una plataforma para conocer y compartir conocimiento con colegas y especialistas de otras universidades, centros de investigación, instituciones o entidades regionales, nacionales o internacionales. En este sentido, no podemos dejar de referirnos al nexo que, a través del Instituto, nos vincula con redes y centros de investigación sobre la paz, ampliando el sentido de comunidad científica y de trabajo por la paz, como la Asociación Española de Investigación para la Paz (AIPAZ) o la Red Iberoamericana de Investigadores/as para la Paz Imperfecta (RIIPI), a modo de ejemplos.

Para concluir, reiteramos las felicitaciones al Instituto por el camino recorrido y nos atrevemos a plantear un desafío. En estos tiempos en los que nuestras universidades parecen haber evolucionado, asumiendo y casi celebrando lo inter-, la necesaria colaboración que evocan conceptos como interuniversitario o interdisciplinar, podría ser un buen desafío para el IPAZ de la UGR en su próxima etapa liderar la creación de un Instituto Andaluz de Investigación para la Paz y los Conflictos, haciendo realidad el sueño de Paco.

Una historia de amor con Granada

VERA GRABE

Fundadora del Observatorio para la Paz de Colombia

Doctora por el Programa Paz, Conflictos y Democracia. Universidad de Granada

Había transitado ya varias paces. Paces desde la lucha guerrillera del M-19 en Colombia que, desde 1980, habló de paz pero desde la guerra. Luego había participado en 1990 en la firma del acuerdo del M-19 con el gobierno para dejar las armas y transitar a la lucha política legal. Estuve en el Congreso promoviendo la paz y cerca de la Asamblea Constituyente que fue fruto de un acuerdo de paz y consagró el derecho a la paz en 1991. La paz hasta el momento había sido lucha, propuesta, objetivo, decisión y acción política. Pero la paz daba para mucho más, y eso lo descubrí cuando viví en España mientras fui agregada de Derechos Humanos en la Embajada de Colombia en Madrid. En estos años, descubrí todo un nuevo mundo de la paz en la investigación y la educación. Un campo inmenso, aún por explorar y construir, que contribuye enormemente a cualificar la acción de paz. Cambió mi vida encontrar nuevos conocimientos y con ello nuevos sentidos y perspectivas de la paz. Entender que la paz, además de firma, acuerdo y proyecto político, puede ser una posibilidad de transformación cultural desde el conocimiento y la pedagogía, lo que me abrió un mundo de posibilidades de acción e innovación. Me mostró que la paz como opción de vida, implica hondos cambios de perspectiva, de mirada y reflexión sobre la propia historia, individual y colectiva. Significaba pararse desde la paz misma para ver la vida, la historia, la sociedad, incluso tratar de ver la guerra y la violencia de la cual buscamos salir, de otro modo: con ojos de paz.

Con generosidad, investigadores y activistas de varias regiones españolas, me abrieron puertas a ese mundo y también se interesaron por Colombia. De un encuentro que organizamos en 1996, a través del Programa para la Reinserción de entonces, sobre el conflicto colombiano, nació la organización en la que estoy desde hace 25 años, el Observatorio para la Paz como centro de pensamiento y de acción pedagógica de paz. Y en esa búsqueda de nuevos aprendizajes llegué a Granada, a su Instituto de la Paz y los Conflictos. Otro universo y otra mirada novedosa y esperanzadora.

A partir de ese momento dos personas fueron claves en mi historia educativa y de paz: Paco Muñoz y Mario López. Maestros y guías. Interlocutores en mis y nuestras búsquedas. Así que decidí volver a estudiar, entonces a mis 45 años de vida. Creo que fui la primera estudiante colombiana en el Doctorado en 1996. Luego llegaron muchos más. También fui la última en graduarme en 2017.

En este recorrido tuve dos hallazgos que han sido mi compañía desde entonces: la idea de la paz imperfecta y la no violencia. La idea de la paz imperfecta me permitía bajarme de la idea de la paz total, la que esperamos llegue algún día o que vamos a alcanzar, bastante irreal en el contexto colombiano, y adoptar un enfoque de la paz posible, como la que habíamos firmado. Así que me eché esa idea al equipaje junto con la pregunta que me hizo Mario López cuando emprendí el estudio del doctorado: ¿Por qué Gandhi no llegó a Colombia? Para muchos jóvenes en los años 70 que queríamos cambiar el mundo, la única opción que veíamos fue la lucha ar-

mada. Si la noviolencia hubiera sido una opción de lucha, tal vez hubiéramos tomado esa ruta, pero finalmente somos hijas e hijos de nuestro contexto y de nuestro tiempo.

También empezamos a construir una relación del Instituto con Colombia, porque encontré receptividad e interés de acercarse a nuestra compleja y vital realidad colombiana. Entre el Instituto y el Observatorio para la Paz y con apoyo del Programa para la Reinserción, organizamos un primer curso que llamamos Construcción de Paz, Teoría y Práctica. Fue pionero porque es esa época cuando en las Universidades se hablaba de paz, era para analizar el conflicto armado y los procesos de paz en cursos, muchas veces con una mirada poco apreciativa., Vinieron Mario, Paco y Sebastián. Aún conservo los textos que trajeron. Nos hicimos preguntas de fondo como: ¿Existe la paz perfecta? Para reflexionar sobre una paz a la medida de nuestras contingencias y moldeadas con la arcilla de nosotros mismos. Sobre la relación entre democracia y paz. Cuestionamos las armas como herramientas de cambio social y político. Abordamos la noviolencia y sus posibilidades. Compartimos la mirada desde el Instituto y la experiencia de quienes hacíamos la transición de la guerra a la paz. Del lado colombiano participaron funcionarios de las instancias de paz gubernamentales y voceros de los diferentes grupos guerrilleros que habían dejado las armas entre 1990 y 1994.

Desde allí comenzamos a afianzar la relación entre el Instituto y el Observatorio, para pensar en hacer cosas conjuntas. Pero igualmente el Instituto generó interés en nuevos ámbitos académicos e institucionales, y diversificó su presencia con la llegada de nuevos estudiantes a estudiar en Granada y con los lazos que los investigadores y profesores fueron tejiendo.

El Observatorio para la Paz hasta ese momento estaba centrado en el seguimiento y las reflexiones sobre la experiencia de los procesos de paz de los años 90 del siglo pasado y el conflicto armado, pero en el año 2000 empezamos a abrir un nuevo campo de trabajo con personas, profesionales y activistas que venían de experiencias distintas a quienes habían sido insurgentes. Nos encontramos alrededor de la pregunta de cómo hacer de la paz pedagogía y de la pedagogía un arte de paz. Lo primero fue indagar sobre las diversas maneras de entender y concebir la paz, en diálogo con la educación. Revisamos qué se hacía en las universidades colombianas cuando se hablaba de paz, y descubrimos que la casi totalidad de los programas que se llamaban de paz, hablaban de la guerra y el conflicto armado, y la paz era más un propósito que una realidad. Sin desconocer la importancia de estudiar la violencia, nosotros queríamos dedicarnos a la paz, parados desde y en la paz, darle lugar a la paz existente. Encontramos, entre muchos otros enfoques que integramos, en la idea de la paz imperfecta que defendían Paco Muñoz y sus colegas, más que un concepto, un enfoque inspirador y útil para nuestro contexto. A otros amigos del ámbito de la investigación para la paz en España, la paz imperfecta no les sonaba mucho, pero a nosotros nos parecía un enfoque perfecto para nuestro contexto tan complejo, donde la idea de la paz completa es un ideal, que nos genera angustias e impotencias. Necesitábamos un enfoque que nos permitiera tener esperanza y movilizarnos, salir de la parálisis que genera la violencia. Era clave encontrar la manera de trabajar por la paz en medio y a pesar de la guerra y la violencia, y reconocer la paz como realidad, una paz existente, que no tenía que ser total para ser paz, sino era proceso y construcción. Con este enfoque, e integrando elementos de la noviolencia y de la cultura de paz, fuimos creando nuestra propia visión de la paz como pedagogía y transformación cultural que llamamos *pacicultura* o paz como cultura. Adoptamos el principio de «la paz como camino», como medio y método, y no sólo como una meta a alcanzar. Sobre esa idea hemos ido construyendo a lo largo de más de 20 años, estrategias, programas modelos, herramientas pedagógicas para el ámbito cotidiano familiar, la escuela, la comunidad, con jóvenes, mujeres, activistas, pobladores y organizaciones en toda Colombia. Y siempre que nombramos la paz imperfecta y la noviolencia, pareciera que a las gentes se les iluminan la cara y el corazón, y nos dicen: claro, la paz es posible, es real y no es solo un sueño que no sabemos si no lo vamos a ver algún día. No delegamos la paz, no espe-

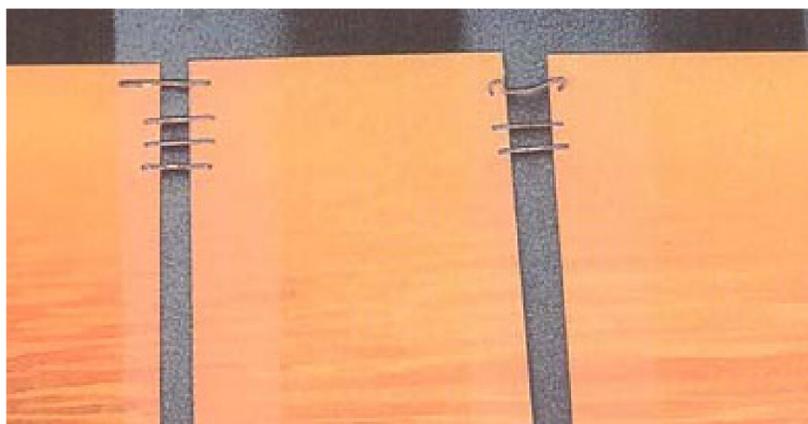
ramos que otros hagan la paz, tampoco que la paz llegue o la alcancemos, sino le damos valor a lo que hacemos, y encontramos en la pedagogía modos de hacerla realidad todos los días y en cualquier lugar y tiempo.

Pero al lado del trabajo pedagógico, las urgencias y prioridades del trabajo y del compromiso diario, había también un reto personal para mí: el estudio y terminar algún día el doctorado. En una maestría en Historia de la universidad de los Andes de Colombia, quise mejorar mis conocimientos de historia, pero conectar la paz con la historia, era algo exótico. Hoy la paz se ha abierto nuevos campos en las Universidades pero entonces, hablo de la primera década de este siglo, nos miraban con algo de conmisericordia a quienes queríamos hacer de la paz un objeto de estudio con sentido propio. Pero en el Instituto, Mario López y Paco Muñoz, sí creyeron en la validez de esta búsqueda en contravía a la violentología imperante, y me animaron y acompañaron para seguir. Me aceptaron con todo con todas mis dudas, obsesiones y limitaciones en muchos aspectos relacionados con el bagaje teórico requerido.

Las tesis doctorales son una aventura angustiante y solitaria. Hubo muchos momentos en que quise tirar la toalla y me preguntaba para qué una tesis doctoral a estas alturas de mi vida. Pero conformamos un grupo de apoyo de doctorandos colombianos que nos apoyábamos cuando alguno del grupo iba a desfallecer. Carlos Eduardo, Óscar, Gilma se fueron graduando, solo quedaba yo. Hasta que apareció Mario para darme el último y definitivo impulso con sus aportes preguntas y correcciones, y terminé en 2016.

La verdad que fue un logro, no solo por lo que significa el título sino haber incursionado en la paz como enfoque de la historia, en un caso paradójico como la historia de un grupo armado, y preguntarme si es posible contar la historia de otra manera, poniendo la lente de la paz. El propósito era y es contribuir a mostrar que aún en un contexto como el colombiano no todo es violencia ni estamos condenados a ella. Podemos contribuir a romper con el círculo vicioso de las lógicas de la violencia que anidan aún en nuestras mentes y corazones, también desde la manera como contamos nuestra historia, y darnos cuenta que la auténtica revolución son la paz y la noviolencia.

Por esto en este aniversario del Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada, todas las felicitaciones por existir y producir siempre cosas nuevas. Toda mi gratitud a quienes lo han integrado y lo integran. Especial recordación para Francisco Muñoz, quien siempre estuvo presente con su espíritu y alegría en nuestras búsquedas. Por supuesto especial agradecimiento a Mario López, compañero y amigo en estas exploraciones para salir de una historia cargada de guerras y violencias. Y gracias a todos y a todas las colegas que no enumero porque se haría larga la lista, que he conocido, con quienes he conversado, que fueron nuestros profesores, a quienes he leído y que siguen siendo nuestra inspiración y guía.



IPAZ y la construcción de paces imperfectas en Colombia

ESPERANZA HERNÁNDEZ DELGADO

Doctora en Paz, Conflictos y Democracia. Universidad de Granada
Responsable del Laboratorio de Paz, Universidad de La Salle (Bogotá, Colombia)

El Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada, en adelante IPAZ, ha alcanzado veinticinco años de existencia. Es este un acontecimiento relevante para la paz, que celebramos en España, Colombia, y seguramente en diversos países europeos, latinoamericanos y del Magreb, entre otros, donde IPAZ ha dejado huella.

La existencia de instituciones educativas que se ocupen de la paz de manera especializada, de su abordaje científico, su enseñanza, de la Investigación para la Paz y la divulgación del conocimiento sobre los Estudios de Paz, representa siempre y en cualquier contexto una ventana de oportunidad. Estas instituciones contribuyen al necesario y urgente desaprendizaje de las violencias, la apropiación de elementos teóricos y prácticos para la transformación pacífica de conflictos, la disminución y el alivio del sufrimiento humano, la apropiación de la noviolencia, la generación de cultura de paz, el empoderamiento pacifista, la construcción de la paz, y la apertura del camino hacia el horizonte deseado de la reconciliación. Estos aportes albergan una mayor significación en los casos de sociedades divididas por conflictos sociales y armados, prolongados y arraigados, tipificados por esta razón dentro de los conflictos de naturaleza intratable.

Desde su creación, IPAZ ha sido precursor, algunas veces y en ciertos lugares de forma pionera, de los Estudios de Paz; y ha construido allá y aquí, puentes entre la educación y sociedades fragmentadas y afectadas por plurales y recurrentes violencias. Además, de muchas maneras, ha sido mediador entre conflictividades y esfuerzos de construcción de paz; y ha generado el enfoque de paz imperfecta que muchos reconocemos como potente, real, propositivo y por ente, ambientador del trabajo por la paz.

IPAZ hizo presencia en Colombia en 1998, de manera temprana, cuando apenas alcanzaba dos años de su proceso de surgimiento. Desde entonces, ha aportado de manera significativa y sostenida a la construcción de la paz en este país. De manera específica, a partir de un ejercicio de Educación para la Paz, pionero y situado en Colombia, y también en España, donde una pluralidad de colombianos ha recibido una formación doctoral o de maestría. También, mediante el estímulo al ejercicio de Investigación para la Paz, y el aprendizaje del enfoque de la paz imperfecta. La contribución en estos tres campos ha favorecido el desarrollo de capacidades y competencias para multiplicar las lecciones aprendidas en distintos escenarios de Colombia, generar una prolífica actividad de investigación para la paz, y asumir bajo la comprensión de una paz imperfecta el trabajo por la paz.

Desde su creación, en su Doctorado en Paz, Conflictos y Democracia, el IPAZ formó en España a más de diez cohortes que generalmente contaron con estudiantes colombianas/os. En esta institución acogieron académicos de distintas universidades, funcionarios públicos, líderes socia-

les, excombatientes, y diversos constructores de paz de este país. A su vez, desde su creación en el año 2000, varios doctorandos/os y doctoras/es colombianas/os han hecho parte del Grupo de Investigación en Paz Imperfecta, que generó posteriormente, en 2014, la Red Iberoamericana de Investigación para la Paz Imperfecta (RIIPI).

Es necesario destacar también que, en algunos lugares de Colombia, IPAZ trajo por primera vez el conocimiento de los Estudios de Paz, y promovió la creación de programas académicos centrados en la paz, sienta el caso de la Universidad de Pamplona en el departamento de Norte de Santander, donde contribuyó de manera decisiva a la creación en 2007 del Programa de Maestría en Paz, Desarrollo y Resolución de Conflictos, que es el más antiguo del país a nivel regional. Posteriormente, incidió en el surgimiento de un Instituto de Paz al interior de esta institución. Por entonces y durante varios años, cada mes, docentes de IPAZ hacían presencia en Cúcuta para impartir sus asignaturas.

En tiempos más recientes, en 2013, fue la reconocida Universidad del Valle, el lugar donde IPAZ llevó los Estudios de Paz, a través de un Programa de formación doctoral en Paz y conflictos. También aportó de manera significativa en esta Universidad, para la creación posterior del Instituto de Investigación e Intervención para la Paz con sede en Santander de Quilichao. A su vez, en 2019, contribuyó a la formación del Instituto de Paz de la Universidad Santo Tomás de Bogotá.

Cierro este aparte destacando la presencia de académicos reconocidos de IPAZ, como Francisco A. Muñoz Muñoz, Beatriz Molina Rueda, Mario Nicolás López Martínez, Jorge Bolaños Carmona, Juan Manuel Jiménez Arenas, Fanny Añaños Bedriñana, Sebastián Sánchez Fernández, Carmen Egea Jiménez, Purificación Ubric Rabaneda, Francisco Jiménez, y Diego Checa Hidalgo, entre otros, en diversas universidades de Colombia. En todas ellas socializaron conocimientos y hallazgos de investigación para la paz relacionados con la historia de la paz, la paz imperfecta, el campo transdisciplinar de la paz, la paz homínida, la no violencia, la reconciliación, la educación para la paz, las pedagogías para la paz, y el empoderamiento pacifista, entre otros. Así lo hicieron en las universidades: Javeriana, Rosario, La Salle, Santo Tomás y Central en Bogotá; u a su vez, a nivel regional, en la de Medellín, UNAB de Bucaramanga y del Valle, entre otras.

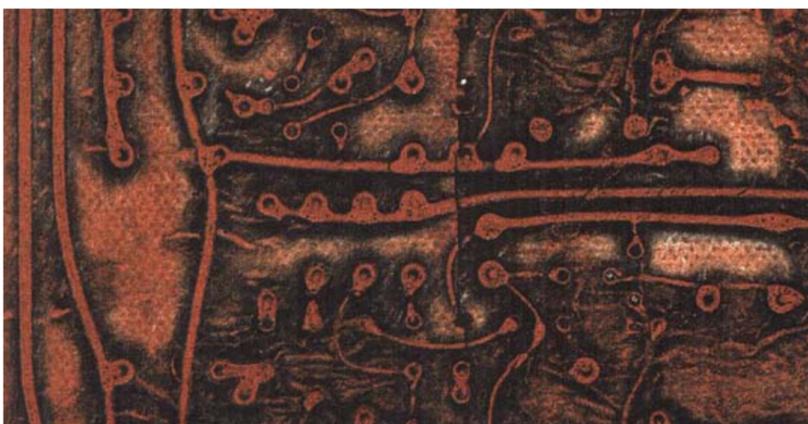
Un aporte significativo de IPAZ ha consistido en el giro epistemológico que ha provocado en doctorandos y doctores colombianos, a partir del enfoque de la paz imperfecta, generado por el académico Francisco A. Muñoz Muñoz. Giro que implica reconocer que no existen paces perfectas, y que la paz es un proceso perfectible e inacabado, propio de una condición humana inmersa en la complejidad y en la conflictividad. Además, entender que la paz muchas veces se expresa en los mismos escenarios donde habitan las violencias; y que esa paz imperfecta se hace visible cada vez que resolvemos pacíficamente los conflictos, contribuimos al bienestar humano, cuando reconocemos realidades o experiencias de paz y facilitamos su articulación. A su vez, conlleva a la postura de abordar la paz, no desde el tradicional lente de las violencias sino desde la paz misma.

La paz imperfecta y el giro epistemológico que este enfoque plantea representaron rupturas y oportunidades en la reflexión y el debate sobre la paz en un país como Colombia, con múltiples violencias, algunas de carácter histórico; y al mismo tiempo, con significativos escenarios, iniciativas, procesos y actores de construcción de paz. Por entonces, en este país había alcanzado una importante consolidación el discurso de los derechos humanos, pero los Estudios de Paz eran desconocidos o insuficientemente conocidos. Además, la paz no era conceptualizada; aunque se registraban valiosas experiencias de construcción de paz, especialmente en contextos regionales de alta violencia. En este panorama, el enfoque de la paz imperfecta permitió que valiosos actores del trabajo por la paz, en diversos lugares de Colombia, reconocieran que sus procesos y su labor habían construido paces, pero no perfectas, sino perfectibles e inacabadas. También, que las paces perfectas y por ende inalcanzables, sólo existían en la imagi-

nación; y se sintieron motivados para avanzar en una paz imperfecta, cercana a la condición humana, y por tanto, más real y alcanzable.

IPAZ ha hecho posible la apertura en la comprensión de la paz de los colombianos que se han formado allí, y en cascada, de los que han aprendido de estos últimos. También ha representado una puerta de acceso, siempre abierta para la paz y desde los Estudios de Paz; y un intercambio en doble vía, que viene y que va. A su vez, ha facilitado la creación de una alianza que se nutre del poder transformador de la paz y se mantiene dispuesta en tiempos favorables y también en los de mayores altibajos.

Cierro señalando que IPAZ nos ha llevado a la bella y sin igual Granada, su Alhambra, el Albaicín, el flamenco y su Sierra Nevada, entre otros; pero IPAZ también hace parte de la belleza que es tan propia de esta ciudad, por convocar, alentar y ambientar el aprendizaje de la paz y el trabajo por la paz más allá de sus fronteras.



Reconocer la paz puede cambiar la vida

CARLOS JOSÉ HERRERA JARAMILLO

Decano de la Facultad de Economía de la Universidad Central (Bogotá, Colombia)

Profesor de la Universidad Javeriana (Bogotá, Colombia)

Asesor Internacional

Supe del Instituto en 1999. Dos buenos amigos, Vera Grabe y Tomás Concha, me hablaron de él. Habían conocido a Paco Muñoz por una invitación que le hicieran a hablar de paz en una reunión de reinsertados. Para entonces Colombia vivía los primeros años de la gran ilusión que fue la Constitución de 1991, la alegría de la consolidación de los acuerdos de paz con el M19 y un buen número adicional de guerrillas que se habían desmovilizado en esa época, la esperanza de que algo positivo pasara con las Farc en el proceso que recién se había iniciado y los nubarrones espesos de un accionar masivo de grupos paramilitares.

Conocí a Paco en el aeropuerto de Bogotá mientras regresaba a España. Fue una conversación reveladora y le dije que pronto iría a Granada a conocer el Instituto. Lo hice, en compañía de Tomás, en diciembre de ese año. La hospitalidad fue infinita. Llegamos empezando la noche y rápidamente nos buscaron. Paco, Cándida y Bea fueron los anfitriones de ese primer día en Granada. Caminamos mucho, hasta subimos al Sacromonte. Cenamos en Los Altramuces y comimos pajaritos. Y hablamos de paz, de guerra, de violencia — según ellos el tema preferido de los colombianos — y de muchas cosas de la vida. Como si nos conociéramos de siempre. Al final, un helado en Los Italianos.

Al día siguiente fue la reunión más formal, en las oficinas del Instituto. Allí conversamos sobre que había que investigar la paz: la paz como categoría analítica independiente, sobre dejar de tener la violencia como referente central, sobre la necesidad de descubrir la paz y aprender reconocerla en la historia y en la vida. Me pareció refrescante y la conversación tuvo un resultado personal relevante: estudiaría el doctorado. Así lo hice de inmediato y, aunque apenas empecé las actividades de docencia en 2001, pues el curso que se iniciaba en el 2000 estaba ya cerrado cuando nos conocimos, el contacto y la colaboración ya estaban hechos.

En 2000 hicimos un evento que nos marcó. Entre la Corporación Fórmulas, un centro de estudios que habíamos fundado con Tomás Concha, Jaime Mejía y otros amigos, y la Universidad Central, donde yo era decano de la Facultad de Economía, hicimos un evento académico sobre educación para la paz. Jesús Xares y Pedro Sáez nos acompañaron y Paco vino con Mario López, quien inició a partir de allí una larga colaboración con Colombia. El evento fue masivo, pero académico. Operaron numerosas comisiones académicas, se presentaron colaboraciones, se integró a un buen número de estudiantes de la universidad y todavía están hoy, en el escenario del tema, varias organizaciones que surgieron al calor de dicha actividad. Un par de años después, con un fuerte grupo de invitados internacionales, el Instituto nos ayudaría también a impulsar un evento sobre reconciliación que tuvo características similares.

Entre uno y otro evento, empezamos con Paco un peregrinar importante en busca del objetivo, que siempre el Instituto tuvo como meta, de contribuir a fundar un Instituto Universitario de investigación para la paz, donde organizar el tema y darle continuidad. La Escuela Superior de Administración Pública, el Instituto para el Fomento de la Educación Superior, la Universidad del Rosario, la Universidad del Valle, entre muchas otras, fueron objeto de nuestro trabajo. No fructificó en ese momento, pero la semilla quedó sembrada.

Entre tanto, en 2001, yo empecé mis actividades del período de docencia. Era el curso 2001-2002 y ya un buen núcleo de colombianos, en cierta forma «avasallábamos» las actividades del Instituto con cierta tendencia a una costumbre «colombo-céntrica», según la cual nuestro conflicto era único, especial y digno de discusión permanente. Esto último lo era, sin duda, pero aprendimos poco a poco que era uno más de tantos y tan complejos conflictos que se hacían presentes en el mundo. Fue una afortunada pérdida de cierta visión provinciana y localista. Esa irrupción colombiana se vio reforzada con la presencia permanente de jóvenes estudiantes (dos cada semestre), que seleccionábamos de quienes debían hacer una pasantía en la carrera de Ciencia Política de la Universidad Javeriana de Bogotá. Varias pasantes han hecho después importantes actividades académicas y de intervención en temas de paz en Colombia durante este par de décadas.

No quiero dejar pasar el curso, para destacar lo importante que fue para mí compartir pupitre, como decimos acá, con un destacado arqueólogo y músico de Málaga, con quien intercambiamos muchas ideas y abrazamos conjuntamente postulados tan definitivos como los de la paz imperfecta, el giro epistemológico para tratar la paz, la no violencia y otros temas cuya impronta en el proceso colombiano está presente, desde diversos ángulos y caminos. Ese compañero de clase es Juan Manuel Jiménez, quien por estos días termina su actividad como director del IPAZ y cuya amistad me honra.

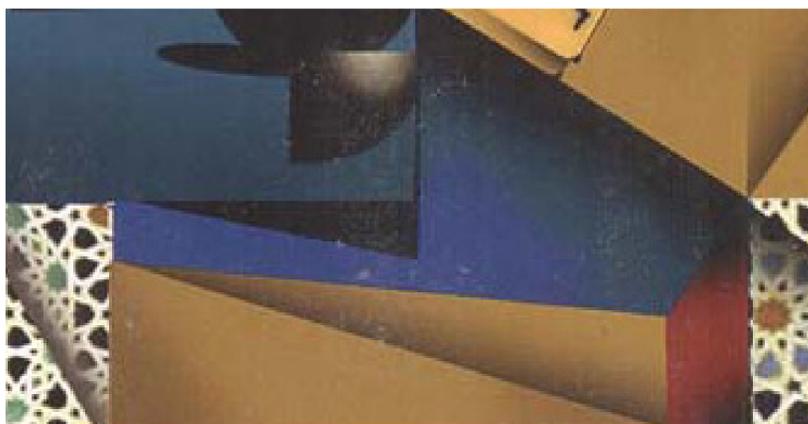
El peregrinar continuó. Ya varios miembros del Instituto hacían presencia por su cuenta en numerosas actividades de paz en Colombia, pero insistimos una y otra vez y en esta ocasión las cosas fructificaron. Fue en colaboración con la Asociación Iberoamericana de Posgrados y con la Universidad del Valle en Cali. Se firmó un convenio para otorgar quince becas a igual número de profesoras y profesores que iniciaran sus estudios de doctorado en la Universidad de Granada en temas de paz. Se hizo un curso de experto que cursaron los candidatos y cuya coordinación académica hicimos Paco, Juan Manuel y yo. Eso fue en 2013. Hoy hay media docena larga de doctores fruto de dicha iniciativa. Y, además, la idea de hacer en Colombia un instituto de paz logró tomar forma. Gracias al liderazgo del profesor Adolfo Álvarez y de otros quienes estuvieron en ese curso de experto, hoy vive y actúa formalmente, con un dinamismo muy especial, el Instituto de Investigación e Intervención para la Paz de la Universidad del Valle, que preside Adolfo y de cuyo comité coordinador me honro en hacer parte. Este Instituto tuvo una sólida participación en los acontecimientos del estallido social de este año y se prepara para dar cabida académica a muchas de las reflexiones que se pueden hacer sobre esa efervescencia democrática que fueron dichas movilizaciones. Finalmente, existe, también como desarrollo de esta iniciativa, nuestra Red Iberoamericana de Investigación para la Paz Imperfecta, la RIIPI, cuyo núcleo esencial, hoy extendido, son quienes participaron del curso de expertos de 2013, en cuyo centro de gravedad se encuentra un grupo de mujeres que la animan y desarrollan con excepcionales credenciales académicas.

Se me escapan muchas otras actividades, como la animación, fundación y dirección de la Maestría en Paz, Desarrollo y Resolución de Conflictos que pusimos en marcha con la Universidad colombiana de Pamplona, con una participación fuerte de Mario López, y otras de las que no he sido partícipe directo y cuyo desarrollo más específico desconozco. Pero son muchas. Una onda fuerte de actividades, impulsada por numerosos profesores y profesoras del IPAZ las que han dejado su impronta.

Por todo eso, creo que hoy es más importante que nunca recordar estas palabras escritas por Paco hace ya dos décadas:

Estoy pensando en Colombia, donde a pesar del conflicto profundo que se vive entre guerrillas y estado, al que se suman los paramilitares, las mafias, la violencia callejera, la corrupción y la pobreza. Todo lo cual contribuye a dibujarnos un panorama bastante oscuro. Sin embargo, las iniciativas de paz son innumerables, probablemente las más numerosas, comparativamente hablando, con cualquier otro país del planeta.

Por todo lo anterior y mucho más, el IPAZ tiene ganado un lugar en el largo, complejo y rico proceso de construcción de paz en Colombia. De su mano, muchas y muchos pudimos aprender a reconocer la paz y a trabajar positivamente en medio de su imperfección. La impronta está allí.



Cuando el azar llama a la puerta: Relatos de paz en tiempos de Granada

MARIO HERNÁN LÓPEZ BECERRA

Doctor en Paz, Conflictos y Democracia. Universidad de Granada

Profesor del Departamento de Economía y Administración. Universidad de Caldas (Manizales, Colombia)

1. El azar

«(...) No hay una cosa que no sea una letra silenciosa de la eterna escritura indescifrable cuyo libro es el tiempo». Este fragmento de un soneto del celebrado Jorge Luis Borges acompaña una versión del enigmático libro de las mutaciones, *I Ching*. Una vez sumergido en estas líneas, es muy probable que el lector iniciado quede atrapado en una suerte de inquietud ontológica o de ansiedad espiritual. En días o noches espaciadas buscará desentrañar los contenidos ocultos del poema, intentará ordenar y reordenar las palabras en múltiples secuencias hasta encontrar la claridad o padecer el hastío.

Una posible interpretación mística de las líneas transcritas del soneto podría referirse al albedrío o a la predestinación; otra, quizá más sociológica, tendría que ver con la posibilidad de encontrar coherencia ideológica en toda biografía. «Los temas nos buscan», dice en algún lado Ernesto Sábato, otro argentino célebre.

Mirado en retrospectiva literaria, el paso por la Universidad de Granada era necesario para escribir un capítulo en mi propia biografía, eran las palabras que le faltaban al crucigrama de la vida. «Si viene de Colombia a hacer el doctorado, tome a la izquierda al final del pasillo», dijo antes de cualquier saludo Agustín Angarita, médico y profesor de la Universidad del Tolima, Colombia, cuando me vio cruzar la puerta del Instituto una tarde de invierno. Luego preguntó si yo era el vicerrector de la Universidad de Caldas que llegaba tarde como estudiante.

A partir de ese día, Agustín se convertiría en compañero de piso, conversación, estudio y fiesta. Escrito en lenguaje académico, ese encuentro de apariencia casual, tuvo implicaciones epistemológicas, conceptuales, metodológicas y emocionales que determinaron el rumbo de los acontecimientos durante la estadía y en los tiempos posteriores al paso por la Universidad.

Tomé a la izquierda, llamé a la puerta con timidez inducida por los prejuicios culturales con los cuales los colombianos solemos llegar por primera vez a cualquier parte. Paco Muñoz abrió la puerta, lucía una camisa amarilla, me recibió con una solemnidad que fue abandonando cuando comprendió que podía adoptar una postura tranquila y desacartonada. «Los colombianos sois una cantera de experiencias de paz imperfecta», dijo en algún momento de la conversación, con esa frase cambió mis rutas.

2. El giro

«Cada colombiano es un país enemigo». La frase de Simón Bolívar, dicha pensando en la Gran Colombia, agrega a las muchas referencias sociológicas, literarias y cotidianas con las cuales se alude a una supuesta naturaleza violenta, guerrerista y vengativa de los colombianos.

— «¿Qué es la paz?», preguntó Francisco Muñoz en uno de los seminarios iniciales del doctorado —. Como impulsados por un resorte, los tres colombianos presentes levantamos la mano para responder con elocuencia y erudición. Casi atropellándonos en el uso de las palabras, hicimos referencia a causas e impactos de las violencias enquistadas; a sus orígenes en la creación misma de La República; a guerras intestinas en el siglo XIX; a cruentas confrontaciones bipartidistas en los inicios del siglo XX; a violencias liberales y conservadoras de mitad del siglo pasado; a terribles confrontaciones entre guerrillas y paramilitares desde los años 1980. Como buena parte de los académicos colombianos a la hora de abordar el asunto, hicimos gala de conocimiento de los hechos, de comprensión de teorías y enfoques. «¿Qué es la paz?», volvió a preguntar Francisco Muñoz luego de escuchar con paciencia nuestra intervención sorda y de memoria.

— Los colombianos sabéis mucho acerca de la confrontación armada, pero no os habéis percatado que sois grandes constructores de paz — dijo.

La mayor contribución recibida por los colombianos participantes en los programas académicos del IPAZ, ha sido la posibilidad de indagar en las paces como campo de estudio y agenciamiento social. El vínculo de la acción pacifista con la regulación y transformación positiva de los conflictos, ha generado otras formas de comprender e intervenir en las conflictividades a partir de los potenciales humanos y sociales creadores. En los tiempos que corren, la paz imperfecta con enfoques territoriales nos ha permitido motivar la realización de investigaciones en diversas áreas, aportar al diseño de agendas sociales, proponer lineamientos para políticas públicas e incorporar un lenguaje para narrar las épicas de hombres y mujeres anónimas que resisten a violencias de todo tipo.

3. Interculturalidad

En Colombia, la expresión «montañero» tiene una connotación despectiva. William Ospina, un celebrado ensayista y poeta colombiano, sostiene que esta expresión y su carga desdeñosa proviene de la diáspora campesina a las ciudades, inducida por las violencias de mitad del siglo XX. Por extensión, montañero es una persona ingenua, de prácticas tradicionales y contacto social precario. Cuando un colombiano viaja al exterior, una recomendación usual es que no se comporte como montañero, que no lo deje ver.

Como se sabe, el país ha tenido pocas migraciones internacionales, escaso contacto y, menos aun, diálogos fecundos con otras culturas; de ahí nuestra tendencia a mirarnos el ombligo, a ser el centro de una sola historia, a admirar e idealizar las élites políticas y empresariales que se han educado en el norte del mundo. Viajar al exterior es una hazaña, una necesidad radical o un privilegio que otorga prestigio.

En el paso por el IPAZ, conocí y compartí cañas y tapas en los callejones de Granada con personas de los cinco continentes; viví en el mismo piso con africanos tímidos y profundamente religiosos, confinados en sus propios repertorios culturales; escuché flamenco hasta el amanecer; descubrí nuevos sabores en dulces jordanos y olores en la comida mediterránea; también aprendí sobre la autonomía de los jóvenes erigidos en propietarios de fantasías, símbolos y cuerpos.

En ese camino, conocí a Carmen Egea quien fuera directora de mi tesis doctoral. Una tarde, en La Cartuja, le obsequié un ejemplar de un libro de relatos cortos que había escrito durante el tiempo de estancia en España. Carmen, siempre aguda de pensamiento y gran lectora de emociones humanas, me preguntó si ese libro de autoficción lo había escrito para exorcizar la tesis. A propósito de Granada, sus parques, bares, bibliotecas, calles y el jardín de Federico García Lorca, son escenarios únicos para cultivar aficiones a la lectura y la escritura; en algu-

no de aquellos sitios nos encontramos con el gran poeta colombiano Darío Jaramillo Agudelo. Aquí un fragmento del poema *Monólogo de Alguien sin Voz*:

Mi tierra ya no es mi tierra.
Fui expulsado de ella, salí a medianoche sin rumbo,
salvando la vida como si mi vida valiera alguna cosa.
El resto lo perdí, la casa, los muebles,
las fotos y las cartas que me conectaban con los muertos de mi sangre.

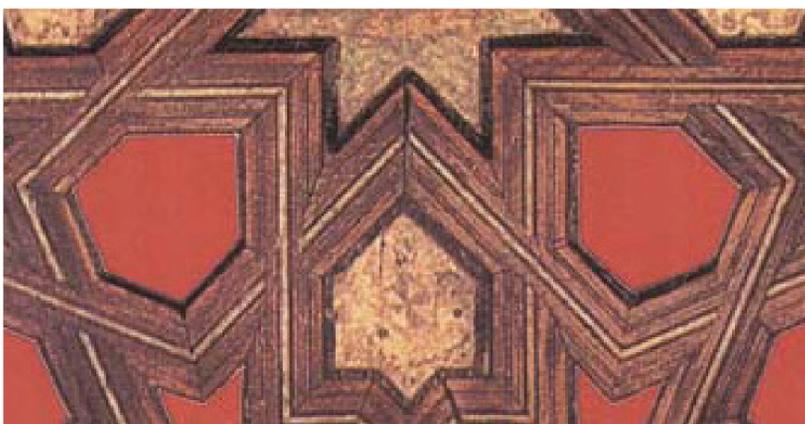
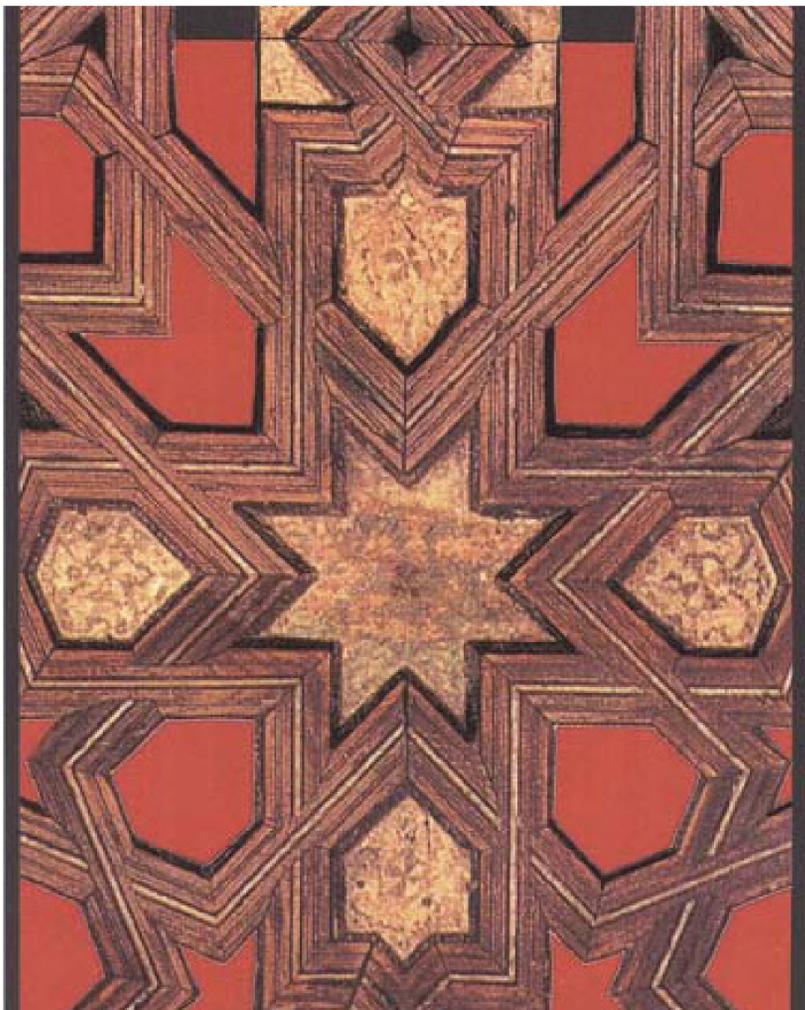
Como Carmen Egea, otros profesores y profesoras del Instituto marcaron con sus calurosas acogidas, ideas, conversaciones de pasillo, controversias e investigaciones nuestro paso por el doctorado; entre otros, Vicent Martínez, María Elena Díez, Francisco Jiménez, Jorge Bolaños, Mario López Martínez, María José Cano, Beatriz Molina y, de manera especial, Juan Manuel Jiménez Arenas con quien, junto a Carmen, estamos hilando paces territoriales en Colombia.

4. Juntanza

Juntanza es una palabra que se emplea por estos días para hacer referencia al encuentro comunitario y al trabajo en red; en especial, la utilizan organizaciones sociales y grupos étnicos como concepto y sentido de la acción. En el año 2014, Paco Muñoz nos invitó a crear una red de investigadores en paz imperfecta; nos reunimos en Granada, discutimos la organización, la agenda de temas y el país designado para el siguiente encuentro, luego fuimos a escuchar flamenco. Pocos meses después falleció.

Unos años más tarde, aprovechando las comunicaciones virtuales, 31 personas de España, México, Venezuela y Colombia, creamos un capítulo de la red a la manera de un vínculo afectivo y académico. Quienes hacemos parte de La Red Iberoamericana de Investigadores en Paz Imperfecta — RIIPI — tenemos una conexión diversa y activa con el IPAZ, desarrollamos trabajos con múltiples enfoques y contenidos que, vistos en conjunto, buscan poner en evidencia las capacidades humanas y sociales creadoras, en un país que ahora se está movilizandohastado de las violencias, de las élites enquistadas en el poder y de las promesas incumplidas.

Gracias siempre al IPAZ por el trabajo realizado en 25 años de investigación y docencia, el cariño prodigado y los lazos construidos con Colombia.



Granada en el corazón

CARMEN MAGALLÓN PORTOLÉS

Presidenta de la Fundación SIP (Zaragoza)

Presidenta de Honor de Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad (WILPF-España)

Es bien sabido que la historia se repite y que, dentro de las repeticiones, algunas son más penosas, duras y persistentes. Los peores enquistamientos tienen que ver con la violencia y la guerra, lacras insidiosas arraigadas en estructuras y prácticas que siguen atenazando a la humanidad. En estos días, el grito de las víctimas tiene rostro afgano y vuelve a recordarnos la necesidad de construir una cultura de rechazo a las armas y erradicación de la violencia, una urgencia, una prioridad que no parecen compartir los poderes fácticos del mundo.

En esta coyuntura, nos alegra pensar que existen grupos humanos cuya mirada y empeño está puesto en priorizar la paz, también en el campo del conocimiento. Una muestra de persistencia y buen hacer en esta línea son estos veinticinco años del Instituto de la Paz y los Conflictos (IPAZ) de la Universidad de Granada. Su anterior director, Juan Manuel Jiménez, me pide un texto para una publicación conmemorativa. Acepto gustosa el encargo y lo tomo en mis manos con la esperanza de aprovechar la ocasión para resaltar mi cariño al IPAZ, subrayar su importancia en el impulso a la cultura de paz en España y recordar lazos personales tejidos en torno a tantos proyectos compartidos en estos años.

Empiezo con una declaración amorosa, sabiendo que será acogida benévola por una institución que ha publicado el libro *Ordo amoris. El poder del amor en la construcción de la paz*, de Francisco Muñoz y Juan Manuel Jiménez (Universidad de Granada, Eirene, 2021). Arropada por esta convicción, confieso mi amor por Granada, una tierra a la que llegué hace años y a la que me siguen vinculando estrechos lazos de familia, prueba de ello es que ahora mismo estoy escribiendo con el mar que baña sus costas como fondo azul allá abajo. Mucho antes, Granada había sido la ciudad de la huerta de San Vicente donde vivió el poeta del Verde que te quiero, verde... aquellos versos leídos en la escuela con devoción, el hogar de Federico García Lorca. La trágica muerte del poeta siempre fue una metáfora desgarradora de la inhumanidad e irracionalidad de la guerra, herida que se unía a los relatos de mi padre, combatiente forzado en la confrontación fratricida del 36. Después, Granada sería la ciudad de mi nueva familia, los padres y hermanos de Pedro, el disfrute de los paseos por la Alhambra, tantas veces visitada cuando no hacían falta ni citas ni esperas. Con el nacimiento del IPAZ, Granada pasaría a añadir una nueva connotación para mí: ser la ciudad en la que pude establecer vínculos entrañables con una comunidad de estudiosos y estudiosas con la que compartía un proyecto común: la investigación para la paz.

En los años 90, la Universidad de Granada tenía grupos interesantes en los estudios feministas y de paz y conflictos, las dos líneas de trabajo en las que fui iniciándome. Un par de años antes de que naciera IPAZ, asistí a un Congreso organizado por el Instituto de Investigación de Estudios de las Mujeres, evento que no olvido porque en él conocí a la epistemóloga feminista Sandra Harding, referente y maestra para siempre. Pero la intensificación de mis relaciones con Granada llegaría con la fundación del IPAZ. La capacidad académica del nuevo instituto le permitía disponer de las excelencias del profesorado adscrito proveniente de distintos saberes

disciplinarios y los cursos, congresos y debates que fue organizando a lo largo de los años nos fueron convocando y convirtieron a Granada en referencia clave de la investigación sobre paz y conflictos en este país.

Uno de los momentos importantes del IPAZ se dio en 1997, cuando acogió la fundación de la Asociación Española de Investigación para la Paz (AIPAZ) en acto que tuvo lugar en el Carmen de la Victoria, frente a la Alhambra. La revisión del acta fundacional permite ver la evolución y los cambios habidos en esta asociación que nos sigue uniendo y que aporta energía al desarrollo creciente de los estudios de paz en el país. Muchas de las instituciones fundadoras ya no existen o han cambiado su nombre pero su vitalidad y dinamismo han crecido: el número de instituciones ha aumentado y, desde la perspectiva que tiene en cuenta la variable sexo, puede verse que AIPAZ es hoy más igualitaria y equilibrada: está presidida por una mujer, Ana Barreiro Tíscar, y su Junta la forman seis mujeres y cinco hombres, situación diferente a la que se dio en sus inicios, cuando entre los diecisiete miembros recogidos en el acta de constitución, se hallaba sólo una mujer, Beatriz Molina Rueda, entonces secretaria del IPAZ. En mis primeros años en la investigación para la paz, en instancias y circunstancias varias, pude vivir la experiencia de ser una entre muchos.

En una reunión de AIPAZ conocí a Paco Muñoz, compañero querido tan tempranamente perdido. Él fue mi primer lazo con IPAZ. En aquella primera ocasión, nos sentamos a cenar juntos y comenzamos a hablar de Granada. Mis suegros habían sido profesores de instituto en la ciudad y mi suegro, según me dijo Paco, fue en algún curso su profesor de Matemáticas, una materia que, me confesó, no le iba nada. Aquella coincidencia nos permitió hacer unas risas y, de algún modo, acercarnos. Luego, en abril de 2001, fui elegida para la Junta de AIPAZ, cuando Mariano Aguirre desde Madrid pasó a ser presidente, José María Tortosa de Alicante, secretario, y yo misma desde Zaragoza, vicepresidenta. Granada estaba representada con la vocalía de Paco, y el resto de vocales eran Vicenç Fisas de Barcelona, Martín Rodríguez Rojo de Valladolid y los también perdidos y añorados Viçent Martínez de Castellón y Xesús Jares de La Coruña.

Uno de los logros del IPAZ fue el haber acuñado el concepto de paz imperfecta (Paco Muñoz). A finales de los 90, en los estudios de paz predominaban los violentólogos. Hablar de la paz, dar valor a su cotidiana realidad, encajaba en el giro epistemológico de Vicent Martínez Guzmán; se trataba de poner la paz y las paces en el centro de los análisis, mostrar la paz como cultura en proceso dinámico, en el que la imperfección era un rasgo factual que no le restaba valor. Por mi parte, estaba trabajando sobre el pensamiento maternal de Sara Ruddick, que también encajaba en el marco de la paz imperfecta. Como ideal, ser madre es responder y comprometerse con las demandas de nutrir, preservar y entrenar para la aceptabilidad social, pero las madres reales son malas, buenas y regulares, las hay que siguen el modelo espartano de preferir la causa patriótica a la vida de sus hijos, en suma, las madres son imperfectas. Al igual que la paz, el maternaje estaba muy devaluado por quienes defendían la transformación social. Mostrar que puede ser realizado por hombres y mujeres, y que el pensamiento de Ruddick, lejos de ser esencialista, era una epistemología feminista útil para una cultura de paz, abría nuevas vías a la investigación. La inclusión de un capítulo mío sobre el pensamiento maternal en La paz imperfecta (Eirene, 2001 y 2015) me hizo sentir más cerca, sentirme parte de IPAZ.

En tan breve espacio, no puedo mencionar todo lo que guardo en la memoria sobre el Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada. He elegido glosar la paz imperfecta para subrayar mi proximidad, conceptual y personal con el rumbo de IPAZ. Para otro momento quedará recordar tantos eventos y circunstancias compartidos con las profesoras y profesores que fueron dando vida al instituto: entre otros, el Congreso Hispano-Americano de Educación y Cultura de Paz, de 2002; la celebración de los diez años de AIPAZ, en 2012, de nuevo en el Carmen de la Victoria, momento en que se concedió reconocimiento a dos pioneros

de los estudios de paz, Alberto Piris y Jesús María Alemany o la conferencia sobre los cien años de WILPF (Women's International League for Peace and Freedom).

Finalmente, quiero felicitar a todos y cada uno de los miembros de IPAZ por estos veinticinco años, empezando por su actual Junta: José Ángel Ruiz Jiménez, director; Jorge Guardiola Wanden-Berghe, subdirectora y Purificación Ubric Rabaneda, secretaria. Felicitar a todos por esa colección Eirene, por la Revista de Paz y Conflictos, por esos vínculos con universidades de España y América Latina, en suma, por el empuje que desde Granada se dio, a lo largo de los años, a estos estudios. En mi memoria, son muchas las personas que vinculo al IPAZ y la Universidad de Granada. Las conocí, establecimos lazos de intercambio y lazos de cariño. Perdón por los olvidos, pero quiero mencionar y recordar sus nombres, recordar por supuesto a Paco Muñoz, también a Beatriz Molina, María José Cano, Mario López, Sebastián Sánchez, Francisco Jiménez, Inmaculada Marrero, María Elena Díez, Rosa Medina, Javier Rodríguez, Jesús Sánchez... y también a Cándida Martínez, Lola Mirón, Pilar Ballarín y Teresa Ortíz.

Amigas y amigos de Granada, ¡Muchas felicidades!



Se hace el camino al andar

VÍCTOR M. MARTÍN SOLBES

Profesor Titular del Departamento de Teoría e Historia de la Educación y Métodos de Investigación y Diagnóstico en Educación

Coordinador del Máster en Cultura de Paz, Conflictos, Educación y Derechos Humanos. Universidad de Málaga

Se hace camino al andar, que decía el gran Machado o, como las decisiones tomadas en las encrucijadas, conducen la vida hacia destinos acertados, al menos, en algunos casos.

Recuerdo los comienzos en los primeros años de la década de los años 80 del siglo XX, cuando la juventud se inquieta, la vida se desvive en un eterno desvivir y tras largas reflexiones y conversaciones, basadas en los actos y sus consecuencias, tomo la decisión de integrarme en el Movimiento de Objeción de Conciencia (MOC), para posicionarme activamente contra la obligación de realizar el Servicio Militar Obligatorio; son años de mucha actividad, encierros, encadenamientos, manifestaciones, declaraciones a la prensa y, sus consecuencias, algunas carreras delante de los «grises», otras veces ni movernos ante sus avalanchas y alguna que otra detención con su pescozón de propina o propinado. La convicción de que en la sociedad algo no funciona, que no es normal andar militarizados y que la violencia y la respuesta violenta sea el marchamo que defina a una sociedad que pretende avanzar, nos mantenía activados. Son años de reflexiones y decisiones, unas duras y otras asaltadas (en el mejor sentido de la palabra); algunos compañeros y compañeras, amigos y amigas, que las mujeres ya se posicionaban en esos años contra las injusticias, van recorriendo tribunales y alguno incluso es condenado y tiene que entrar en prisión y, el resto en las puertas de los Juzgados con pancartas con aquel viejo adagio que coreábamos «la paz no es la ausencia de tensiones sino la práctica de la justicia» y tocaba tensionar. Yo, que decido vincularme con temas sociales y en defensa de lo que consideraba justo, decido entrar a trabajar en prisión, con las personas más vulnerables de la sociedad, no como un acto de caridad y entrega, sino que pretendía posibilitar reacciones dignas en las personas excluidas; con el paso de los años me convierto en educador social en prisión y me involucro en el desarrollo de estas personas de manera más profunda, intentando dejar una impronta en sus vidas: «la violencia no es el camino» y todo ello intentando formarme a través de lecturas, cursos, aproximaciones a contextos pacíficos y pacificadores. Los derroteros de la vida hacen que tome decisiones profesionales y, aunque no abandono la educación social, ni sus objetivos ni los procesos de dignificación de las personas, abandono mi puesto de trabajo en prisión para incorporarme como docente a la Facultad de Ciencias de la Educación como profesor vinculado al Título de Educación Social, entre otras titulaciones y másteres; y ahí surge la oportunidad de coordinar un Máster emergente en la Universidad de Málaga, el Máster Oficial Interuniversitario en Cultura de Paz, Conflictos, Educación y Derechos Humanos, junto a otra compañera de la Facultad, mi querida amiga Teresa Castilla. Este Máster va emergiendo en cuatro universidades de manera paralela, la Universidad de Cádiz, la Universidad de Granada (a través del Instituto de la Paz y los Conflictos), la Universidad de Córdoba y la Universidad de Málaga, quedando por el camino alguna otra universidad andaluza.

Trabajar en la coordinación de este Máster y asumir la docencia en algunas de sus asignaturas, supone un nuevo empuje en mis convicciones, sobre todo por la perspectiva científica, más sistematizada de los estudios de paz y sus repercusiones en las personas y las comunidades, no

abandonando los objetivos de la educación social, similares a los objetivos planteados desde los discursos de paz: reconocimiento, dignificación, estrategias pacificadoras y pacifistas...

Y es ahí, en el seno de este Máster y en sus sucesivas reuniones de coordinación interuniversitaria, donde establezco un riquísimo encuentro con diversas compañera y compañeros, ya amigas y amigos, de los que sigo aprendiendo; uno de ellos, quizás por su influencia personal o por su trágica y precipitada desaparición, Paco Muñoz, tiene un lugar especial en mí. Con él tuve la oportunidad de compartir pensamientos, reflexiones y sabias conversaciones (al menos por su parte), eran espacios compartidos en reuniones formales, pero también aprovechando un breve espacio para la comida, una distendida sobremesa o una cena festiva. No estábamos solos, en estas animadas y constructivas conversaciones, éramos varias las personas presentes y los aprendizajes continuos; era muy placentero recibir convocatorias en las que se nos indicaba que nos veríamos para tratar algún tema de coordinación, porque, además, era un pretexto para seguir conversando y disfrutando de gratísima compañía.

Entre los diversos temas que abordábamos, Paco Muñoz, nos hablaba convincentemente de los presupuestos y desarrollo de la paz imperfecta, el análisis de los conflictos, sus contactos con experiencias en América Latina, sus anécdotas como estudiante en la época de la dictadura franquista y, en alguna ocasión, hizo referencia al Instituto de la Paz y los Conflictos, a su gestación e impulso y a las diversas actividades que acometía, conferencias, publicaciones, así como al impulso que daba al mantenimiento del Máster Interuniversitario en la sede de la Universidad de Granada. Fue un descubrimiento conocer la existencia de una estructura compartida desde diversas disciplinas y que sus miembros eran capaces de mantener.

Desde que hablábamos de esto han pasado años, pero recuerdo su entusiasmo al explicar que el Instituto nació y crecía día a día por el empuje incesante de sus miembros, a veces, eran unas y otras veces, otros, los que se empeñaban en su crecimiento y consolidación. Recuerdo que le expresé mi envidia sana (si es que alguna lo es) por contar con esta estructura universitaria, por lo que facilita, posibilita, cohesiona y, supongo que, a veces, también distorsiona; recuerdo que Paco decía, algún día el Instituto será interuniversitario, como el Máster, hay que trabajar con los miembros del Instituto y las instituciones, es posible.

Pero Paco se fue demasiado pronto y nos dejó huérfanos a muchos, nos dejó sin palabras, sin argumentos, sin sobremesa en aquel bar de barrio, Los Girasoles, cercano a la sede del Instituto, con azulejos azules en sus paredes y sus mesas deslabazadas; sólo nos dejó su sabiduría compartida y su recuerdo.

Y yo recuerdo a Paco y recuerdo aquellas palabras que hablaban del Instituto Andaluz Interuniversitario de la Paz y los Conflictos; y recordando sus palabras, creo que aún estamos a tiempo de construirlo; es necesario superar puntos de vista, dificultades, protagonismos e, incluso, cuestiones legales, pero la posibilidad existe y yo, que alguna vez lo percibí en mi imaginación, gracias a las convincentes palabras de Paco Muñoz, aún hoy se me representa como una construcción posible y compartida. Algunos concluirían esta breve reflexión con el clásico «esa será otra historia y en otro momento la contaremos».

Pero creo que no, que es nuestra historia y debemos comenzar a construirla ya y así poder contarla algún día. Se nos abre la posibilidad de andar un camino compartido y seguro que fructífero, con la experiencia de los que ya estáis y la ilusión de los que nos podemos incorporar.

Este breve texto incorpora algunas vivencias y algunos deseos, las primeras ya fueron, ojalá que los últimos se cumplan.

Por Paco, la Cultura de Paz y la Humanidad.

Frente a los 25 años del IPAZ. Mi historia con el instituto

DANIEL RICARDO MARTÍNEZ BERNAL

Doctor en Paz, Conflictos y Democracia, Universidad de Granada

Hace 16 años, en el año 2005, para poder obtener el título de politólogo en la Universidad Javeriana era obligatorio llevar a cabo unas prácticas profesionales y una monografía de pregrado. Para inicios de ese año, yo Daniel Martínez Bernal, y otros cinco amigos, habíamos viajado al Foro Social Mundial que se realizaba en la ciudad de Porto Alegre, en el Estado Rio Grande do Sul, Brasil. Nuestro viaje y nuestra experiencia nos había generado la necesidad de seguir viajando y conociendo otras realidades diferentes a las de Bogotá.

La situación política de mi país, Colombia, con el gobierno de Uribe Vélez, nos exigía seguir pensando y buscando alternativas para todas las injusticias con las que convivíamos (y seguimos conviviendo) diariamente. En ese contexto, para mediados de ese mismo año, en la Universidad Javeriana inició el periodo de postulación para las prácticas profesionales ya mencionadas. Las opciones eran varias, sin embargo, la que definitivamente me cautivó fue la de realizarlas en el Instituto de Paz y Conflictos de la Universidad de Granada. Tanto la temática del Instituto como la ciudad fueron para mí un sueño que podía llegar a alcanzar. Por esta razón, un amigo de carrera y yo nos postulamos y, tras una difícil entrevista, fuimos elegidos para ser pasantes en el IPAZ.

En febrero de 2006 viajamos a Granada. Tuvimos la oportunidad de, además de realizar una gran parte de la catalogación de los libros y documentos que había en el Centro de Documentación Científica y conocer muy de cerca todo el material documental que había en el Instituto, también pudimos asistir como oyentes a las clases del doctorado. Todas estas grandes oportunidades y posibilidades me hicieron trabajar para poder llevar a cabo el doctorado y seguir estudiando todos estos temas. El primer paso fue terminar la licenciatura. Por esta razón, le solicité al profesor Mario López Martínez que me apoyara a lo largo de todos estos años para que fuera el director de mi monografía. Inicialmente el profesor Pedro Valenzuela de la Universidad Javeriana iba a dirigir mi proyecto de grado, pero por sugerencia del mismo Pedro y al encontrarme en Granada, hice todo lo posible porque Mario dirigiera ese documento.

Mi práctica profesional culminó a los seis meses, mi compañero de carrera regreso a Bogotá, y yo decidí quedarme en Granada con la intención de llevar a cabo el doctorado y seguir trabajando en relación a la paz, la no violencia y las resistencias. En esta medida, desde el trabajo de la monografía, nació mi interés por la resistencia de las comunidades indígenas Nasa del Norte del Cauca y su relación con las teorías y conceptos que se desarrollaban desde la no violencia. Mientras realizaba mi monografía de pregrado, continúe trabajando como colaborador del Instituto de Paz y Conflictos, en donde una de las primeras tareas fue hacer las jornadas La Sociedad Civil ante los Conflictos Internacionales: Desafíos y Respuestas (abril de 2006), y posteriormente La Memoria y Reconstrucción de la Paz (julio de ese mismo año). Estas jornadas fueron importantes para abrir más mis expectativas y poder trabajar en los proyectos que se jalaban desde el Instituto.

Terminé mi trabajo de pregrado con el apoyo y la dirección de Mario, recibí mi título de politólogo en mayo de 2007, y entré a cursar el máster (entonces denominado Diploma de Estudios Avanzados-DEA) en donde continué trabajando de la mano de Mario, y en la dirección de la noviolencia y los Nasa. De esta manera, mi Trabajo de Fin de Master, o DEA, se centró en esta experiencia de resistencia en el Cauca como en algunos aspectos cada vez más concretos de la noviolencia como eran la noviolencia genérica y la noviolencia específica. Durante todo este tiempo mantuve una relación muy cercana con el Instituto, me iba muchas mañanas y tardes al Centro de documentación científica en donde pude encontrar debates, encuentros y libros para seguir reflexionando.

Una vez finalizado el máster entré a cursar la carrera de Historia en la UGR. Tenía ganas de terminar estos estudios puesto que ya los había iniciado anteriormente en Colombia. De esa forma seguí colaborando en actividades en el Instituto y llevando a cabo otra carrera. Para el 2011, entre a cursar el doctorado del IPAZ. Tenía mis estudios de Master, unas excelentes relaciones con la gente del Instituto y muchas ganas de seguir trabajando los temas que había ya desarrollado. Durante cinco años estuve trabajando en el desarrollo de mi tesis doctoral y de manera paralela continué colaborando con el IPAZ, en donde me dieron la oportunidad de dictar varias clases en la maestría y el doctorado, así como participando en diversas conferencias, seminarios internos desarrollando mis temas de investigación. A inicios del 2016 me gradué del Doctorado, y en ese momento, cuando miré atrás, llevaba viviendo más de diez años en la ciudad de la que me siento parte y trabajando en el Instituto que vio cómo se fue desarrollando gran parte de mi formación académica y profesional.

Cinco años después, en el 2021, sigo siendo parte del Instituto de Paz y Conflictos, hago parte del grupo de investigación HUM 828 y tras 16 años de vinculo puedo decir que el Instituto ha sido un lugar del que tengo una imagen muy grata y enriquecedora. Con sus más y sus menos, con sus problemas y necesidades, con sus dificultades, con sus grandes avances y quizá sus desaciertos, es innegable que el Instituto de Paz y Conflictos ha sido un importante centro de sinergias y pensamientos alrededor de un tema tan trascendental y tan anhelado como es la cuestión de la paz. Muchos colombianos y colombianas hemos aprendido del Instituto, el valor y el significado que tiene este concepto a veces tan lejano y tan esquivo y otras veces tan claro y directo. En estos 25 años del Instituto me alegra dejar unas líneas y unas reflexiones sobre una institución con la que llevo compartiendo tanto tiempo y, que en definitiva, me ha aportado tanto como profesional y para ser un mejor ser humano.

Caminando con el corazón seducido

CARLOS EDUARDO MARTÍNEZ HINCAPIÉ

Doctor en Paz, Conflictos y Democracia. Universidad de Granada

Maestría en Paz, Desarrollo y Ciudadanía. Universidad Minuto de Dios (Bogotá, Colombia)

No sé cuándo mi ser se volvió pacifista, pero sí sé en qué momento sentí que nada podía justificar el dolor que produce la guerra, cualquier guerra, por justa que parezca. Nos habían devuelto el cuerpo de Pedro, el amigo de todas y todos, entre un cajón cerrado y sin la posibilidad de darle un abrazo de despedida. Era en la Nicaragua sandinista, hasta donde había llegado cantando las canciones que llenaban de flores los fusiles de la libertad en contra del tirano. La evidencia del dolor multiplicado ante el féretro del amigo ausente, se fue expandiendo por las calles de su barrio, el Rigüero, y cubrió de sombras los corazones de su gente, las calles, el país, el planeta de su gente; y como el dolor no nos cabía en el pecho tuvo que romper la atmósfera para confundirse con la oscuridad del universo. Entonces entendí que no podía existir razón política, religiosa, ideológica o de cualquier índole que fuese capaz de justificar tanto dolor; y a partir de entonces, tuve que colgarle el más grande los interrogantes a la guerra, productora sistemática de nuevos dolores en aras de cualquier amaño de justicia, de verdad o de causas justas. Y ya no pude volver a cantar sus canciones porque mi garganta se cerró para siempre a sus melifluas seducciones, a sus encendidos llamados, a sus héroes y a sus mártires, que se convertían en razones para seguir matando. Y con ellas, se me cayeron todos los poemas épicos.

Al volver de Nicaragua empecé a vincularme con personas que, como yo, buscaban caminos alternativos para construir sociedades y mundos mejores, cuestionando desde el fondo los métodos que justificaban el dolor de alguien. Habíamos hecho todo lo que se nos había ocurrido para romper los ciclos de violencia enquistados en nuestra sociedad colombiana. Dedicamos nuestra creatividad y nuestra pasión en aportar para cambiar la idea centrada en que no teníamos más alternativa que hacer de la paz el intermedio entre dos guerras. Y convocamos a la población a expresar en las urnas que no nos representaban quienes hacían la guerra a nombre nuestro y más de 10 millones de personas se sintieron convocadas. Pero tampoco ello fue suficiente y con el alma cargada de preguntas y de tantas frustraciones se me atravesó en el camino el Instituto para la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada, con su propuesta de doctorado en Paz, conflictos y Democracia.

Me encontraba en Madrid cuando me enteré de su existencia y como no lograba que nadie respondiera a mis inquietudes ni por teléfono ni por correo, decidí tomar un autobús y presentarme en sus instalaciones. Encontré al equipo en reunión y me bastaron unas cuantas indicaciones para saber que la vida me abría, a través de ellas y ellos, la posibilidad de entender un poco más los caminares colectivos en la búsqueda de la paz en Colombia. Decidí entonces empezar el doctorado que me ofrecían.

Fue en el año 2001 cuando logré cuadrar los tiempos y me fui a Granada por tres meses. Habían construido una metodología que nos permitía, a quienes vivíamos lejos, asistir a los cursos necesarios para aprobar el primer año. Había que leer y escribir a diario, pero cuando se te ponen por delante otras maneras apasionantes de entender la realidad, el esfuerzo se vuelve placentero. Los autores estudiados alumbraron con nuevas luces los caminos recorridos y sugirieron los pasos a seguir.

Fue apasionante visualizar la paz como un proceso y no como un punto de llegada, en concordancia con la visión de camino que planteaba Gandhi. Las reflexiones colectivas, jalonadas por nuestro querido Paco Muñoz, sobre la paz imperfecta le dieron especial valor a todos los esfuerzos de los pacifistas en Colombia, y nos enseñaron a valorar cada paso, porque son ellos los que hacen camino al andar, porque los caminos conocidos conducen a las violencias ya ensayadas, porque cuando quieres llegar a un sitio aún no existente se precisa valorar cada rumbo nuevo, cada huella dejada en él.

Con el profesor Mario López y de su mano de historiador, comenzamos a recorrer y a reconocer el andar de la noviolencia y desde el principio sentí que ella hilaba en mi interior sensaciones e intuiciones que, aunque estaban aferradas al alma, no sabían ser nombradas ni reconocidas. Cada característica estudiada tenía en mi cerebro imágenes vividas, cada historia un correlato en mi entorno, cada principio un reconocimiento tácito. La noviolencia fue construyendo una lectura nueva de mi historia personal y colectiva, de mis sueños, mis utopías y mis propósitos. Fui entendiendo que ella es el resultado de lo más profundo del caminar humano en el que todas y todos nos sentimos recogidos. Y la historia dejó de ser la narración consecutiva de las guerras montadas por los poderosos, para volverse las acciones de la gente, ejerciendo sus pequeños poderes y construyendo grandes gestas en función del cuidado amoroso de la vida.

El IPAZ también me regaló amigas y amigos con quienes comparto aún afectos definitivos, contruidos en la reflexión y los sueños colectivos.

Nunca pensé que sería capaz de escribir una tesis doctoral. Mi propósito estaba más que bien recompensado con lo aprendido en los tiempos transcurridos en Granada y las acciones que emprendimos en Colombia con la fuerza de estas ideas. El movimiento por la noviolencia en Colombia nos permitió tejer redes de humanidad en cientos de lugares, grandes y pequeños y los aprendizajes recogidos y grabados en mi mente empezaron a construirle cauce a mi reflexión doctoral. El Instituto me permitió también ser creativo en mi propuesta, otra vez de la mano de mi ya amigo Mario López; las miles de horas de conversación se fueron decantando en un escrito del que logro sentirme orgulloso, porque recogió y organizó mis vivencias y mis lecturas de la realidad, potenciadas por los aportes del Instituto de la paz y los conflictos. Desde hace ya varios años, esta tesis acompaña y guía los aprendizajes de cientos de colombianas y colombianos que desde los lugares más remotos aprenden que su amor por la Vida forma parte del cauce de profundas transformaciones culturales que han de permitir otra manera de pensarnos y construirnos como humanidad, única salida a la crisis de civilización en la que nos encontramos.

Pero el Instituto no ha dejado de estar presente a lo largo de los años y me permitió adentrarme en una investigación posdoctoral en torno a reflexiones sobre la conciencia de bondad y la superioridad moral que esconde y legitima todas las formas de violencia y causante de las guerras del pasado, del presente y del futuro. La semilla de esta reflexión nació al acercarme a los escritos de León Tolstói, quien hace más de un siglo puso palabras al horror de la violencia, ese que sentí enterrando a mi amigo Pedro y que me llevó un día a Granada, buscando entender el aprendizaje cultural de la violencia y aferrado a la necesidad de confiar en que esta humanidad será capaz de fugarse de su fuerza. El espíritu humano se entreteje en medio de lógicas culturales que nos han hecho creer que la violencia es legítima y buena en manos de los poderosos, y esa cobardía hemos de desprenderla del alma para que la paz, que ya hace parte de nuestra piel gracias al Instituto, deje de ser quimera y seduzca definitivamente esta humanidad tan necesitada de su luz y su esperanza.

El Instituto de la Paz y los Conflictos: 25 años trenzando paz y amistad

MOHAMED NOURI

Fundador de la Asociación Alcántara para el Desarrollo de las Relaciones entre España y Marruecos

Veinte y cinco años ya han pasado desde la creación del Instituto de la Paz y los Conflictos... Toda una vida y poco más de lo que dure un relámpago, una eternidad en un abrir y cerrar de ojos... En este cuarto de siglo ha habido de todo: personas, ideas y concepciones, sueños y voluntades, investigación y amistades. Quizás estemos hablando de la segunda dimensión del tiempo, la que no es lineal, la que no se inscribe en la longitud sino en el espesor, en la anchura, en las emociones.

Por eso, considero que hablar del Instituto de la Paz y los Conflictos equivale no solo a hablar de un laboratorio de ideas y de investigación científica sobre la Cultura de Paz y la gestión pacífica de conflictos sino de recordar a seres queridos y momentos inolvidables, a una dinámica innovadora y desenvuelta, aglutinadora y pluridisciplinar, andaluza y cosmopolita. En fin, de la alegría de vivir investigando que se resume en la frase amorosa y jovial del alma mater de este organismo de investigación, Francisco A. Muñoz que en paz descance: 'qué bien nos lo estamos pasando!'

Tuve la oportunidad de frecuentar este vivero de ideas y amistades a los pocos años de su creación, y reconozco solemnemente que fueron las dos décadas más felices de mi vida, las más fructíferas en todos los sentidos. Mi relación con el IPAZ empezó gracias a una amistad profunda que seguimos entretejiendo Beatriz Molina Rueda y un servidor. A través de ella conocí a nuestro querido Paco y a lo largo de nuestras íntimas y agasajadoras charlas, cada uno desde su especialidad y cultura, y merced a los viajes que los tres hacíamos por las dos orillas del Estrecho de Gibraltar, me sentía atraído cada vez más hacia este vivero efervescente de ideas y cosmovisiones.

Y conforme nuestras almas se iban acercando y amando y la red de amistades extendiéndose en el seno del IPAZ, formé parte de este instituto, primero como alumno de doctorado junto con un elenco de compañeras y compañeros de España y América Latina con los que cultivo una amistad inquebrantable a pesar de la lejanía y la discontinuidad de los encuentros, y luego, como colaborador.

No puedo negar que la idea-sirena que me cautivó con su canto y encanto fue la paz imperfecta tal como la definió Paco Muñoz: «una matriz que podría agrupar las situaciones en las que los conflictos se han regulado pacíficamente y se han satisfecho las necesidades». Para mí, fue la mejor definición que explicaba la nueva situación que atravesaba mi país, Marruecos, a partir de mediados de los noventa del siglo pasado, un país sumergido en pleno proceso de transición democrática y sucesión de poder.

Por ello, bajo la dirección atenta de Beatriz Molina Rueda y el apoyo efusivo y cariñoso de Francisco Muñoz, finos conocedores de esta nueva realidad, presenté mi trabajo de investigación sobre los indicadores de la Cultura de Paz en mi país, Marruecos. Nuestro objetivo era reconocer y analizar desde la paz imperfecta como categoría analítica las iniciativas pacíficas híbridas (que se sustentan en la modernidad y la tradición) consensuadas entre la sociedad y el

estado para gestionar los conflictos y satisfacer las necesidades en los ámbitos de democratización, derechos humanos, igualdad de género, desarrollo socioeconómico y la reforma del campo religioso en un país que no en vano se llama Occidente (al-Maghrib) en el Oriente islámico.

A partir de ahí, y gracias a las visitas recíprocas y sostenidas que hicimos unos a otros, fuimos articulando y asentando las bases de implementación de la Cultura de Paz en Marruecos a través de la organización paulatina de una serie de eventos, entre ellos:

- La traducción del libro *La paz imperfecta* al árabe para que tanto las autoridades marroquíes como los agentes de la sociedad civil tuviesen la oportunidad de conocer los contenidos de esta nueva aproximación del conflicto y de la paz. La traducción de esta obra, realizada junto a Beatriz Molina, supuso abrir esta categoría analítica al mundo árabe en general.
- La celebración del Seminario La Paloma Blanca sobre Cultura de Paz celebrado en la Escuela Normal Superior de Martil (Tetuán) y dirigida a educadores y funcionarios de ayuntamientos.
- La organización del Congreso sobre la Cultura de Paz en Chauen.
- La recepción del Congreso en Rabat sobre la gestión de los conflictos interculturales e interreligiosos.
- La celebración en Tánger del XIIIº seminario sobre la Cultura y la Educación para la Paz con la participación de 28 expertos extranjeros (23 de España: Andalucía, Cataluña y el País Vasco; 2 de Colombia; 2 de México y 1 de Italia) además de 10 expertos marroquíes.
- El encuentro en Chauen para desarrollar un Plan de Acción de Cultura de Paz y Educación para la Paz para Marruecos. Este encuentro se celebró en una coyuntura política internacional marcada por el surgimiento de nuevos conflictos tanto en su forma como en su contenido (en los países árabes en particular o lo que se llamó apresuradamente Primavera Árabe y acabó convirtiéndose en un invierno demoledor y tenebroso). Nuestro propósito de este encuentro era triple:
 1. Para que las instituciones y los investigadores marroquíes tuvieran la oportunidad de conocer de cerca la trayectoria del plan andaluz de Educación para la Paz.
 2. Para que los expertos españoles y latinoamericanos supiesen y reconocieran algunas de las experiencias marroquíes en los ámbitos de mediación y gestión pacífica de conflictos.
 3. Para debatir y consensuar nuevas herramientas de gestión de conflictos sociales y políticos que conocen los países árabes así como apoyar la gestión marroquí — diferente por su aproximación pacífica — de los conflictos.
- La participación de varios miembros del IPAZ en congresos celebrados en Marruecos con el propósito de dar a conocer la perspectiva de este organismo sobre la Antropología de la Paz y los Conflictos.

Pues tal fue la dinámica que el IPAZ creó en su relación con Marruecos y en que la asociación Alcántara que presido tuvo un protagonismo importante, una dinámica que se mermó mucho tras la desaparición repentina de nuestro querido Paco Muñoz y a quien quiero rendirle hoy un homenaje especial desde Marruecos, su segundo país como él decía.

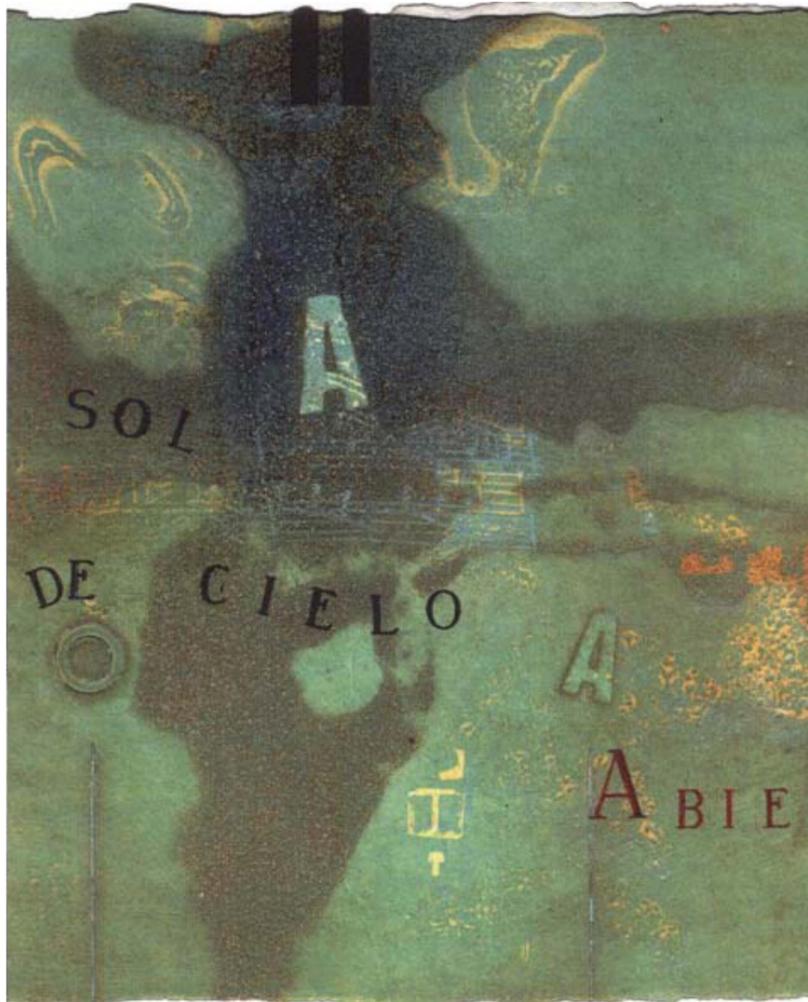
Antes de terminar, quisiera añadir unas cuantas frases sobre el trabajo cualitativo y la perspectiva innovadora que aporta el IPAZ en su tratamiento de las temáticas de la paz y los conflictos, una perspectiva que forma el hilo conductor y la plusvalía metodológica que le distingue de los demás centros y organismos que se dedican a este ámbito.

Es verdad que existen varios centros internacionales de investigación sobre la Cultura de Paz y la Gestión de Conflictos, el Swisspeace (Suiza)», el CMI (Finlandia) y el CPSH (Francia) entre otros. Sin embargo, en mi opinión, solo hay dos a saber, el organismo británico *Responding to the Conflict* (RTC) y el Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada, que comparten la visión de inevitabilidad del conflicto, que el problema no radica en el este sino en su regulación y transformación, que la paz y los conflictos no son antagonismos y que ambos son procesos dinámicos inherentes a la vida en común.

Aún más, considero que la categoría analítica de la paz imperfecta desarrollada por F. A. Muñoz, fundador y primer director del IPAZ, los aportes fertilizadores de esta concepción merced a las vivencias de otros miembros de este organismo en otros lares, en América Latina en particular, y la multidisciplinaridad de sus miembros hacen que la perspectiva de este laboratorio de ideas ofrezca una perspectiva más rica en matices y efluentes y por tanto una exploración más profunda de la fenomenología de la paz.

Para terminar, quisiera aprovechar la oportunidad para felicitar a todo el equipo del Instituto de la Paz y los Conflictos por esta conmemoración, con una especial atención a su anterior director y querido compañero Juan M. Jiménez Arenas, a mis intimas amigas María José Cano y Beatriz Molina, a Manuel Jorge Bolaños Carmona, Sebastián Sánchez Fernández, María Elena Díez, Carmen Egea Jiménez, Carmelo Pérez Beltrán, Mario López Martínez, José Martínez Delgado, Francisco Jiménez Bautista, Purificación Ubric Rabaneda, Fanny Tanya Añaños Bedriñana, Carmen Egea; a todos sus colaboradores, a María Carmen Mesa, Gloria Rojas Ruíz, Inmaculada Alemany en particular; y a sus colaboradores externos con una mención especial a Nieves Aranguren Vigo, Juan Codorniu Solé, Esperanza Hernández Delgado, José Tuvilla Rayo, Tania Rodríguez Morales y Ana Ruth Vidal Luengo ; y como no a nuestra estimada secretaria administrativa María José Hornos Ardoy.

A todas y todos, a cada una y cada uno y cada uno les deseo buena salud, larga vida y mucho éxito. Con todo mi amor y consideración.



IPAZ 25 años. Saberes sobre la paz imperfecta y su complejidad

MARÍA OIANGUREN IDIGORAS

Directora del Centro de Investigación por la Paz Gernika Gogoratuz (Bizkaia)

Es de justicia reconocer que las teorías y experiencias prácticas de la paz imperfecta, sus hábitos, espacios y tiempos y, el giro epistemológico de la paz como marco filosófico, tienen un lugar preferente en el ámbito multidisciplinar de los estudios de la paz y los conflictos. Estas propuestas se encuentran entre las contribuciones que, en el último cuarto de siglo, de forma más loable han inspirado el campo de la Investigación para la Paz. Son aportaciones que analizan las capacidades de concertación que tenemos los seres humanos para reconstruir las competencias humanas y transformar los conflictos por medios pacíficos. Y, al mismo tiempo, son contribuciones significativas porque recuperan la dimensión intersubjetiva y la reflexión ética como elementos primordiales de los procesos de cambio social.

La paz no se entiende desde la indefinición. En todo periodo histórico ha estado adscrita al proyecto civilizatorio dominante. A lo largo de los últimos años se han hecho esfuerzos importantes para «pensar la paz, también, desde la paz» y cuestionar de manera crítica la paz como ideal abstracto. Así la paz imperfecta como proceso inacabado muestra su carácter complejo y dinámico. Es una propuesta crítica con la modernidad liberal como manera inequívoca y única de entender nuestro estar en el mundo y, asimismo, es una propuesta que permite entender y potenciar escenarios de vida más justos y emancipadores. La categoría analítica de la paz imperfecta se fundamenta, por tanto, como idea que impulsa el desarrollo de las potencialidades humanas y entiende la complejidad como marco interpretativo de los estudios de la paz y los conflictos. La paz imperfecta, influye, también, en otras propuestas, como es la pax homínida que incorpora tiempos, lugares y agentes de paz a lo largo de la historia y, enlaza conflicto, complejidad y fragilidad como elementos fundamentales de la hominización. Desde los estudios antropológicos es una evidencia que la solidaridad y la cooperación han sido y son comportamientos primordiales para entender la evolución humana.

Estas categorías de estudio en el Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada. A lo largo de este tiempo se han dado, además, en colaboraciones académicas con otras universidades y de manera especial, con la Cátedra Unesco de Filosofía para la Paz de la Universidad Jaime I de Castellón. También se han podido debatir en otras geografías y, evidentemente, como este libro refleja han inspirando diversas propuestas e iniciativas de centros y organizaciones que conforman AIPAZ, la Asociación de Investigación por la Paz. El marco normativo de esta suma de saberes, en síntesis, contempla el enfoque de las potencialidades humanas a partir de las múltiples formas y de diferentes culturas para hacer las paces de manera pacífica, en ese sentido, se tienen en cuenta con valor epistémico las iniciativas capaces de hacer visibles tanto las colectividades excluidas como los saberes subordinados.

Hoy, asistimos a una crisis que amenaza la gobernanza, la paz, los derechos humanos y la diversidad del planeta. Una crisis civilizatoria resultado de las grandes desigualdades económicas agravadas por las condiciones estructurales del capitalismo neoliberal. En ese sentido, los retos a los que nos enfrentamos interpelan directamente a la capacidad de construir marcos de análisis que atiendan la compleja dinámica global y respondan a las necesidades de los contextos locales.

En esta realidad de crisis multinivel, sin embargo, emergen de manera todavía tímida pero decidida propuestas alternativas de sostenibilidad de la vida como venimos observando desde el Centro de Investigación por la Paz Gernika Gogoratuz. Son iniciativas inspiradas en las luchas sociales y la diversidad de saberes acumulados a lo largo del tiempo. Estas iniciativas y prácticas cooperativas, empáticas y solidarias son las que aprendimos a sistematizar, también, desde los saberes del Instituto de la Paz y los Conflictos.

En los programas internacionales de investigación, formación y acción que desarrollamos en colaboración con asociaciones y universidades nos percatamos de la importancia de ampliar la mirada de manera crítica, cuidosa y creativa para arrimar propuestas que reviertan en aprendizajes. La confluencia de marcos de análisis, como son, el enfoque de paz crítica, las capacidades colectivas, las epistemologías del Sur, la perspectiva feminista, la interculturalidad, la ecología y la comprensión holística de la realidad nos permiten entender las alternativas que desde lo local cuestionan la hegemonía del poder transnacional. Hemos aprendido del giro local de paz el valor de la proximidad y de lo cotidiano, sin por ello, desentendernos de las problemáticas globales. Un conocimiento situado en los territorios que configuran iniciativas que se caracterizan por su dimensión transformadora y emancipadora, dejando atrás modelos de cooperación e intervención asistencialistas de carácter benefactor o salvador.

El enfoque de las capacidades colectivas — en el que podemos encontrar semejanzas con las propuestas del empoderamiento pacifista para otros mundos posibles — centra su atención en las habilidades que un grupo, colectivo u organización despliegan para llevar adelante procesos de cambio alternativo que sean válidos y viables al modelo dominante. Procesos de cambio que tienen que haber sido definidos como deseables y posibles autónomamente y sin injerencia externa. La dimensión normativa es importante para poder evaluar si las propuestas de cambio cumplen con los objetivos encaminados al bienestar y, en definitiva, a la aspiración de un mundo más pacífico y habitable. El reto, por tanto, incorpora el elemento ético que evidencia si el proyecto de bienestar o buena vida que se define, atiende a criterios de justicia social, epistémica y ambiental desde el respeto a la dignidad, a la igualdad y a la diversidad. Definir el concepto de bienestar o buen vivir anhelado permite reconocer los propósitos que la sociedad entiende como válidos y deseables y son fruto de procesos de deliberación colectiva, no exentos en ningún caso de conflictos. Estos procesos serán más factibles en sociedades cohesionadas en la defensa de los bienes comunes. Sociedades que estén dispuestas, por un lado, a revisar de manera crítica sus premisas en espacios de interacción y deliberación y, por otro lado, sociedades que, también, estén dispuestas a valorar opciones de renuncia y cambio. La capacidad de adaptación a un contexto en constante cambio en un mundo diverso y plural, como bien hemos aprendido requiere, memoria, creatividad y determinación para poder transitar hacia las transformaciones eco-sociales necesarias que nos permitan habitar el mundo de otras maneras.

Las enseñanzas y los aprendizajes surgidos en el Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada y, que siguen enriqueciendo el campo del saber, acompañan además las prácticas de construcción de paz que reconocen la valía de los distintos saberes para reflexionar sobre los derechos y deberes humanos.

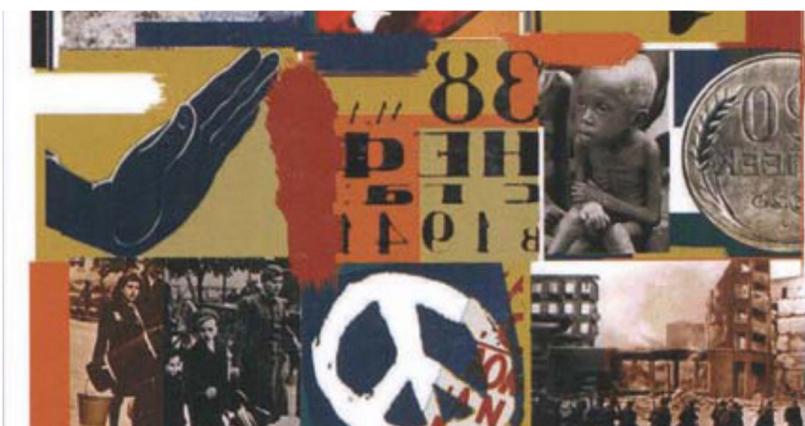
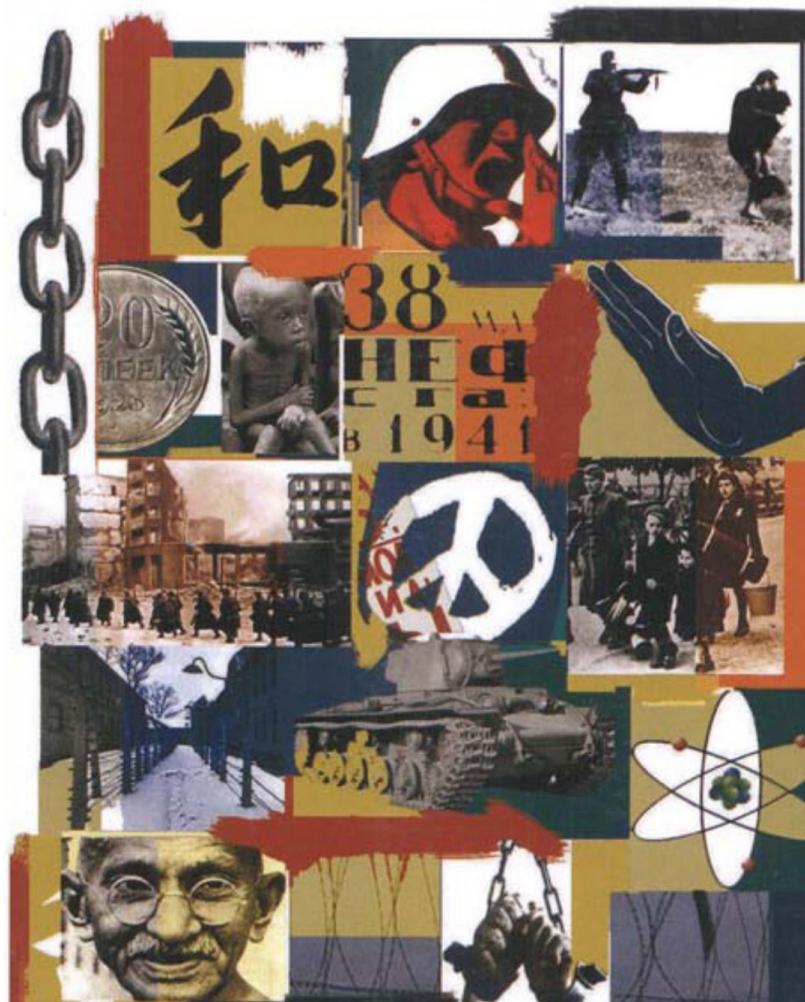
Son recorridos del saber que permiten entender la complejidad humana y la del mundo. Saberes que de la mano y el corazón de Francisco A. Muñoz impregnaron la labor que venimos

realizando. Saberes que han tenido continuidad en los diálogos con el profesorado y el alumnado del Instituto de la Paz y los Conflictos.

Por todo ello y a modo de reconocimiento y botón de muestra, citaré a las personas que nos han acompañado en las distintas jornadas realizadas en Gernika y, también, a las que nos han recibido en Granada a lo largo de estos veinticinco años: Elena Díez, Beatriz Molina, Mario López, Francisco Jiménez y Juan Manuel Jiménez con quien, además, he tenido el honor de compartir junta directiva de Aipaz e interés común por el *Ordo Amoris* o, el poder del amor en la construcción de la paz. Finalmente, agradecer de manera especial a la colaboradora Edurne Aranguren que participó en nuestra junta y nos acercó el sentir de la paz imperfecta.

A ellas y a todas las personas que componen la institución les agradecemos enormemente y, de corazón, su hospitalidad. Felicitamos al Instituto por las contribuciones realizadas, apenas brevemente referidas en estas líneas y que, en definitiva, engrosan de manera reseñable el ámbito de la ciencia social aplicada de los estudios de paz y conflictos.

Saberes y sentires, en definitiva, para transitar hacia otras lógicas sostenibles con la vida en el planeta y sin dejar a nadie atrás, como proclama la Agenda 2030. Saberes para habitar los espacios de un mundo, un mundo más justo, diverso y plural, por ello, un mundo en dinámico conflicto y en imperfecta paz, como desde hace 25 años nos han venido enseñando en el Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada.



Breve aproximación a 25 años de desarme

PERE ORTEGA

Investigador del Centre Delàs d'Estudis per la Pau

Los 25 años de existencia de cualquier organismo que trabaje por la paz siempre debería ser motivo de celebración y este es el caso del Instituto de la Paz y los Conflictos (IPAZ) de la Universidad de Granada, pues, como acreditan sus cursos, seminarios, encuentros y publicaciones ha contribuido a extender la cultura de la paz por todo el territorio peninsular. Esto me motiva, a describir, dejando aparte por falta de espacio, otras cuestiones de no menor importancia dentro de la cultura de la paz, cómo ha evolucionado el desarme en España en este cuarto de siglo dentro de la economía militar, desentrañando los presupuestos de Defensa del Estado español, los recursos dedicados a la I+D militar, la industria militar y el comercio de armas, y con mención al desdichado asunto de la guerra contra el terrorismo.

Si nos situamos en 1996 el año de nacimiento de IPAZ, el mundo acababa de salir de la Guerra Fría, el bloque soviético se había colapsado y se hablaba de dividendos de paz (los recursos destinados a la carrera de armamentos dirigirlos a la construcción de la paz). En ese escenario, el capitalismo vencedor de aquella Guerra Fría se había lanzado a una carrera desenfrenada de globalización neoliberal obligando a privatizar servicios y empresas públicas dejando sin atención social a mucha de la población mundial. En ese camino se produjeron los atentados del 11S en 2001 por parte de una facción de muyahidines que los propios Estados Unidos habían apoyado y armado para expulsar a la URSS de Afganistán. Aquel atroz atentado, nunca aclarado del todo, provocó que George Bush declarara la guerra al terrorismo, una decisión insensata que desencadenó las guerras y ocupaciones posteriores de Afganistán, Iraq, Libia y Siria. Las reacciones del islamismo más radical y fundamentalista que veían como sus países se sumían en el caos con cientos de miles de muertos no se hicieron esperar y las respuestas terroristas se sucedieron en muchas partes del mundo.

Así, el balance de estos años en el ámbito de la paz respecto a los conflictos internacionales no puede ser más negativa y la retirada reciente de EEUU de Afganistán y de la coalición internacional que le dio apoyo en esa guerra contra el terrorismo es el retrato explícito de ese fracaso. Fracaso que también es patente en Irak, Libia y Siria donde las guerras allí impuestas solo han empeorado la situación de sus poblaciones. Un balance en ese ámbito es que Occidente debe renunciar a imponer su modelo político a través del uso de la fuerza militar. La paz y los derechos humanos no se pueden imponer con un medio tan perverso que produce tanto sufrimiento como es la guerra (paz negativa).

Pero no todo ha sido negativo, también se han dado pasos positivos en el ámbito de las relaciones internacionales en relación con el desarme (paz positiva). El Tratado que entró en vigor en 1999 y que prohibía el uso de las minas antipersonas; también el que prohibió las bombas de racimo que entró en vigor en 2010; o el Tratado sobre el Comercio de Armas (ATP) de 2014, que pese a sus insuficiencias es un avance en el control de los armamentos; y el más importante, la entrada en vigor en enero de 2021 del tratado de prohibición de las armas nucleares y que fue motivo para que la *International Campaign to Abolish Nuclear Weapons* (ICAN), que la impulsó,

recibiera el premio Nobel de la paz de 2017. Tratados que fueron posibles gracias al impulso de la sociedad civil organizada que doblegaron la oposición de las potencias militares y señalaban que el desarme es el mejor camino para evitar guerras y construir la paz entre estados.

También fue motivo de alegría comprobar qué, cuando fueron aprobados los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), se incluyera por primera vez un objetivo, el 16, destinado a la Paz: «Promover sociedades pacíficas e inclusivas en el desarrollo sostenible, facilitar el acceso a la justicia para todos y crear instituciones eficaces, responsables e inclusivas a todos los niveles» (ONU, Asamblea General, 2015). Aunque, hay que lamentar, que se debería haber introducido en ese enunciado también el concepto de seguridad, pues señalaría que paz y seguridad son aspectos complementarios en la construcción de la paz. De igual manera que se debería haber introducido el concepto de desarme, aunque sin duda hubiera sido rechazado por las potencias militares y se tuvo que sacrificar para aprobar los ODS. Pero, aun así, la inclusión del objetivo 16 en los ODS pone en la agenda internacional la interrelación entre construcción de paz y el resto de los objetivos: desarrollo, gobernanza, derechos humanos, justicia, cooperación internacional y medio ambiente.

El gasto militar mundial, según el Sipri, en 1996 fue de 984 mil millones de dólares (en valores constantes de 2019) y en 2020 esa cifra había aumentado a 1.960 mil millones (<https://n9.cl/myx839>). Algo que demuestra como las potencias vencedoras de la Guerra Fría desestimaron las propuestas de dividendos de la paz expresadas por Naciones Unidas en 1991 para lanzarse a un aumento militar desaforado para extender su hegemonía por todo el planeta.

Con respecto al Estado español en el ámbito del desarme durante estos 25 años las cosas no han mejorado, sino al contrario, han empeorado. Si bien se subscribieron los tratados de minas antipersona y de bombas racimo, y ambas dejaron de fabricarse, almacenarse y exportarse, también se ratificó el escasamente operativo ATP sobre comercio de armas internacional; en cambio, no se subscribió el tratado de prohibición de las armas nucleares, algo que solo se explica por la dependencia del gobierno español de la geopolítica que impone EE.UU. y la Otan a sus socios, algo que permite persista el peligro de un holocausto nuclear.

En el ámbito del gasto militar del Estado español desde 1996 tampoco las cosas han mejorado. El presupuesto de Defensa, según el criterio Otan, que aconseja considerar como gasto militar todo aquello que tiene que ver con la defensa y que, en el caso español no solo es el presupuesto del Ministerio de Defensa, sino que también lo son las clases pasivas militares, la mutua militar, la I+D militar de ayudas a las empresas militares que surgen desde el Ministerio de Industria, la Guardia Civil que es un cuerpo que se rige por la ordenanza militar y las aportaciones a organismos militares internacionales. Entonces el gasto militar del Estado ha pasado de 10.969 millones de euros corrientes de 1996 a 19.297 millones en el año 2021 (<https://bit.ly/2VdAdei>), lo cual se traduce que el presupuesto de Defensa del Estado español ha aumentado un espectacular 47,3%.

Respecto a la I+D militar en ese mismo periodo ha pasado de 623,5 a 676,5 millones (<https://n9.cl/b2l4y>), un crecimiento escaso pero que demuestra que se continúa apostando por la investigación en la producción de nuevos y más sofisticados armamentos.

La industria militar española facturaba por un importe de 1.052 millones en 1996, en el año 2019 fueron de 7.141 millones (<https://n9.cl/aoqvx>), un aumento que se explica por el apoyo de los diferentes gobiernos a la producción de armamentos; desde siempre, el primer cliente ha sido el propio Estado y el resto de producción siempre se ha destinado a la exportación.

Un aumento de las exportaciones de armas españolas como lo demuestra que, en 1996 fueron de 116,4 millones y en 2020 han sido 3.620 millones (<https://n9.cl/a1mwb>). Ese brutal incremento demuestra lo poco efectiva que es la ley que regula el comercio de armas que desaconseja con ocho motivos las exportaciones y, en cambio, alrededor de un 20%, según los años, se destina a países que la misma ley prohíbe.

Pero el signo más relevante de la paz negativa del Presupuesto de Defensa español son los denominados Programas Especiales de Armamentos (PEA). Unos programas para dotar al ejército de potentes armas de última generación para enfrentarse a desafíos en lejanos escenarios. El problema de estos programas radica en que se iniciaron en 1996 y en 2021 alcanzan 33 grandes programas (aviones de combate F-2000, helicópteros Tigre, submarinos S-80, fragatas F-110, blindados Leopard, ...) y que suman un gasto colosal: 51.273 millones. Unos PEA que están muy por encima de las necesidades de la defensa del territorio, sus infraestructuras y de su población, pues de acuerdo con lo que se indica en la Estrategia de Seguridad Nacional, España no tiene amenazas que los justifiquen y que solo parecen satisfacer los intereses del complejo industrial militar español.

Para construir un mundo en paz, la Investigación por la Paz deberá perseverar en prestar mayor atención al desarme y a la transformación de los conflictos por medios pacíficos.

Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada

MARTÍN RODRÍGUEZ ROJO

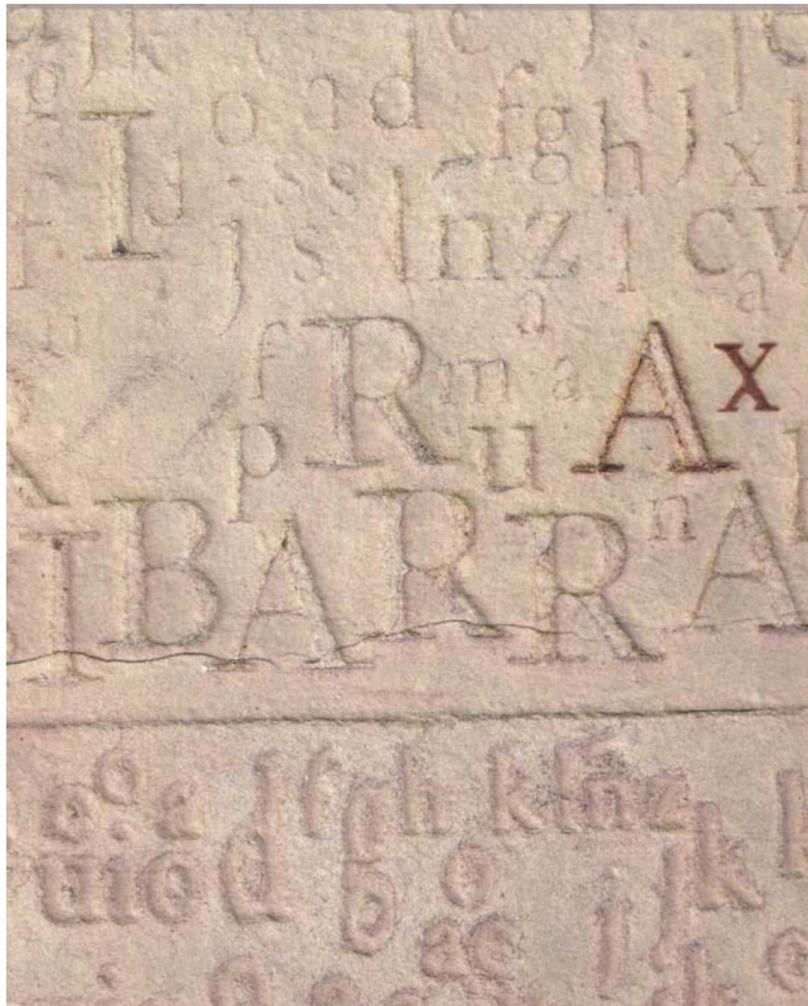
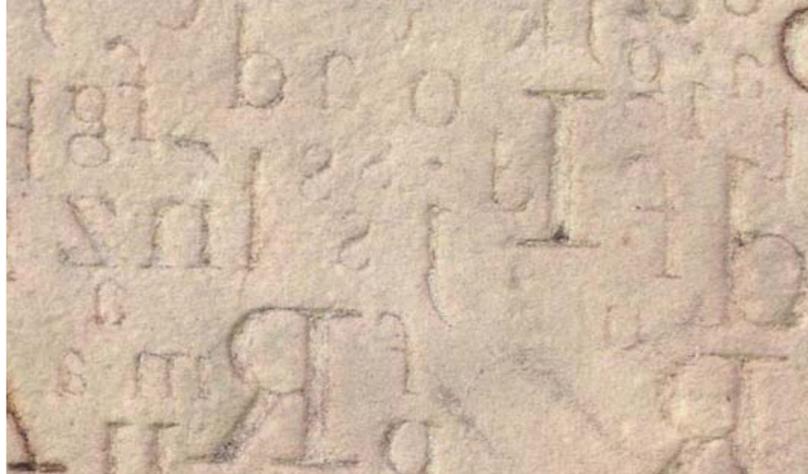
Profesor de Didáctica y Organización Escolar
Presidente de la Asociación del Voluntariado, Universidad de Valladolid

Hace unos cuantos años de cuya fecha no me puedo acordar pasé por Granada. Por la Universidad de Granada. Por el Instituto de la Paz y los Conflictos. Buscaba un libro de la colección Eirene. Me atendieron con mucho cariño. Me regalaron algo más de lo que yo buscaba. En concreto y entre otros libros, la *Enciclopedia de Paz y Conflictos*. Allí estaban Paco Muñoz, Francisco Jiménez, Mario López, Beatriz Molina, Juanma y... ¡Cuántos recuerdos! ¡Cuántas batallas libradas! ¡Cuántas sugerencias en busca de la paz! ¡Cuántos cursillos! ¡Cuántas conferencias! ¡Cuántas reuniones juntos! ¡Cuántas publicaciones!

La colección Eirene me ha servido para preparar varias charlas, me ha sacado del apuro ante una intervención urgente que me pide un amigo, que me sugiere un militante de una Ong para participar en un seminario, en una reunión sobre un tema del cual tienes alguna idea, pero necesitas profundizarla, adornarla con alguna anécdota. Vas a la enciclopedia, por ejemplo, y te saca del atolladero. Eirene, siempre presente cuando se trata de la paz. Buena idea, buen proyecto. Es este un buen momento para felicitar a sus creadores y a sus muchos autores. Para mí, estarán siempre unidos el Instituto y la colección Eirene. Nuestro país necesita que alguien se preocupe de poner al día a quienes nos movemos por los senderos de la Educación para la Paz.

¿Otra referencia?—Sí. El Instituto nos ha llamado a los miembros de AIPAZ (Asociación Española de Investigación para la Paz) y nos ha preguntado con alguna frecuencia: ¿Cómo se orienta la concepción, (teoría y práctica), de la paz en vuestras respectivas entidades? ¿Qué son para vosotros la paz y la Educación para la Paz? Y ellos, los miembros del Instituto, se auto-respondían para animar a hacer lo mismo a sus oyentes. Entonces nos lanzaban la teoría de la paz imperfecta. Yo me volvía a casa rumiando lo de «imperfecta» que en un principio me sonaba mal, como si a la paz le faltara algo, como si fuera una cosa que no merecía la pena ser estimada y estudiada, ya que adolecía de perfección. Pero, poco a poco, se me fueron abriendo los sentidos. Y me di cuenta de que la paz es tan gran ideal que nunca se llega a su completa plasmación entre los ciudadanos de este planeta. Nuestros estudios, nuestras idealizaciones, nuestras cosmovisiones y no digamos nuestras aplicaciones del concepto de paz siempre se quedan cortos, nunca llegan a igualar a la paz, al ser esta tan excelente que el punto a donde podemos llegar siempre está a varios peldaños de su auténtica realidad, incluso de su imaginada percepción. Nuestra paz siempre son paces, trozos de paz, pequeños sueños que sin igualar al proyecto de paz, se quieren ir acercando a su imagen, pero nunca la sobrepasan, ni siquiera la igualan. La paz es un ente escurridizo que cuando le intentamos echar mano, ya se nos ha alejado veinte pasos de donde nos encontramos, incluso de donde queremos llegar. Es la manera de entender la paz cuando los compañeros del Instituto hablan de la paz imperfecta. Otro agradecimiento que me toca manifestar a estos chicos de Granada. Otra impresión que me causa el recuerdo del Instituto.

Así pues, no me queda más remedio que alegrarme de que esta académica criatura cumpla años y se siga desarrollando paso a paso en compañía de todos aquellos que periódicamente nos damos la mano, incluso en estos tiempos de pandemia.



Un descubrimiento enriquecedor

MANUEL TORRES AGUILAR

Director de la Cátedra Unesco de Resolución de Conflictos

Coordinador del Máster en Cultura de Paz, Conflictos, Educación y Derechos Humanos

Catedrático del Ciencias Jurídicas Internacionales e Históricas y Filosofía del Derecho, Universidad de Córdoba

En marzo del año 2006 se creó en la Universidad de Córdoba la Cátedra Unesco de Resolución de Conflictos. Era fruto de una iniciativa del entonces ministro de asuntos exteriores, Miguel Ángel Moratinos, y del Rector de aquel momento, Eugenio Domínguez. La UCO me nombró director y realmente no sabía muy bien en qué camino iba a conducir aquella empresa. Bajo su título cabían muchos contenidos, orientaciones, propuestas, proyectos y tantas y tantas cosas que se me venían a la mente. Y en honor a la verdad, cuando algo puede ser tan versátil y variopinto se corre el riesgo de mucho abarcar y perderse sin llegar a nada.

A los pocos meses de empezar a rodar, con ilusión y sin muchos recursos, mi compañero de Facultad y amigo Octavio Salazar me habló de la existencia de un instituto en Granada que se dedicaba al estudio de la paz y los conflictos. Me dijo que él había colaborado con ellos en alguna ocasión y que eran una gente muy interesante. Particularmente el director era un tal Paco Muñoz, persona muy afable y con iniciativas. Aquella indicación quedó en mi mente y algunas semanas después, quizá en otoño o en la primavera siguiente, la memoria empieza a flaquear, en Granada el Instituto de la Paz y los Conflictos organizó algún seminario o encuentro al que acudimos Octavio y yo.

Yo procedía del ámbito de la Historia del Derecho, me había dedicado a trabajar sobre cuestiones que directamente no tenían relación con esta temática, pero allí, en Granada tuvo que ser, lo que oí despertó en mi curiosidad, interés y no se bien, pero fue como un descubrimiento tremendamente enriquecedor. Me sonó a algo diferente, nuevo y con vida. Hacía algún tiempo que había decidido dar un giro a mis trabajos sobre Historia del Derecho, tratando de buscar una mayor utilidad y compromiso social. Aquello que allí escuchaba parecía ofrecer interesantes mimbres para mi propósito.

Supongo que hubo luego alguna comida y allí me presentaron a ese profesor de cara añada, a pesar del bigote, que tenía un hablar pausado y musical que enganchaba de inmediato al interlocutor. Era una persona que tenía cosas que decir y no siempre todos los que hablan tienen cosas que decir, pero él sí. Así, más o menos, recuerdo mi primer encuentro con el Instituto y con su director.

Poco tiempo después, en la Cátedra Unesco nos pusimos a trabajar para crear un Máster relacionado con la resolución pacífica de los conflictos. Éramos solamente tres personas las que pusimos en marcha la idea: mi colega Octavio ya citado, Cristina Coca y el que suscribe estas líneas. La idea del máster nos ilusionaba, pero nuestros medios y capacidades eran limitados. Le planteé el proyecto a Paco y me dijo que desde el Instituto llevaban también un tiempo madurando la idea de crear un máster sobre paz y conflictos. Consideramos entonces que lo mejor sería coordinar los esfuerzos, y Paco, con su gran amplitud de miras y generosidad, propuso que trabajásemos juntos en el desarrollo de esta idea. Aquello suponía iniciar un camino de la mano de personas que tenían más experiencia y más capacidad que nosotros y, sobre

todo, eran poner en práctica la idea de que sumando conseguíamos más, algo que demasiado a menudo suele ser bastante ajeno al mundo universitario. Supongo que no fue fácil para él convencer a los colegas del Instituto de las virtudes que podría tener crear un máster interuniversitario, proyecto al que se sumarían luego las Universidades de Cádiz y Málaga. Espero que no se ofenda nadie, pero ya sabemos que para las dos grandes Universidades de Andalucía algunas veces hay rémoras que dificultan la generosidad de su acción. Por mi parte, tuve claro que había que ceder la coordinación a Granada, y así comenzamos un proceloso camino que duró unos dos años para dar forma al Máster Interuniversitario en Cultura de paz, Conflictos, Educación y Derechos humanos.

Organizamos muchas reuniones y poco a poco fui conociendo a colegas de otras disciplinas y ampliando los horizontes del proyecto inicial. Al cabo de un intenso período de trabajo se presentó la documentación que luego hubo de ser corregida y, finalmente, se aprobó el citado Máster con todas las bendiciones legales. La capacidad de negociación, coordinación y generosidad de todos hizo realidad aquella inicial ilusión, representada por Paco, Eulogio, Teresa y yo mismo. El máster inició su andadura en el curso 2009/2010, aunque por un problema burocrático la Universidad de Córdoba comenzaría su docencia en el curso siguiente, 2010/2011. Sin duda, a nuestra Cátedra el máster le ha dado una fortaleza académica que de otro modo no habría alcanzado. Nos ha permitido estrechar lazos institucionales y poner en marcha otras iniciativas vinculadas a nuestra temática y a nuestra vocación por la cultura de paz.

Hemos participado en tesis doctorales a las que se nos invitó y hemos incrementado el número de estudiantes que han pasado por nuestra docencia de posgrado y también nos ha permitido relacionarnos con docentes implicados y comprometidos con la cultura de paz de otras universidades, tanto andaluzas como españolas e internacionales. Ya son varios los doctores y doctoras salidas del máster en la Universidad de Córdoba y en los próximos años saldrán bastantes más. La Cátedra Unesco de Resolución de Conflictos de la Universidad de Córdoba debe manifestar que la colaboración leal del Instituto de la Paz y los Conflictos le permitió poner en marcha sus estudios de posgrado que se han consolidado después de más de diez cursos académicos, permitiendo la formación de cientos de estudiantes procedentes de muy diversos países lo que ha fortalecido la imagen de nuestra comunidad como un referente internacional en la cultura de paz y los conflictos.

Cuando Paco, inesperada e injustamente, nos dejó, su vacío nunca se ha cubierto, pero otros colegas del Instituto han contribuido a continuar su labor y a facilitar el trabajo de sucesivas renovaciones de la acreditación del máster, algo que no ha sido fácil. Como homenaje póstumo tuve el honor de coordinar un libro que queda como pequeño recuerdo de un hombre grande. La vida sigue y aquí estamos años después celebrando el XXV aniversario del Instituto. Gracias por permitirnos formar parte de la comunidad «imperfecta» de la paz y gracias por habernos ayudado a crecer junto a vosotros.

Se ha hecho mucho y es un orgullo como andaluces ver ahora vuestra labor de estos años, pero queda mucho por recorrer. La paz, el amor, la solidaridad, el respeto... son valores eternos y eternamente necesitan ser fortalecidos, porque el mundo siempre necesitará de dichos valores para no perderse del todo entre la violencia que desde multitud de espacios continúa acechando. Hoy más que nunca el discurso del odio, la xenofobia, la intolerancia, el autoritarismo, la mentira, el populismo se abren paso en nuestras sociedades en crisis. Por ello, el rigor académico, el compromiso docente y la entrega a la ciudadanía, estoy seguro de que seguirán siendo el referente de una institución que, como la vida misma, está compuesta de seres humanos que deben reconstruir cada día esos mismos valores a nivel individual y colectivo. El ejemplo de vuestro trabajo nos ha servido y debe seguir siendo guía para todos nosotros.

IPAZ, 25 años de reflexión y empoderamiento pacifista

PAMELA URRUTIA ARESTIZÁBAL

Investigadora de la Escola de Cultura de Pau (ECP)
Universidad Autónoma de Barcelona (UAB)

Las efemérides suelen ser una oportunidad para la genealogía. En este caso, los 25 años de trayectoria que celebra el Instituto de la Paz y los Conflictos (IPAZ) de la Universidad de Granada invitan a hacer memoria de los lazos construidos hace más de dos décadas en torno a una vocación común. El último día de mayo de 1997, el entonces director de IPAZ, Francisco Muñoz, y Vicenç Fisas, titular de la Cátedra Unesco sobre Paz y Derechos Humanos de Barcelona — cátedra de la cual germinaría la Escola de Cultura de Pau (ECP) de la Universidad Autónoma de Barcelona, dos años después — sumaron sus rúbricas a las de otras quince personas comprometidas en la creación de un nuevo espacio de diálogo e intercambio por la paz. Nació entonces la Asociación Española de Investigación para la Paz, AIPAZ, un foro que ha devenido en el principal espacio de comunicación y reflexión conjunta entre centros y entidades dedicadas a la investigación para la paz en España. Una red que hemos abrazado no solo desde el intelecto y las discusiones teóricas y prácticas en torno al trabajo por la paz, sino también — y sobre todo — desde los afectos, los cuidados y el buen hacer.

AIPAZ ha ofrecido un espacio de crecimiento a través de la puesta en común de saberes, aprendizajes, experiencias y metodologías. También ha puesto de manifiesto la convergencia de intereses y sensibilidades en nuestras trayectorias, que en el caso del Instituto de la Paz y los Conflictos y la Escola de Cultura de Pau coinciden — entre otros temas — en la atención y preocupación especial por Colombia y en la centralidad de la educación para la paz, con ofertas formativas que ya cuentan con un largo recorrido: el Máster Interuniversitario en Cultura de Paz, Conflictos, Educación y Derechos Humanos de IPAZ y el Postgrado en Cultura de Paz, en el caso de la Escola de Cultura de Pau.

Durante muchos años conocimos la labor de IPAZ, sus propuestas e inquietudes de la mano de Paco Muñoz. Su voz nos aproximó al concepto de paz imperfecta, devenido en paces imperfectas y erigido hoy en día como un marco epistemológico de referencia. También bebimos de sus reflexiones — muchas veces en diálogo con la investigadora, y amiga, Irene Comins, y con otro de los referentes de AIPAZ, Vicent Martínez Guzmán — sobre la importancia de la filosofía en las praxis para la paz y sobre la relevancia crucial de asumir una perspectiva «pazológica» que reivindique y ponga en el centro las capacidades de las personas para la convivencia pacífica y el abordaje de los conflictos de manera no violenta. Nos hemos hecho eco, y coincidimos también, en la interpelación a un urgente y necesario empoderamiento pacifista, que Paco reivindicaba con pasión.

La partida abrupta de Francisco Muñoz nos conmovió profundamente, como a tantísimas otras personas y entidades en la órbita del trabajo por la paz. En lo personal, no coincidimos en muchas ocasiones, pero los escasos encuentros bastaron para perfilar al hombre más allá del académico; al Paco imponente en altura, calidez y jovialidad. En algunas líneas del home-

naje que le hicimos en el encuentro de AIPAZ en Jerez, en noviembre de 2016, rescataba unas palabras de su gran amiga Ana Barrero, hoy presidenta de AIPAZ, quien citando a Cora Weiss decía que «uno tiene la edad de su causa, y la paz es siempre joven». Y la causa de Paco era la paz. Poco antes de su muerte una de sus preocupaciones era el conflicto Cataluña-España y al alero de esa inquietud compartimos un último encuentro de AIPAZ. Conservo con cariño la fotografía de grupo que nos hicimos entonces en las escalinatas del Ateneo de Madrid.

El Mediterráneo era — y sigue siendo — otro de los espacios de interés compartido en los que hace falta reconocer las aportaciones de Francisco Muñoz y del Instituto de la Paz y los Conflictos. Desde finales de los 90, Paco y otras voces de IPAZ — María José Cano, Beatriz Molina, Carmelo Pérez, entre otras — vienen reflexionando sobre el Mediterráneo como un espacio de intercambio, cooperación y solidaridad, subrayando la confluencia de culturas, los modelos de convivencia pacífica y los ejemplos de regulación cotidiana de conflictos que se antojan imprescindibles para perfilar y comprender una paz silenciosa y silenciada. Un empeño que ha formado parte de una línea de investigación de IPAZ y se ha plasmado en varios títulos de la colección Eirene — publicación de referencia en el ámbito de los estudios de paz y conflictos. Estas miradas parecen aún más necesarias ahora, ante el perfil de un Mediterráneo desgarrado por conflictos violentos, desigualdades crecientes, barreras, muros e inacción institucional ante las dramáticas realidades de poblaciones migrantes y refugiadas

En los últimos años ha sido Juan Manuel Jiménez quien ha traído la palabra de IPAZ al foro de AIPAZ. Reivindicando el legado de Paco Muñoz, Juanma ha dado continuidad a la reflexión teórica conjunta — la prueba más fehaciente es, quizás, la conclusión del libro *Ordo Amoris. El poder del amor en la construcción de paz* — y ha impregnado múltiples espacios de diálogo y debate con su calidez, intensidad y alegría. Desde su especialidad, la prehistoria, Juan Manuel Jiménez nos ha acercado a conceptos como la Pax homínida, y, con su relato apasionado, nos ha contagiado el entusiasmo por los comportamientos altruistas y cooperativos que, desde nuestros primeros tiempos de los seres humanos, han sido cruciales para la adaptación al medio y para su evolución. Juan Manuel Jiménez también se ha encargado de recordarnos la importancia de la agencia, de las capacidades humanas para actuar en concierto y construir redes y de las reflexiones que conectan paz y poder. Aproximaciones, análisis y relatos que transitan por la senda construida conjuntamente durante 25 años por el Instituto de la Paz y los Conflictos, poniendo en el centro — siempre — el potencial humano para la paz y el empoderamiento pacifista.

En nombre de todo el equipo de la Escola de Cultura de Pau, ¡felicidades! ¡Por muchos años más, amigas y amigos de Granada!

El IPAZ: Un centro de aprendizaje de la no violencia

ÓSCAR USECHE ALDANA

Doctor en Paz, Conflictos y Democracia. Universidad de Granada

Director del Instituto de No Violencia y Acción Ciudadana por la Paz (INNOVAPAZ). Universidad Minuto de Dios (Bogotá, Colombia)

La primera pregunta que me hago al actualizar mi memoria de vinculación con el Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada, es ¿en que momento me hice pacifista? Porque, el camino que me llevó a Granada en el año 2004 estaba lleno de búsquedas y de un gran entusiasmo por encontrar espacios de diálogo con otras experiencias y saberes tan urgentes para una sociedad como la colombiana que iniciaba su tránsito para intentar salir de una guerra larvada y, como todas las guerras, atroz.

Comenzando el siglo XXI, Colombia se estaba convirtiendo en una especie de laboratorio para conocer la entraña de conflictos internos de larga duración. En nuestro país confluyeron estudiosos y activistas de varias partes del mundo, especialmente provenientes de los territorios hispanohablantes: líderes guerrilleros del Salvador que habían hecho parte de las negociaciones y acuerdos de paz en su país; expertos de Costa Rica, Argentina y Chile; pero también profesores de universidades de Europa y Estados Unidos. En fin, se creó un clima intelectual y político favorable para discutir a profundidad lo que estaba implicado en la paz de Colombia. Los investigadores del Instituto de Paz y Conflictos comenzaron a participar de foros, seminarios e intercambios en Bogotá, Medellín, Pamplona y otras ciudades. Así conocí a Mario López Martínez, a Francisco Muñoz y a Paco Jiménez.

Ya para entonces la lucha por la paz en Colombia tenía una larga trayectoria, agitando la bandera de una salida política al conflicto armado y abriendo puertas a las negociaciones con varios grupos guerrilleros y la esperanza de un cese de hostilidades estable y de un espacio político para la reconstrucción del país. Su principal éxito había sido el acuerdo con guerrillas como la del M-19 que desembocaron en la Constitución de 1991. Pero el monstruo de la guerra es persistente y cuando uno despertaba «el dinosaurio todavía estaba allí», como dice el relato de Augusto Monterroso.

Fue en esas épocas de energías intensas, que se abrieron decenas de procesos de paz en los territorios que eran azotados por el fuego de tantos fusiles, provenientes de actores insurgentes y paramilitares y de unas fuerzas armadas empantanadas en una guerra sucia como la que más. Entonces me hice pacifista, como parte de una decisión personal que me implicaba muchos cambios y reflexiones éticas y políticas y con el compromiso de acompañar a las organizaciones sociales y a los círculos académicos e intelectuales de los que hacía parte, que también habían emprendido esa ruta.

Las poblaciones campesinas e indígenas fueron creando espacios de resistencia pacífica a la guerra. En las ciudades, el clamor por buscar una salida negociada al conflicto armado, fueron dando a luz un robusto movimiento pacifista. Había que conseguir que esas voces pudieran

influir en los asuntos públicos. Para eso se creó la Red de Iniciativas Ciudadanas por la paz REDEPAZ y desde allí impulsamos el encuentro de esas fuerzas y de acciones como el Mandato Ciudadano por la Paz que en 1997 consiguió 10 millones de votos.

En ese contexto, entrañables amigos y artesanos de paz como Carlos Eduardo Martínez y Vera Grabe ya habían hecho contacto con el Instituto y me invitaron a interesarme por el Doctorado en Paz, conflictos y democracia. El profesor Mario López me suministró toda la información e hizo posible que en el 2004 iniciara los cursos en el doctorado. De esta reflexión y de las experiencias de resistencia social en Colombia surgió el fermento para mi investigación doctoral. Eso permitió que mi encuentro con el IPAZ-UGR potenciara las búsquedas en la que ya venía empeñado. Me aportó su saber especializado de tantos años de sistematización y apoyo a los movimientos ciudadanos que abren las puertas a cambios pacíficos profundamente revolucionarios.

Situaciones afortunadas, como que el profesor Mario López Martínez pudiera trasladarse por varios meses a Colombia a desarrollar su trabajo de investigación y asesoría a los procesos de paz, me permitieron trabajar conjuntamente con él en escenarios académicos como la Escuela de paz y desarrollo y el Centro de investigaciones humanas y sociales (CEIHS) de la Universidad Minuto de Dios. De la mano, vendría la feliz experiencia del impulso al Movimiento Ciudadano por la Noviolencia que, por más de 10 años, concertó los esfuerzos de grupos de activistas no violentos de todo el país. También dimos inicio al Diplomado en paz y no violencia que aún hoy concita la participación de jóvenes que desean sumarse al torrente de cambios pacíficos que reclama la sociedad colombiana.

En las aulas del Instituto y en los bares, teterías y plazas de Granada pude discutir con compañeros sirios, saharauis, marroquíes, mexicanos, españoles, ingleses y colombianos acerca del significado de la no violencia, del papel del anarquismo que algunos profesaban y de las particulares condiciones de los conflictos en países tan diversos. Además, placeres intelectuales refinados como tomar un vino y conversar largamente después de las sesiones de clase con profesores como Joaquín Herrera Flórez con su renovado enfoque de los derechos humanos, o con Paco Muñoz sobre la perspectiva de la paz imperfecta (ambos lamentablemente fallecidos a temprana edad), o conocer a Javier Rodríguez Alcázar con su vasto conocimiento sobre la técnica y la guerra (al tiempo que cultiva su pluma exquisita con la novela y la poesía,) así como establecer los primeros intercambios académicos con los jóvenes investigadores del Instituto, como José Ángel Ruíz y Diego Checa, con quien nos reencontraríamos en Granada y Colombia en varias ocasiones.

La biblioteca del IPAZ me permitió entrar en contacto, por primera vez de manera sistemática, con los textos de Gandhi, autor de una talla enorme, pero precariamente conocido en las filas del pacifismo creciente en Colombia. Su inmensa obra y su experimentación por décadas alrededor de un programa constructivo para la India, así como sus principios de la satyagraha y de la resistencia no violenta, su biografía en la *Historia de mis experiencias con la verdad* me conmovieron e inspiraron para entender las conexiones de su gesta con la construcción de un campo de posibilidades para la resistencia social no violenta, tal como lo plasmé en mi tesis doctoral.

También pude acercarme a pensadores como Thoreau, Tolstoi o Ruskin; Pontara, o Sharp, y ponerlos en un diálogo crítico con autores post estructurales, del pensamiento complejo o de la filosofía feminista. Desde esa mirada establecí el vínculo con personas muy importantes para la no violencia en México como Pietro Ameglio y con ecologistas chilenos como Antonio Elizalde quienes, junto a Mario López, se constituyeron en referentes de largo aliento en nuestras propuestas académicas y políticas en Colombia.

El aprendizaje de las resistencias sociales no violentas, en medio de nuestra guerra sin fin, y la posibilidad de constituir un pensamiento pacifista que oriente las necesarias transforma-

ciones en Colombia, aspecto este en el que jugó un papel tan decisivo en mi caso el Instituto de paz y conflictos de Granada, me han proporcionado elementos para participar en las discusiones acerca del concepto y el sentido de las revoluciones o cambios radicales que emergen en nuestros países. Es lo que nos propuso Vera Grabe cuando entregó su libro *La paz como revolución* producto de su tesis doctoral.

Esta no es una cuestión de menor importancia en escenarios como el latinoamericano que fue fértil en movimientos revolucionarios en el siglo XX y que no hicieron una crítica profunda a su vínculo con la lucha armada. Examinar con nuevos lentes el significado de los cambios revolucionarios, escuchando atentamente a los resistentes de hoy, me ha permitido revalorar mi propia experiencia y trayectoria personal. He mirado con otros ojos los convulsionados años setentas del siglo pasado en una América Latina que se desangraba, con sus venas abiertas y su cuerpo social destrozado, agobiada por las dictaduras y las políticas neocoloniales dominantes.

Recordaba en mi tesis doctoral que muchos jóvenes de mi generación hicieron una apuesta por la revolución. «El socialismo se presentaba como la única alternativa honrada y posible ante tanta iniquidad. Sin embargo es curioso que durante muchos años pudiese predominar una concepción simplista e ingenua, de esas que pueden consignarse en un manual, acerca de cómo hacer una insurrección». La revolución, dije, era algo así como una gran batalla de miles de desposeídos que se decidían a seguir los pasos de una vanguardia — un partido, un ejército — bien preparada y estructurada, dispuestos a derribar del poder a un régimen injusto e ilegítimo.

Para gente tan joven, dispuesta a dar la vida por un mundo nuevo, eran muy atractivos los fuegos artificiales y los grandes estruendos de revoluciones lejanas. Lo que vine a aprender después de los luchadores por la verdad y la vida, era la importancia de retornar a las raíces ancestrales para traer la memoria indígena, invocar la fuerza de la rebelión de los esclavos negros, sumergirse en el mundo campesino, pero también restablecer los vínculos entre los pueblos latinoamericanos, sin dejar de ser tocados por los vientos juveniles de Mayo del 68 francés o de las revueltas estudiantiles en los Estados Unidos, o por las lecciones creativas del zapatismo, o el movimiento 15-M en territorio español, o las primaveras árabes del 2011.

Todo eso lo traje de Granada, junto con el prodigio de la amistad y los afectos, y la maleta de más preguntas, que han servido para constituir el Instituto de Noviolencia y Acción Ciudadana por la Paz (INNOVAPAZ) desde donde espero continuar el intercambio con los investigadores e investigadoras del Instituto de la Paz y los Conflictos.



Una mirada al interior



La intervención socioeducativa en la construcción de la cultura de paz

FANNY T. AÑAÑOS BEDRIÑANA

Miembro del Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos
Subdirectora del IPAZ-UGR (2017-2021)
Profesora Titular del Departamento de Pedagogía, Universidad de Granada

La vinculación formal en el Instituto de la Paz y los Conflictos (IPAZ) se inicia en el 2009, si bien a nivel profesional, investigador y personal las cuestiones en torno a los conflictos y la intervención socioeducativa han sido una constante vital, al igual que el contacto personal y académico con diversos investigadores/as del IPAZ. Desde el 2017 ha sido un gran honor poder ser parte de equipo directivo como subdirectora, gracias a la confianza de Juan Manuel Jiménez Arenas y, en 2019 he sido elegida como coordinadora del Máster Interuniversitario en Cultura de Paz, Conflictos, Educación y Derechos Humanos.

El periodo dentro del IPAZ ha significado un tiempo y espacio de crecimiento y enriquecimiento profesional y personal, en las que la perspectiva de los conflictos, de la educación y cultura para la paz y los derechos humanos han contribuido de manera decisiva en las líneas de investigación seguidas, en la docencia y en los proyectos de acción llevados a cabo. Las líneas se centran en la Pedagogía y la Educación Social y sus diferentes campos, destacando: Educación para la Salud: adicciones/drogodependencias; Medio penitenciario; Prevención delictiva; Comunidad educativa e inclusión social; Menores en riesgo-desamparo; Población vulnerable-riesgo-conflicto; Educación multicultural; Educación para la Igualdad de Género; Cultura de jóvenes; Cultura y Educación para la Paz; Intervención Socioeducativa; Análisis de la realidad, diseño y evaluación de programas/proyectos de acción y; otros relacionados.

En este marco, en los últimos años he desarrollado proyectos de investigación gestionados por el IPAZ, de los que cabe destacar dos proyectos I+D+i sobre el entorno penitenciario y con mujeres encaminados a analizar las múltiples variables influyentes en el proceso de reclusión, la intervención socioeducativa en prisión y los procesos de reinserción social (Ref.EDU2009-13408; periodo 2010-2014 y EDU2016-79322-R; periodo 2016-2020), los que he tenido el privilegio de dirigir. Actualmente, coordino en la sede española el proyecto europeo *Transforming Migration by Arts* (H2020-MSCA-RISE-2020; Ref. 101007587; periodo 2021-2024), orientada a estudiar los procesos migratorio en distintos países y los procesos de intervención e inclusión social.

A fin de contextualizar el enfoque del presente trabajo, considero pertinente hacer una aproximación sobre lo que se entiende por intervención socioeducativa para la construcción de la paz.

En los procesos de convivencia e interacción social surgen numerosas y poliédricas relaciones, estructuras, redes y marcos contextuales no exentos de polémicas, conflictos, violencias, dificultades, problemas, riesgos, exclusiones, etc. Sin embargo, en paralelo, existen perspectivas y mecanismos que se encaminan hacia la construcción de la convivencia social armónica

mediante procesos formativos; mecanismos que buscan la justicia social, la gestión, resolución y transformación de la violencia y los conflictos, el fomento de factores de protección para las personas—especialmente aquellas en condición de vulnerabilidad—, etc.

Concretamente, desde vertientes educativas, los fundamentos epistemológicos y metodológicos de la intervención socioeducativa emergen desde la Pedagogía Social como disciplina y de la Educación Social en su dimensión práctica y profesional, en uno de sus campos de acción complejos, la Educación para la Paz.

Hablar de una Educación para la Paz es afrontar las distintas situaciones y realidades históricas, políticas, sociales, económicas, etc., con frecuencia mediatizadas por la violencia y distintos conflictos, en el que se halla cada contexto. Sin duda, se orienta a definir unas bases que nos permitan identificar y analizar realidades actuales y venideras, a fin de plantear mecanismos de intervención para mejorar las cuestiones encontradas, como puede ser distintas formas de convivencia conducentes a deconstruir, construir o reconstruir sociedades más justas, basadas en los derechos humanos, a lo largo de toda la vida, tanto en el marco escolar como fuera, en el que todos/as tengan cabida. La necesidad de actuar socioeducativamente, tiene como propósito el generar espacios, momentos, situaciones y/o hechos para la concienciación e interiorización de procesos de cambio y gestión de aquello que sea objeto de mejora, de superación y de desarrollo integral, con el propósito de construir una «cultura de paz» integradora e inclusiva.

En todo este marco, no podemos obviar la presencia de perspectivas e intereses históricos, políticos, ideológicos, económicos, sociales, etc., además de un panorama donde la violencia estructural, y con frecuencia, con otros tipos de violencias (directa—verbal, psicológica y física—y cultural-simbólica, definidas por Galtung), representan un gran reto para la Investigación para la Paz y para los procesos socioeducativos, al interferir o interactuar todos estos factores simultáneamente, incluso llegan a legitimar y promover «umbral de la tolerancia» hacia ellas, y a veces son parte de las injusticias que genera todo el sistema.

Una paz vista desde la educación e investigación para paz, entre otras, según Francisco Muñoz, que se construye permanentemente; que está inacabada; que es cotidiana, ubicua, responsabilidad de todas las entidades humanas; una paz que insta a trascender los muros de las universidades; que se disemina, se predica y ocupa progresivamente un mayor espacio personal, público y político.

Su importancia la convierte en una cuestión de prioridad educativa y social, además de otras dimensiones o campos que deben ser analizadas. Así mismo, deben ser entendidos los contextos de los distintos grupos, desarrollar planteamientos críticos y enfoques metodológicos, establecer compromisos y desarrollar acciones viables y coherentes con la enorme diversidad que tenemos.

Hoy, por ejemplo, en el campo educativo y académico, aún hay resistencias o enfoques de trabajo ideales o teóricamente bien planteados, pero que en la práctica no responden a los objetivos pretendidos. Por ello, se hace necesario consolidar fundamentos no sólo teóricos sino en las prácticas y en evidencias científicas, con miradas interdisciplinares e integrales. En ese sentido, en opinión de Galtung, todavía se aprecian las consecuencias de ese tímido acogimiento de la Academia al tema, es decir, un fuerte movimiento de investigación y de activismo, pero débil en educación, que por lo general falla a la hora de introducirse en escuelas y universidades. En resumen, a pesar de los intentos, la educación para la paz probablemente no se ha desarrollado significativamente durante las últimas décadas, particularmente en contraste con los considerables avances de la investigación y el activismo.

Educación para la paz y construir una cultura para la paz significa poner en marcha cuestiones y problemáticas complejas con un enfoque crítico, profundo y serio de la actualidad que compartimos y de la época histórica que nos ha tocado vivir, adquiriendo diversos significados en

cada contexto y ampliándose del ámbito escolar para situarse en la familia, el barrio, el grupo de iguales, el trabajo, etc. y, en los diversos procesos de socialización.

Así, la Educación para la Paz, se erige en una necesidad inaplazable, con miras a generar bienestar y a mejorar la calidad de vida de las personas y la sociedad, teniendo como base el respeto a los derechos humanos y la dignidad, en la que la intervención socioeducativa se convierte en una potente herramienta de transformación social y educativa, en este caso, para la inclusión y construcción de una cultura de paz.

Para finalizar no quiero cerrar estas líneas sin antes agradecer a todos/as los/as compañeros/as que han surgido y fortalecido en el IPAZ, muchos de ellos/as amigos/as personales, algunos/as incluso me han acompañado en los tránsitos de la gestión. En especial quiero agradecer a Juan Manuel Jiménez, Carmen Egea, José Javier Martín, Tania García, María José Cano, Beatriz Molina, Sebastián Sánchez, Inmaculada Marrero, Elena Diez, Puri Ubric, María José Hornos, y, en general a todos/as los miembros y colaboradores/as del IPAZ que forman parte de este grupo diverso y complejo, pero, a la vez, siendo estas características su mayor riqueza.



La trascendencia del Derecho Humano a la Paz en los tratados internacionales sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas

KAREN G. AÑAÑOS BEDRIÑANA

Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos, Universidad de Granada

Mis primeras palabras al escribir esta contribución son de reconocimiento y gratitud, y van dirigidas al personal del Instituto universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada (IPAZ), que trabaja arduamente para hacer del Instituto un referente a nivel nacional e internacional, hecho que se refleja con la celebración de estos 25 años desde su creación. Desde mi incorporación en julio de 2017, el Instituto ha calado en mi vida y me ha permitido proyectarme a nivel académico, investigador y profesional, particularmente, en el análisis de los derechos humanos (vulneración de derechos en poblaciones frágiles: pueblos indígenas, mujeres, menores, afrodescendientes, prisioneras, refugiados), los conflictos (territoriales, socioambientales e internacionales) y la cultura de paz. Todas estas áreas de estudio están muy vinculadas a las líneas temáticas del IPAZ.

El IPAZ facilita e impulsa a que jóvenes investigadores como mi persona, que nos vemos inmersos en un ambiente tan multidisciplinar de profesionales e intercultural por la diversidad de estudiantes, principalmente de la región Latinoamericana, a exigirnos al límite en los trabajos que tutorizamos. Para ello, el Instituto nos permite promover la investigación con la contribución de trabajos a la prestigiosa Revista de Paz y Conflictos. Pero también hace posible publicar Libros en la Colección Eirene de la Editorial de la Universidad de Granada, entre otros instrumentos, con el propósito de profundizar en una investigación de excelencia, que contribuya a una cultura de paz, tan necesaria para las sociedades.

Empero, no olvidemos que las personas pasan, pero las instituciones quedan. En este contexto, es deseable que el IPAZ perdure por muchos años más, porque la labor que realiza es muy valiosa, ya que contribuye en la formación de estudiantes, futuros líderes y lideresas, investigadores e investigadoras y marca un antes y un después en sus trayectorias académicas y profesionales, tras su paso por el Máster Interuniversitario en Cultura de Paz, Conflictos, Educación y Derechos Humanos.

Por último, quiero agradecer de forma personal a Juan Manuel Jiménez Arenas, Carmen Egea Jiménez y María José Hornos Ardoy. Asimismo, mencionar a Fanny Añaños Bedriñana, por su calidad humana y por tratar siempre de ayudar a que las cosas sean mejor, a pesar de los obstáculos que la propia labor conlleva.

A continuación, presento sintéticamente el siguiente trabajo como reflejo de la importancia que tiene la configuración jurídica del Derecho a la Paz, no sólo en el ordenamiento internacional mediante tratados u otros instrumentos, sino también en su reconocimiento en el ordenamiento estatal, a través de la constitución. De acuerdo a Hans Kelsen y su pirámide jurídica, se ubica en el estamento más alto de la escala, cuyos lineamientos (valores, principios y

derechos) permiten la construcción y la consolidación de sociedades democráticas, sociales, un estado de Derecho Constitucional, colaborando en el fortalecimiento de relaciones pacíficas y de cooperación entre los pueblos del mundo.

En última instancia, se aspira alcanzar la justicia social, el reconocimiento de la diversidad, el respeto por la naturaleza «madre tierra-Pachamama», la protección de los derechos de todas las personas que pertenecen a esa sociedad, respetando su diversidad cultural y su cosmovisión indígena, sin ningún tipo de discriminación, ni desigualdad. En particular, la inclusión en las constituciones latinoamericanas de la filosofía del Buen Vivir-Vivir Bien/*Sumak Kawsay-Suma Qamaña* de los pueblos indígenas es relativamente escasa, principalmente, está recogido en las constituciones de Bolivia y Ecuador, que se consideran sociedades colectivas, pacifistas y de Paz (art. 10 de la Constitución Boliviana).

En primer lugar, los planteamientos del Buen Vivir o Vivir Bien, que recogen el derecho a la Paz como un derecho humano, en la actualidad, están reconocidos internacionalmente en diferentes instrumentos como el Convenio sobre poblaciones indígenas y tribales (1957), núm. 107 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT); y en el Convenio sobre pueblos indígenas y tribales (1989), núm. 169 (Convenio 169) de la OIT. Este último de cumplimiento obligatorio para todos los Estados que lo hayan ratificado.

Se trata de convenios internacionales que, en relación con la paz, no lo abordan de manera directa. No obstante, el Convenio 169 contempla el procedimiento de solución de conflictos. Por un lado, cuando haya problema en la aplicación del principio que tienen todos los pueblos indígenas al derecho de conservar sus costumbres o su derecho consuetudinario, siempre y cuando no sean discordantes con los derechos fundamentales, que van a estar concretados por el derecho nacional, ni tampoco con derechos humanos que, a nivel internacional, están reconocidos (art. 8). Y, por otro, en el marco del derecho a la propiedad y de posesión sobre las tierras, que tradicionalmente ocupan los pueblos indígenas (art. 14).

Tras los convenios de la OIT, los derechos de los históricamente olvidados pueblos indígenas y tribales dio lugar al desarrollo de la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas (2007), con el propósito de que exista un estándar mínimo de protección de estas poblaciones tan frágiles. En la Declaración de la ONU, se plasma de forma expresa el derecho a la paz en su artículo 30, y lo entiende como la prohibición del desarrollo de acciones militares en territorios indígenas, salvo que exista una razón pública, que justifique la intervención, o que se haya llegado a un acuerdo libre con los pueblos indígenas, o que estos últimos lo hayan solicitado. En cualquier situación, el Estado, antes de utilizar las tierras o territorios, deberá consultar a los pueblos indígenas, empleando los medios y procedimientos adecuados antes de su uso militar. En ese sentido, la Declaración reconoce el derecho a la consulta de los pueblos indígenas.

Y, en segundo lugar, a nivel regional, en América o en lengua Kuna conocido como *Abya Yala*, se promulgó, por consenso, el primer instrumento de la región como es la Declaración Americana sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas (2016). Esta Declaración de la Organización de los Estados Americanos (OEA) reconoce y desarrolla de forma detallada y abundante, tanto en el Preámbulo como en el artículo XXX, lo relativo al derecho a la paz.

En el Preámbulo, concretamente, recoge que sólo el reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas permite fomentar uniones armoniosas con los Estados, inspirados en la justicia, la democracia, los derechos humanos, la no discriminación y la buena fe. Así, sumados estos factores facultan la convivencia en armonía, esto es, la concreción del derecho a la paz. Igualmente, la Declaración contiene una disposición detallada en el artículo XXX, bajo el título Derecho a la paz, a la seguridad y a la protección, que contiene cinco apartados. Se reconoce el derecho a la paz y a la seguridad de las poblaciones indígenas, cuyo sujeto de protección son los pueblos indígenas.

La Declaración recurre a otros instrumentos internacionales y del derecho internacional humanitario, a fin de que los Estados tomen medidas adecuadas para proteger los Derechos Humanos, instituciones, tierras, territorios y recursos de los pueblos indígenas y sus comunidades. Además, se pretende proteger a los grupos más vulnerables como mujeres, niños y niñas y adolescentes, víctimas directas de los conflictos (trata o esclavitud sexual), siendo una labor del Estado tomar medidas específicas y efectivas para su protección, reparación y garantía.

En este escenario, el último informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), sobre la situación de los pueblos indígenas de la Amazonía, refiere que los pueblos indígenas tienen derecho a ser protegidos en el desplazamiento forzado generado por la violencia, como sucede en el conflicto armado.

Finalmente, indicar que el derecho a la paz y la seguridad internacional son elementos fundamentales para la construcción del derecho al desarrollo. Derecho a la paz y derecho al desarrollo, próximos al Vivir Bien andino, que tienen un vínculo inescindible en torno a la armonía individual y colectiva de los indígenas y sus pueblos y, sobre todo, para promover escenarios de convivencia pacífica en los territorios.



La botella medio llena

M. JORGE BOLAÑOS CARMONA

Decano de la Facultad de Comunicación y Documentación (2015–2019)

Miembro del Instituto Universitario de la Paz y los Conflictos

Subdirector del IPAZ-UGR (2013–2015), Universidad de Granada

Debió ser algún día del año 1996 cuando comenzó mi relación con el Instituto de la Paz y los Conflictos (IPAZ-UGR). Iba charlando con mi amigo José Antonio Esquivel, antiguo compañero de estudios en la licenciatura en Matemáticas cuando, en las escaleras de acceso a la Facultad de Empresariales, nos encontramos con Paco Muñoz; nos contó que estaba impulsando, junto a otros compañeros, la creación de un instituto de investigación sobre la Paz. Yo había terminado mi labor en un cargo de gestión universitaria y me sentía extrañamente «libre» en dedicaciones. En su afán proselitista, Paco nos planteó con su habitual entusiasmo que colaboráramos en el proyecto, que, surgido en Letras, ya contaba con especialistas de diversas áreas y deseaba ampliar número y su ámbito. Ante tan estimulante idea, nos preguntamos de qué manera un par de matemáticos con orientación profesional a la Estadística podíamos investigar sobre la paz, y yo recordé que la Teoría de Juegos, una asignatura que cursé en la licenciatura, trataba sobre decisiones y estrategias, lo que conectaba con el concepto y análisis del conflicto; por ahí encontramos un enfoque adecuado a nuestra formación y así fue como Francisco Muñoz «captó» a dos inexpertos «conflictólogos» para el proyecto. Pueden imaginarse las caras de los compañeros, casi todos de formación humanística, en el primer seminario que dimos en la «sede» provisional del instituto, unos despachos cedidos por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, al recibir de nuestra parte un torrente de x , y , z , alfas y betas tratando de explicar la utilidad de técnicas lógico-matemáticas en el análisis de los conflictos. Afortunadamente, pronto encontramos José Antonio y yo claves potentes, pero más simples, y comprensibles incluso para los de «letras». Y siempre me ha sorprendido y seducido la forma en que estructuras lógico-matemáticas bastante simples explican tanto de la realidad de los conflictos.

Desde el principio, Paco y el grupo de «fundadores» del instituto nos dejaron clara la idea directora: el trabajo de los historiadores se había centrado en la descripción de la guerra y la violencia entre personas y grupos humanos y era necesario (y original) abordar el pasado y el presente desde la convivencia pacífica. En otras palabras, para investigar la paz convenía enfocar el trabajo académico desde la «botella medio llena» de los abundantes periodos de paz y progreso de las sociedades humanas, y estudiar su lógica y sus fundamentos; más que pensar desde la «historia de la violencia» deberíamos hacerlo desde la «historia de la vida pacífica». Curiosamente, esta idea encajaba perfectamente con la que había sido la línea teórica de mi tesis doctoral, los conjuntos y medidas «difusos» (*fuzzy*), que ahora se aplican en Inteligencia Artificial y que permiten ver el mundo «desde dentro y desde fuera a la vez», por decirlo de forma simple.

Los primeros años tras la creación oficial del instituto (aún no tenía las siglas IPAZ-UGR) fueron apasionantes, tanto en el sentido académico como en el humano; se pusieron las bases conceptuales y metodológicas, se impulsó la Colección Eirene de libros especializados y se consolidó un grupo humano en la amistad, la confianza y el entusiasmo. Sin duda, contar pronto

con una sede adecuada fue importante, pero la generosa dedicación, las horas interminables de trabajo y la fe en el proyecto lo fueron aún más. Nuestro instituto fue miembro destacado de asociaciones de Estudios de Paz como la AIPAZ en España y contribuyó decisivamente a la creación de la red andaluza RAIPAZ. Una circunstancia negativa, el no contar al principio con un programa propio de doctorado (lo que obligaba a los doctorandos a inscribirse en otros) nos permitió sin embargo trabajar sin tener apenas presión docente, tanto más cuanto que todos debíamos atender íntegramente nuestras obligaciones de enseñanza y en gran medida las de investigación en nuestros respectivos departamentos. Personalmente, incluso aunque no podía dedicar tanto tiempo como hubiera querido porque asumí en 1999 la secretaría de mi facultad, me sentí muy feliz en esa época, por tener la oportunidad de usar la biblioteca especializada y de aprender mucho sobre paz y conflictos con los compañeros y con los visitantes expertos en diversos ámbitos. Recuerdo con nostalgia las comidas en el restaurante popular Los Girasoles, donde nos llevaba Paco Muñoz a comer y donde montábamos auténticas tertulias sobre los acontecimientos del instituto y sobre lo divino y lo humano; servían también estas comidas para recibir de forma nada solemne a los visitantes externos y doctorandos, para integrarlos rápidamente y comunicarnos con sus ideas en un ambiente relajado.

En esa época de principios de siglo recuerdo la celebración en el 2000 del Año de la Paz, la organización por el instituto del importante Congreso de Educación para la Paz de 2002 y lo importantes que fueron para José Antonio Esquivel y para mí nuestras colaboraciones con el MADOC, centro de estudios del ejército español con sede en Granada: proyectos escritos, conferencias y cursos nos mostraron el interés de los oficiales por nuestras investigaciones y su excelente actitud. Quiero recordar especialmente a Benito Vinuesa, gran científico y gran persona, del que más tarde acabamos siendo codirectores de su segunda tesis.

En pocos años, aunque nos pareció una eternidad, conseguimos tener nuestro propio doctorado, lo que permitió sistematizar los cursos impartidos para la formación de doctorandos y visitantes (aún por encima de nuestras estrictas obligaciones docentes). Comenzó entonces una época de gran expansión de los contactos personales e institucionales internacionales, que podemos fechar más o menos hasta 2009, aunque sus frutos continuaron más tarde. Académicamente, debo subrayar la importancia que para mi trabajo tuvo el concepto de paz imperfecta, publicado en 2001, un nuevo avance natural en la idea de la «botella medio llena» que nos permite valorar la Paz como progreso de la convivencia y comprender el peligro de la paz como utopía perfecta.

En 2005, Beatriz Molina fue elegida directora del instituto, sucediendo a Mario López, y por su confianza tuve el honor de ser el secretario del mismo durante todo su mandato hasta 2013. Ello me obligó a dedicar más tiempo al Instituto y a aumentar y aprovechar su gran red de contactos.

Para mí fue especialmente intenso el periodo 2007–2012 en colaboraciones y viajes, y quiero destacar:

- La creación de la Maestría en Paz, Conflictos y Desarrollo en la Universidad de Pamplona (Colombia) me permitió viajar por primera vez en 2008 a un país que conocíamos bien por el gran número de estudiantes y de profesores que nos habían visitado en el instituto. Pero su realidad desbordó todas mis expectativas en la calidez y la alegría de vivir de su población, pese a la complejidad de sus problemas. También pude valorar «in situ» el prestigio de nuestro instituto en ese país. Volví en varias ocasiones a Cúcuta, Pamplona, Bogotá y Pereira para cursos, conferencias y preparación de proyectos en colaboración con la Asociación Colombiana de Universidades, la citada Unipamplona, la Universidad Simón Bolívar de Cúcuta o las UPCR y Politécnica de Pereira. Recordaré siempre con

gran cariño la acogida y comprensión en todas ellas y quiero personificar como ejemplo mi agradecimiento a todos en Carlos José Herrera Jaramillo por su hospitalidad, colaboración y amistad. Colombia se quedó para siempre en mi corazón haciendo inolvidable el slogan turístico de aquel entonces: «El único peligro es querer quedarse». Además de las labores docentes, quiero destacar la participación del instituto en el Seminario Internacional Conflictos, Paz y Desarrollo, celebrado en Cúcuta en 2008, con importantes ponentes colombianos y europeos, en el que tuvimos oportunidad de exponer nuestras ponencias en un ambiente de pluralidad y libertad de debate.

- La estancia en nuestro instituto de Tatyana Dronzina, catedrática de Ciencia Política de la Universidad de Sofía, propició un conjunto de colaboraciones que me permitieron visitar Bulgaria y Kazajstán en varias ocasiones entre 2008 y 2012. Estancias Erasmus me permitieron impartir seminarios y clases en la citada universidad, y conferencias en varias ciudades búlgaras, siempre en relación con temáticas de análisis y gestión de conflictos; conocer la sociedad y el ambiente universitario de un país del este europeo de pasado comunista, de profunda cultura eslava, con una minoría musulmana bien integrada y con gran voluntad europea me resultó muy interesante; comprendí además, que la cercanía afectiva para un español tiene mucho que ver con lo «sureño» de Bulgaria, con un carácter y forma de vida más «mediterránea» de lo que puede pensarse y su enorme hospitalidad. No olvidaré la oportunidad de asistir en Sofía a la primera reunión de la Alianza de Civilizaciones, en la que, de forma muy natural, el gobierno de Bulgaria ejercía de puente diplomático entre los de Turquía y España en 2008. Muy impactante fue para mí conocer Kazajstán, donde tuve oportunidad de asistir en 2008 a un congreso del que fue anfitriona la Universidad Nacional Euroasiática en la capital llamada entonces Astaná, ciudad norteña de impresionante arquitectura futurista, y de impartir en 2011 clases y cursillos en la sureña Actau, en la Caspian University. En ambientes físicos y sociales muy distintos, conocí a personas extremadamente hospitalarias, que han quedado para siempre en mi corazón por su sencillez, sinceridad y afecto. Nunca agradeceré lo suficiente a nuestra querida Tanya las oportunidades de abrir mi mente a las apasionantes realidades «del Este».

En ese periodo, el dato más destacado de la colaboración académica del IPAZ-UGR con la Universidad de Sofía fue la obtención del proyecto europeo *Studying and Preventing the Radicalization of Islam: What School Communities Can Do? Comparative Analysis of Cases of Bulgaria, Rumania, Spain, Marrocco 2007–2008*, de la Comisión Europea de Justicia, liderado por ambas universidades y dirigido por Beatriz Molina y Tatyana Dronzina, que permitió realizar una profunda investigación sobre estereotipos culturales en los escolares de los cuatro países, expuesta en congresos en las dos ciudades. Naturalmente con participación de compañeros de nuestro instituto en Melilla. Yo me sentí muy feliz de que muchos miembros del instituto pudieran conocer mi querida Bulgaria.

El elemento más importante desde 2009 para el IPAZ fue la aprobación del Master en Cultura de Paz, Conflictos, Educación y Derechos Humanos, interuniversitario con Málaga, Córdoba y Cádiz, que ha traído consigo ampliar la lista de excelentes colaboradores en la docencia y aumentar el conocimiento del IPAZ-UGR y nuestros objetivos en la sociedad andaluza. Personalmente, me siento honrado en haber participado también en los organizados por las universidades de Córdoba y Málaga.

Después, en 2013, M^a José Cano fue elegida directora del IPAZ-UGR y aún tuve oportunidad de colaborar como subdirector hasta 2015 (en medio de ese periodo lloramos a Paco).

De nuevo en 2015 responsabilidades de gestión universitaria que llevaron a disminuir mi dedicación al instituto hasta mi jubilación en 2019, ya durante el mandato de Juan Manuel Jiménez Arenas.

El reducido espacio de este texto en comparación con las horas trabajadas por mí en y para el instituto obliga a dejar en el tintero muchas experiencias de valor, como las magníficas oportunidades de impartir docencia en el Master de Mediación de la UGR durante años, por confianza de sus directores y coordinadores (debo citar con agradecimiento a los profesores Guillermo Orozco y Antonio Lozano) y de haber contribuido a los convenios del IPAZ-UGR con el citado máster y con el Centro de Mediación de la UCM dirigido por la profesora Leticia García Villaluenga. La mediación como método de gestión de conflictos alternativo a la confrontación ha sido sin duda mi más reciente «objeto de amor académico». Muchas gracias a los tres.

Salvo a quienes han ocupado la dirección, no he querido citar por su nombre a compañeros y compañeras del IPAZ-UGR de tanto tiempo por no olvidar a nadie, pero deseo expresar a todos y a todas mi gratitud y mi fortuna por haber podido vivir el instituto (no sólo se trabaja, se vive). Y también muy agradecido a los visitantes y colaboradores y al por todo lo que me enseñaron y su afecto inmerecido.

Pero no quiero dejar de mencionar a quienes perdimos, Alfredo Witschi y Joaquín Herrera Flores, a mi querido compañero de jubilación Pedro San Ginés y a mis doctorandos Bernardo Sánchez, Guadalupe Abrego, Héctor Vargas y José Ferrer.

Ha sido un honor, y me cambió la vida y la visión del mundo.

Un espacio de aprendizajes para la transformación de conflictos

DIEGO CHECA HIDALGO

Miembro del Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos
Profesor del Departamento de Historia Contemporánea, Universidad de Granada

El Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada ha sido, y sigue siendo, un lugar de encuentro y de aprendizajes. En mi caso, primero fue un hogar de acogida durante parte de mi etapa de formación predoctoral, después de terminar en la Universidad Complutense de Madrid. Aquí me reencontré con el profesor Mario López y juntos pergeñamos lo que a la postre se convertiría en mi tesis doctoral. Desde entonces, su presencia en mi vida académica y personal ha sido una constante que ha ejercido una profunda influencia en mi trayectoria vital.

Recuerdo las primeras aproximaciones a la Investigación para la Paz que me ofreció esta institución y que daban sentido a la Historia de la Paz que ya había ido conociendo durante los estudios en la licenciatura en Historia. Su interés por entender los conflictos, su preocupación por abordar las causas de las violencias y su esfuerzo por promover la paz me han acompañado a lo largo de mi trayectoria profesional desde entonces. También recuerdo la visita que realizamos a Barcelona para participar en el Forum Universal de las Culturas 2004 con la delegación de nuestra institución, en un viaje que expandió nuestros horizontes y forjó amistades con María Angélica Bueno, Alejandra Romero y Fernanda Ezeta.

Desde el Instituto siempre se apoyó la ahora llamada internacionalización y tuve la suerte de comenzar a aprender e investigar más allá de nuestras fronteras. Gracias al profesor Javier Rodríguez Alcázar pude participar en la Escuela de Invierno de Split y visitar por primera vez esos Balcanes que había estado investigando en los años previos. Luego llegaron México, Colombia, Bulgaria e Inglaterra para desarrollar el trabajo de campo de mi tesis doctoral y apuntalar su marco teórico, escenarios donde continué aprendiendo y tejiendo redes que después tendrían un enorme impacto en mi recorrido académico.

Aprendí lo que era la multidisciplinariedad en el Instituto y me fascinó encontrar a personas que trabajaban en el ámbito de la Investigación para la Paz desde disciplinas tan dispares como las Matemáticas, las filologías, las ingenierías, la Bioquímica, la Antropología, la Filosofía o la Educación para encontrar respuestas interdisciplinares a los desafíos que plantean la paz y la violencia. Por ello la historia se convirtió en una herramienta más a utilizar en mis intentos de comprender las problemáticas del mundo contemporáneo, lo que no siempre ha sido entendido por las personas evaluadoras de artículos y proyectos de investigación.

La investigación ha sido uno de los pilares del Instituto de la Paz y los Conflictos desde su fundación y, como no podía ser de otra manera, mi llegada a Granada en 2004 estuvo vinculada al proyecto de I+D de Cascos Blancos y a la beca de Formación de Personal Investigador que conseguí, gracias a lo que continué estudiando las intervenciones internacionales en situaciones conflicto aunque, desde ese momento, con una perspectiva diferente a la que antes había desarrollado, pues el foco se invertía, dejando de lado el protagonismo de los estados,

Detalle: **A solas contigo**
de José Manuel Peña

para centrarse en el papel de la sociedad civil y la capacidad de transformación de la acción noviolenta. A ese primer proyecto pronto se sumó uno de carácter europeo al que me arrastró la profesora Tanya Dronzina para investigar los procesos de radicalización del Islam en diferentes países de nuestro entorno y que dio como resultado interesantes debates que siguen de plena actualidad.

Otro de los pilares del Instituto han sido las actividades de docencia y formación que se han diseñado para contribuir a la formación de personas desde una perspectiva donde la investigación para la paz era la protagonista, y cuyos ejes fundamentales han sido el programa de doctorado y el máster de Cultura de Paz. Siempre agradeceré al profesor Paco Muñoz su invitación para formar parte del profesorado del máster puesto que supuso mi primera incursión en la docencia de posgrado en España y me permitió retornar a Granada las semanas que impartía clase mientras trabajaba como Marie Curie Research Fellow en Reino Unido y Palestina. No es poca la influencia que las actividades de formación y debate organizadas desde el Instituto han ejercido en nuestros aprendizajes. Los seminarios, charlas, conferencias, mesas redondas, presentaciones de libros, etc. han contribuido a ampliar nuestros conocimientos sobre cuestiones relevantes para nuestra sociedad en el tiempo presente y nos ha permitido conocer, de primera mano, investigaciones muy relevantes. En esta área, la labor del profesor Jesús Sánchez ha sido un referente para mí.

Le debo a este centro muchos de mis primeros aprendizajes sobre cuestiones relacionadas con la noviolencia y la resistencia civil, la transformación de conflictos, la violencia estructural y la paz positiva. Unos aprendizajes que se trasladaron desde el ámbito de lo teórico y conceptual hacia el conocimiento situado, y que cada vez fueron más conscientes de los cuerpos y territorios habitados por las personas y comunidades en las que se han centrado mis investigaciones. Siempre atravesado por el fuerte compromiso ético que me han inculcado desde la investigación para la Paz algunos de mis mentores en la institución. Un claro producto de esas influencias fue el manuscrito de mi tesis doctoral sobre brigadas internacionales de paz y la historia de las intervenciones noviolentas. Otro fue nuestro libro *Comprender Palestina-Israel: estudios pluridisciplinarios y decoloniales*, editado más recientemente en la Colección Eirene de la Editorial de la Universidad de Granada.

Desde el Instituto de la Paz y los Conflictos comencé a tejer redes de colaboración con instituciones y colegas en América Latina y Europa, como los profesores Carlos Eduardo Martínez Hincapié en Bogotá y Andrew Rigby y Alan Hunter en Coventry, que luego facilitaron la continuación de mi trabajo investigador en proyectos que me llevaron a Reino Unido, Palestina y Sudáfrica, y de nuevo a Colombia. Redes que se tejieron también dentro de nuestra universidad, y que me permitieron encontrar colegas y amigos con los que trabajar en múltiples departamentos y facultades de la Universidad de Granada, como el equipo de compañeros que colaboraba en la coordinación del Máster de Cooperación allá por 2008 y 2009, o la más reciente invitación para trabajar con los miembros de la Facultad de Comunicación en el proyecto PAgES con socios del ámbito mediterráneo.

Mi paso por esta institución me ha llevado a tener la confianza de los miembros de la misma para dirigir uno de sus buques insignia: la Revista de Paz y Conflictos. Ha sido todo un honor la confianza depositada en mi por parte de nuestros compañeros pero también ha supuesto una enorme responsabilidad y un constante desafío para lograr que la revista siga publicando resultados de investigación de calidad, con una perspectiva amplia, pero siempre sin perder de vista la agenda de la Investigación para la Paz.

Por último, creo que es relevante también valorar muy positivamente la apuesta realizada por la Universidad de Granada en los años noventa, para respaldar a ese profesorado y personal investigador que promovió la creación de un centro de investigación bastante novedoso en

España por aquellos tiempos, y que pretendía cuestionarse la realidad del mundo y sus problemas, desde perspectivas atrevidas, innovadoras y comprometidas. Aquello no solamente creó un referente para la Investigación para la Paz en España y en América Latina que sigue muy visible, sino que también acabó influyendo definitivamente en las vidas académicas, profesionales y personales de muchos de los que hoy formamos parte de la comunidad del Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada.



Primeros pasos del IPAZ en Mostar (Bosnia-Herzegovina)

CARMEN J. GARCÍA GARCÍA

Profesora Titular del Departamento de Medicina Legal, Toxicología y Antropología Física

Miembro del Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos, Universidad de Granada

Una carta de AUSI (Asociación Universitaria de Solidaridad Internacional) mitigaba la desazón de cada día por el desarrollo de un conflicto bélico ¡otra vez! en las entrañas de Europa: algo podíamos hacer las personas corrientes.

Yugoslavia había sido para los españoles destino asequible y amable de quienes deseaban asomarse a esa realidad de convivencia en la más cercana república socialista de la órbita soviética. A principios de los noventa, asistíamos atónitos y descreídos a la aparente incapacidad de la diplomacia internacional, para neutralizar la desestabilización en ese precioso país hasta el punto de no haber evitado o detenido una guerra de casi cuatro años ya.

En España como en muchos otros lugares, la sociedad civil se conmueve y actúa. Miembros de la Universidad de Granada—próximas las navidades del 1994—ya prestaban ayuda solidaria a víctimas de la guerra. Se preparaban estancias durante el verano de 1995 para menores de cualquier edad; muchos eran adolescentes y la mayoría desplazados, con terribles vivencias y periodos sin escolarización que truncaban sueños y aspiraciones. Mientras tanto, la contienda transmutaba bandos y alianzas, fijaba nuevas fronteras y se caminaba lentamente hacia la paz.

Tras los Acuerdos de Dayton para la promoción de la paz y la estabilidad en Bosnia Herzegovina, en noviembre del 1995, la asociación solidaria mantuvo su línea y también en 1996 organiza estancias infantiles y juveniles durante las vacaciones escolares: las redes de apoyo aún eran necesarias después de las hostilidades. Con Pilar Ocaña Soto al frente de la asociación, la mirada se pone en el futuro de jóvenes de Bosnia-Herzegovina a los que se acompaña en su acceso a estudios universitarios en Granada, a la vez que la UGR asumía sus matrículas, les concedía becas y algunas familias de nuestra comunidad los acogían en sus casas desinteresadamente. Queda por todo ello en nosotros un sentimiento de profunda gratitud y un sincero reconocimiento para tantas personas e instituciones—imposible relacionar en detalle aquí—, que auxiliaron con entusiasmo la acción sostenida desde sus inicios de AUSI y la UGR en el nuevo país.

Como universitarios, el foco durante esos años estaba en el proceso de convergencia en un Espacio Europeo de Educación Superior y lo que sería su desarrollo a partir de la Declaración de Bolonia de 1999. Estas circunstancias eran también horizonte para un planteamiento nuevo del sistema de enseñanza universitaria en Bosnia-Herzegovina. En Mostar, que proseguía de forma pausada la reconstrucción de su emblemático puente del siglo XVI, el río Neretva era línea divisoria en la ciudad, como también lo era entre las universidades surgidas por segregación de la plantilla preexistente antes de la guerra. Con una población algo por encima de 100.000 habitantes, la nominada ahora Universidad de Mostar (*Sveučilište u Mostaru*) ocupaba al oeste las instalaciones heredadas, mientras la *Universidad Džemal Bijedić* de Mostar—con el nombre originario—, adaptaba algunos espacios precarios en el este.

En ese marco se ideó una colaboración de la UGR con ambas universidades, enfocada a posibles proyectos conjuntos, y con objetivos de acercamiento, intercambio y normalización de la fracturada sociedad tras el enfrentamiento armado.

El organismo que acogiera en la UGR nuestra iniciativa, podía y debía ser el entonces muy joven Instituto Universitario para la Investigación de la Paz y los Conflictos (IPAZ), al que se nos invitó enseguida a incorporarnos en un amigable ambiente de bienvenida. El sostén que la iniciativa necesitaba se extendería más tarde a un conglomerado de personas, estamentos y cargos en la UGR: Rectorado, Secretaría General, Oficina de Relaciones Internacionales, vicerrectorados, decanatos, departamentos, personal y alumnado en general. Se comprendía la urgencia y la necesaria discreción para un primer encuentro tripartito en Mostar, sufragado con algunos fondos de AUSI e impulsado por la determinación de los primeros participantes, algunos ya pertenecíamos al IPAZ. El desarrollo de tales propósitos se hizo en sintonía con voluntarios universitarios, incluidos los becados originarios de Bosnia-Herzegovina que resultaban intérpretes imprescindibles de las lenguas y las actitudes.

Arropados por el IPAZ, donde nuestro recordado Paco Muñoz difundía su idea de una paz imperfecta, y plenos de ingenuidad, topamos de inmediato en el terreno con el impacto de la destrucción, las heridas aún abiertas, con el pesar de acciones inconfesables de colegas que podíamos haber sido cualquiera, y con el peso de rencores y deudas en apariencia imborrables. Aún así, se transitaba hacia un entorno de coexistencia tensa en el seno de las dos entidades en que se constituyó el nuevo país en 1994: la República Srpska y la Federación de Bosnia y Herzegovina. Le siguieron los primeros indicios de pacificación y reconstrucción gracias a la inversión mundial, la más importante, continuada y rápida de las conocidas.

A pesar de ello, las diferencias según el componente poblacional, étnico o geográfico en aquella sociedad diversa, se habían acentuado y las ciudades y pueblos las exhibían en las nuevas edificaciones, en las formas de comportarse, deambular, vestir incluso; también en la simbología religiosa e identitaria, para entonces cada vez más patente.

Las estrategias de mediación gestadas en el IPAZ proponían la convivencia, la integración y la distensión a partir de actividades necesariamente conjuntas, de aproximación, coparticipación y acciones formativas en temáticas de interés, llevadas a cabo en cualquiera de las universidades, lo que comportaba escenarios y grupos distintos a los ordinarios. La distancia con Granada no las favorecía puesto que se trataba de un proceso que demandaba continuidad y presencia, y que se enlentecía si se apostaba por la comunicación telemática o la resolución de cuestiones sencillas de forma individual. Era más eficaz trabajar en grupo, con representación variada de la organización universitaria y cierta constancia de sus componentes. Así se suscitaba una atmósfera de confianza y agilidad para resolver temas delicados, como el surgido tras la distinción de cuatro lenguas entre las variantes locales de la lengua eslava común—el serbocroata—de la antigua Yugoslavia: serbio, croata, macedonio y la propia de Bosnia Herzegovina.

El camino fue largo y la financiación escasa, así que se sucedieron conversaciones preparatorias y viajes en coche de miles de kilómetros que resultaban más convenientes, más económicos y muy productivos para el equipo, estando tanto tiempo juntos. Reconocemos acerca de todo esto la admirable, incansable y decidida actuación de Elvedin Edo Hanič—profesor de biología vegetal de la Universidad Džemal Bijedić antes y después de la guerra—, hasta contar con disponibilidad firme de las universidades de la ciudad de Mostar para trabajar juntos.

Después de aspirar sin resultado a las ayudas de convocatorias del CICODE-UGR para actividades de solidaridad internacional, el proyecto Mostar: una universidad a cada orilla del Neretva, fue rescatado y financiado parcialmente en 2001 por la Secretaría de Relaciones Internacionales, a instancias del Rector entonces y el compromiso estrecho de Manuel Díaz Carrillo. Esa cobertura permitió el desarrollo de una primera fase del proyecto con la estancia conjunta de representantes de las universidades de Mostar en Granada, objetivo que durante años parecía lejano y se materializaba finalmente en 2002 en un Memorandum de cooperación.

En 2003 se efectúa en Mostar la rúbrica solemne del Convenio Tripartito de Cooperación, como manifestación pública de una nueva relación entre sus universidades.

Tal confluencia desembocaría en una cascada de actuaciones sufragadas finalmente por ayudas europeas Tempus-SCM al proyecto *Just Mostar*, con Hilario Ramírez Rodrigo como coordinador de sus funciones y responsable principal del establecimiento de un centro interuniversitario de formación conjunta permanente: *International University Center of Mostar (IUC-MOSTAR)*. La sola presencia del centro y sus actividades continuas o periódicas, estamos seguros contribuyeron, como se esperaba, a reducir las tensiones, atenuar los desencuentros y trasladar nuevas esperanzas.

La ya consolidada línea de investigación del IPAZ sobre Bosnia-Herzegovina revirtió en el Máster Interuniversitario en Cultura de Paz, Conflictos, Educación y Derechos Humanos de la UGR desde el 2009. Su historia es desde el principio paralela a la del propio instituto y es José Ángel Ruiz Jiménez, quien hoy en día, con otra perspectiva y su saber experto, nos da las claves sobre un conflicto entonces nuevo.

Los que vivimos el comienzo de esta experiencia mediadora, de investigación después, docente, profundamente personal, entreveíamos la importancia del transcurso del tiempo para consolidar la paz. Un tiempo sin conflictos, es lo obvio. Pero nuestra esencia humana nos habla de que en la cura de ese mal terrible de la violencia bélica, se interponen los ritmos naturales, los ciclos, las diferencias, el pasado, los intereses parciales de tantos y las prisas en dejar atrás los efectos de acontecimientos troquelados en nuestro ser, indelebles muchos.

Por suerte los humanos también portamos maneras arraigadas que apaciguan y reconcilian: las que allí empleamos para sembrar la concordia. No sabremos discernir cuántos de nuestros propósitos y nuestras tareas, germinaron en un ansiado diálogo y un entendimiento entre comunidades. Es difícil valorarlo en un entorno tan complejo, pero en el recuerdo domina el orgullo por esta extraordinaria meta en común y el sentimiento de cordialidad, los fuertes vínculos y sinceros afectos que persisten todavía: este ha sido nuestro mayor reconocimiento.



Mi comienzo por el IPAZ

M^a JOSÉ HORNOS ARDOY

Miembro del Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos, Universidad de Granada

Llevaba ya bastantes años desarrollándome como Personal de Administración y Servicios, cuando en 2007 pasé a formar parte del IPAZ.

Con una experiencia acumulada en tecnicismos contables, plazos inflexibles, y administración pura y dura, no contaba con que aquí primaba el factor humano. Desde el primer momento me sentí integrada en un ambiente profesional muy diferente a los que había estado hasta el momento. Cordialidad y compañerismo, frente a la rígida frialdad jerárquica de los ambientes profesionales que previamente había estado.

Siendo extensivo mi agradecimiento sincero a todos los miembros pasados y presentes, por ser ellos y ellas los primeros en recibirme e introducirme en el IPAZ, me gustaría nombrar a la Junta Directiva, que en aquel momento estaba compuesta por Beatriz Molina en calidad de directora, Jorge Bolaños como secretario, y M^a José Cano en el cargo de subdirectora. Sin olvidar a Francisco Muñoz, coordinador del Programa de doctorado, que permanecerá por siempre en mi recuerdo como la persona entrañable y mayoritariamente querida que fue.

Sin importar su estatus académico-profesional, su grado de responsabilidad o implicación en el IPAZ, desde primer momento, todos y todas me acogieron haciéndome sentir parte integrante del mismo.

No hace falta que cite que el IPAZ es un centro de referencia en su campo, y por tanto un receptor internacional de investigadores e investigadoras. Pero sí debo incidir en el hecho de que ese ambiente que describía líneas arriba, en cierta forma me ha modelado en mi relación personal con el alumnado, y en especial con los/as numerosos/as investigadores/as que procedentes de universidades extranjeras han transitado por este instituto. En mi labor en el mismo, que como todos los trabajos sigue implicando dedicación, esfuerzo, y orientación a la eficacia y la eficiencia, además y por fortuna, he tenido que trascender las fronteras de lo meramente administrativo, de la resolución de problemas burocráticos de una forma aséptica, hasta situarme en el otro lado desde donde empatizar.

Del tiempo compartido, del conocimiento de los pequeños obstáculos incluso emocionales con que se encuentra quien está lejos de lo suyo y de los suyos, de la necesidad de la orientación práctica ya fuera sobre estructura y funcionamiento del instituto o del número de autobús que tomar, han brotado amistades y enraizados recuerdos.

Por los momentos compartidos, que incluyen además apoyo por su parte, no puedo dejar de citar a esas personas con las que no comparto nacionalidades, pero sí raíces: en especial Guadalupe Abrego, Caterina Heyck, y Diana Castro.

Y como el corazón no conoce de fronteras ni distancias, recordar los primeros momentos embarazosos, y posteriores de risas, a causa de mis limitaciones lingüísticas, que tuve con Indira Rystina.

Yo solo espero poder seguir cultivando mi pequeña parcela dentro del IPAZ, con mis mejores deseos de un crecimiento académico y humano.



¡Por muchos años de investigación, docencia, compromiso y compañerismo!

JUAN MANUEL JIMÉNEZ ARENAS

Miembro del Instituto Universitario de la Paz y los Conflictos

Director del IPAZ-UGR (2017-2021)

Profesor Titular del Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Granada

Cuando surgió la idea de plantear un libro conmemorativo del primer cuarto de siglo de existencia del Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada, un torrente de sentimientos—la inmensa mayoría positivos e incluso placenteros—corrió por mi cuerpo. Como me considero historiador sobre cualquier otro aspecto formativo o profesional, he organizado esta breve reflexión de forma cronológica.

Orce. Corría el año 2000. Ni el mundo se había acabado ni los ordenadores habían perdido el juicio. Debía ser las 14h de un caluroso día de julio y el grupo de voluntarias/os que trabajábamos desde las 7 de la mañana encarábamos el final de la jornada. El sol caía a plomo en el yacimiento de Barranco León cuando, con algarabía, llegó la visita que estaba programada. Era un grupo de cuatro o cinco personas. Recién licenciado, no tenía ni la más remota idea de la influencia que aquel grupo y aquel yacimiento iban a tener en mi vida. De hecho, podría decir que supuso el inicio de otra de mis vidas.

Un señor muy bien parecido, alto y con bigote comenzó a explicar a Gabriel Martínez, entonces director del Proyecto Orce, algo sobre una paz denominada imperfecta, que acababa de regresar de Colombia, que allí habían entendido perfectamente el concepto, que era fundamental pensar la paz desde la paz, etc. Aquellas palabras resonaron en el corte de excavación de forma aparentemente insustancial. Terminamos de trabajar. Regresamos al pueblo. Comimos y descansamos. Pero no. No rodaron barranco abajo. En algún hueco de mi ser permanecieron.

Aunque la licenciatura en Historia la obtuve en Málaga, mi participación en la campaña de excavación en Orce me vinculó, en 2000, a la Universidad de Granada (UGR). Gabriel Martínez, a la sazón profesor del Programa de Doctorado Paz, Conflictos y Democracia se ofreció a dirigirme la tesis doctoral y me sugirió que me matriculara en dicho programa, el cual, dependía, en aquel momento, del Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos de la UGR (IPAZ). Y es ahí donde comenzaron a cobrar sentido las reflexiones que Francisco (Paco) Muñoz—ahora ya sabía su nombre—compartió meses atrás en el Altiplano granadino.

Así, buena parte de mi formación se la debo al IPAZ. Los cursos de doctorado me permitieron internarme por vericuetos teóricos y prácticos absolutamente ignorados en mi formación previa. Por un lado, el profesorado, un nutrido grupo de docentes que abrieron mi mente y del cual soy deudor: el citado Paco Muñoz Muñoz, Rosa Medina Doménech, Gabriel Martínez Fernández, Elena Díez Jorge, Javier Rodríguez Alcázar, Sebastián Sánchez Fernández, Mario López Martínez, Vicent Martínez Guzmán, ... siguen siendo referentes fundamentales. Sobre todo, Paco. Pero también mis compañeras/os de estudios, las/os cuales, por decirlo de alguna forma, no teníamos ni horario, ni fecha en el calendario. Carlos José Herrera, Natalia Ixchel Vázquez, José Guadalupe Figueroa, Rodrigo Sánchez, el malogrado Efraín Varela, ... me abrieron la mente a otros mundos, a otros saberes, a otras cosmovisiones.

El ámbito de estudio principal al que ya me dedicaba por aquel entonces es la Prehistoria. Una etapa de la historia conocida, convencionalmente, por la inexistencia de documentación escrita. Desde el punto de vista de la paz, se trataría de un momento en el que no existiría tal concepto, el cual, habitualmente, se relaciona con el surgimiento de los estados, hace aproximadamente 5.000 años. Por tanto, ¿es posible estudiar la paz en un tiempo y por parte de unos agentes en los que presumimos no había una noción de paz? La respuesta emergió tras años de reflexión. Sí. Porque la paz, como categoría de análisis permite que sea reconocida en todo tiempo y lugar.

Aunque mi tesis doctoral la enfoqué hacia la morfometría ósea tradicional, no abandoné la investigación para la paz. En primer lugar, tratando de hacer honor a la práctica transdisciplinar que debe partir de un competente ejercicio monodisciplinar. En segundo, porque, como bien me enseñaron, no existe una generación de conocimiento que no implique la transmisión de una forma de estar en el mundo. Por ello, intento que la investigación que desarrollo entrevere la parte más básica—la Prehistoria—y la más aplicada—la investigación para la paz—. La fructificación, lo que denominamos *Pax Hominida*, noción suscitada tras el retorno de mis estancias posdoctorales, en Zúrich (Suiza) y Tarragona.

A partir de ese momento, 2009, en una etapa más madura de mi vida académica, comencé a involucrarme más en la vida del IPAZ-UGR. Me integré en el grupo de investigación HUM-607 (Paz y Regulación de Conflictos, que cambió su nombre al actual Paz Imperfecta y Conflictividad) y también en el Proyecto de Investigación de Excelencia La Cultura de paz en Andalucía, Experiencias y Desafíos, ambos bajo la coordinación de Paco Muñoz. Las más de 15 reuniones, cada una focalizada en un tema concreto a partir del cual explorar las diferentes aristas, caras e intersecciones que las diferentes colegas aportaban y que se convocaron en el espacio de cinco años, sirvieron de mesa-camilla en la que, al calor de la paz imperfecta, generar saberes, sentires y querer que han sido fundamentales en mi vida profesional y personal. ¡Qué riqueza! ¡Qué deleite! En ese ambiente de cuidados fui creciendo en el ámbito de la investigación para la paz.

El año 2014 discurría venturoso. Se había convocado una plaza de profesor titular en el Departamento de Prehistoria y Arqueología—*mi departamento*—cuyo ejercicio se emplazó para el mes de noviembre. Concretamente, para el 14, viernes. Los nervios se mezclaban inevitablemente con la felicidad. En esas andábamos el 23 de octubre, jueves. Como siempre que podía—invariablemente menos lo que deseaba—, trataba de regresar a Málaga ese día de la semana para recoger a mi hijo del colegio. Paco me preguntó si comía con él, Pedro Sanginés y alguien más, que no recuerdo, en Los Girasoles. Le contesté que no, que comería rápido en el comedor del Colegio Mayor Isabel la Católica para que me diese tiempo de estar en Málaga a la hora de salida de Gonzalo. Antes, casi como una premonición, le dije a Paco que era una de las pocas personas en las que confiaba plenamente dentro de la Universidad. Me miró con gesto de vaya «exagerao». El resto ya lo conocemos.

El vacío que Paco Muñoz dejó en el despacho que compartíamos es solo comparable al dolor medular que su pérdida me provocó. Se abrió una brecha, en mi fragilidad, que no sabía cómo zurcir. Y aún ando lidiando con ella. Como Penélope. Y con la tarea de finalizar alguno de los trabajos en los que andábamos enzarzados. Como Franz Xaver Süssmayr.

De la mano de Paco arribé a Colombia, tierras y gentes que han tenido, y siguen teniendo, una influencia capital en mí y en el IPAZ. Y de aquel aprendí una frase que resuena cada vez que visito la cuna de Policarpa Salavarrieta «la Pola»: no le regatees ni un minuto a Colombia. Y eso trato de hacer. Gracias a la perseverancia de Paco y al trabajo de cada una de las personas implicadas, el Convenio de Formación de Doctoras/es en Paz y Conflictos que se firmó con la Universidad del Valle bajo el auspicio de la Asociación Universitaria Iberoamericana de Posgrado,

ha permitido que siete personas alcanzaran el máximo grado académico que permite la universidad española. La cobija que Paco comenzó a tejer es cada vez más extensa e intensa.

Pero el IPAZ-UGR también me ha permitido integrarme en la red estatal de investigación para la paz. ¡Qué suerte la mía de tener como compañeras de fatigas a nuestra presidenta Ana Barrero! La nómina de colegas—de nosotras/os—es extensísima y por no olvidar a ninguna, no os voy a citar, aunque todas/os estéis recordadas/os, esto es, pasadas/os por mi corazón. La Asociación Española de Investigación para la Paz—AIPAZ—lleva en su seno al IPAZ, y viceversa. ¡Qué bien nos lo estamos pasando! ¿Verdad?

Todo tiene un final. Que, en mi caso, considero apoteósico. No se puede llegar a este momento de júbilo de forma más brillante que habiendo sido director del IPAZ, sucediendo a dos mujeres excepcionales, Beatriz Molina y M^a José Cano. Y no lo digo porque considere mi gestión rutilante sino por el privilegio que supone haber representado a mis compañeras/os, a las ideas que se han generado dentro del Instituto y a la propia Universidad de Granada. Así que no queda otra que desearnos que esta utopía hecha realidad continúe siendo un pilar de nuestra casa de estudios.

¡Muchas felicidades! ¡Mucha felicidad! ¡Mucha paz! ¡Por muchos años más de investigación, de docencia, de compromiso y de compañerismo! ¡Muchas gracias a todas/os las/os que lo habéis hecho posible que esta utopía sea una realidad!



El arte como herramienta creativa para la transformación de conflictos

ISIDRO LÓPEZ-APARICIO

Miembro del Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos
Profesor Titular del Departamento de Dibujo, Universidad de Granada

Nada perece en el Universo;
todo cuanto acontece en él no pasa
de meras transformaciones.

Pitágoras de Samos

Debo aclarar que el concepto de conflicto que aquí utilizamos trasciende el significado que recoge la Real Academia Española: «combate, lucha, pelea», para abordarlo al modo aristotélico: una consecuencia del cambio, un promotor del mismo. Como refiere Francisco Cascón, conflicto entendido como un motor de evolución, que lleva al ser humano a pensar y actuar más allá de lo obvio. La idea es identificar al conflicto como problema, pero también como naturaleza desencadenante de oportunidades creativas. Un factor natural, estructural y permanente en la vida.

En el ámbito de la paz y conflictos no nos referimos a la paz como la ausencia bélica, ni al conflicto como su presencia. Utilizamos conceptos como el de paz imperfecta, desarrollado por Francisco A. Muñoz, concepto que nos permite trabajar en un espacio intermedio, entre el utopismo maximalista y el conformismo conservador, para cambiar la realidad desde el conocimiento de nuestras limitaciones y sus escenarios, desde un acercamiento multidisciplinar.

El conflicto es propio del ser humano, tanto en su individualidad como en su relación y estructura social, y con todo lo que implica a nivel cultural, empresarial, educativo, de salud, emocional... se hace extensivo a su relación con el contexto físico y natural. Pues nuestra naturaleza es tan libre como dependiente de todo aquello con lo que vivimos y nos relacionamos: personas, mundo, cosmos. Las contradicciones, tensiones, desequilibrios, divergencias, los poderes, intereses, que forman parte de la inevitabilidad y son consustanciales a las relaciones interpersonales, a la naturaleza humana y en su relación con el mundo. Esto implica un continuo ajuste de lo interno y lo externo, en el cual el ser humano participa consciente o inconscientemente.

Por otro lado, hemos optado por utilizar la acepción de «transformación» en vez de «resolución», pues los conflictos más que resolverse se modifican, se alteran, se reconducen de manera negativa o positiva. Como John P. Lederach defiende, la transformación es una forma de visualizar y responder al conflicto pero como una oportunidad para generar procesos de cambio constructivos en la solución de problemas de la vida real.

El neoliberalismo promueve la cultura como bien de consumo y potencia la industria generalista del entretenimiento con el deseo de convertir a las personas en «esclavos felices»; los abduce e inculca en contextos culturales tan sedantes como autocomplacientes. El ciudadano es conducido a un estado de anestesia general, a la adquisición, en cómodos plazos, de una doble piel que opaca el enfrentamiento con las verdaderas problemáticas sociales. Si Derrida

encuentra que el propio hecho de generar el cambio implica una enorme carga de perversión y subversión, en este caso dicha carga es necesaria para que el arte como acto transformador sea un instrumento subversivo ante esta violencia estructural generalizada.

El arte debe cumplir una función que ayude a construir la paz (imperfecta) como una realidad dinámica, procesual e inacabada, sin abogar por la desaparición total de los conflictos; propiciando, antes bien, el saber convivir con estos conflictos, en tanto que son fuentes de creatividad y vida, desplegando actitudes proactivas, acciones propiciatorias de cambios posibles. Esta posición humilde pero consciente, compleja, activa y comprometida, tiene que ser el punto de partida del artista ante cualquier problemática. A pesar de la creatividad y la gestión pacífica, siempre existirán controversias, fragmentaciones e incluso generación de formas de violencia, lo cual no debiera ser óbice para coartar el dinamismo propio del «pensamiento y acción» de la naturaleza humana con sus luces y sus sombras: emociones, cultura, deseos, generosidad, voluntades, aciertos, errores, egoísmo, supervivencia...

Para abordar un conflicto hay que analizar la dimensión estructural de la relación existente entre sus actores, pues el conflicto en sí mismo no tiene por qué ser bueno ni malo. Lo interesante es enfocar la circunstancia como oportunidad para la transformación social positiva. Es igualmente fundamental analizar los conflictos de forma que podamos conocer el acontecimiento y las causas que lo originan, el porqué continúa, los puntos de tensión... como sucede con la importancia de comprender la génesis de la obra artística. Dado que la acción creativa implica un posicionamiento político, y una toma de decisiones consecuente, la transformación positiva no podrá hacerse efectiva sin que exista una reflexión profunda. Entre los diversos medios a los que el ser humano suele recurrir, como son negociación, violencia, dialogo..., el arte suma otras posibilidades y la creatividad se muestra como la pieza fundamental.

Lo mutable es la esencia propia a la existencia, miramos en todo momento hacia atrás para recordar quiénes fuimos al mismo tiempo que vertiginosamente estamos cambiando. Son muchos los motivos que llevan a defensas inmovilistas ante los procesos de cambio que suceden constantemente en el mundo. Han sido la religión, la política o cualquier otro elemento de poder los que han conseguido manipular y condicionar el comportamiento del pueblo. Para poder llevar esto a cabo, como bien explica la psicología de masas, es fundamental unir a todo un colectivo en un aspecto estable y común, en una identidad también común convirtiéndolo en fácilmente manipulable al perder la individualidad.

En este sentido, el artista se convierte en quien observa, reflexiona y, a través de su acción, genera una propuesta: la herramienta de mediación que pasa a ser elemento de transformación. Beuys afirmaba que la auténtica obra de arte reside en la transformación de la conciencia del espectador para activar la realidad y el pensamiento, y nos hablaba de una tercera vía, una alternativa a la sociedad capitalista o socialista, que es la de hacer sociedad a través de la fuerza creativa. Así el arte se convierte en la necesidad que encuentra el artista de intervenir ante una problemática (de cualquier naturaleza) para transformarla. Consciente o inconscientemente esta situación emerge en el propio proceso creativo como Camnitzer mostraba en la sexta Bienal de Mercasur (2007) al pedir a todos los artistas participantes, en calidad de comisario, que formularan sus «investigaciones» en forma de problema, lo cual posicionaba a los espectadores como si fueran soluciones de las tesis de los artistas.

Michael Baxandall, al analizar una obra, intentaba encontrar su propósito o intención, pues intuía que existía una necesidad propia del artista de buscar soluciones a un problema a partir de los medios que se tenían. Este ha sido siempre mi planteamiento a la hora de abordar la creación, pero no de una forma racional y programada, sino como resultado natural de un proceso en el que se emplazaban distintos elementos, tanto emocionales como formativos: mi compromiso social, artístico, pedagógico...

Todo arte es inevitablemente social y político. Cualquier obra se genera y muestra desde el testigo de la realidad social donde se ubica material o conceptualmente, sea el artista más o menos consciente de tal condición. Cada acción artística conforma tejido sociopolítico. Aunque su finalidad declarada fuera la de operar únicamente en la complacencia, semejante posición en sí misma ya es una declaración de principios políticos: un placebo social. Y en el caso de la autocomplacencia como objetivo terapéutico u onanístico hay que tener presente que el hecho artístico sólo celebra su naturaleza completa cuando alcanza al espectador y genera expresión/comunicación. En el polo opuesto, existen obras de génesis y propósito abiertamente políticos; refieren de manera directa las preocupaciones relacionadas con los derechos humanos, la corrupción, las clases sociales, el género, la distribución de la riqueza o el poder, el hambre, la guerra, la crisis económica, la migración, etc.

Una verdad única, escrita con mayúsculas, no es, ni de lejos, la única habitante del mundo del arte. El arte es la multiplicación de sí mismo y sus avatares en un raro espejismo, una monumental mentira que arroja más verdad que la realidad misma. Apariencias, descaros, falsedades, simulaciones, realidades... que propician la epifanía de la obra. El arte tiene la capacidad no sólo de estar en un constante proceso de cambio y alteración, sino incluso de negarse y matarse para renacer y, acto seguido, tornar a las vitrinas de lo asumido.

La realidad del arte contemporáneo se caracteriza, en gran medida, por describir la insoslayable voluntad de incardinarse con cuanto acontece. Declara su voluntad de vínculo: con lo social, lo cultural, lo medioambiental... Esta naturaleza suscita la facilidad con que se habla de arte político, una etiqueta que se aplica, a veces, de forma indiscriminada, a manifestaciones complejas, plurales, convulsas... pero no siempre ajustadamente, estrictamente, políticas o comprometidas. Como consecuencia existe una vulgarización de esta denominación que vacía de significado y traiciona su idiosincrasia. La propia práctica artística ha ampliado el campo semántico y simbólico de lo político, el imaginario ya no es solo carteles, panfletos y murales de denuncia; de aquí que precisemos de un desarrollo más complejo en el que se desplieguen diferentes acercamientos a estas prácticas.

El arte que a lo largo de la historia se ha definido como político, se ha usado tanto para el apoyo a causas nobles como para fines espurios, factores que no son vinculantes al valor estético de las propuestas. Con signos políticos de todos los bandos imaginables, los diversos poderes de turno han suscitado la aparición de imágenes de un altísimo poder visual, conceptos de representación muy novedosos, composiciones sorprendentes y de gran eficacia en la transmisión del mensaje.

En línea con los planteamientos de Fernando Castro Flórez, nos interesa la potencialidad cuestionadora de las prácticas artísticas más allá de los planteamientos panfletarios y los (pre-suntos) radicalismos acogidos a la postre en el archivo museístico. De ningún modo obviamos la génesis histórica y sus manifestaciones, pero nos interesa acercarnos a dinámicas artísticas que juegan decididamente con otras apariencias, que tienen una pretensión más propositiva, más cercana al ámbito de cooperación a través de la creación; a la obra de arte como un espacio creativo con una gnoseografía propia con la que poder plantear acciones concretas. Propuestas más volcadas en la cooperación, la paz y la transformación de conflictos de una forma holística, consecuente y procesal.



Iniciarse en la investigación en Derechos Humanos e Islam a comienzos de siglo

JUAN A. MACÍAS AMORETTI

Miembro del Instituto Universitario de la Paz y los Conflictos
Profesor Titular del Departamento de Estudios Semíticos, Universidad de Granada

Tratar de deconstruir la narrativa de la memoria personal es una tarea compleja por definición. No en vano, sociedades enteras se afanan por (re)construir narrativas comunes de su historia y de su identidad colectiva para afrontar un futuro mejor, no siempre con el mejor de los resultados posible. A veces es difícil desenterrar referencias concretas en la arqueología de la memoria en términos de fechas, primero los meses, luego los años; otras veces se desdibujan los lugares o los acontecimientos; con más frecuencia se olvidan ciertos nombres de autores, títulos de obras, citas. No obstante, puede rastrearse la memoria siguiendo unos hitos insustituibles y necesarios para orientarse en el camino de la vida: las personas que acompañan nuestro andar. Las personas inciden definitivamente en las decisiones y en las trayectorias personales y profesionales, y transforman con sus encuentros los contextos objetivos, las ideas y los sueños.

El contexto académico de la enseñanza y la investigación para la paz y los derechos humanos a comienzos del siglo XXI era ciertamente esperanzador. Se abrían nuevos campos de estudio, nuevos objetos de análisis y la interdisciplinariedad se convertía en una excitante posibilidad de transformar las epistemologías académicas tradicionales en contextos que, gracias a la creciente información y a las nuevas tecnologías, devenían espacios verdaderamente interculturales y globales, en el sentido más positivo del término. A pesar de este horizonte, el siglo había comenzado con la hegemonía teórica de *El fin de la historia y el último hombre* de F. Fukuyama y de *El choque de civilizaciones* de S. Huntington, que parecían exponer de algún modo, tras los atentados del *World Trade Center* del 11 de septiembre de 2001, una visión unilateral y claramente estructurada en torno a la polarización entre el triunfante binomio neoliberalismo-neocolonialismo y la barbarie. La conceptualización ideológica situaba entonces, y desde entonces, el concepto «islam» como sospechoso, cuanto menos, y opuesto, las más de las veces, a la democracia y los derechos humanos, tal y como eran utilizados en el discurso hegemónico. Las desastrosas consecuencias de este planteamiento ideológico, que en gran medida seguimos padeciendo, no ofrecían por entonces muchas opciones a quienes comenzábamos a trabajar en la Investigación para la Paz y los Derechos Humanos desde los estudios árabes e islámicos intentando situar los Derechos Humanos y la democracia en una perspectiva transcultural y crítica.

Desde la perspectiva de alumno de doctorado e investigador en formación como becario entre 2003 y 2006, el Instituto de la Paz y los Conflictos aparecía entonces como un auténtico espacio *offshore* de debate y de honesta crítica intelectual en el que estudiantes e investigadores de diferentes disciplinas, trayectorias y procedencias éramos capaces de encontrarnos (en el sentido más humano del término), de discutir y debatir, no siempre sin obstáculos, en un clima abierto y generoso. Junto a compañeros y compañeras de México, Colombia, Brasil, Marruecos o España, aún de muy grato recuerdo, compartíamos experiencias y puntos de vista que en-

riquecían nuestras respectivas investigaciones, en estado incipiente y receptivo, mediante el intercambio de ideas, metodologías y contextos. Estos debates e intercambios, sin duda, contribuyeron a formarnos como personas implicadas en la investigación-acción por la paz y los derechos humanos, entendidos no ya como un mero constructo teórico, sino como una realidad viva y palpitante en contextos muy diversos, desde América Latina hasta el mundo árabe e islámico, personalizada en rostros concretos. Unas realidades, en todo caso, que debían ser entendidas en su complejidad y apoyadas críticamente por teorías alternativas superadoras del estructuralismo esencialista, lo que en el contexto de la globalización neoliberal en auge y la «lucha contra el terror» en Afganistán o Iraq, no se antojaba sencillo en esos años. El espacio que ofrecía el Instituto favorecía este intercambio franco por situarse fuera de las estructuras disciplinares «clásicas» de la universidad, lo que facilitaba el encuentro mutuo y la relación personal más allá de la adscripción a una determinada disciplina académica. Evidentemente, esto también tenía sus aspectos problemáticos desde el punto de vista académico y científico, léase político, pero desde nuestra perspectiva entonces era percibido como un espacio de verdadera libertad académica e intelectual de la que sacamos todo el provecho posible.

A pesar de que las circunstancias histórico-políticas de los primeros años del siglo XXI no acompañaban al optimismo (compartí en Marruecos la tristeza ante los atentados del 11M de 2004 con un colega del Instituto cuando realizábamos sendas estancias de investigación), esta idea transformadora permanecía como un fundamento inquebrantable de nuestro trabajo, especialmente importante desde el ámbito de los estudios árabes e islámicos contemporáneos. A ello contribuyeron compañeros y compañeras, así como profesores pioneros e ilusionados por transmitir a estudiantes e investigadores noveles su pasión por la investigación para la paz y los derechos humanos. No puedo dejar de mencionar aquí a algunas personas muy cercanas que forman parte importante de la historia del Instituto: especialmente el profesor Carmelo Pérez Beltrán, maestro y amigo, y Mario López Martínez, entonces (año 2003) secretario y director, respectivamente, del Instituto de la Paz y los Conflictos, junto a Javier Rodríguez Alcázar. Hoy tengo la suerte de mencionarlos ya no solo como profesores, sino como mentores y queridos colegas y amigos, como compañeros de camino. Quizás en ese periodo en el que comenzaba a formarme como investigador, su acompañamiento, honestidad intelectual, respeto y cercanía fueran la simiente de un compromiso intelectual y académico que permanece en mí y en todos los que entonces fuimos sus alumnos, aunque de hecho nos trataran como compañeros. Ellos nos invitaron explícitamente a sentirnos parte integrante del IPAZ, en lo material (nos cedieron a los becarios de investigación un primer espacio de trabajo en la sede del Instituto en el Centro de Documentación Científica), en lo académico (haciéndonos partícipes activos en jornadas y seminarios) y, finalmente y no menos importante, en lo afectivo. A través de las ideas, la docencia y la pasión de estos y otros profesores y profesoras del Instituto, como mis queridas colegas del Departamento de Estudios Semíticos M^a José Cano Pérez y Beatriz Molina Rueda, quienes luego también serían directoras del IPAZ, nos sumergimos en las teorías fundamentales de los derechos humanos, la paz, la no violencia, el feminismo, la democracia y la sociedad civil, pero también aprendimos y aprehendimos la posibilidad de ejercer la investigación y la docencia universitaria a partir de dichos paradigmas de manera coherente y cooperativa.

Estas fueron precisamente las bases que, unos años después, tuvieron que ser puestas en práctica a través de la docencia, cuando pasé a ejercer como profesor de posgrado en el propio Instituto en el que había recibido parte de mi formación doctoral. A partir de la docencia en el extinto Programa de Doctorado en Paz, conflictos y democracia primero, entre 2007 y 2009, y del Máster Interuniversitario en Cultura de Paz, Conflictos, Educación y Derechos Humanos, desde 2010 hasta hoy, este bagaje académico y personal se ha ido enriqueciendo paulatinamente debido al contacto directo con los estudiantes de la materia Democracia y derechos huma-

nos en contextos no-occidentales, tan diversos e inquietos como entonces, con quienes hemos podido poner en práctica las dinámicas de debate, (auto)cuestionamiento y crítica intelectual que a su vez recibimos, ahondando en el aprendizaje mutuo y en la búsqueda de conceptos e ideas superadoras de las barreras ideológicas impuestas, tarea que sigue siendo ardua en las circunstancias actuales. Pasado el tiempo y en un contexto vertiginoso que a comienzos de siglo aún estábamos lejos de atisbar, por cambiante e incierto, y por estar en buena medida marcado por la licuefacción de las certezas, quedan inamovibles las personas y, junto a ellas, los recuerdos y las experiencias que nos acompañaron y nos acompañan en el camino, que nos han hecho partícipes de una historia compartida, de un pequeño hito en la transformación hacia un mundo más humano, justo y pacífico.



IPAZ, institución pionera, promotora y embajadora de la paz

INMACULADA MARRERO ROCHA

Catedrática del Departamento de Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales
Miembro del Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos, Universidad de Granada
Secretaría Ejecutiva de la Fundación Euroárabe de Altos Estudios

No son muchos los lugares académicos con las peculiaridades del Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada. Pionero en la inter/transdisciplinariedad, cuando esos conceptos solo aparecían como un desideratum en los documentos programáticos que las autoridades elaboraban para modernizar las universidades y centros de investigación españoles. Ejemplo de la coordinación interuniversitaria en formación en posgrado y doctorado. Promotor de la investigación andaluza para la paz. Creador de los primeros medios de publicación científica en estudios de paz y conflicto en nuestra comunidad autónoma a través de la Colección Eirene de la Editorial de la Universidad de Granada y la Revista de Paz y Conflictos. Y, ejemplo de la internacionalización de la Universidad de Granada mediante la colaboración con países fundamentalmente de América Latina, entre los que merecen una mención especial los másteres y cursos de doctorado con universidades de Colombia y México, que han nutrido el cuerpo de doctores de la Universidad de Granada. Han sido decenas los investigadores extranjeros que se han acercado al Instituto y que han pasado un período importante de sus vidas colaborando con sus miembros. Estas colaboraciones han dado lugar a publicaciones, seminarios, congresos, estancias de investigación y otras muchas actividades académicas, además de unas relaciones humanas basadas en el afecto y el respeto mutuo que se han prolongado en el tiempo. Por todo ello, el Instituto merece un reconocimiento por parte de la comunidad universitaria-científica y una celebración en su vigésimo quinto aniversario.

Toda la actividad de Instituto de la Paz y los Conflictos en estos veinticinco años no habría sido posible sin el equipo humano que, con una actitud abierta, generosa, serena y, sobre todo, empática, ha sido constante y perseverante en el aprendizaje conjunto y en la multidisciplinariedad cuando asumía y se comprometía en proyectos conjuntos. La historia y geografía, la filosofía, las ciencias de la educación, las ciencias experimentales, las artes, el derecho y las relaciones internacionales han sido las principales disciplinas sobre las que se ha construido una forma de trabajo y un modo de relación. Visiones distintas, a veces complementarias y otras incitadoras de largos debates e, incluso, de controversias han hecho del Instituto un lugar de encuentro por su riqueza y potencial de progreso. Todo ello ha sido y seguirá siendo producto de personas dispuestas a entenderse, a comprender las inquietudes e intereses del otro, a adaptarse a nuevas formas de trabajo e ilusionarse con la importante diversidad de temáticas que engloban los estudios de paz y conflictos.

Al grupo humano que trabajan en el Instituto de la Paz y los Conflictos, yo llegué de la mano de Francisco Muñoz, compañero, pero también amigo y vecino. Cuando nos veíamos caminando por nuestro barrio no perdía oportunidad de comentarme todos los proyectos académicos y científicos que se estaban desarrollando dentro del Instituto y siempre me ofrecía participar.

Su entusiasmo era tal que inevitablemente despertaba la curiosidad de su interlocutor. No creo que hubiese mejor embajador del Instituto de la Paz y los Conflictos que el profesor Muñoz. Su amor por esta institución, su generosidad personal e intelectual con todos sus compañeros y compañeras y su flexibilidad con la naturaleza humana lo hacían una persona única. Puso en marcha tantas iniciativas, que han sido y siguen siendo parte de la identidad del Instituto, y que no han podido ser sustituidas por otras de igual alcance y naturaleza, que siempre necesitaba ampliar el equipo humano para poder llevarlas a cabo. Nuestro querido compañero Paco Muñoz era los cimientos a la vez que el arquitecto del Instituto, un reclutador persuasivo y entusiasta, creyente en la riqueza de combinar el esfuerzo de compañeros de muy diversas procedencias y un incondicional de la importancia de los estudios de la paz y los conflictos para la mejora de la convivencia y la justicia. La construcción del marco conceptual de la paz imperfecta ha sido su principal legado científico, y punto de partida de otros desarrollos, contestaciones y debates en los estudios de la paz. Sobre todo, sigue siendo un estímulo para muchos estudiosos del área españoles y de universidades extranjeras de todos los continentes. Prueba de ello fue el congreso internacional Debates en torno a la Paz Imperfecta, celebrado en la sede de la Fundación Euroárabe de Altos Estudios en mayo de 2016, que contó con la participación de numerosos estudiosos de reconocido prestigio en la materia, que habían revisado y avanzado en el conocimiento científico de la sociedad utilizando el pensamiento de Paco Muñoz. Es por ello que el Instituto de la Paz y los Conflictos aún no se ha recuperado, ni desde el punto de vista personal ni desde el académico-científico, de su fallecimiento.

Mi experiencia como colaboradora y, después, como miembro del Instituto siempre ha sido enriquecedora y satisfactoria, no solo porque me ha permitido incrementar mis afectos personales a los miembros de la comunidad universitaria, también, porque ha fortalecido mi aproximación teórico-metodológica al objeto de estudio, mis capacidades para el trabajo colectivo y un análisis crítico a la vez más constructivo. Primero participando en los antiguos programas y cursos de doctorado, después en el Master Interuniversitario en Cultura de Paz, Conflictos, Educación y Derechos Humanos más tarde en un proyecto de excelencia y, por último, en la Revista de Paz y Conflictos fui consciente de la potencialidad de los estudios de paz y de conflicto para las Relaciones Internacionales y el Derecho Internacional Público. Por ello animé a otros compañeros del Departamento de Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales a colaborar y conocer las virtudes del Instituto, y experimentar lo enriquecedor que resulta trabajar con compañeros y compañeras de otras áreas tan distintas a la nuestra, que hemos tenido la oportunidad de conocer. Mi reconocimiento a Pablo Martín Rodríguez y Amelia Díaz Pérez de Madrid que me acompañaron en esta aventura, y han colaborado intensamente y contribuido a que nuestra disciplina estuviera presente en la vertiente académica y científica del Instituto, entrando en contacto con otras para enriquecernos mutuamente.

No son pocos los retos que debe afrontar el Instituto de la Paz y los Conflictos como incrementar su número de investigadores en formación en unos estudios multidisciplinares, y seguir motivando a los investigadores seniors, sufridores de las restricciones económicas de los últimos tiempos, las consecuencias de la pandemia y las dificultades de promoción arrastradas. La europeización del Instituto a través de su participación en consorcios europeos de investigación y formación es otro de los grandes retos ya que proporcionaría a esta institución unos recursos financieros que tanto necesita y la proyección internacional que merece. En el área de transferencia, el potencial del Instituto de la Paz y los Conflictos en el ámbito de la mediación interna e internacional es muy interesante, sin embargo, requiere de una articulación y de acuerdos con administraciones y entidades no gubernamentales que lo demanden, lo que no es una tarea ni fácil ni rápida desde el punto de vista político-burocrático. Por último, me

permite hacer un llamamiento del que yo misma me incluyo como destinataria. El Instituto de la Paz y los Conflictos es un lugar de convivencia y de respeto mutuo, de trabajo y análisis, de honestidad académica y de formas exquisitas y «pacíficas», donde el bien colectivo siempre prevalece sobre los intereses individuales, capaz de superar vicisitudes y mirar hacia delante. Por ello, sus miembros debemos preservarlo y hacer valer sus virtudes, además de ser embajadores dentro de nuestra querida Universidad de Granada y fuera de ella.



Paz y conflictos en Asia-Pacífico

JAVIER MARTÍN RÍOS

Miembro del Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos

Profesor Titular del Departamento de Lingüística General y Teoría de la Literatura, Universidad de Granada

Con el ascenso de China como nueva potencia en el siglo XXI, el mundo mira cada vez con más atención hacia Asia-Pacífico. En el Extremo Oriente se está construyendo una nueva escena geopolítica que ya está influyendo en las relaciones internacionales de todo el orbe. La globalización ha llevado a China a convertirse de nuevo en una potencia económica de primer orden, tal como fue durante muchos siglos en una época pasada, cuando las rutas comerciales surcaban la tierra de este a oeste y viceversa. Pero ese ascenso va parejo a enormes tensiones internacionales, no sólo en Asia sino también en el resto de los continentes. Es imprescindible seguir de cerca los acontecimientos relacionados con la paz y los conflictos en Asia-Pacífico, porque el siglo XXI tendrá al continente asiático como protagonista de futuras transformaciones de la humanidad.

En el Instituto de la Paz y Conflictos de la Universidad de Granada, Asia ha tenido su hueco de investigación desde sus primeros años de funcionamiento. Desde su llegada al Instituto hasta su jubilación, el profesor Pedro San Ginés Aguilar dio a conocer los fundamentos del pensamiento y la cultura asiáticos en el IPAZ con la organización de conferencias y charlas, publicaciones y las clases de esta materia en el Máster Interuniversitario en Cultura de Paz, Conflictos, Educación y Derechos Humanos. No se puede entender la idiosincrasia de una determinada sociedad sin tener en cuenta las raíces culturales en las que se sustenta. En el caso de Asia, no se puede entender el desarrollo de este continente sin tener un conocimiento previo del confucianismo, el taoísmo, el legalismo, el budismo, el hinduismo, etc., corrientes de pensamiento que hoy día siguen teniendo una influencia profunda en la forma de vivir y entender el mundo de cientos de millones de personas. A Pedro San Ginés Aguilar le debemos el desarrollo y la difusión de los estudios asiáticos en la Universidad de Granada y, por ende, su espacio actual como área de conocimiento dentro de las diversas áreas que se estudian en el IPAZ.

En el año 2016 iniciamos la andadura de una publicación periódica bajo el título de Boletín de la Paz y los Conflictos en Asia-Pacífico. Con esta publicación trimestral hemos tenido como objetivo, como apuntábamos en el editorial del primer número, de dar cuenta de los acontecimientos más relevantes sobre la situación de los procesos de paz y conflictos en esta área geográfica, estar alerta frente a la vulneración de los derechos humanos y el uso de la violencia contra individuos o colectividades, seguir la lucha contra el deterioro del medio ambiente, estudiar los avances en la conquista de los derechos civiles y el reconocimiento y el respeto de la diversidad cultural y étnica. De esta manera, desde el primer número en 2016, se han producido importantes procesos de paz y conflictos en Asia-Pacífico con un gran impacto internacional que hemos seguido paso a paso y analizado en las páginas del Boletín, muchos de ellos aún en proceso de desarrollo. Entre ellos, destacaríamos los siguientes: la crisis nuclear en Corea del Norte, los conflictos por las aguas territoriales en el Mar Meridional de China; las protestas internacionales por la represión contra la minoría musulmana uigur en la provincia china de

Xinjiang; la lucha por los derechos civiles en Hong Kong y su represión por parte de las autoridades; el reconocimiento del matrimonio igualitario en Taiwán; las protestas internacionales por la guerra contra las drogas en Filipinas; la transición a la democracia en Myanmar; la posterior represión contra la minoría musulmana rohingya y el éxodo a Bangladesh; el golpe de Estado del ejército birmano contra la joven democracia; o el golpe de Estado de los militares en Tailandia. También hemos aprovechado efemérides y aniversarios sobre sucesos del pasado reciente para recobrar la memoria histórica de las víctimas de genocidios y represiones que aún siguen muy presentes en los territorios que sufrieron dichas violencias colectivas, como la Gran Revolución Cultural en China, el genocidio de los Jemeres Rojos en Camboya, la guerra de Vietnam, o las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki. Tampoco nos hemos olvidado de los hombres y mujeres que han luchado en Asia por los derechos humanos y civiles, como Gandhi, Liu Xiaobo, o Aung San Suu Kyi, cuyo ejemplo nos guía para seguir construyendo un mundo más habitable y que nos enseña que la dignidad y los derechos del ser humano están por encima de las banderas y los credos ideológicos nacionales.

El Boletín de la Paz y los Conflictos en Asia-Pacífico se ha convertido, poco a poco, desde su sencillez y austeridad en la edición, en un lugar de encuentro de estudiosos e investigadores tanto de la Universidad de Granada como de otros centros académicos españoles preocupados por la línea de investigación propuesta desde la publicación. Hemos querido abrir un camino poco frecuentado en los estudios de la irenología. Aparte de Gandhi y diversos aspectos de las filosofías budistas e hinduistas, son pocos los nombres y escuelas del pacifismo mundial conocidos del continente asiático. Nuestra tarea es contribuir a ampliar las perspectivas de estudio sobre la paz desde la mirada asiática, en concreto de Asia-Pacífico, divulgar nuevos pensadores y escuelas que trabajan y luchan por la paz, rescatar intelectuales, activistas, obras y discursos no difundidos en Europa por no haber tenido la oportunidad de darse a conocer, y seguir el trabajo de personas y colectivos que actualmente desarrollan una importante labor de concienciación en las sociedades en las que viven por la defensa de los derechos civiles y la denuncia de todo tipo de violencia, aunque muchas veces esa violencia se vuelve en contra para acallar, desde las estancias del poder, sus voces críticas.

Durante todo el siglo XX, Europa y América del Norte han tenido todo el foco de atención en el mundo intelectual y educativo. Han sido el centro de todos los debates académicos sobre «su mundo» y los «otros mundos». Pero el siglo XXI está pidiendo paso hacia otras miradas para afrontar los retos de la humanidad y, sin duda alguna, en Asia-Pacífico se está construyendo otra vía en el concierto internacional de naciones. La fuerza económica de Asia va en paralelo a una mayor presencia e influencia política y diplomática, que no sólo queda restringida al área geopolítica de Asia-Pacífico, sino que llega a todos los continentes, especialmente con China como cabeza visible de esta expansión global. Pero son muchos los interrogantes que quedan en el aire, porque la asombrosa transformación en determinadas sociedades de estos países asiáticos se ha producido bajo regímenes autoritarios sin haber experimentado procesos de transición democrática, donde la libertad expresión, los derechos humanos y civiles, la libertad de culto o el respeto por las lenguas y las culturas de muchas comunidades étnicas están siempre en entredicho. Por esa razón, es imprescindible estudiar el desarrollo en los procesos de paz y conflictos en esta parte del mundo por su creciente influencia en la escena internacional. Son muchos los observadores internacionales que están alertando que los mayores desafíos de la humanidad se están fraguando en tierras asiáticas y, por consiguiente, es nuestro deber seguir con suma atención todos los acontecimientos relacionados con nuestra materia.

Desde sus inicios, el Instituto de la Paz y los Conflictos siempre ha estado abierto a los estudios de la paz más allá de las fronteras nacionales. Sin una mayor solidaridad y un mejor entendimiento entre los pueblos es imposible albergar la esperanza de habitar un mundo más justo y equitativo. En nuestro caso, mirando hacia Asia-Pacífico, intentamos comprender otra forma de estar en el mundo y, al mismo tiempo, estudiamos los caminos que se abren en el siglo XXI, a veces con cierta incertidumbre, en las tierras bañadas por los mares orientales.



El Instituto de la Paz y los Conflictos y sus significados. 25 años y transito de siglo

SERGIO MOLDES ANAYA

Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos, Universidad de Granada

Mi vínculo con el Instituto de la Paz y los Conflictos comienza en 2013 cuando me dispuse a cursar el Máster Interuniversitario en Cultura de Paz, Conflictos, Educación y Derechos Humanos, pero es a partir del año 2017 cuando se acepta mi candidatura como investigador colaborador. A partir de entonces tuve el honor formar parte del mismo, algo de lo que me siento profundamente orgulloso. El IPAZ-UGR cumple su XXV aniversario, un cuarto de siglo de historia, sin duda un hito, sobre todo para aquellas personas que han estado presentes desde su fundación, porque sin ellas no habría sido posible. Desde la esfera más personal han sido muchas las experiencias vividas, todas ellas gratificantes y enriquecedoras. Desde mi primer contacto, hasta el presente, creo haber experimentado un gran crecimiento personal, desde el punto de vista del conocimiento y los saberes pacíficos, desde la dimensión moral y ética y desde la esfera de las relaciones con el resto de colegas que integran el IPAZ o que tienen una estrecha relación con el mismo.



Alumnos del Máster de Cultura de Paz, Conflictos, Educación y Derechos Humanos. Promoción 2013-2014.

¿Cómo es el Instituto de la Paz y los Conflictos? El Instituto es, ante todo, un espacio diverso, que se extiende mucho más allá de su dimensión física. Se trata de una institución singular, con personalidad propia, compuesta por un equipo humano altamente cualificado, diverso en la forma de concebir las dimensiones teóricas que aborda, competente en su actividad por la generación de conocimiento y la difusión del mismo, comprometido respecto de los valores

que promueve, en definitiva, un espacio necesario de confluencia y discusión de ideas. El Instituto es, además, un espacio de creación y difusión, de relaciones entre personas, de diálogo, de consenso, pero también de disenso, consideradas cada una de estas cualidades como fundamentales en el proceso de construcción de su propia identidad. La paz y los conflictos son dos conceptos de inherente complejidad, de ahí la dialéctica subyacente a cada paradigma pacífico. Las dimensiones ontológicas, epistemológicas o axiológicas subyacentes son un aliciente para las diferentes formas de pensar la paz, dicha diferencia se conforma como un valor añadido, pues la evolución de conocimiento, en la dirección teórica que sea, siempre es desde el diálogo con los otros.

Durante mis años de formación en el IPAZ he tenido la oportunidad de compartir grandes experiencias, tanto desde el punto de vista académico, en cada uno de las actividades realizadas por la institución, como desde el punto de vista más relacional, habiendo tenido la oportunidad de conocer personas maravillosas e ingeniosas con las que compartir y debatir acerca de la disciplina que compartimos, y es que, también gracias a estas relaciones se evoluciona, tanto desde la esfera académica, como desde la esfera más personal y relacional. Durante estos años he tenido el placer de conocer el trabajo de mucha gente, compañeros del máster, compañeros de tesis doctoral, investigadores visitantes, profesores del instituto, incluso de estas relaciones surgió la oportunidad de realizar mi estancia predoctoral en Cuba allá por el año 2015. He tenido la oportunidad y el placer de dialogar e intercambiar impresiones con autoridades en la materia como el profesor Johan Galtung, todo ello en el marco de las actividades desarrolladas por el IPAZ. En este sentido, resulta obvio pensar que el instituto es una parte muy importante de mi trayectoria investigadora y docente.

En definitiva, el Instituto de la Paz y los Conflictos es un espacio de creación de conocimiento extremadamente necesario, más aún en los tiempos que corren caracterizados por una acentuada polarización social y política. Si en la década de los noventa, finales del siglo XX era necesario pensar la paz, imagínense lo necesario que se hace estudiarla hoy en día, en pleno siglo XXI, la sociedad del conocimiento y de la información, una sociedad volátil, consumista e hiperestimulada, lo que Zygmund Bauman definiría como modernidad líquida en el contexto de una vida repleta de incertidumbres y transitoriedades. El Instituto es también un espacio interdisciplinar, cosmopolita y tolerante por donde concurren muchas personas de diferentes ámbitos del conocimiento, provenientes de diversas partes del mundo, todas ellas comprometidas por la paz, con una sociedad más justa y con un mundo más sostenible. Tenemos por delante el gran reto de afrontar los objetivos desarrollo, en un mundo de crecientes desigualdades y con la amenaza del cambio climático presente, por esto se hace necesario tener espacios de confluencia, discusión y diálogo. Todas ellas razones suficientes para considerar imprescindible la continuidad del Instituto como institución. Para concluir, si bien quedarían aún muchas reflexiones por exponer, creo que con lo expresado en este escrito queda bien reflejada mi visión de los significados que lleva consigo nuestro querido Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada.

Un vislumbre de la esencia del IPAZ: la experiencia de un doctorando brasileño

LUCAS REIS-SILVA

Doctorando del Programa de Doctorado en Ciencias Sociales

Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos, Universidad de Granada

Una breve nota introductoria

Los acontecimientos que describo aquí, están reflejados tal y como fueron incorporados en mi conciencia, no pueden ser disociados de la raíz afectiva e ideológica que permea el proceso emocional y cognitivo que hace que les conceda un determinado sentido.

La forma en que expongo estos recuerdos, corresponde más con mi experiencia personal que con el carácter factual de dichos sucesos. Por tanto, lo narrado no es necesariamente lo que pasó, sino lo que me pasó a mí, es decir, se corresponde a como lo que esta «fuera» me ha «tocado».

Tampoco se trata de una «narrativa empoderadora» que pretende reconstruir la realidad a partir de la idealización filosófica. Mi planteamiento acerca de los objetos y fenómenos sociales se basa en reconocer su existencia concreta independientemente de la injerencia calificativa que el observador externo les pueda atribuir.

Solo mediante la investigación seria, destinada a comprender los determinantes que se conectan para performar algo en su totalidad, es posible conocer parte de la esencia que le explica. Sin embargo, esto no es lo que pretendo en este trabajo.

No es mi intención depreciar las historias personales para promover un arcaico cientificismo, sino destacar, que, la mejor forma de llegar a una comprensión de la profundidad existente en el Instituto de la Paz y los Conflictos (IPAZ) debe basarse en el entendimiento de la correlación de las diferentes historias que componen la integridad de este libro.

Para concluir esta breve introducción, me gustaría aclarar que la subjetividad de la que parto, entiende que el ser humano se construye mediado por el entorno. Es subjetivo porque me pertenece, pero al mismo tiempo, es intersubjetivo por corresponder a la convivencia con el otro. En este caso concreto, es algo personal e inexistente sin los cinco años (2017–2021) de experiencias compartidas con los colegas y amigos del IPAZ.

El inicio y el proceso, la historia siendo escrita

Mientras cursaba el Doctorado de Ciencias Sociales en la Universidad de Salamanca, realicé una corta visita a la casa de una amiga en Badajoz (Extremadura), donde sin ser consciente, tuve mi primer contacto con el IPAZ. Un encuentro simbólico, pero determinante para lo que posteriormente sucedería.

No recuerdo el motivo exacto por el que estaba buscando en Google Académico algo relacionado con las distintas formas de violencia, cuando me encontré con una serie de manuscritos que correlacionaban las violencias con distintas formas de paces.

Curioso por descubrir algo que estéticamente sonaba apreciable, pero que podría resultar ser un espejismo posmoderno, invertí algo de tiempo en descifrar algunos de los diversos planteamientos estructurantes de la llamada cultura de paz, para con eso, entender los significados atribuidos para conferirle un sentido.

Detalle: **Olivo**
de M. Vivaldi

La grata sorpresa fue, que, tras algunas lecturas que enfatizaban la abstracción filosófica como un elemento conclusivo para evaluar procesos sociohistóricos, encontré en la imperfección del proceso constructivo de la paz social, un argumento honesto para pensar la controvertida dinámica que estructuran las relaciones sociales que generan violencias y paces.

En esta idea de movimiento sinuoso que incorpora los giros intempestivos de la praxis humana, vislumbré el modo de incorporar a mis preceptos ideológicos nuevas interacciones fenoménicas que performan la realidad. En este sentido, establecí una relación entre esta área de saber y la materialidad histórica y dialéctica que juzgo ser necesaria para pensar en el mundo social que queremos comprender para transformar.

Con el interés latente en aprender más sobre lo que juzgaba ser, un conocimiento útil para producción de una praxis educativa y revolucionaria, me trasladé a Granada, e inicié un nuevo y desafiante momento mi trayectoria vital y académica.

En febrero de 2017, me adentre por primera vez en el Centro de Documentación Científica de la Universidad de Granada. Me ubiqué en la segunda planta (donde se encuentra el IPAZ), pero, en cierta medida, ocupé otros espacios del edificio (biblioteca, consejería, aulas, despachos y baños), de algún modo, hice de las escaleras del Centro de Documentación Científica, un puente que me permitía transitar entre diferentes realidades. Mi concepto de IPAZ extrapola las fronteras físicas e imaginarias que demarcan el Instituto.

El IPAZ nunca fue para mí un mero centro de investigación, si lo hubiese sido, no estaría dedicando tiempo a escribir sobre ello. El IPAZ es para mí, lo que el pedagogo Paulo Freire y el antropólogo Darcy Ribeiro (ambos brasileños) entendían como un espacio de aprendizaje donde uno hace morada, un lugar de convivencia en el que uno se forma culturalmente en la medida en que se performa como un ser social intelectualmente autónomo y afectivamente comprometido.

El sentimiento de pertenencia que el Instituto me genera es, en parte, debido a la superación idealizada de los escritos leídos para aprender sus «verdades» desde la cotidianidad en las aulas, despachos, pasillos y cafés. Estoy convencido de que su dinámica interna trasciende su apariencia estética y fenoménica, expresa por medio de su esencia, un centro neurálgico peculiar, donde acciones humanas reproducen de algunas de las técnicas que se describen en los libros y artículos publicados por los miembros del instituto.

Mientras deambulaba por este espacio, adquirí subsidios epistémicos para pensar en las paces y en las violencias a través de los meandros que se esconden en la práctica comunitaria. Hace aproximadamente cinco años, vivencio el movimiento real ejecutado por personas que conectan de una determinada manera para construir el hilo que sostiene la cohesión, pero que también es capaz de generar conflictos.

Para ser transparente en mis argumentos, la magnitud de conceptos como paz imperfecta, paz neutra y noviolencia, me fueron reveladas parcialmente a partir de una especie de observación participante no calculada. Lo que pretendo decir, es que dentro del IPAZ aprendí sobre cultura de paz mediante los sujetos que la encarnan, la dinamizan y la reproducen. Experimenté el diálogo de teorías extremadamente relevantes que se materializan en los seres sociohistóricos que la defienden.

El IPAZ es realmente un ente vivo que nos afecta a todos. Él me hizo crecer como sociólogo y educador, desacralizado pensadores sin generarme desilusión, sino todo lo contrario, alimentando paulatinamente mi admiración por estas personas. El contacto aproximado deconstruyó el romanticismo de mi mirada de neófito para hacerla madurar para algo más profundo. Al aceptar y ser aceptado desde un proceso real, amé los individuos desde la esencia, esto es, trascendiendo la estética que no nos representa en su totalidad.

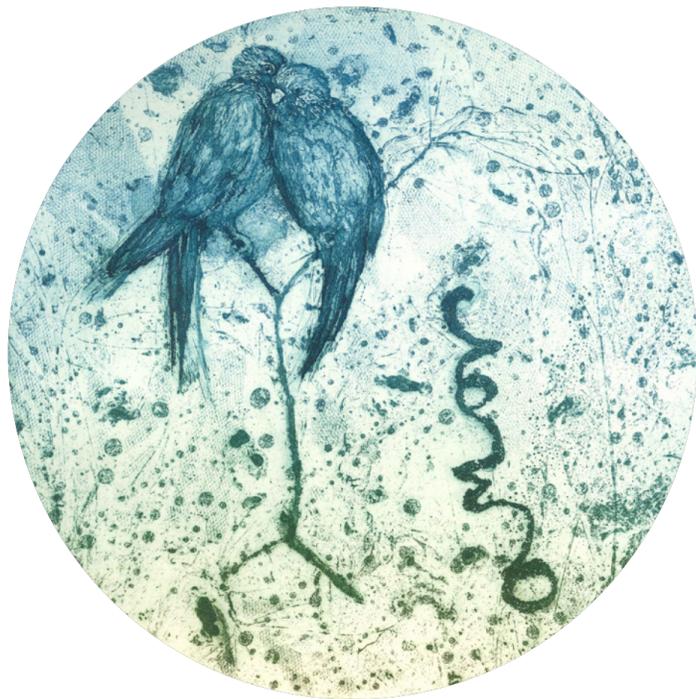
El IPAZ, mi hogar, pensando como unidad compuesta por partes de diverso, es la consecuencia de los movimientos de sujetos que deciden diariamente, cómo y cuándo utilizar las herramientas instituidas ideológicamente. Es este componente, extremadamente humano, en el que residen mis más sinceros y mejores sentimientos por lo que allí viví. En esta casa, vislumbré algunos de los atributos inherentes al ser social imperfecto e inconcluso con el que quiero convivir. En el movimiento real de estas personas que tanto valoro, se encuentra la realidad que adoro experimentar.

Fui tocado y soy capaz de esconder. Este lugar y todo que él implica, me hicieron resignificar algunos de los presupuestos que imaginaba ser innegociables. Por ejemplo, toda mi incomodidad hacia determinados discursos de pensadores y activistas pacifistas en Brasil que evocaban de manera tosca la noviolencia y que me llevaban a rechazar por completo a dicho concepto. Desde mi resentimiento e impericia, juzgaba ser este planteamiento un importante aliado en la hora de enmascarar las violencias practicadas la burguesía progresista en mi país. No obstante, la asistencia a las clases y, principalmente, las conversaciones inundadas de sonrisas y cariño con José Ángel Ruiz Jiménez, Diego Checa Hidalgo y Mario López Martínez, me proporcionaron nuevos horizontes epistémicos para evaluar la raíz de la noviolencia.

En conclusión, cabe mencionar que, además de la paciencia y empatía de mi director de tesis, quedaron fuera de este relato, otras circunstancias vividas con gente igualmente generosa (cuyos nombres tuvieron que ser omitidos debido al límite de palabras propuesto por este editorial). Lo que sí puedo expresar, sin miedo a parecer cursi o tocapelotas, es que estos encuentros en el IPAZ, no solo me hicieron crecer personalmente y académicamente, sino que fueron el alimento que necesitaba para persistir en mi trayectoria por tierras de España.

Todo este tiempo, en que tuve el honor de compartir momentos con gente tan querida, no solo aprendí sobre esa paz que necesitaba incorporar a mis escritos, sino también la que deseaba encontrar y vivenciar en mi inquieto corazón.

¡Gracias!



La paz. De sentida a investigada

JOSÉ ÁNGEL RUIZ JIMÉNEZ

Miembro del Instituto Universitario de la Paz y los Conflictos

Director del IPAZ-UGR (2021-)

Profesor Titular del Departamento de Historia Contemporánea, Universidad de Granada

Mi primera aproximación al IPAZ se produjo durante el curso 1996–97, último año en la licenciatura en Geografía e Historia que estudiaba. Era el momento clave en el que cualquier alumno se está planteando el siguiente paso a seguir, en mi caso una cuestión muy abierta, pues las líneas de investigación de posgrado que conocía no me despertaban interés suficiente como para dedicarles mis siguientes años, de modo que sopesaba distintas opciones académicas y profesionales. No obstante, desde el momento en que supe de la existencia del IPAZ, sentí que ése era exactamente el área de investigación a que quería dedicarme. Digo sentí, porque fue más una certeza inmediata que el fruto de una reflexión sosegada. El IPAZ había sido un Seminario de Estudios hasta ese mismo año académico, en que también inició la primera edición de sus por entonces cursos de doctorado, hoy reconvertidos en el Máster en Cultura de Paz, Conflictos, Educación y Derechos Humanos. Los miembros del IPAZ celebraban entonces seminarios internos en la Facultad de Filosofía y Letras con cierta regularidad. Mario López Martínez, nuestro profesor de Historia Contemporánea Universal II, se apercibió de mi interés en los estudios de paz sin que mediara ninguna conversación específica al respecto, supongo por intervenciones realizadas en clase, la lectura de mis trabajos y alguna conversación informal. Al comienzo de una de las sesiones de la asignatura, sonriente, me entregó un sobre nada más entrar al aula, y sin mediar palabra alguna, dio inicio a la clase. El sobre aún tenía el logotipo del Seminario de Estudios de la Paz y los Conflictos, al igual que el papel timbrado del interior, en cuyo texto se me invitaba a participar del siguiente seminario interno del IPAZ. Fue una muestra de confianza que naturalmente me llenó de orgullo y alegría. Aún conservo con cariño tanto el sobre como la invitación. El profesorado me recibió con toda naturalidad, y así empecé a asistir a aquellas sesiones. El director del IPAZ era entonces Francisco Muñoz y el subdirector precisamente Mario López, a quienes los alumnos percibíamos con admiración como profesores jóvenes que impulsaban mano a mano una disciplina innovadora con mucho trabajo y entusiasmo, a la vez que se caracterizaban por su permanente buen humor. Por algunos años fueron conocidos entre los estudiantes como Zipi y Zape, supongo que por el color de sus pelos, por andar tanto juntos y por la simpatía que despertaban.

Descubrí cómo la Investigación para la Paz era entonces una ciencia seminal en pleno desarrollo y caracterizada por el compromiso, la ilusión y la sana ambición de quienes eran conscientes de estar conformando algo nuevo. En aquellos encuentros, profesores de varias disciplinas compartían con el resto de los miembros lo que estimaban que su área de conocimiento podía aportar a un objeto de estudio caracterizado precisamente por su apertura de miras y su carácter potencialmente tanto multidisciplinar como transdisciplinar. Allí tuve la oportuni-

dad de conocer al grueso del equipo que inició este proyecto ya entonces consolidado del IPAZ en la Universidad de Granada, de los que aún quedan algunos miembros activos. Perfecto ejemplo del espíritu del grupo fundador del IPAZ es el profesor Jesús A. Sánchez Cazorla, que incluso tras su jubilación continúa prestando desinteresadamente su tiempo y su trabajo para que el centro disfrute regularmente de charlas y debates sobre temas de actualidad y su relación con la paz en los seminarios Miradas al mundo, que coordina desde 2010.

Tras obtener la licenciatura, y gracias a la motivación y consejos del profesor Mario López, pasé el curso siguiente en Reino Unido como estudiante Erasmus de Posgrado en la Universidad de Swansea, iniciando mi primera investigación seria para obtener el Diploma de Estudios Avanzados en Paz, Conflictos y Democracia, título que precedió al de Máster que existe en la actualidad. Se trataba de un trabajo sobre la figura del historiador y líder pacifista E.P. Thompson en el que seguiría trabajando hasta convertirlo en mi tesis doctoral. Con el bagaje intelectual de los cursos de doctorado en paz y conflictos del IPAZ que cursé al año siguiente inicié una serie de estancias internacionales de larga o media duración trabajando en el área del *peace research* en Universidades de Gran Bretaña, Colombia, Italia y Bosnia-Herzegovina, hasta convertirme en miembro de pleno derecho del IPAZ en septiembre de 2001 gracias a un contrato predoctoral de investigación. Desde el curso anterior, el IPAZ contaba al fin con unas instalaciones acordes a sus necesidades, tras mudarse del modesto que espacio que ocupaba en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología al recién inaugurado—y anexo—Centro de Documentación Científica. Tras consolidar mi posición profesional en la Universidad de Granada en 2008, la plataforma que supone el IPAZ me ha dado la oportunidad de continuar enseñando y sobre todo aprendiendo regularmente sobre paz y conflictos en Universidades españolas de Castellón, Barcelona, Córdoba y Málaga, así como extranjeras, caso de Alemania, Serbia, Montenegro, Kosovo, México, Perú, Palestina y Ucrania.

Han sido años en los que he podido observar el desarrollo de la investigación para la paz no solo a nivel global, sino particularmente en nuestro país. En el curso 1998–99 disfruté de una beca para colaborar en la gestión de la Asociación Española de Investigación para la Paz (AIPAZ), que entonces tenía su sede en Granada, lo que me permitió conocer quién y dónde participaba de la disciplina. Desde entonces, el crecimiento del número de instituciones e investigadores sobre paz ha sido espectacular, y el IPAZ de Granada ya no es el pionero referente de hace 25 años, sino un miembro más de un conjunto de instituciones consolidadas que trabajan y colaboran en España para el mismo fin. En cuanto a la disciplina en sí, a lo largo de este cuarto de siglo, se ha pasado de naturalizar cuestiones que ahora nos parecen muy básicas, pero que entonces eran todo un *giro epistemológico*, como la asunción de que el conflicto no es positivo ni negativo, sino inevitable, mientras la violencia sí lo es; lo entonces novedoso de observar la realidad con el prisma de las tres violencias propuestas por Johan Galtung o con el de las necesidades humanas; a todo un universo de contribuciones sobre procesos de paz, transiciones políticas, democratización, pacifismo, escenarios postconflicto, derechos humanos, cultura de paz, educación para la paz, diplomacia civil, *peacemaking*, *peacebuilding* y *peacekeeping*, entre otras muchas. A lo largo del camino, el IPAZ ha realizado aportaciones tan reconocidas como la *paz imperfecta* y la *paz neutra*; la sistematización y enriquecimiento del estudio de la no violencia en castellano; el profundo estudio de casos y presencia en el terreno en escenarios como Colombia, Israel/Palestina, Marruecos y los Balcanes; así como con muy diversos avances en disciplinas tan variadas como la Antropología, la Historia, la Educación, la Filosofía y la Filología, por mencionar solo algunas.

Desde aquellos seminarios a que asistí en 1997 a la actualidad, está siendo un largo viaje tanto intelectual como de afectos entre los miembros del IPAZ, los alumnos y ex alumnos vincula-

dos a su disciplina, y cómo no los colegas de tantas Universidades y organizaciones españolas y extranjeras. También el paso del tiempo nos ha ido privando de algunos de quienes tanto hicieron por consolidar la irenología y que tanto aportaron al IPAZ, caso de Francisco Muñoz, Vicent Martínez, Joaquín Herrera o Arcadi Oliveras, a los que echamos muchísimo de menos como académicos y como personas. Al final, todos estamos de paso, y los 25 años transcurridos dan la oportunidad de mirar la evolución permanente tanto de la institución como de los que pasamos por ella, no sabemos por cuánto tiempo. Mi presencia en el IPAZ se inició a la vez que éste arrancaba su andadura como instituto de investigación y yo mi madurez personal y profesional, de modo que he ido haciéndome mayor siendo parte de la docencia, gestión, debates, polémicas, encuentros de café y en general de las vicisitudes inherentes a cualquier grupo humano. Con la perspectiva que da el tiempo transcurrido, recuerdo cómo en el IPAZ hemos analizado apasionadamente los debates característicos de la post-guerra fría como el choque de civilizaciones, los dividendos de la paz, el zapatismo del Subcomandante Marcos o la guerra de Kosovo; luego el escenario post-11-S, con el fenómeno Al Qaeda y las intervenciones militares estadounidenses en Irak y Afganistán; más tarde la primavera árabe, con la caída de los regímenes de Gadafi en Libia y Mubarak en Egipto tras tres décadas en el poder, así como el baño de sangre que aún continúa en Siria; la guerra de Ucrania, que pareció iniciar una nueva Guerra Fría, y otros muchos conflictos. También se han seguido durante estos años, en ocasiones con notables intervenciones sobre el terreno, otras situaciones de crisis de larga duración como las de Colombia, Palestina, el Sahara Occidental y los Balcanes, así como procesos de democratización inacabada como los de Marruecos o Venezuela.

Por último, quisiera destacar que uno de mis grandes aprendizajes en el IPAZ ha sido la importancia de mantener en la conciencia que analizar y sobre todo enseñar sobre paz y conflictos, a veces a personas o colectivos muy necesitados, dañados y castigados por la violencia, supone una enorme responsabilidad. Y es que, tanto en nuestra vida diaria como incluso entre nuestro colectivo académico, generalmente en un entorno seguro y cómodo, experimentamos lo difícil que es aplicar la teoría a la práctica, pues con frecuencia sufrimos enormes dificultades para conciliar diferencias, negociar, empatizar y llegar a acuerdos. Por ello, creo que debemos ser conscientes de la enorme modestia, prudencia y respeto a mostrar en nuestros discursos como *expertos* en paz a la hora de impartir lecciones y proponer soluciones a otros que viven circunstancias mucho más difíciles.



La paz nos enseña a ser mejores seres humanos

PURIFICACIÓN UBRIC RABANEDA

Secretaria del Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos (2021-)
Profesora Titular del Departamento de Historia Antigua, Universidad de Granada

Mi primera experiencia docente se llevó a cabo gracias al IPAZ en una maestría en Colombia. Yo acababa de incorporarme al Instituto y había de impartir una materia ajena a lo que hasta ese momento había sido mi ámbito de estudio. Me esforcé mucho en prepararla y pensé que una buena manera de desarrollarla sería combinando lo que para mí era la paz en un sentido práctico con el contenido teórico propiamente dicho de la asignatura. Fue muy difícil que los estudiantes del curso aceptaran muchas facetas de la paz interior o que escuchar con atención y respeto, sin interrumpir ni ridiculizar a sus compañeros/as era también una forma de construir paz. Las risas y reticencias iniciales, sin embargo, se fueron transformando poco a poco en un interés y una disposición a experimentar los efectos de su aplicación en la dinámica de la clase. Al acabar el curso pedí a los estudiantes que hiciesen una valoración anónima de su aprendizaje en la asignatura y que me dieran consejos que pudieran ayudarme a mejorar en cursos futuros. Una chica del curso me dijo que a ella le gustaría leer su valoración en voz alta y compartirla con sus compañeros/as de clase, pues su aprendizaje estaba intrínsecamente relacionado con ellos/as. Con lágrimas en los ojos y mirando uno a uno a sus compañeros y compañeras afirmó que la asignatura la había transformado como persona y la había llevado a descubrir a los maravillosos seres humanos que tenía a su alrededor. Les dijo que antes de este curso el devenir de la clase siempre se había caracterizado por el conflicto, sus presupuestos habían sido enfrentarse y competir, tratar de quedar por encima de los demás demostrando su superioridad intelectual. Por primera vez, en vez de centrarse en los celos y las disputas con soberbia y dureza, había reparado en las cualidades hermosas de quienes compartían con ella esa clase, gracias a las nuevas dimensiones de la Paz que habíamos practicado. El curso la había abierto a nuevas facetas antes desconocidas para ella de la paz. Esta reflexión fue también un gran aprendizaje para mí, pues me corroboró lo importante que es incorporar el factor humano y la interrelación entre la teoría y la práctica en la enseñanza de la paz.

Si algo quisiera destacar de mi experiencia en el IPAZ es precisamente esto, los maravillosos seres humanos con los que he tenido el privilegio de compartir vivencias y saberes durante estos años y el enriquecimiento personal y académico que para mí han supuesto todos/as y cada uno de ellos/as. En efecto, el intercambio inter y transdisciplinar me han mostrado nuevas metodologías, miradas y enfoques de investigación, que me han abierto a un mundo de infinitas posibilidades. Los debates, diálogos y reflexiones compartidos en diversos escenarios (el propio Instituto, diversas universidades españolas, colombianas y mexicanas) han sido profundamente fructíferos. También he podido conocer de primera mano la experiencia de personas que se esfuerzan día a día por construir un mundo mejor, a veces en contextos duramente castigados por la violencia, la guerra y el conflicto, así como los retos y desafíos que llevan consigo. Todo lo vivido me ha enriquecido enormemente y me ha transformado como persona y académica.

Mi gratitud hacia estos años vividos y compartidos en el IPAZ y mi deseo para que los próximos veinte y cinco años del IPAZ contribuyan a construir una universidad y un mundo más pacíficos, justos y solidarios.



De la «higuera» a la «pecera»: un diagnóstico esperanzado

CARMEN RAMÍREZ HURTADO

Miembro del Instituto Universitario de la Paz y los Conflictos

Profesor Titular del Departamento de Didáctica de la expresión musical

Coordinadora del Máster en Cultura de paz, conflictos, educación y DDHH (2015–2017), Universidad de Granada

Voy a comenzar esta reflexión con un chiste; me perdonarán los lectores el hecho de que pueda parecer feminista. Pero quédense por favor con el hecho de que es eso, una broma. Y aprovecho para adelantar que, aunque tengo—cómo no—una clara inclinación y compromiso hacia la defensa de los derechos de la mujer, no creo que destrozarse algo tan hermoso, útil y bien construido como la lengua castellana tenga nada que ver con estos derechos. Tratar de arreglar una tubería atascada (léase «machismo») golpeándola contra un reloj suizo (léase «lengua») no arregla la tubería, pero seguro que hace trizas el reloj.

A día de hoy, y como pertenezco a la academia, por los criterios académicos de la lengua me rijo y la gramática correspondiente respecto al neutro.

Ahora el chiste.

«Dícese de una estudiante que acude a la biblioteca y pregunta en el mostrador:

—Por favor, un libro que lleva por título *El hombre inteligente*, ¿dónde puedo localizarlo?

La bibliotecaria levanta la cabeza, y con media sonrisa en el rostro y un ramalazo de mal disimulada complicidad, señala con el dedo hacia un rincón de la sala y le indica:

—Allí, en la estantería de *Ciencia ficción*.»

A lo largo de los años he ido completando virtualmente esa estantería con otros interesantes títulos: *La soprano humilde*, *El fontanero puntual*, *El político honesto*, etc. Una colección que voy ampliando devotamente. Seguro que ustedes podrían ayudarme. Pero nos estamos divirtiendo demasiado. Solo quería llegar al momento en que tuve que arrancar algunas hojas al título estrella de la sección: *El catedrático colaborador*. Convendrán conmigo en que las estructuras universitarias están pergeñadas para que el susodicho volumen sea cada vez más prolijo. Pero en mi recorrido académico hubo un momento en el que dudé seriamente. Fue precisamente el día que toqué la puerta de un despacho en el IPAZ para ver si podía, de algún modo, incorporarme al instituto. Me recibió Francisco Muñoz Muñoz. Paco.

Quizá sería el momento de articular mi trayectoria biográfica y curricular con mi pertenencia al IPAZ. Pero me saldrían dos ensayos. Solo quería subrayar que encontré como excepción una persona al frente de un «chiringuito» universitario que, de manera insólita, sí abría los brazos, incluía y era capaz de cambiar de opinión si se le presentaban argumentos razonables. Esto era una fortaleza incuestionable. No quiere decir que todo estuviera perfecto, que no hubiera sombras, errores y disonancias. Pero así lo viví y así lo cuento.

Historiadores y cronistas, representantes de la «memoria histórica» (aún corta) del IPAZ abundan entre los abajofirmantes de este volumen. Me van a permitir, por tanto, aportar una radiografía conceptual—sin pretensiones de objetividad—de mi visión actual del Instituto, que ni es romántica ni es autocomplaciente, pero me parece esperanzadoramente necesaria. Se diseña en torno a los ejes de compleja articulación en los que tiene que desenvolverse en la

actualidad el IPAZ y que llamaré «Las cinco Es», a saber: la de los ejes Estructural, Epistemológico, Ético, Egótico y Erótico.

E1. Estructural

Estamos integrados en las estructuras universitarias. Si no quiero alargarme, solo puedo decir que a día de hoy se han convertido en un imposible lógico, un oxímoron que trata de conjugar lo público (que se supone que se dirige al pueblo, a la cosa común) con la mecánica empresarial del más rabioso neoliberalismo. Trabajamos por objetivos, que son evaluados constantemente. Se nos pide productividad, impacto, generar beneficios, alcanzar metas, contrastar la «calidad» (horror y pavor), alcanzar la excelencia y generar economía del conocimiento! (aún no entiendo cómo pueden unirse estas palabras en una frase, salvo brutal reduccionismo del término conocer). Tenemos así que desempeñarnos al más alto nivel—cómo no—en investigación, docencia, gestión y transferencia. Y además de nuestras correspondientes disciplinas, se nos supone de oficio que cursamos tercero de informática y que hemos superado un par de cursos de derecho. Como poco.

Es así que frecuentemente te encuentras un domingo por la tarde escribiendo correos a compañeros y el dominio .ugr te devuelve la respuesta ¡en menos de cinco minutos!. Estamos todos ahí, no hay espacios privados, ni fronteras para lo personal. Pero lo peor de todo esto es que fomenta la competitividad insana y excluyente, la ambición desmedida y una patológica orientación al exitismo. Así las cosas, tenemos que recordarnos con frecuencia que, aunque se nos pida docencia, investigación, gestión y transferencia, no tenemos que hacerlo todo a la vez y a un nivel de «excelencia». Hay que priorizar, ser conscientes de nuestras limitaciones y no propiciar que nos tengan que recordar la obviedad: «querido compañero, querida compañera: Dios existe, pero no eres tú». Si elijo un periodo de investigación intensa, no puedo desempeñar con solvencia un cargo de responsabilidad. Y si quiero apostar por el premio a la innovación docente, no puedo conseguir tres publicaciones de impacto. No a la vez y bien. No sin aprovecharme del que está al lado y dejar caer las responsabilidades que he asumido. *Hominem te esse memento!*

E2. Epistemológico

Nuestra fortaleza es precisamente lo que supuestamente conocemos y enseñamos. Sabemos en qué consiste la paz, las paces. Sabemos qué cosa es un conflicto, que tipologías hay, como se resuelven, disuelven y superan. Sabemos todos los descriptores de las materias de nuestro máster y todas las *keywords* de las publicaciones que generamos. En teoría. Fallamos no pocas veces a la hora de llevarlo a la práctica y generamos conflictos inútiles. A veces, cuando buscamos lugares de prácticas para los alumnos del máster siempre pienso que el propio IPAZ, junto con cualquier departamento o estructura universitaria que sufre de las patologías descritas en E1, es un campo experimental fabuloso para aprender y practicar lo de hacer las paces, vivir la paz. Pero armonizar todo esto con E1 es francamente complejo, y requiere una fuerte predisposición ética.

E3. Ético

Sin entrar en toda la fundamentación de las teorías de paz, ninguna puede obviar el componente ético que requiere hacer las paces, vivir en paz, construirnos y vernos como gente pacífica. Probablemente enseñamos la paz pero ni siquiera nos hemos planteado hacer las prácticas. A veces no se sabe si hacemos daño, ofendemos y nos sentimos ofendidos por carencia moral o por analfabetismo emocional. (No juzgo ni en concreto ni en abstracto, porque hay quien

quiere y no puede, y hay quien ni quiere ni puede. No seré yo quien pretenda discernirlo). Pero si además contamos con las lacras de E1, el compromiso que requiere la pertenencia honesta y coherente a un lugar como el IPAZ no es el mismo que el de un instituto de investigación en astrofísica. Por ejemplo. Al menos habría que querer intentarlo.

E4. Erótico

Hay dos vertientes en este estrato. En primer lugar, la leyenda popular que aún gira en torno a los temas relacionados con la paz, envuelta en un halo de romanticismo. Cuando cualquiera de nosotros explicamos que pertenecemos al IPAZ y lo que enseñamos y (supuestamente) hacemos aquí, el familiar, amigo, cuñado o incauto de turno es casi seguro que exclama: «¡qué bonito!», «¡qué interesante!», etc. Cuando menos. Es por eso por lo que a veces nos gusta estar. Solo estar.

Pero hay otra erótica innegable que, como parte de E1 que somos, no podemos obviar: la erótica del poder. Quizá resulte ampuloso hablar de poder cuando nos referimos a cargos y responsabilidades en la universidad. Pero igual se cumple a la letra el dicho popular de «si quieres conocer a Juanillo dale un carguillo». Nadie va a reconocer que asume un cargo, carguito o cargazo por ambición. Además, no está debidamente compensado en lo económico y puede (solo puede, porque hay quien tiene la habilidad de dejarlos pasar) generar algunos quebraderos de cabeza. Pero... ¡amigo mío!: ese título bajo tu nombre, no ya en las tarjeta, que a Dios gracias han desaparecido, pero sí en el firma de tu email: director, coordinador, gerente, decano, vice-algo, etc. ¿Suena bien? Mmmm. Y además, en la universidad de la fotografía E1 aún hay mucho margen para la arbitrariedad del cargo: puedo decidir en pro de mi amigo, mi compañero, del que trabaja en mi grupo, del que me cae bien, del que me quiero cobrar un favor o, simplemente, aplicar la máxima de que ningún currículum es bueno a menos que se parezca al mío.

Es así que a veces, cuando recibo un email, miro primero la firma: si es muy larga, lo borro directamente. Es un correo marcadamente «erótico». Y «egótico».

E5. Egótico

Los estratos E1 y E4 favorecen la pujanza del ego: la persecución frenética de ambiciones personales por encima del bien común, de lo colectivo o, sencillamente, de mirar a la cara al que tienes en frente. La tentación de utilizar las estructuras para crecer en nuestra carrera académica es tremenda. Solo una fuerte palanca resultante de la aplicación práctica de nuestra fortaleza epistemológica (E2) y compromiso ético (E3) pueden sustraernos a la «higuera». [Hablando un día con el más alto cargo de una universidad me reconocía que su labor, básicamente, consistía en administrar egos. Y en inglés, ego se pronuncia algo así como «igo». Luego la universidad es una inmensa higuera]. A esto hay que sumar que, en el caso del IPAZ, jugamos con un fuerte componente ideológico. Y las ideologías, en tanto que deformación y simplificación de las ideas, configuran identidades radicales y excluyentes. ¿Eres de los «míos»? ¿Pienzas como yo? Entonces bienvenido. ¿No? Pues no te queremos. Pujanza del ego.

Esta descripción podría parecer pesimista o derrotista. Pero no creo que sea así. El diagnóstico es necesario para aplicar el tratamiento. Y si fuera derrotista o hubiera tirado la toalla, no estaría escribiendo esto. Creo que el futuro pasa por los PECES: Proyección (geográfica e histórica, no cortoplacista); Empatía (mirar al compañero); Colaboración (la paz no es individual ni individualista); Esfuerzo (hay que trabajar en esto, y no poco. Prioridad uno); Solidaridad (frente a la competitividad). Fijar el rumbo, remar juntos (no vamos a ir a motor ni a vela) y... a transformar la «higuera» en «pecera». Esperanza. Mi gratitud hacia estos años vividos y compartidos en el IPAZ y mi deseo para que los próximos veinte y cinco años del IPAZ contribuyan a construir una universidad y un mundo más pacíficos, justos y solidarios.

**Este libro se editó con motivo
del 25 aniversario del Instituto
de La Paz y los Conflictos
de la Universidad de Granada,
el día 29 de noviembre de 2021.**



**UNIVERSIDAD
DE GRANADA**

